

30 años
CONCURSO

HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural



FUCOA 2022

30 años
CONCURSO

HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA

ANTOLOGÍA

Cuentos, poemas, fotografías y dibujos del mundo rural





FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro,
FUCOA Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos
Área de Cultura y Extensión, FUCOA

Diseño gráfico y diagramación
Área de Diseño, FUCOA

Ilustración de portada
Mathias Sielfeld Rojas

Edición y corrección de textos:
Área de Cultura y Extensión, FUCOA
Historias Campesinas: Héctor Velis-Meza
Poesía del mundo rural: David Villagrán Ruz
Me lo contaron mis abuelitos: María Pía Albarracín

Derechos reservados
El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido,
publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni
transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de
grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción
sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 2023-P-3063
ISBN: 978-956-7215-80-5
Marzo de 2023, Santiago de Chile
Imprenta: Feyser.

ÍNDICE

Presentación	9
CATEGORÍA CUENTO MAYOR	
Jurado	12
Palabras del jurado	13
PREMIOS NACIONALES	
La mercadería, Rodrigo Gaete Salazar. Región de Magallanes	15
El desarraigo, Rosa Inostroza Rodríguez. Región del Biobío	17
La traición, Sergio Gallegos Rojas. Región de Atacama	19
Desde las entrañas, Franco Fornachiari Astudillo. Región del Maule	21
Yupana (lo que sirve para contar), Gabriel Fernández Canque. Región de Arica y Parinacota	23
El Mandinga, Umberto Toso Gálvez. Región de Ñuble	26
La leyenda del socavón, José Valdez Mamani. Región de Tarapacá	29
La vieja Lala, Fidel Toledo. Región de Los Ríos	30
Las vasijas rotas, Jacqueline Muñoz. Región del Biobío	33
Una espina en el corazón, Camilo Montecinos Guerra. Región de Arica y Parinacota	35
La Chonchona, Carlos Zúñiga Ojeda. Región de Los Ríos	37
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
El alma perdida de la novia de Azapa, Marcos Caldas	39
La mazorca dorada, William Calizaya Espinoza	40
Caballito blanco de Belén, Sophia Riquelme Pezo	41
REGIÓN DE TARAPACÁ	
La leyenda del pequeño oso andino, Francisca Varela Carvajal	42
Vispera de la Santa Cruz de Aroma, Loreto Fernández Leiva	44
Aquella vez que el diablo nos salvó, Renzo Chafalote Villarreal	46
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Las parinas, Gustavo Tapia Araya	48
La crónica de Segundo Cárdenas y Sansón, Juan Campos Véliz	51
Fragmentos de una tierra, Pablo Castillo Collao	53
REGIÓN DE ATACAMA	
El taita y la vieja bruja, Pedro Carter Hidalgo	54
El monstruo del río, Carlos Zepeda	56
REGIÓN DE COQUIMBO	
Cuentos que cuenta el cerro, María Eloísa Pérez Krumenacker	58
El Tata Afila, Anahí Cifuentes	60
Maruchos, Pablina Galleguillos Pizarro	61
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Cola de diablo, María Soledad Espinosa Ramelli	63
Quédate y dile a la vieja, Marcos Quijada Sánchez	66
La artesana y el campesino, Giorgio Vaccaro Alcayaga	68

REGIÓN METROPOLITANA

El conjuro y el monstruo, Eugenio Alvarado Pizarro	70
El Toño y el Gringo, Carolina Quiroz Prades	72
La chichita, Rafael Ferrada Alcaíno	74

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Arbolito de cerezas, María Carolina Quintana Cerpa	76
Los Loicos, Jorge Zapata Pávez	78
El niño de la animita, Alejandro Peña Sepúlveda	80

REGIÓN DEL MAULE

El cine de don Zoilo, Régulo Ramírez Morales	82
El peral de la abuela Miseria, Jorge Uribe Ghigliotto	84
El velorio del Pejerrey, Régulo Ramírez Morales	87
Mandaruna, Alejandro Velásquez Rojas	89

REGIÓN DE ÑUBLE

Mi papá del campo, Gonzalo Luengo Orellana	91
Rayas de señal, Pablo Cartes Muñoz	93
Caliche de río, Pablo Cartes Muñoz	95

REGIÓN DEL BIOBÍO

Natividad Hernández al ritmo de la callana, Juan Torres León	97
El gallo nortino, Francisco Lastra	99

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Edades sin fin, Oscar Medina Maureira	102
El telar de las ancestras, Álvaro Román	105
Miguelito, Mauricio Bustamante Salazar	107

REGIÓN DE LOS RÍOS

El nacimiento de dos moros, Nataly Lagos Montecinos	109
Vamos a jugar, Lucas López Ulloa	111
La princesa pudú, Yesenia Seguel	113

REGIÓN DE LOS LAGOS

Los buzos Hernández, Luis Bustos Castro	116
La tierra que nos une, María Paz Tirado	118
¡Déntrate, Menche!, Jorge Caroca Martínez	120
Chito: la mudanza, las luces y su madre, Luis Soussi Contreras	122

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Vida, muerte y resurrección de un patagón, Rosa Gómez Miranda	124
La isla de los muertos, Daniel Choque Pino	126
Autobiografía de un loro, Juan Carlos Bahamonde Gómez	129

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Túneles que conectan los Liceos Salesianos y un extraño caso, Vicente Navarrete	131
El calor del umbral, Vanessa Ruiz Aguilar	133

CATEGORÍA POESÍA

Jurado	138
Palabras del jurado	139

PREMIOS NACIONALES

Agonía de la Madre Tierra, Jehisson Aguilera Mondaca. Región de Coquimbo	141
Tunupa, levántate y habla, Pedro Marambio Vásquez. Región de Tarapacá	143
Vieja casa, Juan Salas Burdiles. Región de Ñuble	145
Homenaje al trabajador del campo, Manuel Álvarez Font. Región de Tarapacá	147

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Semillas de estrellas, Marcelo Moreira Alcota	149
Parinacota, Walter Flores Velásquez	151
Manos guardadoras de las <i>jatha</i> , Marianela Fornes Cárcamo	153

REGIÓN DE TARAPACÁ

Asomada Cruz de Mayo, en la pampa del Tamarugal, Camila Ramírez Novoa	155
Impresiones de lluvia, Héctor Barraza Ahumada	156

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Empampados, María Reyes Escobar	157
Atacama, Mario Torrico González	158
A la madre de Ayquina, Cristian Cabrera Muñoz	159

REGIÓN DE ATACAMA

Un milagro en el desierto, Moisés Álvarez Monroy	161
Décimas al desierto florido, Víctor Castillo Villegas	163
Colores campesinos, Juan Carlos Rivera Ávalos	166

REGIÓN DE COQUIMBO

Nuestros valles, Nathaly Barraza Tapia	167
Putando, Maribel Cisternas Castañeda	168
Retazos, Estefanía de la Cerda Marincovich	169

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Nostalgia del invierno sureño, Cecilia Vargas Retamal	170
El campo está de luto, Bernarda Orrego Maya	172
El cerrojo de la noche, Mario Pino Contreras	173

REGIÓN METROPOLITANA

El Wekufe en el sendero, Kristel Farías	175
Oda al vino, William Haltenhoff Nikiforos	177
Por qué la loica tiene el pecho colorado, Sergio Fuentes Zamorano	178

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Yo, mi primo y algunas preguntas, Eduardo Correa Reyes	180
La flor de mi rancho, Rodrigo Torres Garrido	182
El fin del campo, Héctor Peña Cubillos	184

REGIÓN DEL MAULE

El sombrero, Alfredo Silva Morales	185
Delirante en tierra de ensueño, Felipe Arancibia Mondaca	187
Poema por don Genaro, Luis Lagos Leiva	189

REGIÓN DE ÑUBLE

Tradiciones del secano, Sergio Pereira Contreras	191
Canto al río, Rita Navarrete Araya	193

REGIÓN DEL BIOBÍO

Nos dijeron, Alejandra Ziebrecht Quiñones	194
Cuando los padres se marchan, María Poblete Bustos	196
Historia del río Cruces, Samuel Suazo Vargas	197

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La viuda del pescador, Fernando Lavín Sandoval	199
La espera, César Ulloa Rozas	200
Trabajador de la tierra, Fabiola Flores Ulloa	201

REGIÓN DE LOS RÍOS

La mujer hecha bosque, Sara Muñoz Weldt	203
Profesor rural, Ramiro Norambuena Morales	204
La costa, Erwin Netting Rosales	205

REGIÓN DE LOS LAGOS

Paso por la Patagonia, Andrea Aravena Canales	206
Mujer, María José Saffie Gatica	207
Clarita ojitos de lluvia, Mario Fuentes Peralta	208

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

El hombre puede ser hombre, Rodrigo Espinoza Rojas	210
El leñador, Erik Varas Manríquez	212
El campo aisenino, Victoria Moreno Sprovera	213

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

Cantándole a un angelito, Francisco Abarzúa Lagos	215
Entre viento, frío y coirón, Claudia Paredes Navarro	217
Pongo mi esperanza en una semilla vieja, Leonardo Gutiérrez	218

CATEGORÍA CUENTO MENOR

Jurado	222
Palabras del jurado	223

PREMIOS NACIONALES

Mi abuelo buzo escafandra, Ignacia Oyarzo Vargas. Región de Aysén	225
El primer incendio, Antonia Varela Carvajal. Región de Tarapacá	227
Mi abuelo Vicente y su chalupón Mar Bella Luisa, Kevin Barría Bahamonde. Región de Los Lagos	228
Desde Haití hasta Quemchi, la aventura de Walna, Florencia Ibacache Lucero. Región de Valparaíso	230
La puerta entre dos mundos, Sebastián Ávalos. Región de Antofagasta	232

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Croando una <i>tarka</i> , Félix Lizana Paredes	234
Cuento de choclos, Nickolas Jamett Vaure	236
Nuevas vistas, Nicolás Gutiérrez Mondaca	238

REGIÓN DE TARAPACÁ

¿Cómo quieres que viva así?, Sigrid Tapia Samit	240
La caja de luz, Jazmín Estrada Quispe	242

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

La Añañuca y yo, José Carmona Femenias	243
Constelación de los deseos, Yomahyra Mamani Rosa	245
¿Existirá un encuentro entre los vivos y los muertos?, Antay Araya Soto	247

REGIÓN DE ATACAMA

La vieja Amanda, Anaís Tello Varas	248
Del misterio y la vida del pirquinero atacameño, Eduardo Castillo Rojas	250
Las monedas de oro, Joely Araya González	252

REGIÓN DE COQUIMBO

Los dinos jurásicos en la comuna de Combarbalá, Gaspar Arroyo Banda	255
Las costumbres de mi pueblo, Cristóbal Pizarro Castillo	256
Conociendo el campo chileno, Víctor Álvarez	257

REGIÓN DE VALPARAÍSO

José y la propuesta del diablo, Antonella Díaz Gallardo	259
La noche del diablo, Catalina Navarrete Troncoso	262
Desde mí, Thiara Arriagada de la Paz	263

REGIÓN METROPOLITANA

El cementerio del Mandinga, Sofía Flores Cautre	264
Lo que el mar oculta, Sofía Flores Cautre	267
Un duende mi abuelo, Manuel Manzo Núñez	270

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

La milagrosa de Doñihue, Isabel Becerra Pérez	271
El potrero embrujado y la poción de la vieja Juana, Ignacia Vásquez Soto	273
Persecución alocada, Isidora Jara Soto	275

REGIÓN DEL MAULE

Weñi Kutral, el niño que pudo controlar el fuego, Sofía Venegas Sanhueza	276
La loica aventurera, Máximo Silva Abaca	279
El pozo de la culebra colorada, Agustín Castro Yáñez	281

REGIÓN DE ÑUBLE

El jinete misterioso, Camilo Cortés Tapia	282
Ceci y la flor mágica, Paola García Araya	284
De tus ojos, Diego Villa Ceballos	285

REGIÓN DEL BIOBÍO

El arcoíris, Jim Vega Jara	286
Escape fortuito, Benjamín Quintrileo Guzmán	287
Lucas, el caballo, Víctor Moraga Jara	289

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Pequeñas manos frías, Francisco Cravero Huenuqueo	290
El zorro futbolista, Génesis Cabrera Fontalba	291
El culebrón, Maira Espinoza	292

REGIÓN DE LOS RÍOS

Millaguir el zorro, Vicente Painemal Rifo	293
El cuero vivo, Gido Escares Lincocheo	294
Eluney, el regalo del cielo, Emilia Pérez Valdebenito	295

REGIÓN DE LOS LAGOS

Los secretos de mi abuelita, Francesco Melato Muñoz	296
Los ojos en el bosque, Renata Sasmay Davagnino	298

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

La parte secreta de sendero, Alicia Steinmeyer Morgado	299
El equipo Condell, Tomás Matus Alfaro	301

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

La lluvia del campo, Bastián Oyarzo	302
El coleccionista, Benjamín Pérez González	303
La montaña imposible de escalar, Cristóbal Puentes Guzmán	304

III VERSIÓN CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

Jurado	308
Palabras del jurado	309
Obras	310

IV VERSIÓN CATEGORÍA DIBUJO

Jurado	320
Palabras del jurado	321
Obras	322

PRESENTACIÓN

MINISTERIO DE AGRICULTURA

Tres décadas ininterrumpidas de vida cumplió el Concurso Historias de Nuestra Tierra, quizás uno de los más antiguos del país en el ámbito artístico.

Hay potencia y promesa en el caudal de obras que han participado en el concurso en estos 30 años y que muestran el mundo rural y, dentro de él, los pueblos originarios con sus saberes, tradiciones, dignidad y búsquedas.

Es la potencia de niños y niñas, pero también de jóvenes y adultos mayores que, a través de mitos, leyendas e historias del territorio rural, dan cuenta del ayer, ese que ha dado cimientos a la cultura del país, pero también de un presente rico en matices y también con sombras, sobre las cuales varios autores de estas obras buscan dar luz.

Toda esta creación que nos trajo el concurso en su versión 30 es también promesa que llega de la mano de un relato intergeneracional. Porque a la hora de mostrar la vida del mundo rural, entre las más de 4 mil obras recibidas desde los territorios más diversos del país, hay una cantidad significativa de personas de más de 70 años que han querido aportar con su voz a esta trama. Así, aunados por el amor a los relatos de la tierra, niños y niñas, jóvenes y adultos construyen una urdiembre que nos recuerda la importancia de la cultura rural y su aporte al país.

En las versiones que vienen, esperamos que Historias de Nuestra Tierra siga mostrando la vitalidad que mueve los territorios y a la gente del mundo rural. Y, ojalá, cada año se perfilen más voces de jóvenes que, retornados al campo, nos cuenten en primera persona las vivencias de quienes nos alimentan con el producto de la tierra y los relatos de las comunidades rurales.

ESTEBAN VALENZUELA VAN TREEK
Ministro de Agricultura

CLAUDIO URTUBIA CORNEJO
Director Ejecutivo FUCOA

Santiago, marzo 2022

FUCOA 2022



Categoría Cuento Mayor

Cuentos escritos por jóvenes
mayores de 14 años y adultos



JURADO NACIONAL CATEGORÍA CUENTO MAYOR

SONIA MONTECINO

Antropóloga y escritora, profesora titular del Departamento de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005 el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*.

OSVALDO CÁDIZ

Profesor de Estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile y director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros *La Cueca: Danza de la vida y de la muerte* y *50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile*, y autor de *Juegos Tradicionales y Populares en Chile*.

HÉCTOR VELIS-MEZA

Periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.

DIEGO ZÚÑIGA

Periodista y escritor. Ha publicado las novelas *Camanchaca*, con el que obtuvo el premio Juegos Literarios Gabriela Mistral, *Racimo* reconocido con el premio Mejores Obras Literarias del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, *Soy de Católica*, el libro de cuentos *Niños héroes* y *María Luisa Bombal, el teatro de los muertos*. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.

LUZ REYES

Licenciada en Educación Básica en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá. Máster en Libros y Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad Autónoma de Barcelona. Posee 16 años de experiencia en coordinación, formación y desarrollo de proyectos de fomento de la lectura y la escritura. Actualmente es directora ejecutiva de IBBY Latinoamérica y el Caribe y presidenta de IBBY Chile.



PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA CUENTO MAYOR

Ya han pasado 30 años desde que se convocó al primer concurso de Historias de Nuestra Tierra. Tres décadas en las que miles de participantes han contado —de las formas más diversas— ese mundo impresionante que es el campo chileno; historias sobre los rincones más apartados y recónditos de nuestro país, un mundo rural que ha encontrado en este concurso un espacio donde volverse palabra, donde volverse literatura.

Aquí está, en esta antología —pero también en las antologías de los años anteriores—, el registro de un país secreto, hermoso, complejo, lleno de relatos fascinantes sobre sus paisajes y tradiciones, protagonizados por diversas personas que, a través de su habla y sus recuerdos, de sus silencios y sus sueños, logran transmitir sus emociones y contar la vida cotidiana de esos millones de ciudadanos que habitan este país.

La multiplicidad de voces que se convocan en esta antología es uno de sus rasgos más valiosos. También lo es el hecho de cómo va quedando registro de los cambios que vive nuestro país año a año. Un país cada vez más diverso, como se puede apreciar en las historias que contiene este libro, donde los pueblos originarios, los migrantes, los que viven en algún lugar del desierto o en lo más recóndito del sur de Chile tienen un lugar protagónico.

Quien quiera conocer mejor Chile y comprender sus dolores y alegrías, debe leer las historias que se reúnen a continuación. Un retrato lleno de matices sobre el mundo rural y el campo chileno.

Diego Zúñiga
Presidente del jurado

La mercadería

Rodrigo Gaete Salazar

Cuando Juana terminó de recoger los huevos del gallinero, la carreta tirada por dos caballos ya se encontraba aparcada fuera de la puerta de su casa. Al menos eso era lo que veía desde su posición un poco alejada de la entrada, pero nunca tan lejos como para no entender que visitantes, inesperados por cierto, habían arribado aquella fría mañana de invierno, por lo que apuró el paso, pensando en que su padre les ofrecería desayuno y que sería buena idea preparar unos cuantos huevos revueltos. En medio de su caminata sintió cómo el sol intentaba penetrar inútilmente en la gruesa capa de nieve que cubría la estancia, que había provocado que por sexto mes consecutivo la cosecha de la temporada hubiera sido mínima, solo un poco mayor que la anterior, y que había causado más tristeza que alegría en el rostro de Evaristo Soto, padre de familia, hombre común que veía como sus esfuerzos —y su economía familiar— se iba al suelo una vez más por culpa del inclemente clima patagónico.

Como contraparte a la congoja de aquel hombre estaba Juana, su hija mayor, su lucero de quince años, de complexión delgada, pero de brazos fuertes, quien alternaba sus labores académicas con las obligaciones propias de la casa, como preparar la comida, asear, ordeñar vacas y darle de comer a las ovejas, mientras su padre se encargaba de todo lo referente a la carpintería, esquila, venta de productos de origen animal y cosecha, así como de dar vuelta la tierra e ir a sacar agua del río con grandes barriles. Con las tareas claras, no había problema en que dos personas sacaran adelante una estancia ante el deceso de la figura materna, que tanta falta les hacía; junto a esa cicatriz que deja la pérdida de un familiar tan querido, el desastre de las cosechas, sumado a algunos malos negocios que el padre había realizado de forma desesperada, pavimentaban un futuro nada prometedor para la joven, quien desconocía que su camino estaba predestinado.

El padre encontró a su hija preparando afanosamente el desayuno. Con un ademán le ordenó que se acercara y poniendo las manos en sus hombros, le sonrió paternalmente:

—Tu madre estaría muy orgullosa de todo lo que has logrado a tu corta edad, —dijo el hombre con un tono cálido que evitaba utilizar—. Trae todo, te están esperando.

Aquel mimo paterno resonó en su cabeza como un eco, pero la responsabilidad de servir la mesa y atender a los recién llegados estaba por sobre sus aspiraciones personales.

Una vez sentada a la mesa observó a los visitantes con detenimiento. El adulto, con una mirada seria parecía recorrerla de arriba a abajo una y otra vez, tal como lo hacía su padre cuando se paraba en el corral y observaba cuál de los corderos se transformaría en el almuerzo del día siguiente. Sintió un poco de pavor e instintivamente agarró su falda para intentar extenderla lo más posible y ver si con ella lograba tapar por completo sus piernas, pero la mirada del hombre ya no la recorría igual que antes, sino que ahora sus ojos buscaban los suyos, por lo que ella desvió la vista y se centró en el joven que se encontraba al lado, quien no debía tener más de 17 años y que por la contextura que se dejaba ver a través de sus ropas, se notaba poseedor de un cuerpo musculoso, de brazos fuertes, acostumbrados al trabajo duro de los campos patagónicos. Se notaba incómodo y parecía, al igual que Juana, no entender bien el porqué de su presencia en uno de los negocios de su padre, quien más allá de hacerlo trabajar en los campos, no solía contarle acerca de sus arreglos con otros estancieros. El dueño de casa aclaró la garganta con un sorbo de mate y comenzó a hablar solo cosas positivas de su hija, orgulloso completamente de la joven que había criado.

El visitante habló con voz cavernosa asegurando que la niña no estaba nada mal y que cumplía con lo básico. Agregó algunos aspectos sobre su hijo, haciendo especial hincapié en que se trataba de un joven sano, que no le hacía el quite al trabajo duro, que sabía cosechar, dar vuelta la tierra y que era experto en el manejo de armas, pese a su corta edad. Su cara infantil y su nerviosismo parecían esconder muy en el fondo todas las bondades descritas.

Pareció acordado de antemano que ambos padres coincidieran en realizar la pregunta de rigor al mismo tiempo: —Y, ¿qué te parece?, acompañaron la interrogante con el dedo índice, apuntando a la niña y al joven, respectivamente. Los protagonistas no supieron qué responder y fue el padre del adolescente quien quebró el silencio afirmando que estaba de acuerdo y que no tenía problemas en cerrar el trato.

Juana, parecía no entender absolutamente nada. ¿Negocio? ¿Una venta de ganado? En ningún momento se había hablado de un traspaso de una de las partes a la otra. No se habló ni de caballos, ni de verduras, ni de nada, y ella, que había estado muy atenta, pese a estar intranquila en todo momento, estaba completamente segura de no estar equivocada en su raciocinio:

—No se diga más —dijo su padre y golpeó sus muslos con ambas manos—. Son el uno para el otro y se convertirán en un buen matrimonio.

Pareció como si el tiempo se hubiera congelado de un momento a otro, como si un rayo hubiese partido la casa de lado a lado. Un escalofrío recorrió la espalda de Juana, como si soltasen un hielo en su columna y quedó petrificada ante las palabras que daban por terminada una discusión de la que nunca fue parte y de la cual, recién ahora, se venía a enterar, que era ella quien se transformaba de buenas a primeras en una mercadería que pasaría a otras manos, en una manufactura más de la estancia, que ahora cambiaba de dueño, que sería marcada con el hierro candente del matrimonio arreglado y que debería compartir el resto de su juventud con un joven que, pese a que no podía opinar nada sobre él, puesto que no lo conocía, hasta hace un par de horas ni siquiera existía en su vida.

El padre la invitó a ponerse de pie y la rodeó con sus brazos, como en un abrazo final de despedida. El padre creía que aquel era el mejor camino para levantar a la familia ante la buena posición económica de los visitantes, quienes ahora abandonaban la estancia, perdiéndose la carreta en medio del campo. El negocio estaba cerrado y con el correr de los días ambos jefes de hogar se pondrían de acuerdo sobre los terrenos y sobre la repartición de las ganancias y otros menesteres.

A ella no le quedó más que acatar los designios de su padre, a quien respetaba sobremanera, y al que nunca, así como bien se lo había enseñado su madre, no debía de contradecir en las decisiones que tomara, a la vieja usanza, como a ella le habían enseñado y de la misma forma en que su madre, la abuela de Juana, había sido educada.

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Magallanes

Punta Arenas

35 años

El desarraigo

Rosa Inostroza Rodríguez

La brisa de la mañana acariciaba el rostro de Juana, con aromas de menta y romero. Ya no era chiquillona, lo sabía muy bien; sin embargo, mantenía la sonrisa de niña traviesa y los ojos que brillaban cual luceros. Su rutina comenzaba una vez que cortaba ganchitos de cedrón o paico, y lograba que el olor del brasero pasara desapercibido ante el perfumado vapor del mate, que preparaba con esmero. Luego, era el turno del cigarrillo. Lo fumaba sin filtro, con grandes bocanadas, expeliendo con fuerza el humo, como pretendiendo alejar una pena o un desánimo intruso. En otras ocasiones, fumaba sin notarlo, como la llovizna imperceptible sobre las ramas del sauce llorón que se contemplaba en la acequia. La mayor parte del tiempo, el cigarrillo pendía de la comisura de sus labios, ya rugosos, cual flor marchita. Hablaba y hacía sus labores con este, siempre encendido, siempre acompañándola, día y noche, como un perro fiel. Los arbustos y las flores le salpicaban sonrisas con sus coloridos pétalos. Juana las cultivaba, las regaba con temuras que brotaban de sus manos, añosas como los eucaliptus, que sombreaban el camino al rancho, a su rancho. Los atardeces la ponían triste, nunca supo el porqué. Sentía que le susurraban oscuros presagios. Le duraba poco esa extraña melancolía, la despejaban los sonidos y aleteos de los queltehues, que le anunciaban la llegada del Polo, su compañero, el de ojos de remanso de agua clara y cabellos de trigales. El corazón se le escapaba del pecho si se le acercaba. El Polo la saludaba sacándose el sombrero, como cuando era mozuelo y ella lo esperaba sentada en el banco del corredor de adobe, con las manos nerviosas, apretujando su delantal de cintura.

Así fue por años, cada tarde conversando de la vida, de los hijos que partieron, de los nietos de visitas escasas, de la chacra y del arado. Pero aquella tarde la melancolía no desapareció. Tuvo la impresión de que su compañero cargaba todos los inviernos sobre sus hombros. No se atrevió a preguntarle nada. No se había sacado el sombrero para saludarla. Mejor dicho, no la saludó. Fue directo a sentarse, casi a desplomarse en el banco del corredor y tiró el sombrero al suelo. Se nos vinieron los años, vieja, le dijo. El arado veleidoso me dio la espalda, ya no me obedece. Debemos dejar el rancho. Así lo ha dicho el patrón.

Juana sintió que la invadían miles de atardeceres, que la devoraba la tarde más sombría que alguna vez existió. Derramó lágrimas invisibles, esas que fragmentan el alma. Miró las manos de su Polo, reconoció en ellas los surcos de la tierra, el agua abriéndose camino, las semillas germinando y el sudor de la cosecha. Las apretó con fuerza y temura, en un vano intento por detener la impía vorágine que arrasaba sus vidas.

Al cabo de un mes partieron. Mudos, evitando mirarse a los ojos, guardando sus miedos en el nudo de sus gargantas. La precaria mudanza y sus dos perros representaban para ellos todo un mundo de vivencias que se desvanecían irremediabilmente, mientras crecía la incertidumbre como una mala hierba, que se enrollaba en sus mentes y paralizaba sus anhelos. Juana recogió todas las monedas que encontró en el rancho y las ató en un pañuelo que prendió con un alfiler de gancho a su característico delantal. Partió erguida, con una mirada desafiante, fija en el horizonte. Se había propuesto no decaer, deseaba ser el pilar que sostuviera a su Polo. No conocía el sitio en donde vivirían. Pero se imaginaba que ella lo transformaría en un pequeño paraíso, plantarían árboles y arbustos, tendrían un rinconcito para la siembra y, sobre todo, para las flores que tanto amaba. Verás que todo será igualito que antes, le decía a su compañero. —Nos tenemos el uno al otro, eso es lo que importa. ¿Cierto, Polo?—. Y el Polo, cabeza gacha, callaba.

—Llegamos, viejita. Aquí viviremos desde ahora—, escuchó como en un eco doloroso. No tenía fuerzas para bajar del carretón de la mudanza. Arrastró sus pasos hacia un pedazo de aridez, una porción de tierra exigua y hostil. Le cayeron de golpe los atardeceres, su alma se llenó de ellos, sin dejar espacio para la esperanza. Los ojos se le apagaron como un cirio consumido. La sonrisa se le escapó para siempre. Se le había nublado el alma. El cigarrillo se consumía cubriendo el suelo baldío, con lágrimas de ceniza.

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región del Biobío

Concepción

66 años

La traición

Sergio Gallegos Rojas

El pequeño Jorge y su padre llevaban un buen rato sentados en el viejo paradero de madera. Esperaban la llegada del lento microbús rural que venía del interior de la zona. El niño ya estaba aburrido de tanta espera y preguntaba a cada rato el porqué de la demora. —Ya verás, hijo—, le respondía su padre.

Tamaño fue la sorpresa del niño, luego de que el peoneta de la micro le entregara a su padre tres cajas de cartón con pequeños pollitos amarillos que piaban como locos.

Jorge se puso contento una vez que su padre los soltó en el vacío del recién construido gallinero de la casita en donde vivían, aquella que tenía una tremenda planta de orégano que entregaba su olor y se llenaba de abejas en primavera. Su padre le pasó un pollito para que sintiera cómo era tener a ese pequeño ser esponjoso y suave entre sus manos. El pequeño se encariñó con él.

Y fueron pasando las semanas y las pelusas de sus pollitos fueron convirtiéndose en plumas. Aquellas pequeñas aves estaban empezando a crecer y él era el encargado de alimentarlos y darles agua a diario. Luego se sentaba a mirarlos sobre la alta pirca que daba frente al gallinero. Pasaba su buen rato ahí... hasta que lo vio.

Un gato salmón, con pinta de mañoso, caminaba sobre el tejado de ramas del churque¹ del gallinero. Apareció su madre y este arrancó. A contar de entonces todos los días aparecía el gatuno sobre el mismo lugar y ambos se miraban con curiosidad. Cada vez que alguien salía al patio, que no fuera Jorge, el gato huía.

Hasta que se hicieron amigos, muy amigos. El gato salmón se acercaba día a día al lado del niño. Pasaban largo rato encaramados sobre la pirca. El niño lo acariciaba y el cariñoso gato le entregaba sus ronroneos y ásperos lamidos en sus manos.

Y pasaron los días y su padre notó que había menos pollos. —Tú que los ves y los alimentas diariamente ¿no te habías dado cuenta? —le preguntó su padre. No, Jorge nada había notado. Su padre revisó el gallinero y encontró una abertura en el techo y supo de inmediato que algún animal se metía por ahí y que se estaba comiendo a los pequeños pollos:

—Atento, hijo. Debemos descubrir al autor de esta matanza... sus buenas lucas me costaron los pollos, sus buenas lucas cuesta alimentarlos y sus buenas lucas costó hacer el gallinero.

Desde ahí en adelante el niño puso más atención. Los contaba a diario y siempre faltaban uno o dos. Por más que arreglaban las ramas de churque del techo del gallinero, siempre aparecía algún otro hoyo por dónde meterse. El enfado de su padre crecía cada día más.

Hasta que Jorge lo vio.

¹ Churque: el nombre del espinillo, árbol nativo del cono sur de América (nota de la edición).

Vio a su amigo, el gato salmón, dentro del gallinero con un pollito en su boca. El niño sintió como que algo le bajó desde el pecho hasta el estómago. Primera vez que sentía aquella extraña sensación. Supo lo que era la traición, aquel animal lo había traicionado. Le contó a su padre, pero omitió decirle que aquel gato era su amigo.

Y empezó la cacería. Cada vez que llegara el gato, el niño debía avisar con un silbido e inmediatamente llegaban dos trabajadores de su padre para tratar de atraparlo. Nunca podían hacerlo. El gato era más vivo que ellos.

Pero lo que el felino animal no entendió fueron los actuales sentimientos del niño y un día que este no avisó de su llegada, el animal se acercó al pequeño, para ser acariciado y él lamiera sus manos. Jorge lo abrazó con disimulo, lanzó el silbido de aviso y llegaron los hombres sorpresivamente. El gato estaba tan confiado en brazos de su amigo que no alcanzó a reaccionar, fue atrapado y metido dentro de un saco papero, el que fue amarrado con un nudo. Jorge veía cómo el saco se elevaba desde el suelo para luego caer, cada vez que el felino trataba de salirse, pero no había escapatoria.

El animal fue maltratado cuando la sensación de poder y el sadismo se apoderaron de los hombres. El saco volaba con el animal en su interior de un lado a otro por las sendas patadas que aquellos desequilibrados seres le daban. El animal se retorció en su interior, ya con gritos de dolor. El pequeño observaba con sus sentimientos como si estos se hubieran dormidos. ¿No había sido traicionado por aquel animal?

La tortura duró hasta que finalmente pasó una vieja y destartalada camioneta que iba rumbo al interior del valle y los hombres le pidieron al chofer que botará el saco por el camino. El niño ya no sabía si el gato iba vivo o ya había muerto, pero así vio desaparecer al ser que en un tiempo había considerado su amigo.

Pasaron los años y Jorge se volvió adulto, gracias al esfuerzo de su padre y de Diosito se pudo educar y cada cierto tiempo recordaba al gato salmón que había sido su amigo para hacerse siempre la misma pregunta: finalmente ¿quién traicionó a quién?

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional
Región de Atacama
Copiapó
46 años

Desde las entrañas

Franco Fornachiari Astudillo

La puerta dio de lleno contra la pared del retén. No fue precisamente el golpe o el instinto, tras un susto, el que despertó al carabinero de imaginaria², sino la escena que vio en el umbral de la puerta.

La lluvia era fuerte y el viento soplaba frío. La noche era negra, como el corazón de un hombre que parte al norte para olvidarse de su hijo recién nacido. Las piernas de la mujer no soportaron la escena, y la dejaron caer y de sus brazos rodó un bulto.

El carabinero, apenas despabilado, atinó a correr hacia la mujer.

—No, mí sargento, ella solo abrió la puerta y cayó al piso —relataba el carabinero a su superior, temprano por la mañana del día siguiente—. Jamás dijo nada de nada.

La mujer se había quedado sola, no esa noche, sino desde que Leandro se largó al norte y desde que su familia le dio la espalda a raíz de ese bastardo. Fueron siete meses, sola en las entrañas maulinas. Siete meses viviendo en una suerte de ruca en lo más profundo de los montes. Sus ropas se habían impregnado de un ligero aroma ahumado y a cerdo. Era el precio que había que pagar para llevar comida a su boca en tan agreste lugar.

Los meses previos y, sobre todo, los días antes de su gran acto de heroísmo habían sido sumamente difíciles para ella. El bebé cada vez se movía con mayor frenesí, ¿acaso por el padre en el norte? Fue precavida, al menos, en ir ahorrando lo que un padre debería dar. Pero, por muy precavida que hubiera sido, por muy esforzada en sus labores, ella estaba sola, en el monte.

—No llego, no llego—, pensaba presa del temor, un temor que iba dando paso a un coraje surgido de la floresta nativa que rodeaba esa suerte de ruca. Una floresta recia. —No me importa *na'*—, pensó y se echó sobre una suerte de lecho. —Vi varias veces a mi padre hacer esto—, se convencía a sí misma. Pero claro, lo vio con vacas. Ella no lo era... y estaba sola.

Pujó una vez. Sintió algo desde sus entrañas. Pero no era suficiente. Volvió a pujar. Sintió algo desgarrarse, pero no fue suficiente. —Una vez más—, se motivó, y pujó. Un llanto se liberó más allá del alcance de su vista. Se inclinó y tomó al fruto de su vientre entre sus brazos, mientras seguían enlazados. —Es un niño—, se dijo con cierto desdén. Después, recordó cómo su padre manejaba el cordón y la placenta. Ella lo imitó. Finalmente, se echó de espaldas en el lecho para descansar con la guagua sobre su pecho.

Desorientada, abrió sus ojos bajo un manto de oscuridad. La fogata ya se había ahogado. Fue el niño berreando el que la trajo de vuelta. Temblaba. ¿Frío? No alcanzaba a ver el vaho de su boca. —Al menos puedo caminar—, se decía. Envolvió al bebé y salió de esa suerte de ruca.

La lluvia era fuerte; caía desde el naciente. El viento soplaba frío; arbolaba las ropas. La noche era negra, pero la iluminaba la luna, con su retoño en su regazo. —El viento no se siente tan frío, pero siento mucho frío—, pensaba Luna. Sus piernas parecían flaquear y temblaban, pero el retén estaba allí. De sus ventanas se fugaba un resplandor cálido. ¡Había esperanzas!

² Carabinero de imaginaria: significa carabinero de vigilancia nocturna (nota de la edición).

—Llegó, y con sus últimas fuerzas, empujó la puerta —dijo el sargento al coronel—. Lo de esa mujer... ni en mis mejores hombres lo habré visto.

—Como institución nos aseguraremos de darle un buen porvenir a este pequeño —aseguró el Coronel a la rueda de prensa convocada, dándole más atención a los periodistas que al huérfano.

El tiempo corrió como sangre, durmiendo la memoria viva en un sueño eterno. Algunos le llaman muerte, otros, olvido.

—Aquí es —dijo el sargento, muchos años después, sosteniendo la mano de un niño. Frente a ellos, había una hermosa tumba repleta de plaquitas y velas moribundas.

Premio especial 30 años

Región del Maule

Retiro

34 años

Yupana (lo que sirve para contar)

Gabriel Fernández Canque

Cuentan que el cronista amerindio de ascendencia incaica, Huamán Poma, le contaba a su vez al Rey de España, por allá por 1615, lo siguiente:

“Los Incas usan unas tablitas llamadas yupana³... y eso les sirve para contar...”

Pues bien. Yo también soy matemático, yo también les voy a contar. Y les contaré un poco de mi vida de *yatichiri*⁴ aymara, y de nuestro orgullo ancestral. Y para que mi nieto Amaru y tantos otros, puedan decir algún día... ¡Eso lo sé, porque me lo contó mi *awelito*...!

Yo soy hijo de Isabel Canque Canque y nieto de Rosario Canque Canque, las *yatiris*⁵ del pueblo de Putre; damas de polleras hermosas y largas, que me criaron en sus espaldas. Me educaron con sus manos libres, me permitieron estudiar para profe, magíster y doctor en Educación. También pude dirigir cuatro colegios, dos urbanos y dos rurales, en estos más de 50 años que le dedico a la educación.

Comencé educando obreros en su período de colación, en la zona industrial de Arica, durante el gobierno del presidente Salvador Allende. Trabajé por muchos años como profesor en varios colegios de Arica. Pero fue en 1992, al comenzar a realizarme como profesor rural, al crear con dos hermanos y un *gringo* loco, un liceo para alumnos aymaras en el pueblo de Pachica, al interior de Iquique, en el corazón del desierto más seco del mundo.

Pero hace poco tiempo, viejo ya, con casi 70 años, por allá por el 2019, mientras trabajaba como supervisor rural y urbano del Ministerio de Educación. Pensaba: ¿Qué voy a hacer con mi vida en esta cuarta edad? Mi amada esposa, mi Chata, me trajo a la realidad:

— ¡Indio, con más de 70 años, nadie te dará trabajo, *tenís* que *puro* jubilar! — esa era la amorosa reprensión de mi señora... ¿Qué hacer...?

No podía dormir... ¿Acaso solo me interesan las lucas para jubilar? ¿Formé alguna vez personas? ¿Entregué calidad? ¿Me voy feliz? ¿Hice alguna pequeña diferencia, al menos, como profesor? Quién lo sabe. Solo sé que esa noche, recordé al *gringo* loco y a mis queridos estudiantes aymaras, de toda una vida.

Hoy considero un verdadero milagro, creo yo, el día en que se materializó ante mí un misionero *gringo*, medio loco, llamado Stan, con una idea que germinaba en su mente: la de instaurar una escuela agrícola aymara en medio del desierto más seco del mundo.

Acepté el desafío del *gringo* metodista, no solo por su discurso apasionado; sino porque él trajo a mi memoria la enseñanza de mi madre Isabel Canque Canque, quien solía recalcar la sabiduría del *pachakuti*⁶, que nos enseña que todo es cíclico. Yo tenía que ser consecuente con la enseñanza de esa mujer, de polleras largas y amables, que desde los tiempos en que me cargaba en su espalda, me infundía

³ Yupana: derivada del quechua yupay, aludía a una especie de ábaco con el que se realizaban operaciones aritméticas en la América precolombina (nota de la edición).

⁴ Yatichiri: en lengua aymara, significa profesor (nota del autor).

⁵ Yatiri: en lengua aymara, significa curandero, sabio, hechicero (nota de la edición).

⁶ Pachakuty: tiempo de cambio (nota de la edición).

los principios de nuestros antepasados: *Ama sua, ama quella, ama llulla*⁷. Por eso acepté el llamado de la Pachamama⁸ y respondí que sí al desafío.

Así comenzaron, entonces, aquellos doce años en la comuna de Huara, en la quebrada de Tarapacá, en el villorrio de Pachica, para asumir la dirección del Liceo Agrícola Kusayapu⁹, a ocho horas de viaje de los brazos de mi Chata y a un centímetro de mi cultura.

El año 1992 partimos de la nada con veintitrés jóvenes sabios aymaras, que nuestro sistema educativo había desatendido totalmente. Llegamos a tener 155 adolescentes rurales, a los que les enseñamos nuestra cosmovisión, nuestras tradiciones y valores ancestrales. Allí, sin agua potable ni luz eléctrica, donde el camino solo permitía llegar con vehículos livianos o haciendo dedo y luego caminando kilómetros y kilómetros de desierto seco, de desierto desolado.

Varias veces sufrimos discriminación. En las ceremonias aymaras se usa la hoja sagrada de la coca, muy diferente de la droga o del clorhidrato llamado cocaína. En otra ocasión, cuando nos invitaron al palacio de La Moneda para celebrar el *Machac Mara*¹⁰, a nuestra jefa de UTP no la dejaron ingresar con sus cucharas de plata típicas de su vestimenta, porque para ellos parecían armas peligrosas. En una oportunidad en la que me premiaron en La Moneda por mi excelencia académica, cuando fuimos a celebrar al Club La Unión no me permitieron ingresar por no llevar corbata... iba vestido con mi traje típico. Pero así partimos, discriminados y solo fe y amor por la cultura.

Con los años, pudimos ver cómo nuestros graduados se dispersaban, para practicar lo aprendido y servir en otros lugares; como dignos profesionales interculturales trabajando en el SAG, en INDAP, en municipalidades rurales, como ingenieros agrónomos, distribuidores de productos agrícolas en la Vega de Santiago y tantas otras ocupaciones en las que se materializaba el ideal de servicio al prójimo de aquellos niños aymaras.

El año 2002, mis *kusayapinos* fueron premiados por la Ministra de Educación en la mismísima capital, por haber logrado un puesto entre las diez escuelas con mejor avance en el SIMCE en todo el país. Entonces... ¡qué me podría interesar esa porquería de jubilación! Hay más de 500 jóvenes profesionales aymaras, practicando y enseñando su cultura a sus descendientes en las comunidades nortinas. Lo realmente importante es cuando veo al alumno Villagra enseñando música andina en una escuela de España; a mi ahijado Olivares "Cejas de Azapa" distribuyendo tomates y aceitunas, por los supermercados y por la mismísima Vega Central de Santiago, ¡en su propia flota de camiones! ¡A la cresta la jubilación! ¡Si mis queridos alumnos ya son personas en las buenas y en las malas, ellos están conmigo...!

Hoy día soy concejal y educador aymara. ¡Ese es el verdadero júbilo de mi jubilación! Y cuando la Pachamama recoja mi cuerpo, mi alma estará con el cóndor, sobrevolando mi territorio aymara.

⁷ Ama sua, ama quella, ama llulla: no seas flojo, no seas ladrón, no seas mentiroso (nota del autor).

⁸ Pachamama: en quechua, es madre tierra (nota de la edición).

⁹ Kusayapu: buena cosecha (nota del autor)

¹⁰ Machac Mara: año nuevo (nota de la edición).

Solo pido a los míos que me incineren y esas cenizas las lleven allá mismo, a Pachica y también al cerro ceremonial de Azapa, donde cada año nosotros celebramos unidos, como tiene que ser, el *Machac Mara*, el comienzo de un nuevo ciclo, cuando en los colegios se siga entregando el mensaje de Tupac Amaru: ¡WARANKA, WARANKA, CUTIÑANI!, ¡VOLVEREMOS Y SEREMOS MILLONES! ¡YUSPAGARPUNI PACHAMAMA!, ¡MUCHAS GRACIAS, MADRE TIERRA!

Premio especial Profesor Rural

Región de Arica y Parinacota

Arica

72 años

El mandinga

Umberto Toso Gálvez

Yo soy Galvarino, el que vive en Minas del Prado, el que antes vivía en las inmediaciones del embalse Coihueco donde, a la medianoche, puntualmente, aparece el Mandinga para todo aquel que quiera hacer un pacto. Pero son muy pocos los que se atreven a vender su alma por amor o por dinero. La mayoría le teme, porque saben los males que nos ha causado y nos puede causar todavía. Saben que él escupió todo lo malo que existe en el mundo, desde los espíritus hasta los duendes. El Tue Tue, el invunche, el piuchén, él los escupió. Y los tábanos, las moscas y las cuncunas, los murciélagos y las garrapatas. Él escupió los zancudos que pican la piel y los sapos que usa la Calchona para sus brujerías; y, también, los bichos que se comen las siembras. Al Trauco, él lo escupió. Esto lo escuché en mi niñez, por boca de mi *taita*. El que más sabe sobre las maldades y los seres escupidos por el Mandinga, quizá.

La ocasión que estuvo más cerca de matarme fue dos lunas después de la noche en que me arrepentí de continuar con el pacto.

—¿Te estás burlando de mí, Galvarino? —me dijo el Mandinga, furioso—. Así ha sido, parece. ¿Ya no quieres el amor de la Margarita?

—Lo quiero, pero no a cambio de mi alma.

—Debo ir a cobrar un alma —dijo el Mandinga, orgulloso—. Pero tarde o temprano volveré por ti.

Y volvió. Ya no era el tiempo de la sequía. Tampoco el de la lluvia. En medio de este y aquel, parece. Pero ese día hubo temporal. Vino el Mandinga disfrazado de hombre y me dijo alcanzándome una *chunga*¹¹ con agua dulce:

—Has labrado la tierra todo el día. Debes tener sed. Toma. Bebe un poco.

Los campesinos, antes, no lo reconocíamos. A pesar de que llegó en medio de una gran tempestad, como llegan siempre los seres malignos a cualquier lugar, antes, los campesinos no lo sabían. Si alguien aparece entre rayos, truenos y relámpagos no es persona, es algún demonio. Ahora lo sé. Pero, en ese momento, no lo sabía. Y me dejé convencer. Y después que bebí, empezaron a sucederme cosas raras.

En un abrir y cerrar de ojos apareció una cola de pez donde tenía las piernas. Parecía una sirena. Sí, como ese ser mitad pez y mitad mujer que vive en los dominios del Millalobo. Unos campesinos, que sembraban papas conmigo, desconociéndome, vociferaron:

—¡Un enorme pez, un enorme pez!

Al intentar decirles quien era, no me salió la voz. Tuve que escapar como pude. Arrastrándome con dificultad fui a meterme a las aguas del embalse, perseguido por la gente que me tiraba corvos y piedras.

—¡Comámonosla, comámonosla! —gritaban.

¹¹ Chunga: un recipiente de madera parecido a un balde (nota de la edición).

Tragaba agua por la boca y por la nariz. Hasta por las orejas se me estaría metiendo la laguna en el cuerpo. ¿Sería mi fin? Ignoro cuánto tiempo estuve así, pataleando, buceando, nadando, volviendo a patalar, porque no podía respirar bajo el agua. El desgraciado no me dotó de agallas. Hasta que, agotado, me dejé morir.

—Ya no puedo más —pensaba—. Hasta aquí llego.

Pero los que mueren ahogados, ¿descansan en paz? ¿No es ahogarse la manera más directa de ir al inframundo? ¿De vagar toda la eternidad? Los que se morían así ¿volverían a nacer? Ni idea. Renacerían algún día, tal vez. O ahí estarán todavía dando vueltas por la tierra, penando.

Caí en un sueño profundo o me desmayé, creo. Por unos instantes me pareció estar en el regazo de la Margarita. Quería preguntarle si era una pesadilla todo lo sucedido. Si solo fue un mal sueño que el Mandinga, dándome de beber agua, me convirtiera en hombre-pepe. Pero estaba sobre una dalca¹², creo. O sobre un tronco de pitao¹³ en medio del embalse Coihueco.

De pronto, me di cuenta. Lo que yo creía una dalca era el lomo de un piuchén, la sanguinaria serpiente alada que vive cerca de ríos y lagos y come carne humana. Caramba.

¿Se había dado cuenta el piuchén que me tenía sobre ella? Hubiera empezado a volar o se hubiera hundido en las profundidades de la laguna para tenerme a su merced y tragarme de un bocado. ¿Estaría muerta, tal vez? ¿Por qué no me ha tragado aún?

Estuvimos flotando a la deriva, como náufragos en el mar. Sentía mucho frío, tiritaba y me chocaban los dientes. ¡Achís! Creo que me estaba resfriando, caramba. Entonces, el piuchén hizo una pirueta y yo salí volando.

Cuando me estrellé en la tierra, el golpe me devolvió a mi estado original. Ahora soy un hombre con todo y piernas. Qué felicidad, aquí, en tierra firme. Este es mi hogar. Lo mejor del mundo es vivir acá, en la tierra, no en el agua, pues no soy pez. Soy un ser humano. Un campesino. Gracias, piuchén. Tuviste piedad de mí.

—¿Estás ahí? —pregunté.

—Aquí estoy —respondió el piuchén desde el embalse—. Te di un buen susto, ¿cierto? —exclamó riéndose.

—¡Mandinga! —exclamé, admirado, reconociéndole la voz.

—No podía dejarte morir —me dijo—. Solo quise darte un susto. Quiero tu alma. Y si no puedo tener tu alma, te mato. Adiós. Nos vemos en tres lunas.

No quería que se fuera.

¹² Dalca: una canoa liviana y cosida que usaba el pueblo nómada de los chonos, en el sur de Chile (nota de la edición).

¹³ Pitao: también conocido como canelillo, es un árbol endémico de Chile. Es relativamente pequeño y sus hojas están siempre verdes. Como está en peligro de extinción, su tala está prohibida (nota de la edición).

—Cómo se va a ir pues —dije—. ¿Por qué quieres precisamente mi alma? Cuenta, cuenta, tienes que contarme.

Pero el Mandinga, convirtiéndose de nuevo en diablo regresó al mundo de abajo, caminando. Ahí estará, mirándome. Oyéndome. Vigilándome, estará. En tres lunas vendrá por mí. ¿Haremos el pacto? Quién sabe. Ahora les puedo contar a ustedes. Mañana no sé cómo será.

Premio especial Mandinga

Región de Ñuble

Chillán

52 años

La leyenda del socavón

José Valdez Mamani

Hace muchos años atrás en la ciudad de Oruro, Bolivia, lugar donde nací y crecí, me contaron la leyenda de una virgen que apareció a través de una imagen dentro de una mina, llamada la Virgen del Socavón. El nombre original era Virgen de la Candelaria.

Cuenta la leyenda que en la mina San José, un trabajador minero en su quehacer diario, tenía muchos problemas, su esposa enferma y él, sin contar con dinero suficiente para poder costear sus medicamentos. A él le pagaban según la cantidad de mineral que explotaba o la carga que sacara. Tanta fue su desesperación que pidió al cielo o a sus creencias que le ayudaran. Así pasó un tiempo de angustia, hasta que un día fue tanta la aflicción que al estar trabajando para mantener a su familia se le apareció una imagen en una roca al interior del socavón, era la imagen de una virgen, que lo asustó mucho. Era tan clara la imagen, que se fue a su casa y no contó a nadie lo que había visto, solo a su esposa enferma. También consultó a los ancianos de su pueblo, quienes miraron en la hoja de coca y le dijeron que lo que vio en ese lugar era una señal y que tenía que trabajar la roca y explotarla.

El trabajador se llevó unos hombres de confianza, encontraron mucho oro y con eso ayudó a la gente del pueblo y a su familia.

Y en honor a esa imagen, se llama la Virgen del Socavón, la mamita Candelaria, y se le construyó una iglesia y se esculpió una imagen similar; por eso, cada año en el mes de febrero, se realiza la fiesta y Carnaval de Oruro.

¡Jallalla¹⁴ Bolivia!

Premio especial Migrantes

Región de Tarapacá

Alto Hospicio

42 años

¹⁴ Jallalla: interjección que se usa en Bolivia; expresa aclamación (nota de la edición).

La vieja Lala

Fidel Toledo

Con aire de preocupación, Ernestina se dirigió a la casa de su madre, que estaba ubicada en la misma chacra; un terreno de poco más de cinco hectáreas, que colindaba con un cerro cubierto de espinos y un riachuelo que dotaba al lugar de gran belleza. Era la penúltima de ocho hijas y, había optado por quedarse en San Manuel, entre otras razones, para cuidar de su madre; pese a que esta siempre le había dicho: “Por mí, no trunques tus sueños”.

La vieja Lala se acercaba a los 87 años y hacía un par de meses había dejado el hospital por algunas complicaciones al estómago. Se hallaba más delgada y eso la debilitaba un poco. Ernestina, como nunca, sintió que su madre había envejecido; ya no era esa mujer fuerte, de mirada firme y aire decidido. La visitaba varias veces durante el día. En el fondo vivían juntas, pero en casas separadas. Sin embargo, el hecho que ese día le dijera que quería conversar con ella, hacía que la visita fuera diferente, generando cierta intranquilidad en Ernestina. Para calmarse, le pidió a su marido que la acompañara.

—¡Quiero decirte algunas cosas! —le dijo la vieja Lala, sin mayores preámbulos, cuando Ernestina entró a su casa—. No me contradigas y hazme caso en todo lo que te voy a decir, espero ser clara.

Ernestina, al lado de su marido, se aferró a él como buscando apoyo. Le angustiaba el tono de voz de su madre. Tenía un halo de misterio y pesadumbre.

—Te darás cuenta —comenzó hablando la vieja Lala, con voz algo temblorosa, pero clara—, ya he caminado hartito y me siento un poco cansada. Por eso quiero dejarte algunos encargos, para el día en que ya no sea parte de este mundo.

—¡Pero mamá, si usted....! —alcanzó a articular Ernestina cuando su madre la calló en seco.

—¡Ni peras ni tres cuartos de chicha!, ¡déjame hablar, no son consejos los que necesito! —su voz se escuchó firme y después de una pausa, continuó—. Te decía, que en cualquier momento me voy de este mundo y para el día que ocurra, quiero pedirte lo siguiente:

—En el ropero, ahí, al lado tuyo, hay una falda, una blusa y una chaqueta verde olivo. Me vistes con esa ropa. Si hace frío, me pones un gorro de lana del mismo color. No me pongas zapatos, ponme medias gruesas si hace frío o calcetines delgados si hace calor. Yo creo que moriré en invierno, así que me abrigas.

Por las mejillas de Ernestina ya rodaban lágrimas y su rostro lucía demacrado, hizo ademán de hablar, pero la vieja Lala continuó con su petitorio:

—Nada de llantos y lágrimas. ¡Así que sécate la cara y escucha! Quiero que sea una despedida con poco ruido, sin discursos aburridos ni alabanzas que no merezco. Los méritos se agradecen con acciones, más que con palabrería. El velorio, en la bodega, con poca gente, mis hijas y un par de vecinos. No le avises a quienes no venían a verme en vida. A la ingrata de la Emelina, que hace como diez años que no se aparece, no le avises. Y a la bruja de la Margarita, que se entere cuando esté bien enterrada.

La vieja Lala nunca perdonó a su amiga de juventud, en el tiempo en que se rumoreó que su difunto marido —Isidoro—, había tenido algún enredo con la Margarita; pese a que su marido se lo negó toda la vida, ella nunca se sacó de la cabeza ese entuerto. Respecto de su hija Emelina, le dolía en el alma que hubiera sido tan ingrata, fue la más regaloneada, la única que no recibió chicotazos por el culo, la que menos trabajó siendo niña y la que menos sufrimientos tuvo que padecer. La situación económica había mejorado un poco y todas las hijas apoyaban de diversas formas con la economía hogareña. A Emelina le tocó el mejor período de vida en San Manuel. Pero su hija menor —engreida y tonta—, como la vieja Lala decía refiriéndose a ella, fue la causa de llantos silenciosos y de amarguras no comentadas. Porque en público, Emelina la engreida, no era motivo de conversación.

—Ni flores ni coronas —continuó—. Como creo que moriré en invierno, un ramito de violetas o narcisos será más que suficiente. Las flores siempre se ven más bonitas en los jardines.

Ernestina sentía que debía cumplir a cabalidad los mandatos de su madre, pero estaba traicionando sus sentimientos. Su marido, adivinando lo que pasaba, la acogió con fuerza, mientras la vieja Lala seguía estoica dando instrucciones y con cara agreste le transmitía a Ernestina que evitara el llanto.

La vida de Gladys Alfonsa Faúndez, el verdadero nombre de la vieja Lala no había sido nada fácil. Junto con su marido, llegaron con lo puesto a San Manuel y, al poco tiempo, ya estaba embarazada de la primera de ocho hijas que tuvo el matrimonio. Su vida transcurría entre la crianza, los quehaceres de la casa, el trabajo en la huerta y la recolección de productos silvestres para alivianar la carga y los gastos hogareños.

La crianza de sus hijas fue rigurosa y bajo una disciplina espartana. Desde muy pequeñas, tenían que ayudar en todas las actividades de la casa; recoger leña en el cerro cercano, barrer y limpiar la casa y el patio; trabajar en la huerta, ayudar en la cocina, preocuparse del cuidado de los animales. De lunes a domingo había que levantarse muy temprano. Si había poco trabajo, lo que no era habitual, la Gladys Alfonsa ordenaba a sus hijas más grandes a cavar un hoyo en la quinta y las más chicas tenían que recoger piedras y llenarlos. Les hacía parecer que era un juego, pero les explicaba que era para limpiar la quinta y así disponer de mejores frutas para la cosecha.

Con el paso de los años, no había ninguna piedra en la chacra de la familia. En la casa de Gladys Alfonsa no había tiempo para el ocio o la flojera. Eso contribuyó a que las hijas se criaran con temple fuerte, como su madre, y enfrentaran la vida con estoicismo. Cuando las hijas llegaron a la adolescencia y, su juventud atraía a los guainas de la zona, Gladys Alfonsa reforzaba la vigilancia y encomendaba nuevas responsabilidades a las hijas. Así, no tenían tiempo para fijarse en esos holgazanes que de tarde en tarde pasaban canturreando canciones melosas por fuera de la casa. Provista de un buen garrote, la vieja Lala se paseaba en su quinta si advertía que algún muchachote se quedaba demasiado tiempo merodeando por los alrededores. ¡Ustedes deben ser mujeres de respeto! Les repetía cual vieja campana de escuela a sus hijas. Y para sus pocas amistades que tenía en San Manuel, en las ocasiones en que le criticaban la rigurosidad de la crianza, les replicaba:

—¡Son mis hijas y yo sabré la enseñanza que les doy!

Isidoro compartía plenamente la rígida crianza de las hijas y, si bien era de pocas palabras, bastaba una mirada torva, para enderezar cualquier árbol chueco. Repartidas por diversas partes del país, con frecuencia las hijas visitaban a su madre, especialmente después de quedar viuda de Isidoro. La vieja Lala se sentía orgullosa y agradecida de sus hijas, pese a que, en las oscuras y largas noches de invierno, un suspiro arrancaba del corazón de la anciana y se preguntaba la razón por la que Emelina era tan ingrata y altanera.

La mañana había amanecido muy helada, una escarcha gruesa cubría el pasto, los árboles y los techos de las construcciones. Era uno de los últimos días de julio. Desde su pequeño corredor, Ernestina oteó hacia la casa de su madre, que estaba como a trecientos metros. Le preocupó no verla repartiendo granos a sus aves; multicolores gallinas, patos y gansos que se amontonaban cuando la vieja Lala entraba al corralón rodeado de manzanos. Se acomodó su gorro y endilgó sus pasos hacia la casa de su madre. La vieja Lala no estaba en la cocina; con pasos silenciosos se encaminó hacia el dormitorio. Suavemente abrió la puerta y se acercó a la cama. En un lecho, cubierto con una manta negra, de la que sobresalían unas sábanas bordadas a mano, la vieja Lala, tiesa como una tabla, se había quedado eternamente dormida.

Premio especial Mujer Rural

Región de Los Ríos

Río Bueno

58 años

Las vasijas rotas

Jacqueline Muñoz

Adaptación de la entrevista a doña Ema Sobino, alfarera de Campón, San Rosendo.

Hace algunas generaciones, en la localidad de Campón, ubicada al interior de la comuna de San Rosendo, Región del Biobío, Chile, vivía una gran comunidad de alfareras. Durante el invierno la lluvia golpeaba muy fuerte sus casas de adobe, y hacia que el barro cubriera los caminos, prosperando así entre las barrancas la greda.

Era muy habitual que las madres enseñaran generación tras generación el oficio de la alfarería a sus hijas. Silvia era una de las jovencitas aprendices que, con solo diez años, comenzaba recién a fabricar sus primeros cacharritos de greda para comercializarlos en la ciudad. Se levantaba muy temprano, en realidad todas las mujeres de su comunidad se despertaban de madrugada a trabajar, tanto para ir a ver sus crianzas de animales y las huertas, pero, sobre todo, a realizar su trabajo como alfareras.

Silvia, desde que tenía memoria, jugaba con el barrito al lado de su madre; la observaba mucho. Así fue como aprendió a hacer chanchitos, vasijas, figuritas pequeñas muy mononitas, hasta que con el tiempo se le fue alivianando la mano y adquirió práctica. Sin embargo, para lograr ser una alfarera consagrada, debía tener mucha disciplina y creatividad, pero, sobre todo, emplear mucho sacrificio, ya que, para comercializar sus piezas de alfarería tenían que recorrer entre cuatro a cinco horas a pie hasta llegar al pueblo de San Rosendo, donde había un gran mercado que vendía de todo. Allí, por el auge del ferrocarril, mucha gente transitaba, por lo que era un excelente lugar donde comercializar productos.

La primera vez que nuestra protagonista logró vender sus piezas de greda, se sintió muy feliz y nació en ella una extraña sensación de querer realizar miles de piezas, con distintos diseños y formas. Tenía demasiadas ideas en su cabeza, tantas que imaginaba cuánto dinero ganaría y de solo pensar en lo que podría adquirir con ese dinero le brillaban los ojos y pensaba:

—¡Uh, todo lo que podría comprar! ¿Quizás compre unos zapatos nuevos o un vestido? No, mejor compraré unos pavos y así comenzaré mi primera crianza de animales. ¡Esa sí que es buena idea!—. Y así, la joven comenzó a imaginar todo lo que podría llegar a realizar.

Al día siguiente se levantó muy temprano, dispuesta a cumplir su plan. Fue en búsqueda de greda, aunque, lamentablemente, como ese verano fue muy seco, costaba bastante encontrar la buena greda, por lo que las ancianas más sabias de la comunidad recomendaban buscar con paciencia la materia prima. En cuanto a las aprendices, era mejor dejarse acompañar por una mujer mayor que entendiera más acerca de este tema. Sin embargo, Silvia tenía mucha ansiedad por ganar dinero, más que de hacer un buen trabajo, como se lo habían enseñado su madre y sus tías. Así, sin dar muchas vueltas al asunto, sacó el barro que pilló y comenzó a fabricar sus cacharritos.

¡Qué rapidez! Cincuenta cacharros en un solo día. Distintos tamaños: grandes, pequeños, algunos con forma de animalitos y otros con figuras de aves. Finalmente, consiguió una gran variedad de piezas, que realizó muy escondida de todas las otras mujeres de su comunidad, ya que su ambición la había cegado, pero ella se justificaba diciendo:

—¡Mejor trabajo a escondidas de las demás! No quiero que copien mis grandes creaciones. Me costará venderlas y perderé dinero —y pensando todo el tiempo de esta manera, salía sigilosamente de su casa durante la noche a cocer al fuego sus piezas de greda. Allí, ya cocinando sus novedosas lozas, imaginaba todo el dinero que juntaría y cómo contaría todo su capital delante de sus amigas, que ya hace tiempo vendían, pero que nunca sacaban buenas ganancias.

Ya era muy tarde y se quedó dormida cerca del fuego. A la mañana siguiente, muy temprano, un gallo la despertó cantándole cerca del oído. De lejos, se escuchaba cómo las demás alfareras ya estaban armando sus paquetes para avanzar a la ciudad. De un salto, Silvia se levantó y comenzó rápidamente a escarbar entre las cenizas sus apreciados cacharros, cuando de pronto observó algo que no podía creer; todos los cacharros estaban rotos.

—¡Ah! —un gran grito se escuchó en la localidad. La madre de Silvia corrió a buscar a su hija, y distinguió desde lejos su inconfundible alharaqueo en ese angustiante grito. Allí la encontró, llorando entre un montón de pedazos de barro cocido. La recogió entre sus brazos, la limpió y con mucha incertidumbre le preguntó:

—Hija, ¿qué ocurrió? —Silvia le contó todos sus propósitos. Su madre se percató de lo frustrada que se sentía la pequeña por no poder cumplir sus sueños a través de la ganancia de ese dinero. Entonces, la mamá confundida con respecto a los deseos de su niña, la sentó en una vieja silla de mimbre y secando sus lágrimas le habló:

—Hija, lo importante en este oficio no es el dinero que se pueda ganar, más bien que nuestra cultura pueda trascender en el tiempo. Recuerda que nuestras abuelas con sabiduría nos enseñaron este hermoso oficio que nos alimenta, pero también nos llena el alma. Además, el dinero lo único que hará es volverte más ambiciosa y puede que dañes a quienes más quieres. Quizás en algunas décadas más ya no exista este ni otros oficios, pues ya sabes que no dejan una gran cantidad de ganancias para las artesanas y la vida cada vez es más cara. Quizás hija, al pasar el tiempo nuestra cultura desaparezca o se comercialice, apropiándose de ella las grandes industrias. Sin embargo, tú debes comprender que aquí está toda nuestra sabiduría como mujeres de la tierra, toda nuestra sobrevivencia. Además, debes analizar siempre algo muy importante: una buena alfarera debe aprender a reconocer cuál es una buena greda, pues lo bueno se recoge para moldear grandes cosas, y las que nos hacen daño o no nos sirven, se dejan para siempre.

Premio especial Oficios Tradicionales

Región del Biobío

San Rosendo

29 años

Una espina en el corazón

Camilo Montecinos Guerra

Ernestina sabe que el clima ha cambiado rotundamente en Arica. Ya no son los días calurosos a pleno sol, como en los tiempos de los años cincuenta, época en que era una niña pequeña que visitaba la ciudad de vez en cuando y su piel morena se tostaba aún más con el calor abrasador. Los días ahora se asemejan más a su natal precordillera, en Livilcar, donde los días ventosos y frescos la hacían tiritar por las mañanas, o como en los altos altiplanos, de donde era oriundo su padre, por allá en Zapahuira.

El frío la invita a preparar una rica sopa de quinua¹⁵ para sus nietos, amantes de su mano en la cocina, regalones de su cariño sempiterno que ella sabe entregar cada vez que baja a la ciudad. El humo del caldo abriga toda la casa y el aroma que desprende avisa a los comensales que la hora de almuerzo ya está por comenzar. Corta las últimas verduras decora el plato y revuelve con paciencia, mientras los niños se acercan y se sientan cada uno a la mesa.

—Abuelita ¿hoy nos contarás nuevamente tu historia? —preguntan expectantes.

—Ya se las he contado varias veces, ¿de verdad quieren oírla de nuevo?

—Sí, es que nos gusta mucho escucharla —insisten al unísono.

Ernestina vuelve atrás en su memoria, escarba nuevamente entre sus recuerdos, recolectando aquellas piezas preciosas que guarda como diamantes valiosos. Ningún acontecimiento en su vida lo ha desechado. Todo ha sido importante y ha contribuido a formar el carácter que tiene. Cada episodio, instancia, experiencia, tiene un valor en sí mismo, por el aprendizaje que le ha permitido continuar hacia adelante.

Pero ese recuerdo tiene un matiz especial. Lo atesora en lo más profundo de su corazón. Le devuelve una lágrima cada vez que lo rememora y el pecho se le aprieta al relatarlo. Esa emoción viva de contarlo, quizás es lo que impresiona a sus nietos, por lo que cada vez que pueden, ruegan volver a escucharla.

Todo se remonta a casi medio siglo. En una localidad alejada de las urbes, situada más allá del valle de Azapa, rodeada de cerros y cañones, un lugar inhóspito, pero a la vez fructífero. Se le conoce como la quebrada de Livilcar y Ernestina al recordarlo siente el aroma precordillerano de los días de infancia, cuando de pequeña recorría Ausipar o Achuyo, merodeando curiosa por esos terrenos recónditos y solitarios. Siente que es otra vez una niña que salta por encima de los ríos, o que se recuesta boca arriba para contemplar los cielos limpios y únicos.

—Era un paisaje maravilloso —les relata a sus nietos—. En ese lugar viví y crecí —les repite— por muchos años, hasta que la infancia fue quedando atrás y aparecieron nuevas etapas y experiencias. En los tiempos antiguos, las personas avanzaban de niños a adultos en un solo paso, sin un proceso intermedio. La vida era más dura y exigía dejar rápida la imaginación y la fantasía propias de la niñez, para asumir con prontitud la responsabilidad que demanda una vida difícil y de esfuerzo.

¹⁵ Quinua: también quinoa. Voz quechua. Planta anual comestible (nota de la edición).

En eso le llegó la edad de casarse. Ella, una joven buenamoza de apenas quince años debía contraer matrimonio. El novio era un joven livilqueño, que conocía de toda la vida. Trabajador de la tierra e hijo de agricultores, era un buen hombre hasta ese entonces. Ya imaginaba el resto de sus días a su lado y auguraba un gran futuro. Se conocieron entre el silencio de las quebradas y fue amor a primera vista. Ambos, muy niños se tomaron de la mano y no se separaron. Recorrieron tantas veces juntos aquellos cerros y caminos troperos. Se escondían entre las murallas de adobe, alejados del mundo, mientras las horas pasaban y pasaban hasta que el sol caía dejando a oscuras el valle.

Debe admitir que lo amó, lo amó más que nunca, como esos amores eternos de juventud. Los días previos a la boda la ansiedad era enorme. Vestiría con el traje blanco de su madre, que también había ocupado la madre de la suya. De generación en generación. Las familias ya habían acordado los pormenores de la fiesta. La celebración matrimonial sería en la parroquia de San Bartolomé, la iglesia del pueblo y templo sagrado para sus habitantes y feligreses. Sería bajo alero del campanario, al mediodía, para luego continuar festejando en las casas de las familias, acompañada de los más cercanos.

Todo estaba previsto y calculado. La mañana del matrimonio el cielo apareció despejado y el astro sol brillaba más que nunca. Era pleno otoño, cercano al mes de mayo y las fiestas de las cruces. Habían elegido ese día para esperar juntos la procesión religiosa, así, vestirían la cruz como familia por primera vez. La hora avanzaba y la novia expectante lucía hermosa a las afueras de la iglesia. Toda la familia reunida, por ambos lados, junto a lugareños y habitantes de la quebrada. La ocasión de la boda era una linda excusa para salir a observar, para acompañar y desear buenos augurios a la incipiente pareja. El sol seguía fijo en el cielo azulino, brindando ese calor que solo en las quebradas puede sentirse. Corría también un ligero aire precordillerano.

Ernestina comenzó a preocuparse. El mediodía ya había quedado atrás y no se veían rastros del novio. La familia desesperada, corría de un lugar a otro buscando alguna noticia que explicara la incómoda situación. Todos se miraban entre sí, sin saber qué decir. ¿Qué podría hacer ella al respecto más que llorar amargamente? Las lágrimas brotaban como los ríos cristalinos del altiplano, cascadas de agua intensa, emociones a flor de piel por el cruel abandono que sentía.

Ese día no logró casarse y los sueños se esfumaron. Mientras relata una vez más la historia, vuelve a sentir las lágrimas caer por sus mejillas.

—Ha pasado mucho tiempo —les dice a sus nietos.

Pero ni el tiempo ha logrado calmar el dolor que le provocó esa decepción. Como toda *warmi*¹⁶ aymara, supo enfrentar las dificultades y encauzar nuevamente su vida. Fue madre y abuela, y disfruta ahora entre la paz de los valles andinos y las modernidades de las grandes urbes.

La novia que fue en algún momento quedó ahí para siempre: tímida, solitaria, escondida entre las paredes de barro y grandes peñascos, al son de las campanas de una iglesia milenaria, al son de los susurros de una quebrada que, al igual que su amor, se niega a morir.

Premio especial Pueblos Originarios

Región de Arica y Parinacota

Arica

34 años

¹⁶ Warmi: en lengua aymara significa mujer (nota del autor).

La Chonchona

Carlos Zúñiga Ojeda

Era una noche tenebrosa, cargada de nubes, a punto de largarse el firmamento a llorar desconsoladamente sobre Quemchi. En la atmósfera se sentía una pesada carga eléctrica, que presagiaba como que algo muy malo iba a ocurrir, y que tenía intranquilos a los animales del predio. También a los padres y a las dos hijas adolescentes, que habían llegado recién ese viernes en la tarde de Ancud donde estudiaban. Se sirvieron en silencio su comida: papas y verduras cosechadas de la huerta, además de unas presas del pollo que había sido sacrificado en la mañana para la ocasión. Los padres preocupados las observaban desde la estufa a leña, donde tomaban unos mates.

Pasadas las nueve de la noche terminaron de comer y pidieron permiso a su progenitor para salir a tomar aire y a contemplar, antes que se desatara el aguacero, la luna llena que se vislumbraba apenas a través de las nubes. Su decrepito padre, un severo pastor evangélico, les dijo que no, pero las emancipadas adolescentes no obedecieron y salieron muertas de la risa. Tenían de todas formas algo urgente y secreto que realizar a escondidas. En el internado habían aprendido a fumar.

Estaban en su segundo cigarrillo, ahora más tranquilas, cuando se les cruzó un Tue Tue sobre sus cabezas, y dando un tremendo gemido, le arrebató a una de ellas el cigarro encendido, que el pájaro de mal agüero siguió fumando en el aire. Al final, solo se veía en el cielo un puntito rojo, hasta que desapareció totalmente.

La muchacha, furiosa, lanzó una maldición:

—Chonchona ¡ojalá te conviertas en una vieja de mierda! —y la otra, en son de burla, agregó a viva voz:

—¡Chonchona te esperamos mañana a las nueve a tomar desayuno!

Al día siguiente, siendo justo las nueve, una vieja feísima tocó la puerta de la casa.

El padre les gritó a sus hijas, que una señora preguntaba por ellas.

—Dice que ustedes la invitaron a tomar desayuno y se ha sentado a la mesa, y no piensa moverse hasta no compartir con ustedes.

Asustadas, se acuerdan de la noche anterior y en el trayecto se ponen de acuerdo, que mientras una de ellas saluda a la vieja, la otra tapaná a su hermana, para que pueda colocarle a escondidas, como contra¹⁷, dos palos de escoba en forma de cruz, debajo de la silla.

El olor que emana la Chonchona es insoportable. Por tal motivo, el padre enfurecido le grita a la señora delante de sus hijas, que se retire de inmediato, agregando varios chilenismos. La bruja se pone histérica y trata infructuosamente, una y otra vez, de levantarse de la silla. Tampoco puede proferir sus terribles maleficios. No puede hablar ni moverse. Está pegada a la silla y al piso como una sola pieza. El hombre que está descontrolado, en un momento dado pasa a llevar uno de los palos, y desarma la cruz.

¹⁷ Contra: objeto mágico que se utiliza para neutralizar los efectos de los maleficios (nota de la edición).

La Chonchona, libre de la contra, emite un tremendo gemido igual a un Tue Tue, que deja a todos paralizados y sale volando convertida en pájaro. Una vez que se reponen del susto, se encuentran con la nefasta sorpresa que el dueño de casa ha perdido totalmente la voz, es decir, ha quedado mudo para siempre. A una de las hermanas le ha salido en la garganta una ubre de vaca y a la otra un cinturón de carne en la cintura, que les fue creciendo poco a poco, apretándoles lentamente, hasta asfixiarlas, para morir después de sufrir un año su terrible mal. La *meica*¹⁸, la bruja mayor, el cura exorcista y los médicos nada pudieron hacer para salvarlas.

De los maleficios de la Chonchona, la única que se libró fue la madre, pero siguió viviendo el resto de sus días en una insoportable depresión. El padre vivió muchos años más, pero como pastor se vio obligado a cumplir su apasionada misión de otro modo muy distinto a su famosa acostumbrada verborrea, que lo había hecho famoso en toda la zona. Se vio forzado a predicar a puros gestos. No lo hacía mal. Por ejemplo, cuando se refería a la condena a muerte por el pecado, pasaba horizontalmente de un lado a otro su mano sobre el cuello a modo de cuchillo. Así tenía gestos y gemidos para todo.

Moraleja... ¡nunca te rías del Tue Tue o de la Chonchona!

Premio especial a la Trayectoria

Región de Los Ríos

Valdivia

82 años

¹⁸ Meica: curandero que utiliza yerbas, ungüentos y artes de brujería (nota de la edición).

El alma perdida de la novia de Azapa

Marcos Caldas

Era un día común y corriente, tenía que ir al colegio con mis hermanos y mi madre tenía que ir a trabajar, por allá en el kilómetro veinte de Azapa; era agricultora de una empresa. Al salir del colegio, mi madre me llamó y me dijo que llegaría tarde a la casa, por lo que en el intertanto debía cuidar a mis hermanos.

Al caer la noche me llamaron de Carabineros para informarme que mi madre había tenido un accidente y que estaba hospitalizada; colgué y corrí al hospital a verla. Al pasar los días, por fin despertó y hablamos, solo dijo que quería ir a trabajar y visitar a la Virgen de las Peñas. Quedamos muy confundidos por lo espontáneo de sus dichos al despertar, tanto que ni siquiera nos preguntó cómo estábamos. Con mis hermanos nos alegramos y cedimos a sus deseos, porque estaba todo bien.

Al pasar los días la notabamos rara, llegaba tarde a casa y a veces se colocaba su vestido de casamiento. Jamás le preguntamos por qué lo hacía, hasta que un día salió con el vestido puesto y solo se limitó a comentar que se tenía que casar en las Peñas con su amado. Yo pensé que bromeaba, ya que se encontraba casada con mi padre. Le consulté si la podía acompañar y se negó, se fue y yo preocupado, la seguí. Me iba inquietando cada vez más al notar que caía la noche y solo seguía el mismo camino del accidente. Observé entonces que se estacionó en el lugar del accidente y yo, desde muy lejos, mirándola, vi cómo se bajaba. Dijo en voz alta su propio nombre y pidió perdón por tomar su cuerpo. Atónito por lo visto y sin saber qué hacer, vi como se subió nuevamente al auto, y se dirigió a un lugar desconocido. Sin darme cuenta llegamos a las Peñas.

Al bajarse, la seguí y noté que entró en el santuario de la virgen. Las horas pasaron, el tiempo transcurrió y nada sucedía. Simplemente ella continuaba sentada como si estuviera esperando a alguien. Agarré el suficiente valor, me acerqué y le pregunté por qué estaba aquí y mi supuesta madre me respondió diciendo que no era mi madre, que se llamaba Gloria del Rosario Barrios y que esperaba a su prometido, porque ahí tenían que encontrarse, para ser bendecidos por la virgen y así poder casarse. Yo, asombrado y asustado, le dije que dejara de bromear y que regresáramos a casa, a lo que ella me respondió enojada y con una voz tenebrosa que quería ver a su esposo. Hasta que por fin me di cuenta de que era la muchacha que falleció en un accidente yendo a encontrarse con su prometido y que era la misma que había generado el mito de la novia de Azapa.

Empecé hablándole y explicándole lo que sabía de ella y le nombré a su prometido. Hablándole a su corazón le conté lo sucedido y se puso a llorar. Le conté que su prometido la esperó y se quedó solo. Que ahora podía descansar en paz, que su novio ya la había dejado ir, que todo estaba bien y que algún día lo volvería a ver.

Mis ojos lograron ver cómo una luz fugaz salió del cuerpo de mi madre formando el cuerpo de una joven. Entre lágrimas sonrientes, al fin el alma pudo descansar en paz y saber su verdad.

Primer lugar regional

Arica
18 años

La mazorca dorada

William Calizaya Espinoza

En el valle soleado de Lluta nacen una infinidad de historias de familias que llegan a saciar su hambre de prosperar en la agricultura, innovando con nuevos productos agrícolas como el morrón, el ají, el tomate y, en especial, el producto especial estrella: el choclo lluteño.

Aquí empieza la historia de una de esas tantas familias que llegó a conquistar el valle y sus integrantes son mamá, papá, mamá Yoyo y sus hijos Celeste y Cletus.

Los primeros meses que sembraron sus productos se secaron por la falta de agua, así que tuvieron que pasar penurias; había momentos en los que la familia deseaba dejar esos terrenos e irse a nuevos rumbos.

Una noche la abuela Yoyo tuvo un sueño extraño. En él, ella recorría las tierras con pedregales y le inundaba una gran tristeza, porque nunca había imaginado que las cosas sucedieran de ese modo. Al finalizar su camino divisó una pequeña mazorca dorada.

Aquel sueño no la dejó tranquila y a los días después, la abuela Yoyo tuvo el presentimiento de que ese terreno le estaba guardando un porvenir maravilloso. Se decidió y empezó a limpiar el terreno, quitó piedra por piedra, grama por grama, aró la tierra y levantó surcos.

Tras caer la tarde divisó un objeto dorado. Todavía con el cansancio encima fue a ver de qué se trataba. Al buscar tras los matorrales descubrió la mazorca dorada de sus sueños, su sorpresa la llenó de alegría, porque su fe nunca la había abandonado. Ella sabía que era la señal que estaban esperando.

Sin decirle a nadie, guardó la mazorca en un baúl. Al día siguiente la mazorca desapareció y la buscó por todas partes, pero no la halló. Corrió a revisar en el mismo lugar donde la había encontrado, pero solo estaba el crecimiento de un brote de semilla de maíz, que fue señal suficiente para dar aviso a toda la familia.

Decidieron entre todos sembrar maíz. Ese año el precio del choclo estuvo por los cielos, de esa ganancia se compraron una flota de camiones, fueron conocidos como la familia de la mazorca dorada.

En agradecimiento la familia entierra sus mejores productos en ese mismo lugar donde encontraron la mazorca de oro. Todos los años en la misma fecha hacen ese ritual.

Segundo lugar regional

Arica
15 años

Caballito blanco de Belén

Sophia Riquelme Pezo

A penas escuché la noticia sentí cómo mi corazón se detenía. No se qué expresión se plasmaba en mi rostro en aquel entonces, pero juzgando por las miradas de mis padres no podía ser buena. La desaparición de mi hermana era una cosa, sin embargo, la confirmación de su muerte era otra. Yo era un joven testarudo y desconfiado y no podía confiar en las palabras de unos adultos desconocidos, ¿qué saben ellos? me preguntaba. Cuando me escapé de casa la noche de la noticia, escuché a mis padres gritar mi nombre a lo lejos. Lo recuerdo bien, Belén era un pequeño pueblo, aunque, luego de los acontecimientos de mi hermana, mis padres tenían miedo, miedo de perder otro hijo. En ese entonces, no lo comprendía.

El viento frío de la noche me calaba los huesos, pero no pensaba volver solo, sin mi hermana. No recuerdo cuánto tiempo estuve caminando, todo parecía automático y mis pies se movían por sí solos; solo sé que tenía un lugar en mi mente: el puente, aquel que no debíamos cruzar, y en donde vi a mi hermana por última vez.

Entonces, al llegar, la divisé al otro lado.

Estaba oscuro y apenas podía ver por donde caminaba, pero la viva imagen de ella era tan clara como la del río en el que jugaba. Solo podía ver su espalda y su largo pelo color carbón, con la misma ropa que la vi la última vez; era ella, estaba seguro.

Pero, cuando estuve a punto de gritar su nombre, apareció él. Un caballo de pelaje blanco enceguecedor parecía brillar en la oscuridad y me hizo olvidar que era de noche. Me quedé observándolo hipnotizado, ignorando por un momento quién era, qué hacía ahí y a quién buscaba, pero, entonces, su presencia se hizo demasiado pesada y mi cabeza comenzó a dolerme.

Mi hermana finalmente se volteó en mi dirección y hasta hoy me arrepiento de haberla mirado. Sus cuencas se encontraban vacías y en donde antes se posicionaban unos hermosos ojos marrones, ahora solo había un vacío. El aliento escapó de mis pulmones y no fui capaz de recuperarlo. Lo último que recuerdo ver fue ver a mi hermana subiendo al caballo y su nombre siendo susurrado en mi oído, antes de que todo se volviera oscuro... Belén...

Lo que pasó al despertar es algo imposible de recordar para mí. A veces pienso que todos esos acontecimientos fueron un sueño, porque cada vez que les pregunto a mis padres qué pasó esa noche y cómo volví, solo responden que, en realidad, nunca salí de casa y que fui a acostarme con ellos, desamparado.

Yo sé que fue real, ya que a pesar de que mi memoria es frágil, todos los años, al menos tres niñas pequeñas con el mismo nombre del pueblo desaparecen, para luego ser encontradas con sus cuencas vacías junto al cadáver de un caballo blanco.

Tercer lugar regional

Arica
15 años

La leyenda del pequeño oso andino

Francisca Varela Carvajal

Hace mucho tiempo, había una comunidad aymara que vivía escondida en medio del altiplano. En una de las familias había un niño que solía salir de casa y estar fuera todo el día, entre los cerros y las quebradas.

Pasaron los meses y cada vez iba por más tiempo a estos lugares, hasta que dejó de comer en casa; partía al amanecer y no volvía hasta muy tarde en la noche.

Sus padres lo regañaron, pero eso no sirvió de nada, porque el niño lograba escabullirse mientras sus padres trabajaban la tierra. Salía todos los días, hasta que los padres notaron que un cabello castaño muy oscuro comenzaba a crecer en todo el cuerpo de su hijo. Entonces se preocuparon y le preguntaron al niño por qué tenía tantas ganas de estar cerca de las quebradas, de los cerros y los bofedales¹⁹ y por qué ya no comía nada en casa.

El niño respondió:

—Hay mucho que comer allá y es mejor que las papas y la quinoa²⁰ que tenemos en las casas y chacras. Muy pronto me iré a vivir con la Pachamama por un largo tiempo.

Sus padres, asombrados y con miedo, le suplicaron que no los dejara, pero él les dijo:

—Es mejor allá que aquí, y ustedes ven que comienzo a verme diferente, por lo que no puedo vivir con los demás. Si vienen conmigo, les prometo que habrá comida de sobra para todos nosotros y nunca tendrán que trabajar la tierra de nuevo. La única condición es que deben ayunar por siete días.

El padre y la madre lo hablaron con los ancianos de la comunidad. Se hizo un consejo para tratar el tema y entonces dijeron:

—Aquí debemos trabajar mucho la tierra y esto nos hace felices, pero amamos a nuestro hijo y lo que nosotros no cosechemos, será bien aprovechado por otros. Iremos con nuestro hijo.

Así que los padres ayunaron por siete días, y en la séptima mañana siguieron al niño, quien los guió con dirección a los lejanos cerros.

Cuando otras comunidades aymaras se enteraron, se preocuparon por esta familia y enviaron a un mensajero a pedirles que regresaran, que no fueran a un lugar despoblado donde no encontrarían ayuda si sucedía alguna desgracia. El mensajero los encontró en medio de la nada, ya en el desconocido camino, y se sorprendió al notar que sus cuerpos comenzaban a cubrirse de pelos, como los que cubren a los animales, porque hacía siete días que no comían alimento humano y su naturaleza estaba cambiando.

¹⁹ Bofedal: terreno de aguas superficiales o subterráneas de escasa profundidad (nota de la edición).

²⁰ Quinoa: También quinua. Voz quechua. Planta anual comestible (nota de la edición).

Los padres no quisieron regresar y le dijeron al mensajero:

—Vamos donde hay mucho que comer. De ahora en adelante seremos llamados *jukumari*²¹, y cuando ustedes mismos tengan hambre, sigan este camino y vendremos a darles comida, incluso nuestra carne de ser necesario, porque viviremos por siempre.

Le enseñaron al mensajero un silbido que parecía un canto antiguo con el cual llamarlos y se despidieron. El mensajero regresó a la comunidad, pero antes miró por última vez a la familia que ya no estaba y en su lugar vio unos osos que corrían hasta perderse tras unos cerros.

Los *jach'a tatas*²² aun conocen esta canción y en los períodos de hambre silban llamando a los osos, quienes acarrear llamas y se las entregan a su gente.

Primer lugar regional

Iquique

24 años

²¹ Jukumari: Oso andino (nota del autor).

²² Jach'a tata: Abuelo (nota del autor).

Víspera de la Santa Cruz de Aroma

Loreto Fernández Leiva

No pienso la vida lejos de la Pampa del Tamarugal, de Huasquiña y sus árboles de membrillos, impávidos, testigos de la vida y la muerte, que fantasean tener más años que yo. La verdad es que no recuerdo si ya estaban cuando comencé a visitar la casa de mi abuela. A finales de los años sesenta, cerraron las últimas salitreras y con ese evento, cambió mi vida. Entonces nos fuimos a vivir a Pozo Almonte, el cambio fue abrupto, tenía diez años y de verdad extrañaba la amistad que había instaurado con los niños y niñas que vivían en la oficina Victoria; estudiaba en la Escuela Mixta número 30, que se trasladó con sus estudiantes a Pozo Almonte, pero como Liceo C-12. Pronto me fui acostumbrando a esta nueva geografía y también a las nuevas personas.

Esperaba con ilusión mayo para viajar a Huasquiña. Todos los años visitábamos a mi abuela y ahora viajábamos desde Pozo Almonte. El camino era algo tortuoso, pero la recompensa era disfrutar de la fiesta de la Santa Cruz de Aroma. Mi abuela, mientras trasladaba en su espalda forraje para los animales, me decía con voz dulce que la cruz se viste con cintas de colores y flores, pero que este ritual no puede ser presenciado por foráneos, porque es un proceso íntimo, solo era para lugareños que tienen un vínculo espiritual con la cruz. Eso me hacía sentir especial, yo había visto el año anterior vestir la cruz y este año no sería la excepción.

Algo más llamaba mi atención en Huasquiña, eran dos trenzas rojizas que colgaban en una ventana; me daba un poco de miedo pasar por fuera de esa casa, porque algunos decían que esa mujer había aparecido hace unos años en una de las casas de los antiguos, pero que no hablaba, sin embargo adornaba sus trenzas con migas de pan y miel, para que las aves se posaran en ella, y que más de una persona la había visto de noche en la iglesia paseando a las llamas y conversando con la noche, para luego dejar de verla por meses. Lo más curioso para los huasquiñanos era que todos se conocen, el pueblo es muy pequeño, pero desconocían a qué familia pertenecía la mujer de trenzas rojizas.

Era víspera a la Santa Cruz de Aroma, y salí a caminar por el campo. Era el dos de mayo, recuerdo con exactitud el día, porque ungué mi cabello negro con un poco de miel, quizás para empatizar con la mujer de las trenzas. Mi madre decía que era peligroso el desierto de noche, pero las palabras de la abuela resonaban en mi corazón, susurraba entre español y aymara: "Pida permiso siempre a la naturaleza". También me decía que por la noche la naturaleza era más activa.

Pedí permiso a los árboles frutales, a la tierra y a unos conejos que salieron corriendo asustados con mis pasos. Caminé hasta la casa de la mujer. Pronto unos mosquitos se acercaron a la miel de mi cabellera, corrí rápido para espantarlos. Mientras avanzaba algo se movía entre las ramas, no eran conejos, se vislumbraba algo más grande que no lograba distinguir, la criatura emitía un sonido peculiar y mi corazón se paralizó de miedo por unos segundos. De pronto salió corriendo la criatura y se abalanzó sobre mi cuerpo, caí al suelo y comenzó a lamer mi cabello; era una pequeña llama. Llegué a la casa de la mujer de las trenzas, no estaba, pero revoloteaban unas mariposas, que con rapidez comenzaron a volar, camino hacia la parroquia.

La iglesia de Huasquiña es una de las más antiguas del barroco andino. Las mariposas llegaron hasta la puerta de la iglesia, para posarse sobre su inscripción, que dice 1752. Se oía un murmullo como un cantito. Estaba la puerta abierta, el pequeño camélido me acompañaba y daba cabezazos a mis piernas, di unos pasos hacia la entrada y no pude creer lo que mis ojos veían; la iglesia no estaba sola, pude advertir

a lo menos tres hombres, que parecían religiosos, uno de ellos vestía un traje de color café, que sobresalía entre el drapeado de sus vestiduras por un lirio que llevaba en la mano. Conversaba con la mujer de trenzas, que ahora llevaba el cabello suelto con un velo, y jugaba con un niño. También pude observar a un joven rubio, semejante a un soldado, que llevaba una espada en la mano y resguardaba la iglesia.

Ingresé lentamente, parecía estar en medio de una obra barroca y el claroscuro de la noche otorgaba un dramatismo especial al entorno. Parecía que ellos no me veían, la melodía se hacía cada vez más imperceptible, la voz no provenía de ninguno de los personajes que visitaban la iglesia. Por un momento pensé que eran invitados a presenciar la vestidura de la Santa Cruz, pero a medida que avanzaba desde el arco de entrada, me fui dando cuenta que no me veían, traté de oír lo que susurraban, pero hablaban en otro idioma que yo no conocía. Pude reconocer una voz hermosa que cantaba dulcemente en aymara; era mi abuela, que observaba la escena desde una ventana de la iglesia. Corrí hacia ella, pero me distrajo la pequeña llamita con sus caricias. Al voltear, la abuela ya no estaba, tampoco la mujer misteriosa, ni los hombres que la acompañaban. Pero la efigie de cada uno de ellos estaba plasmada en los muros de la iglesia y junto a la imagen de San Antonio de Padua, se encontraba descansando la pequeña llamita, mientras San Miguel Arcángel luchaba contra el mal con su espada y la Virgen con velo, con los brazos abiertos amorosamente me miraba. Regresé corriendo a la casa para preguntar a mi abuelita porque no me había esperado. Mi madre estaba llorando, me abrazó y me guio hacia la cama de mi abuela, que yacía sin vida; había muerto durante el sueño, dicen que musitaba una melodía, hasta que lentamente su voz se apagó.

Al año siguiente reconstruyeron la iglesia y extrajeron las pinturas del muro original. Desde esa oportunidad no volvieron a ver a la mujer de las trenzas y aquel día, la víspera de la Santa Cruz de Aroma, quedó grabado en mi corazón para siempre.

Segundo lugar regional

Iquique
48 años

Aquella vez que el diablo nos salvó

Renzo Chafalote Villarreal

Hay evidencias en nuestras pampas tarapaqueñas que dan cuenta de lo que ocurrió hace cientos de años. Existe un mensaje del pasado, que muy pocos han tenido la oportunidad de conocer. Quizás es el registro más antiguo del encuentro de dos mundos, escrito no sobre papel, sino sobre piedras y montañas.

Los nativos relatan que en la antigüedad ya fuimos visitados por seres de otros mundos. Estos seres tenían por ambición buscar esclavos en diferentes universos, porque en el suyo ya no había a quien subordinar. En su ambicioso plan, la Tierra les atrajo de inmediato. En aquel entonces, este planeta había estado en calma, se había desarrollado demasiado y sanaban heridas de guerra. Unos años antes, Dios había expulsado al diablo del cielo, porque este había estado convenciendo al hombre a que dejara de ser primitivo, a trabajar los metales, la lana, la piedra y les había enseñado a leer las estrellas y hacer fuego. Las tribus parecían favorecerse con estos conocimientos, pero eso los llevó a alimentar sus ambiciones. Dios, desde un principio, retó al demonio y le advirtió que no debía hacer eso y si insistía, sería castigado; pero el diablo fue porfiado y continuó. Las tribus formaron alianzas y empezaron a someter a otras con violencia y muerte. La paz se había eliminado de la tierra y los humanos comenzaron a autoeliminarse, hasta que finalmente Dios no permitió que el diablo regresara al cielo y le quitó todo el poder que tenía castigándolo a vivir como un humano.

Los nativos se volvieron ingratos y hostiles hacia él; lo veían con recelo y prácticamente fue exiliado. Como todo mortal se empezó a alimentar de animales del desierto tarapaqueño; con una lanza cazaba iguanas, el pelo le empezó a crecer y su desnudez lo cubría con coirones verdes. En las noches frías el firmamento era un espectáculo, pero aquella noche no fue igual, las estrellas empezaron a vibrar y todo el mundo tembló. Los nativos se asustaron, porque pensaron que era Dios el que iba a bajar. En su temor apagaron todas sus fogatas y guardaron sus carnes desecadas, y decidieron esconderse en sus cabañas. Desde el cielo se veía una nave roja del tamaño de una montaña, con algo brillante en el centro, que se asemejaba a un sol en su interior, casi imposible de mirar; a esa nave la llamaron Chacana. Esta quedó suspendida en el cielo y de aquella luz brillante salió una bruma que tocó el suelo; mientras la bruma desaparecía, se pudo ver a varios seres amarillos de cabeza triangular, sobre las que tenían antenas; sus brazos eran largos y algunos eran más altos que otros. En la intemperie del desierto encontraron ovejas y llamas, tomaron algunas y las elevaron para ver si cumplía sus órdenes, pero vieron que no.

El diablo, desde una cueva que tenía en una montaña, vio todo lo que acontecía y anticipó sus intenciones, aunque sabía que no podía ayudar al hombre, porque él mismo ya era un mortal más. Estos seres podían saber dónde se encontraban sin necesidad de luz y empezaron a sacarlos a todos de sus cabañas para llevarlos hacia la luz de la nave, que los absorbía hasta desaparecer. El diablo se puso muy triste, porque todo su trabajo por ayudarlos se iba a extinguir; sentía culpa por haber abierto la mente de los humanos, para que hicieran grandes cosas. Y, por primera vez lloró, y sus lágrimas se convirtieron en sal; los *Apus*, que en la cultura quechua son montañas vivientes y espíritus tutelares, sintieron el dolor, aunque como seres elementales no podían hacer nada, pero podían darle poder al diablo, para que expulsara a los invasores celestiales. Con esta ayuda, el demonio apareció delante de los extraterrestres, lo hizo dándole la espalda, sentado sobre algo invisible, mientras su pelo ardía y se movía, como si el viento soplara. Con el poder de los *Apus* aumentó su tamaño, hasta convertirse en un gigante. Se arrodilló sobre ellos y con una voz fuerte y envolvente les dijo: deténganse. Los visitantes ni se inmutaron, no sintieron temor, porque con temor no fueron creados, y como confiaban en que su tecnología era superior empezaron a atacar al diablo colosal; con sus brazos largos lo enrollaron, para hacerlo caer, pero este encendió su

cuerpo. A los invasores extraterrestres se les cayeron los brazos, así que a continuación pretendieron absorberlo con la nave, pero el diablo se adelantó y se apoderó de la nave.

El diablo, con la intención de que no escaparan, pidió a los *Apus* que la tierra temblara y se abriera. Para asegurarse, se llevó consigo la nave y a los invasores los atravesó con su lanza, como si de una cacería se tratase. Ordenó a los *Apus* que cerraran la tierra y que no la abrieran jamás. Actualmente esa abertura está tapada con un monte. Se la puede ver en Huara, camino a Chusmiza; en una de las caras está dibujado el mismísimo diablo con su lanza en honor a su valor, mientras en los geoglifos de Pintados, en la Pampa del Tamarugal, se encuentra plasmada la nave que bajo a la tierra, Chacana, y los invasores extraterrestres están dibujados en la conocida piedra de Miculla. Las tierras del norte quedaron cubiertas de salitre por las lágrimas del diablo y los lugareños, generación tras generación mantuvieron una tradición, un baile que llamaron la diablada, en honor al sacrificio de este ser, antiguamente celestial, que una vez salvó la Tierra.

Tercer lugar regional

Iquique

26 años

Las parinas

Gustavo Tapia Araya

Aunque las leyendas suelen pecar de atemporales, debo esta narración a la conjunción devota de dos episodios modernos: la presencia del baile chuncho Parinas —cuyo germen tiene deuda con una historia que conocí cuando aún vestía pantalón corto, ese año en que mis padres me condujeron hasta la festividad de La Tirana— y la nota necrológica que pocos días atrás descubrí en un ensayo etnológico del Instituto de Antropología de la universidad. El epitafio académico yacía casi oculto en un minúsculo pie de página y recuerda en mezquinas líneas la pérdida del *yatiri*²³ Satiri.

El *yatiri* es el sabio andino, quién predice, interpreta sueños, realiza proyecciones astrales, diagnostica, induce trances y cura a los enfermos. El epitafio al que hago mención fue escrito por la desaparecida arqueóloga polaca Nelka Kowalski y vincula a Satiri con unas *ñustas*²⁴ del Loa en cierta noche de mal augurio.

Sobre el mirador del *pukará*²⁵ de Quitor, la *ñusta* solloza y mira sin observar. Convulsa y temerosa, como si el cielo fuese a caer sobre sus trenzas, se inunda de lágrimas que acuden a sus ojos. Siente un frío ventral que la recorre hasta sus huesos. Una brisa cargada a olor de caramelo, proveniente de la alfalfa, enfría más su alma ante el padecimiento por la dolencia terminal de su hermana.

Escucha ruidos y conversaciones desde las terrazas inferiores, los balidos de las ovejas que han llegado con los blancos y sus oídos, afinados por la altura, oyen a los artesanos de la cerámica cuchicheando con los *mindalae*²⁶, los mercaderes de paso que en invierno van de bajada hacia la costa. Más abajo, en uno de los recintos, la enferma agoniza. Y la afirma nada menos que el viejo *curaca*²⁷ Satiri, jefe del *ayllu*²⁸, a quien, por esos días, los blancos desterraban cada vez que lo encontraban, pero ella, que lo reconoce como sagrado, lo llama y él, leal a su pueblo, a hurtadillas concurre. Ella sabe que el sabio comprende la salud, la vida, la enfermedad y el paso al mundo inferior.

En ese momento el *yatiri* está abajo con su hermana. Ha venido desde un *ayllo* secreto donde lo esconden, para evitar que los blancos lleguen a dañarlo. Ha venido a leer la coca y porque percibe con llana lucidez el estado de su hermana, no miente y ha descrito lo peor.

—Ningún cuerpo que se aleja de su alma puede sobrevivir— dice el *yatiri* sobre la *ñusta* enferma, admirada por todos los hombres de los *ayllos* circundantes, quienes a menudo desfilan por el *pukará*, para admirarla mientras ella teje o atiende sus vicuñas, también destinada a ser esposa del inca en esas tierras cuando el tiempo sea dado si los blancos lo permiten. ¿Qué la aqueja?

—Ha caído en las garras del mal del frío— agrega— que se cuele por el pecho y por la boca, infecta los humores hasta que, en algún momento, el cuerpo deja de respirar.

²³ Yatiri: en lengua aymara significa hombre sabio y de edad avanzada (nota de la edición).

²⁴ Ñusta: Voz quechua. Princesa virgen de los pretéritos incas del Perú (nota de la edición).

²⁵ Pukará: pucará en castellano, significa fortaleza levantada con piedras (nota de la edición).

²⁶ Mindalae: es una voz quechua que alude a un grupo selecto de especialistas en el arte del intercambio y el comercio local, regional e internacional (nota de la edición).

²⁷ Curaca: cacique en voz quechua (nota de la edición).

²⁸ Ayllu: también aillo, significa parentela, linaje, grupo (nota de la edición).

Cuando la *ñusta* sana seca sus lágrimas y desciende hasta la pieza de su hermana con pena enorme sobre los hombros. El chamán, condolido por la destrucción que percibe en el alma de la adolescente sana, decide que el exilio a que le someten los invasores de algo podría servir en la curación de la paciente.

—Cuando las parinas vuelvan a ti será tu tiempo de sanar— determina, atento a las pesadillas que recorren la mente de la enferma, la agravan y acortan su vida. Y a la hermana sana le da un consejo:

—Reposa. Por esta noche nada más que hacer.

La mañana no cuenta con Satiri. Ha desaparecido. No se extrañan. Faltan emplastos, nacidos en una laguna algo distante, y seguramente viajó para traerlos y aplicarlos a la enferma, como suele hacerlo cada vez que alguien padece de lo mismo. La enferma, a ratos despertando de sus pesadillas, ve cómo los flamencos de su mente y de sus ojos, las parihuanas²⁹, van desapareciendo de su conteo diario. Ya no aparecen docenas en su memoria. Cada vez menos, y menos de la docena, y se lo cuenta a su hermana:

—Cuando desaparezca la última parina de mi conciencia, entonces seré una con el cosmos y solo me verás entre las estrellas—, musita en algún instante de pasiva conciencia, ya vencida por la muerte antes de fallecer.

Reposa la *ñusta* a lo largo del día y vuelve la noche. Su corazón cada vez más lento. Una respiración a ratos dificultosa y otra en ronquidos de su pecho, que no se alcanza a expandir.

Pero entonces vuelve a amanecer. La *ñusta* menor no termina de llorar y la acompañan todos quienes viven en el *pukará*, alternándose en la atención de la enferma. Y en la noche, la candidata a princesa abre los ojos y mira a su hermana:

—Hermanita, avecita, solo me queda una parina ante los ojos. Mañana, una vez que vuele, viajaré por fin con ella hacia el *hurin pacha*³⁰, hacia el inframundo, y deberé atravesar el océano de los difuntos sin tus consejos, pero tu leal compañía me brinda el valor para llegar hasta la otra vida donde te aguardaré.

Todos se enteran. Es la última noche y transcurre el tiempo al lento y amortiguado ritmo de las grandes distancias en el cielo, las estrellas jugando con el *Shapi*, el guerrero, y bañándose como en manantiales y convidando a la plegaria, pero también como un preludeo que todos presumen con agrio sabor a derrota.

Al amanecer, para que la acompañe la luz en su trámite final, la enferma es sacada al sol y, repentinamente, desde la terraza inferior sube el suave son de una ocarina y desde la nada surge una sonrosada pluma de parina que, a medida que crece, da cuenta de un bailarín bajo la vestimenta y, tras él, una segunda ave, que antecede a la tercera y a la cuarta, y a muchas más. Un desfile de tocados de rosas parinas danzan al ritmo de una pausada, pero envolvente y rítmica melodía de salud y compasión. Son bailarines del *ayllo* cercano a Chaxa, quienes traen su coreografía como ofrenda a la salud. Advertidos de la previsible tragedia concurren solícitos a luchar por su curación. Es tan hermosa, un tesoro de juventud.

²⁹ Parihuana: es la parina grande, un ave zancuda, también conocida como flamenco andino (nota de la edición).

³⁰ Hurin pacha: mundo de los muertos en la cosmovisión centroandina (nota de la edición).

Los minutos y las horas pasan y la *ñusta*, sin alejar sus ojos de aquellos tocados de plumas que se suceden y cuyo desfile, en lugar de amainar se incrementa, comienza, sorprendida, como encendida por otra vida, a respirar con lentitud, inspirando y respirando a paso lento, suave, y todos piensan que, en algún instante, tomará vuelo al nimbo de los *apachetas*³¹, para que la protejan en su viaje hacia los antepasados.

Pero ocurre lo contrario. La respiración se estabiliza y por un imprevisible juego de la esperanza y el rosado de las plumas, anclada la vista en las parinas que ejecutan la dulce danza del vuelo, la *ñusta* no abandona su fijación en la suave coreografía que, como en Chaxa, se satisface de elegancia.

Los ojos de la *ñusta* abandonan el adormecimiento y empiezan a renacer y a tomar el ritmo del vuelo. Las parinas se aproximan, tal como el *yatiri* instruyó, y alrededor de ella giran y bailan hasta el instante en que, desprendiéndose del lecho con la ayuda de sus codos, se endereza, se gira, sus pies tocan el suelo, y entre los bailes de las parinas, aparece ante los ojos de todos, la plenitud de la salud escondida, lo maravilloso encendido que todos anhelan. Y sin saber cómo, la *ñusta* de pie, tocándose el rostro, sigue el baile hasta que su piel se sonroja tomando el color de las plumas.

Se abrazan las hermanas y entonces, desde las terrazas inferiores, llegan los amigos, todos pendientes de su recuperación, y ella regocijada por la ayuda pregunta por el *curaca*, para agradecer. Y ellos le responden.

—Los flamencos nos regalaron una porción de sus plumas antes de volar y con ellas, al frío de la noche, el anciano *yatiri* Satiri viajó al inframundo ocupando tu lugar. Ahora ya es parte del *hurin pacha*, la tierra del más allá, *ñusta* Satiri, hija nueva de la danza de las parinas. Tu milagro será el germen de un baile milagroso, que entrará en la celebración de nuestros pueblos para reconocer el valor de esas aves, deidades de la paz, la salud, el vuelo y el color.

Primer lugar regional
Antofagasta
70 años

³¹ Apachetas: montones de cantos o piedras sueltas, que los indígenas de ciertas regiones andinas colocan a los lados de los caminos para invocar amparo de los dioses (nota de la edición).

La crónica de Segundo Cárdenas y Sansón

Juan Campos Véliz

Rememoraremos un singular episodio que ocurrió hace *harto*, *haarto* tiempo atrás, allá *p'al* alto como dicen por aquí. Estaba el predio de Segundo Cárdenas, su mujer y su joven perro Sansón, un lugar poco convenido a su propósito, ya que era un sitio pedregoso, proclive a los cardos y se decía que el sol le daba de *lao'*, aunque no sé qué significa eso, pero, en fin, así era el asunto.

Decidió plantar ajos, se había hecho de una trenza con los mejores exponentes que pudo encontrar en el pueblo. Al plantar el primer diente, se dio cuenta de lo difícil y doloroso que iba a resultar ese trabajo. Cada vez que enterraba el dedo en la hostil tierra para colocar el ajo, este se encontraba de golpe contra las piedras y las espinas escondidas bajo la superficie; después de sesenta hoyos, tres dedos desgarrados y dos uñas perdidas, comenzó a utilizar un palo para ayudarse en la quejumbrosa labor.

Orgullosa de su proeza, le comentaba a diario a su mujer, de lo bien que crecían sus ajos y que se comería uno cada día, al igual que su abuela, que, aunque fuera calva, medio ciega, tuviera artritis y una tos que espantaba a los bueyes, ella gozó de muy buena salud, ya que nunca se resfriaba.

Al cabo de unos meses y con su falta de experiencia, don Segundo contaba con un campo lleno de grandes y frondosas plantas, pero bajo tierra, solo había tallo y raíces, ningún diente. Ya resignado por el fracaso, dispuso día tras día que las cuatro cabras de su corral se dieran un festín con aquellas condenadas plantas, estas al no estar acostumbradas al picante sabor, las rechazaban, pero al no tener más alimento, se vieron obligadas a encontrarle el gusto a aquellas alargadas hojas. Coincidentemente, jamás la leche de cabra tuvo tan mal sabor como en esa temporada y el aliento de las rumiantes era idéntico al de su abuela.

Al año siguiente, decidió plantar tomates, nuevamente y por desconocimiento no realizó la poda, por lo que las plantas crecieron como arbustos y dieron paso a un fruto pequeño y desabrido. Este año las únicas beneficiadas fueron las cabras, que disfrutaron de una frondosa y más agradable comida que la vez anterior.

El tercer año, haciendo uso de una terquedad solo comparable con el enfado de su mujer, se propuso sembrar trigo. Se desconoce el motivo del porqué esta vez su plantación fue tan abundante. Todo aquel que lo visitaba, quedaba impresionado al ver su campo desbordante de las más grandes y espectaculares espigas, él estimaba en cientos de kilos la cosecha de ese año y ya había pactado la venta al molinero tras la trilla.

Dijimos que Sansón era el perro de la familia, a quien la esposa de Segundo cuidaba y protegía de manera singular, el que, desde hacía unos días se comportaba de manera diferente, dormía hasta la tarde, ya no alborotaba el corral de las cabras, comía menos, incluso las cazuelas preparadas especialmente para él, las abandonaba tras unos breves lengüetazos. Dicha actitud preocupó a la señora, la que a su vez se lo manifestaba a su esposo; este, para calmarla, le decía que solo estaba *empachao*, y que se le iba a pasar.

Llegó el día de la trilla, varias familias del sector asistieron, algunos prestaron los caballos, otros vinieron con el vino y la comida, y la música la puso don Raúl Montes, dueño de un almacén en el pueblo. La esposa de don Raúl poseía una mascota. Era una maltés de tamaño mediano de nombre Amapola; además era aficionada a sacar lo que fuese que llegase a sus manos. Ella consideró buena idea llevar unas canastas con higos secos y cerezas deshidratadas con el fin de venderlas durante el día. Con todo esto, el escenario estaba dispuesto para el caos.

La esposa de Segundo Cárdenas mientras estaba ocupada vigilando las papas y el cerdo que se asaban, ató la correa de Sansón a una de las patas de la parrilla, para tenerlo cerca y evitar que fuese a molestar a los caballos, pero el perro *empachao* seguía sumido en su propio universo. Al llegar la esposa de don Raúl, acompañada de su Amapola, para no pasar desapercibida, colocó sus canastos cerca del lugar en que se trillaba el trigo, demasiado cerca, a decir verdad.

A continuación, todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Sansón al notar la presencia de la linda maltesa y haciendo honor a su nombre, comenzó a tirar y forzar la correa que lo ataba a la parrilla. Después de cuatro tirones y arrastrando el contenedor, aún con las brasas ardientes, salió en persecución de la fina hembra. La Amapola, viéndose cortejada de manera tan apabullante, se asustó y corrió en dirección a la montaña de trigo. El ansioso perro, aun arrastrando la parrilla, llegó hasta el montículo de granos, el que de manera casi instantánea comenzó a arder, provocando el miedo y la incertidumbre en todos los presentes, especialmente en los caballos. Uno de ellos, en medio de su espanto, lanzó las canastas de la señora de don Raúl, justo al centro de aquella hoguera, mientras ella gritaba alocadamente por su perra y la honra de esta. Sansón, ya libre de su correa, comenzó a reducir la ventaja que le había sacado Amapola, que huía hacia el bosquecillo de eucaliptos.

Mientras todo el mundo corría y gritaba de acá para allá, Segundo Cárdenas, incrédulo e impotente miraba como el fuego consumía hasta la última espiga de aquel trigo tan maravilloso; poco a poco, todos se fueron retirando de la escena hasta que solo quedó don Raúl y el desdichado de Segundo. El primero, al notar el olor combinado de los higos, las cerezas dulces y el trigo tostado, cogió unos granos, los miró, los olió, los palpó y luego los comió. Una idea le había surgido, se dirigió donde el desafortunado y le propuso lo siguiente: por cada saco de grano tostado limpio que le llevase, él le pagaría el doble de lo acordado con el molinero. A Segundo Cárdenas le volvía el alma al cuerpo y también el amor por su joven can. Una vez cerrado el acuerdo y antes de retirarse, don Raúl le preguntó a Segundo cuál era el nombre del perro.

Ese año fue el último en que Segundo Cárdenas plantó algo, ya que se entregó por entero a aumentar su dotación de cabras, su fiel perro hacía de las suyas, pero cuando andaba decaído, nada mejor que una hembra de buen linaje para *desempacharse*. La esposa de don Raúl salía de paseo con su Amapola y cuatro malteses mestizos, que eran la fascinación de los niños del pueblo. Finalmente, todos concordaron que en el almacén de don Raúl se vendía el mejor café, pero no cualquier café, sino *café de trigo Sansón*.

Segundo lugar regional
Antofagasta
38 años

Fragmento de una tierra

Pablo Castillo Collao

Mano del desierto

Mientras el Creador admiraba con orgullo la ciudad que había formado, reflexionó que necesitaría un guardián. Desde las entrañas de la tierra extrajo rocas que, en una danza onírica por los aires, fueron cambiando de forma y encajando entre ellas. Armó un ser gigantesco, al que dotó de alma. Era glorioso y divino, con una vida al servicio de nuestra protección. Hoy, nuestro defensor yace caído a trescientos metros de la ruta Cinco Norte, tras alguna batalla de la que no se tiene registro, únicamente su mano está a la vista, apuntando al cielo o a quién sabe qué.

Huanchacazo

Fue una fiesta inolvidable, una de esas noches donde el amor propio brota desde cada uno de tus poros, eso no te lo negaré. Pregúntale a cualquiera de quienes estuvimos aquel 15 de junio de 1969 festejando en plena calle Huanchaca. Danzábamos en aquel espacio seguro luciendo nuestras bellas pelucas y trajes de noche. En aquella época, ser como éramos era impensado por lado y lado, por lo que la diversión no duró mucho hasta que nos tocó la violencia. En la mañana, nos desayunamos un titular despectivo seguido por la exposición de nuestros nombres.

Portada temporal

Todo empezó aquel 25 de abril en el que La Portada nos encandiló con una intensa luz azul-verdosa que nacía desde ella y se proyectaba hacia el cielo. Veinticuatro horas después un ejército con indumentaria de desconocida tecnología emergió a través del arco de piedra, marcharon rectos hacia las calles de la ciudad y atacaron la infraestructura crítica. Destruyeron supermercados, capturaron líderes políticos y silenciaron los medios de comunicación. Nunca una palabra salió de sus bocas, jamás se dignaron a negociar.

El centro

Doy el primer paso y el mundo se va a acabar por culpa de nosotros los pecadores. Doy el siguiente y se viene la elección más importante de nuestra historia. Uno más y un corpóreo vende botellas para hacer burbujas junto al doble de Axl Rose. El último y un tipo de chaqueta larga me asegura estar vendiendo exactamente lo que yo necesito. Llego al banco y escucho a hombres de terno hablando de millones, mientras fuera un hippie sacado de los años sesenta vende artesanía para subsistir. Aquí, un trámite es una exposición donde cada cuadro es una pintura barroca.

Cuando las escuelas volaron

Se inició con un temblor en una tarde de diciembre, la duración de este nos hizo salir a mirar por la ventana y fue ahí cuando lo vimos: cada recinto educacional de la ciudad se despegaba de la superficie hacía el cielo. Espero que al pasar la exosfera³² no olviden de donde vienen.

Tercer lugar regional
Antofagasta
23 años

³² Exosfera o exósfera: la zona exterior de la atmósfera terrestre (nota de la edición).

El taita y la vieja bruja

Pedro Carter Hidalgo

Según cuenta un viejo amigo de él, el Taita, en sus tiempos, cuando subía a la veranada se las daba de lacho y cuatrero por los campos.

Por el cajón, antes de pasar *pa'l otro la' o* (Argentina), vivía una vieja con dos chicuelas. La mentaban de bruja, a la vieja, pero yo poco le creía. En una de las *güeltas* que me di, me arranché cerca de la casa de la vieja, desensillé y me puse a tomar mate. Estaba en esas, ya oscuro, y sentí que la vieja salió a echar las aguas al otro *la' o* de la mora cuando en eso pasa un Tue Tue, y la vieja le grita:

—Pasa mañana a buscar una tortilla y unos quesos que te tengo *pa'* regalar —y la hija remata— y una *viciera*³³ bien bonita...

Aquí *ta'* la mía dije yo, me levanté al alba, ensillé y fui donde la vieja...

—Aló, aló... hay gente —grité, y al rato salió la vieja *piándose* el moño y las chasconas sapeaban de adentro:

—Dígame joven.

—Buenos día señora —le dije bien *prosúo*³⁴—. Vengo a buscar las cositas que me ofreció anoche.

—¿Qué cosas le ofrecí joven? —respondió.

—No se haga, señora, las tortillas y el queso po...

La vieja se puso pálida y me dijo:

—Pero joven, cómo se le ocurre —me dice ella *enojá*.

Y le dije:

—Con esas cosas no se juega señora, así que tráigame lo que me ofreció nomás —y ahí partió la vieja *pa' entro*, *carrera pa' ca*, *carreras pa' ya* y llegó con una tortilla de rescoldo y dos quesos *oriaitos*³⁵ envueltos en un mantel *bordao* y me lo entregó mirando al suelo:

—Ya joven, ahí tiene, disculpe por molestarlo anoche... —se excusó.

³³ Viciera: alforja en la que se guarda el mate, algunas hierbas aromáticas y el tabaco. Permite que se cuelgue de un brazo (nota de la edición).

³⁴ Prosúo: alteración de prosúdo, que significa persona que se da importancia con cosas o asuntos fútiles (nota de la edición).

³⁵ Oriaito: la alteración coloquial del diminuto del verbo orear, que es permitir que el aire seque y quite el olor y la humedad que ha contraído (nota de la edición).

—¿Y la *viciera* que me ofreció su niña? —y al oírme, la vieja gritó *pa' entro*:

—¡Niña la *vicieraaa!* y ahí salió una chascona corriendo y me trajo la *viciera*.

—Ya señora y nunca más moleste a mi gente cuando ande por ahí, mire que son cosas muy delicadas estas —y me fui con mis regalos.

¡Cómo quedaría la vieja! pensando que yo era el Tue Tue, que pasó la noche anterior...

Segundo lugar regional

Vallenar

42 años

El monstruo del río

Carlos Zepeda

El día amaneció tan bruscamente que no hubo tiempo para panes fritos ni huevos revueltos. Sombras errantes y canos fantasmas deambulaban aún en los ojos de tía Margot. Y es que el incidente de la madrugada, su visión sobrenatural, había alterado de manera radical la rutina de novelas mexicanas y programas de farándula. Con mi mamá Rosa, habíamos llegado dos días antes a casa de la abuela para celebrar su cumpleaños. La amada vieja, tan delgada y frágil como una ramita de damasco, guardaba el deseo de reunirse con todas sus hijas en su celebración número ochenta. Empero, su cuerpo débil y enfermizo y su corazón siempre estaban llenos de amor para los suyos; quizá por ello creyó firmemente en la historia de su Margot. Bueno, eso hasta que se supo la verdad.

La casita de la vieja Olga se erguía firme entre olivos y parras, nísperos e higueras, frente a un pequeño riachuelo, donde alguna vez hubo camarones. Había sido construida por mi abuelo Pancho hacia la mitad del siglo pasado, en un sector conocido como El Pino, colindante con Huasco Bajo. La vivienda, de madera raída, ventanas gigantes y tejas carcomidas por la lluvia, había sido testigo de toda la infancia de mi madre y sus cinco hermanas: las tías Ximena, Leticia, Mercedes, Mariluz y Margot. Cada una de ellas tan distinta a la otra, que parecían criadas en hogares diferentes.

La noche que antecedió a la visión madrugadora, cenamos cazuela con chuchoca y después jugamos cartas y dominó. También bebimos unas cuantas copitas de pajarete, amistoso trago que su dulzor me hizo imaginar saltarines tréboles junto a los agrietados cielos de la casa. Yo era el único hombre que se encontraba en el hogar, puesto que me había ofrecido para acompañar a mi madre, que se encontraba muy enferma debido a un resfriado mal cuidado. La idea era que las cinco hermanas pasaran un día completo con su madre y al siguiente compartieran con todas las familias.

Después de los imperdibles cuentos tenebrosos o penaduras de la vieja Olga, decidimos que una hora prudente para terminar la velada sería la medianoche de aquel martes 3 de agosto. Fue en medio de esta charla que tía Margot comentó que sentía un pequeño peso de conciencia por haber tomado prestadas del cementerio algunas flores de un difunto desconocido. Lo había hecho con el brillante objetivo de colorear el desgastado nicho de mi abuelo. Sin embargo, aquella molestia le duró solo hasta que empezamos el partido de dominó, puesto que era su juego favorito. Entre apuestas y chismes, no podía evitar reírme de las historias de mi abuela, sobre todo de las relacionadas con tesoros escondidos, perros con cadenas o caballos interminables. Solo en el campo era posible escuchar este tipo de relatos. Al acostarnos, debimos separar la comunión familiar debido a que la vivienda se dividía en dos grandes piezas separadas por un pequeño huerto donde crecían rosas, claveles y violetas. Realmente era agradable dormir en aquella soledad, con el sonido de las hojas de olivo machacando las tejas y alguna que otra espontánea exclamación de las aves nocturnas.

Cuando desperté al día siguiente, entre el incomparable sonido de los pajarillos y la brisa matutina colada por la ventana, la escena con la que me enfrenté me sorprendió, al punto de ignorar a un gato negro y cojo que atrevidamente comía los restos de queque de la cena. Tía Margot tritaba con una taza de café en cada mano, y en torno a ella, todas las hermanas acariciaban sus dorados cabellos. La razón de sus tiritones era que tras la visión sobrenatural, a eso de las seis de la madrugada, se había quedado sentada sin más que su pijama sobre un viejo tronco frente a su pieza.

Sin embargo, lo más sorprendente fue la historia que ella contó:

—Cuando salí afuera a tomar un poco de aire, porque me encontraba mareada, me pareció oír un sonido muy extraño cerca del río que está tras los olivos. Al acercarme vi como de entre las algas se asomaba una espantosa criatura. ¡Un monstruo! Era negro y grande, y tenía un solo ojo —relató.

Obviamente, yo no creí esa historia. Culpé a mi tía de imaginar cosas por el peso de conciencia que le produjo el préstamo de flores del camposanto. Pero eso no era todo, ella recordaba a cada instante nuevos detalles, agregando que la criatura le había hablado y le sabía el nombre:

—Margot, Margot, me decía. En eso corrí y me quedé aquí, pidiendo perdón por mis pecados —agregó a su relato.

Lo más increíble de todo era que mis tías, madre y abuela creían ciegamente en la historia. Argumentaban que en el campo siempre suceden cosas raras y que lugares como ríos y mares esconden misterios que el hombre nunca podrá descifrar. Señalaban como ejemplo, el mito de unos supuestos cueros de agua, que al momento de hacer contacto con algún cuerpo humano lo succionan hasta ahogarlo. Tal hecho le habría sucedido a un pequeño primo que inexplicablemente desapareció un día de verano. En realidad, a mí me parecía que más que creer en estas cuestiones, sus consanguíneas solo aparentaban, para que mi tía no se sintiera más mal de lo que ya estaba.

Y así pasó la mañana, con coloridas mariposas revoloteando en cada hueco de aire y yo con un tonto deseo de ver televisión. Aunque pasado el mediodía, algunas de mis familiares comenzaron a ceder a la incredulidad, desatendiendo a tía Margot, que aún seguía empeñada en su historia. Sin embargo, tras los olivos apareció de repente una figura que parecía humana, y efectivamente lo era. Ni más ni menos que el viejo Miguel, un antiguo amigo de la casa, que ahora se dedicaba a cuidar las parcelas cuando no estaban sus dueños. Todas las mujeres allí presentes lo saludaron con mucho afecto, bueno, todas menos tía Margot quien todavía seguía impávida sobre aquel viejo tronco.

Mi tía la Mariluz fue quien le contó al viejo Miguel lo sucedido y con lujo de detalles. Este, primero, miró fijamente a tía Margot, luego se le acercó y acarició en la cabeza para terminar explotando en una risa tan estruendosa, que hizo llegar a la vieja Olga en un dos por tres.

—¡Ay, mujer, que mala vista tienes! —gritó—. ¿Acaso olvidaste que vengo muy seguido a pillar camarones a este río? ¿No te acordaste de que debo usar traje de buzo y máscara por el frío de la madrugada? ¿Ni siquiera reconociste mi voz al llamarte? ¿Acaso no te diste cuenta de que era yo?

Todos los presentes sentimos que la cara se nos deformaba y que una súbita sensación de vergüenza nos llenaba los ojos. Tía Margot, por un momento, me recordó las mejores novelas mexicanas, esas en que la mujer engañada cobraba venganza golpeando al embaucador. La diferencia es que, en este caso, las dos tazas de café lanzadas por ella no alcanzaron su objetivo, pues el viejo Miguel se había perdido tras los olivos.

Tercer lugar regional
Copiapó
40 años

Cuentos que cuenta el cerro

María Eloísa Pérez Krumenacker

Al ascender por la empinada y trabajosa ladera del cerro Mamalluca, se levanta un hermoso, verde y fornido pimiento que contrasta con la sequedad del paisaje, marca la mitad de la ruta y el merecido descanso del fatigado caminante. En una oportunidad que emprendí la ruta en solitario, encontré allí a un hombre y estaba de pie frente al árbol. Su actitud reverente y ese mirar silencioso me causaron curiosidad y pregunté a qué se debía su presencia allí.

—Voy cruzando hacia el poniente y solicito permiso al guardián del cerro —respondió el hombre, con seriedad. Su caballo, se había refugiado bajo la sombra y aprovechaba de masticar algunos pastos.

—¿El guardián del cerro? —insistí, mirando en todas direcciones, para encontrar al supuesto guardia y ofuscada repuse:

—No sabía de ningún guardián.

—¿Y acaso es extranjera, que nunca escuchó la leyenda del cerro Mamalluca? —preguntó el arriero.

Avergonzada de mi ignorancia, negué con la cabeza.

—Dicen que la fe mueve montañas y al escuchar esta historia, puedo asegurar que el amor también —explicó el hombre con solemnidad y comenzó su relato:

"Hace tantos años, que ni el tatarabuelo de mi tatarabuelo existía aún, la tierra era muy joven y como toda púber, que al madurar se rebela contra las nuevas sinuosidades en su cuerpo, la tierra era sacudida por constantes erupciones y terremotos, que modelaban sus valles, ríos, montañas y llanuras.

Fue en ese entonces, en un pequeño asentamiento en las cercanías del actual pueblo de Diaguitas, que ocurrió esta historia. Una ignorada e imposible historia de amor entre dos jóvenes, cuyos nombres se han olvidado, pero que cambió para siempre la geografía de esta perdida zona del interior del Valle de Elqui.

Ella, una desechada entre los suyos, sin padre ni madre que pusieran pan en su mesa ni certezas en su corazón. Una infortunada a la que todos ignoraban, porque se crió en la sequedad de los cerros y la soledad. Hija del zorro, el guanaco y el tordo, del llantén, las tunas y el chañar que, sabiéndola su hija, la tierra proveía para ella. Una salvaje con cabello de viento, ojos de noche, piel de arcilla y corazón de piedra cincelado por el abandono, la soledad y el resentimiento.

Él, un privilegiado entre los suyos, hijo del poder y la riqueza, instruido en los saberes más elevados, destinado al sacerdocio, el estudio de los cielos y los misterios. Un joven puro, inocente, con un corazón limpio y benevolente, que no entendía de prejuicios ni maldades y vivía con un pie en la tierra y el otro en el cielo.

Aunque la enorme brecha que separaba sus orígenes hacía imposible su unión, algo más allá del entendimiento los atraía irremediabilmente. Como el sol y la luna, la tierra y el agua, que no

pueden existir uno sin el otro, así eran ellos. Solo él conocía su risa y esa vulnerabilidad que, para el mundo, ella disfrazaba de furia. Solo ella sabía de los miedos y dudas que, para el resto, él vestía de templanza.

Cuando los ancianos supieron del embarazo, consultaron a los augures y ellos respondieron, que la joven debía morir. Solo el sacrificio de la madre rechazada calmaría la furia de la tierra y acabarían los terremotos. Avisada por su amado, ella corrió a refugiarse en una gruta apartada y allí esperó. En las noches de luna nueva, él subía hasta la gruta y tomados de la mano, caminaban dichosos bajo el cielo estrellado y silencioso.

Ya habían transcurrido ocho meses de la sentencia y los incesantes temblores, recordaron a los enfurecidos pobladores, el egoísmo y la desobediencia de los jóvenes, que no aceptaron su destino y eligieron escuchar el llamado de su corazón. Decididos a cumplir el mandato de los cielos y avisados por un espía, que había seguido los pasos del joven enamorado, esperaron la noche de luna nueva y aperados de palos y lanzas comenzaron a subir el cerro.

Al ver las antorchas alcanzándolo por el sendero, el joven apuró sus pasos para llegar pronto a la gruta y salvar a su amada. Entre violentas sacudidas y sonidos subterráneos, la vio asomar fuera de la gruta. Como una hermosa estatua de arcilla, emergiendo a golpes desde la tierra, la escuálida luz de la luna iluminó la silueta preñada, trepando cerro arriba. Un indescriptible aroma a semillas, flores y hierbas emanaba de su piel y la huella dejada por sus pies, se transformaba en vertiente, que escurrió cerro abajo, mientras brotaban a su paso chañares, higueras y pimientos.

A medida que la joven subía, el cerro se sacudía y crecía con ella, alejándola de sus perseguidores que corrían enardecidos tras sus pasos. Al llegar a lo más alto, ella elevó sus brazos al cielo y en un grito desgarrador parió a su crío. La tierra se sacudió con violencia y el cerro empujó su cúspide al cielo, abriendo una enorme fisura que se tragó a la joven y la hizo desaparecer en sus entrañas.

Indiferente a los enormes peñascos que rodaban a su lado y los ojos nublados de llanto, el joven detuvo sus pasos, se arrodilló hasta tocar la tierra con su frente y con el corazón acongojado, pero confiado, suplicó al dueño de lo insondable:

—Salva a mi amada y no permitas que, por su ignorancia, mi gente muera—, imploró.

Entonces ocurrió el milagro y así cuenta la leyenda que muchos lo vieron y dan fe de ello. El joven enamorado, se transformó en un enorme y fuerte pimiento, que emergió de pronto, desviando los peligrosos rodados hacia la quebrada. Y pese al daño que les habían causado a él y a su amada, la fuerza de su amor salvó a su pueblo.

Desde entonces, el cerro se asentó en su nueva forma, que asimila a una mujer con tres brazos y los terremotos cesaron. De ahí el nombre del cerro Mamalluca o mujer que acoge. Como buena madre, espera que, con respeto y reverencia, pidamos permiso a su enamorado, para acceder a ella. Es por eso que, todo aquel que conoce esta leyenda y desea subir este cerro sin accidentes ni tropiezos, debe pedir permiso al joven, que, convertido en pimiento, salvó a su pueblo de la ignorancia y de la muerte."

Primer lugar regional
La Serena
59 años

El Tata Afla

Anahí Cifuentes

En las calles de La Serena, si tienes suerte, puedes ver pasar a un alegre abuelo en bicicleta.

Años atrás, en el tiempo en que él vendía diarios en su moto, se le quedaría grabado en su memoria el momento en el que, en la plaza de armas de la ciudad, durante un desfile, vio a unos niños soplando unos hermosos remolinos. Los niños, asustados por el sonido que emitía su moto, comenzaron a llorar. Al regresar a su casa, el abuelo se dedicó a fabricar minuciosamente unos remolinos de lata. Los colocó en la moto y al día siguiente volvió al desfile. Los niños, esta vez quedaron asombrados ante los grandes y llamativos remolinos brillantes. En vez de dejar caer sus lágrimas, lo saludaron regalándole unas pequeñas sonrisas, que lo inspiraron a convertirse en uno de los personajes más queridos y emblemáticos de la ciudad.

Hoy, estos mismos remolinos son los que adornan su casco y su bicicleta, de la que cuelga un cartel pintado a mano, rojo de letras blancas que dice "afla tijera".

Aflar tijeras nunca estuvo en sus planes. Hasta aquel día en el que por no querer ir a una peluquería decidió que se cortaría el pelo él mismo. Todo iba bien, hasta que llegó el momento de cortarse el cabello y se percató de que las tijeras carecían de filo y, por lo tanto, no cortaban. Fue entonces, que tomó una lima y trató de sacarle filo a su tijera. Su ingenio funcionó y con el pasar del tiempo lo fue perfeccionando, y pasó a usar un esmeril manual y, finalmente, un taladro.

Desde entonces, don Osvaldo del Rosario Espejo, más conocido por los serenenses como el Tata Afla, se ha dedicado a afilar tijeras.

Se levanta cada día, temprano por la mañana, y sale a trabajar sin importar cuanto frío haga en la ciudad o cuanta edad él ya tenga. Anuncia su llegada con las reconocibles melodías que ejecuta con un pito. También va tocando puerta a puerta, ofreciendo sus servicios. En las ocasiones en que algún vecino accede, él se acerca a la parte trasera de su bicicleta donde se encuentra afirmada una caja amarilla y de esta saca su taladro. Su cliente le entrega las tijeras o cuchillos que desea afilar y el empieza su labor. Con mucha dedicación se encarga que queden con más filo que cuando estaban nuevas. Mientras tanto, los clientes más amables, le ofrecen un vaso de agua, para calmar la sed producida por el arduo ejercicio físico. Y es que pedalear por toda la ciudad resulta realmente agotador. Al terminar de afilar las tijeras, el Tata Afla sigue su camino en busca de nuevos clientes.

En el trayecto siempre contagia a más de algún transeúnte con su tierna sonrisa y muchos de los que lo reconocen le piden sacarse una foto junto a él. Saber que los demás consideran y aprecian su trabajo lo hace feliz, pero lo que más le gusta de este, es según dice que no hay cesantía para el que afila.

Él es el Tata Afla, el abuelo próximo a cumplir noventa años y que los veinte últimos ha realizado el ya casi extinto oficio de afilar tijeras.

Segundo lugar regional

La Serena

15 años

Maruchos

Pablina Galleguillos Pizarro

Un vaso de vino bien saboreado es como una semilla en terreno fértil; al caer el cálido brebaje en la curtida garganta, comienzan a brotar historias y la que contaré hoy es una de ellas.

Dos hombres trabajaban en las minas de plata de Nueva Elqui. La cuadrilla era de diez, pero la historia es de dos de ellos, uno joven y el otro mayor.

Eran maruchos³⁶ de carreta con mulas, acarreaban motores y herramientas, siempre recorrían el mismo camino, saliendo por el llano de Vallecillo hacia la cuesta que los llevaba a la orilla del camino, donde otros se hacían cargo de la carga, para trasladar a Huanta.

Ellos soñaban con tener más dinero del que ganaban, porque su trabajo era muy pesado y la paga, demasiado liviana para el sacrificio. El mayor quería comprar una casa, un caballo y un perro, para vivir los últimos años de su vida en forma tranquila y más acorde con su edad. El más joven quería comprar un terreno para sembrar pasto y venderlo a su amigo, para su caballo. No eran grandes sueños, pero sus momentos de conversación giraban en torno a estos deseos.

Cierto día que venían bajando la cuesta de Vallecillo, se quebró la rueda de fierro de la carreta. Fue el hombre mayor, quien, al bajarse para sujetar el eje de la rueda, vio detrás de un pingo³⁷, que había algo extraño. Llamó al hombre más joven y se dieron cuenta de que era un cántaro de greda lleno de oro. Acordaron cambiarlo de pingo y enterrarlo, para que nadie lo encontrara.

Aunque fue muy difícil bajar la carreta con la rueda amarrada con alambres y las mulas bufando, se sintieron tan felices hablando de sus sueños, que el camino de bajada se les hizo corto. Bajaron al pueblo a comprar víveres y pasaron a la cantina "El combo fijo" y se gastaron todos sus sueldos. ¡Qué importaba, si ahora eran ricos!

Llegó el día, en que estos dos amigos subieron nuevamente a la mina, a trabajar en la carreta. Los maruchos, con el corazón inflado de tanta emoción, las duras piedras les parecían algodones que acariciaban las patas de las mulas, los motores y herramientas eran livianos como plumas. Les invadía un gran nerviosismo revuelto con alegría y se les hacía largo el tiempo.

Se vino la noche y el hombre joven le dijo al mayor, que era muy sensato:

—Llegó la hora *pos oiga*—, y el hombre mayor calmadamente habló con el jefe de cuadrilla, para pedirle permiso para ir a buscar un costal con víveres, que habían olvidado en la barranca. Pidieron llevar la barreta y la pala, por si las moscas dijeron, y se encaminaron a los mulares.

³⁶ Marucho: ayudante de un arriero cuya labor es guiar una manada pequeña de ganado mayor (nota de editor).

³⁷ Pingo: se refiere al arbusto pingo-pingo que en Chile crece desde Atacama al sur, preferentemente en laderas secas y pedregosas, a pleno sol. También en lenguaje coloquial se le denomina a un caballo ágil, brioso y de muy buen aspecto (nota de la edición).

Llegaron al lugar entre lágrimas y risas. Movieron con mucho empeño los pingos, uno por uno y no encontraron nada. Ya amanecía y trabados de frío, la luna llena los contemplaba, majestuosa como una reina, envuelta en un hálito gélido. Ya no les quedaban fuerzas para seguir excavando, las botas parecían estar mojadas y la ropa parecía tabla del hielo. Poco a poco se fue extinguendo el fuego y las últimas chispas parecían querer seguir brillando, pero ya no era la hora y por los cerros los hombres van y vienen.

Por la mañana, los otros trabajadores alarmados por la ausencia de los maruchos, salieron a buscarlos antes de que amaneciera, caminaron por el llano y al primer rayo de sol, como una luz que los guiaba, encontraron a los dos hombres, helados, pero sonriendo, uno empuñaba la pala, como si en la otra vida siguiera buscando, y el otro tenía en sus manos troncos para avivar el fuego.

Trajeron una carreta para retirar los cuerpos, las ruedas chirriaban con pena. Los maruchos se miraron y uno le dijo en secreto al otro:

—Viste lo que hay detrás del pingo.

—Sí —le respondió—. Pero ahora no podemos llevarlo, porque tenemos que trasladar los cuerpos. Y escondieron un cántaro de greda lleno de oro, en otro pingo, para después volver a buscarlo.

Tercer lugar regional

Vicuña

65 años

Cola de diablo

María Soledad Espinosa Ramelli

*Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida
y entonces, comprende
cómo están de ausentes las cosas queridas.*

Armando Tejada.

Abrazada por la nostalgia y los años transcurridos a vuelo de pájaro, Ube decidió visitar el lugar al que no había vuelto en más de veinte años. Conducía Propio, como llamaba a su ayudante. Iba también la chica nueva, Zunilda. Pasando el pueblito de Nicolasa, dio instrucciones para que Propio tomara hacia Tatará y luego se internara por la quebrada.

A medida que el todo terreno avanzaba por esa huella abandonada, rememoró el tiempo en que ella era Uberlinda y cultivaba una huerta curvada sobre la tierra pedregosa. La llamaban cariñosamente “la guardiana de las semillas”, porque cultivaba esos porotos especiales que sus ancestros le habían legado. Los había morados, amarillos, azules y rosados. Era de pequeña estatura y tan delgada que parecía otro de aquellos coligües donde se enredaban sus frejoles. Los conservó en ese saquito finamente tejido por su abuela, hasta que tuvo edad y tierra para plantarlos.

El terruño lo obtuvo por ocupación y logró, con perseverancia, que Bienes Nacionales la reconociera como dueña. Está al fondo de esa quebrada llamada Alday, en el desierto, donde el viento sopla en remolinos fuertes a la hora de la luz mayor. Levanta el polvo en una sola cola larga, que avanza dejando a su paso basuras de toda índole provenientes de sitios lejanos. Hay veces que arranca toldos y techumbres; es cuando toma la forma de una gran procesión que se eleva al cielo. La tierra hubo de mejorarla a punta de guano de caballo y gallina que consiguió con vecinos distantes. Porque en Cola de Diablo, como se llama el lugar adonde se dirige, no habitaba otra alma que no fuera ella, su marido y su hijo sordomudo.

Sí, entonces estaba casada con Eusebio. Lo conoció en el cerro, de chiquilla, mientras pastoreaba las cabras de su familia. Un hombre mayor, experimentado pirquinero. Se la llevó del brazo y fueron recorriendo los cerros hasta que se instalaron en ese terrero, donde tuvieron un hijo al que llamaron Celestino, por el cielo siempre limpio del desierto. Nació sordo, pero despierto. A los ocho ya acompañaba a su padre a catear oro y Uberlinda se quedaba a cargo de la huerta, las cabras y la ranca. A veces tardaban quince o hasta veinte días en volver; en otras oportunidades llegaban con unos cuantos gramos de oro, otras sin nada. Hasta que un día ocurrió que ya no regresaron. Ella, apretando los labios a la vista del horizonte vacío, apagó el fogón que daba calor a la ollada de porotos con charqui de cabra, que había preparado para sus hombres, tomó sus pallares que valían tanto como el oro por lo únicos que eran, se vistió con sus mejores ropas y salió al camino principal con pasos urgentes en dirección al pueblo.

—Propio, vos sí que soy bien aturdío. Te dije que *trajérai* algo *pa’* comer, porque *íamos* a echar todo el día en esto. El *sanguchito* me quedó en una muela.

—Perdone, doña Ube. Pídale a la Zunilda el suyo. Está tan contenta con el paseo que ni hambre debe tener.

—A esta chiquilla la voy a adoptar... ¿Te gustaría Zunilda? ¿Hacer como si *fuera* mi hija?

—Claro que sí, doña Ube, imagínese que, si no, cuando yo nunca tuve mamá.

—¿Y yo? Llevo tantos años en la casa que pareciera que nací allí, doña Ube.

—Cállate tú, Propio. No *seai patúo*. *Pónete* la radio, mejor. Búscate la Centinela, quiero oír los avisos que manda la gente.

Era lo que hacía Uberlinda, cuando quería tener noticias de su marido; prendía su radio a pilas. A medio día el locutor daba los recados que la gente enviaba a los habitantes de las diferentes localidades. Eusebio juntaba el oro que recolectaba en la misma bolsa en que Uberlinda recibió las semillas de su abuela. Pensaba que, si a ella le pagaban tan bien esas alubias y estas se multiplicaban vigorosamente, así también debería multiplicarse el fruto de su pirquineo. Y sucedió que un día encontró una veta riquísima. Tanto que repletó la bolsa de oro. Con su hijo partieron al pueblo a venderlo. Eusebio dijo que alcanzaría para llevar la línea eléctrica hasta la casa y ella pensó que deseaba tener una lavadora.

Habían pasado veintisiete días sin noticias cuando Uberlinda decidió ir a buscarlos al pueblo. Al llegar pudo ver que estaban desmontando el circo instalado en la entrada de ese caserío, que por aquellos años tenía solo calles de tierra. La micro se detuvo en la plaza. No sabía por dónde empezar. Preguntó en los emporios, la iglesia, la posta y la radio. Y sentía en el pecho un mal presagio. Al anochecer buscó alojamiento, el que pagaría con sus porotos.

—No señora —le dijo la dueña de la pensión—, nosotros aquí lo único que recibimos es *platita* contante y sonante.

Uberlinda le explicó que su marido y su hijo mudo de dieciséis años, andaban con mucha plata, porque habían encontrado un filón de oro. La vieja de la pensión, abriendo mucho los ojos, le fío el alojamiento y le dijo que fuera a buscarlos a la Casa Azul, que era donde paraban los hombres que andaban solos y con plata. Y para allá partió Uberlinda al día siguiente. Resultó que su hijo Celestino, con su parte del oro, se había ido de gira junto a la trapecista del circo. Eusebio en cambio, no encontró mejor negocio que invertir su dinero en comprar la Casa Azul. Convertido en el señor y raja diablos del lugar enviciado con las fulanas, no tardó muchos días en morir en brazos de una de ellas, fulminado por un ataque al corazón. Uberlinda quedó por herencia como única dueña del lugar. De eso han pasado veinte años.

—Yo sí que sé dirigir el negocio, pago bien y encima ahorro. Puedo darme el gustito de comprarme este auto nuevo. ¿Te gusta Zunilda? Bueno, hemos llegado. Para el auto, Propio. Esto es Cola de Diablo y esa ranca que ven allá arribita a mitad de cerro, era la choza donde yo vivía.

Ube se quedó un largo rato mirando los cerros que le recordaban cada uno de los pasos que había dado hasta ese momento: la chiquilla recién casada, la construcción de su huerta, su único parto en ese rincón olvidado, el niño sentado en el suelo jugando imperturbable mientras la puerta y las ventanas se golpeaban aventadas por el feroz remolino. Un nudo se le formó en la garganta al recordar ese duro momento en el que tuvo la certeza de que su pequeño nada podía oír.

Con pasos lentos, a causa de su gordura, enfiló por el sendero que subía hasta su ranca. No quiso que la acompañaran. Todo lo que había dejado al partir ya no estaba. Ni puerta ni ventanas. Solo algunas basuras en un rincón, de esas que el viento siempre acarrea. Cuando regresó al auto venía arrastrando

sus piernas varicosas. Pero traía los ojos brillantes de paisaje y los recuerdos habían dibujado en su boca una sonrisa dulce. El Propio y Zunilda contarían que ese día la Ube les pidió que a su muerte le tiraran sus cenizas allí, en Cola de Diablo. Había pasado en ese lugar sus mejores años y quizá un día Celestino volviera para reclamar lo que en derecho le pertenecía. Allí la encontraría, convertida en tierra y aguardando la lluvia para que brotaran nuevamente las semillas de otros tiempos.

Primer lugar regional

Papudo

67 años

Quédate y dile a la vieja

Marcos Quijada Sánchez

A lgo ya sabían los labios de la vieja. Recuerdo que sus ojos eran dos costras de savia mojada. En su cara ovalada destellaban las huellas de las horas previas. Las ojeras de malva oscura, cuatro arrugas hondas en la frente, el entrecano pelo oscuro recién recogido en una trenza apretada. Las venas de su nariz también decían que había estado llorando en la extensión de la noche, sola, musitando rezos en su camastro de viuda, aferrada al rosario de plástico y conversándole a los santitos de yeso aposentados en la repisa de coligüe. Quizás cada tanto oteó la luna empañada en la ventana; cada tanto cerró los ojos para limpiárselos del agua estancada de un presentimiento; cada tanto atisbó la llama del cirio encendido junto a la estatuilla de la Virgen del Carmen en su velador de caja de tomates. Pero yo creo que sus ojos castaños nunca arañaron el futuro; su boca sí, esos labios de adusta belleza, esos dos pétalos de cardo humano. Esos como dos gajos secos regados por la soledad y las quebradas de su infancia.

La pobre vieja no supo exteriorizar la profecía. No pudo congregiar las palabras correctas con un llamado, tal como si fueran las cabras que sabía domar con un solo chasquido. Porque las palabras que buscaba nuestra madre tenían el cuero escurridizo. No se domeñaban con silbos, ni con gestos, ni con la ayuda de un perro pulgoso. Y entonces se quedó mirándome bajo el alero, sentada en la silla de mimbre, con su cara de india pálida y esa ranura de brea entre los dos labios que ya intuían. Y tú, hermanita, te quedaste a espaldas de ella, precozmente alargada, entibiándote los hombros con tus manos y ofreciéndome una mirada muy distinta, unos ojos negros lacados de esperanza y optimismo y absurdos infantiles. Yo las miré a las dos desde el portón de madera. Vi el buzón que yo había pintado a los siete años con jugo de maqui. Vi, a veinte metros, la resquebrajada casa de adobe recortada contra la cordillera nevada y un alto cielo de papel de plata. Vi la soledad andina a la que renunciaba para siempre y escuché el lento, espeso y agudo balido de un chivo que recibía la luz del amanecer.

Las vi otra vez, una junto a la otra; ella galvanizada en la silla y tú atrás con la sonrisa de niña. Y fue el momento de despedirme con la mano y comenzar a remontar a pie los tres kilómetros que me separaban del poblacho más cercano. Fuera alborotaban los pájaros mañaneros y los gallos de los vecinos. Pero yo iba casi sin sentir la polvareda bajo mis zapatos. Iba rumiando augurios del porvenir. Iba embriagado con las horas próximas y las postales de edificios y avenidas ruidosas por donde desfilaban mis sueños consagrados. Con esa devastadora fuerza fantaseaba mi futuro en esa capital. En ese monstruo de nueve millones de cabezas.

¿Y qué podría contarte ahora, hermanita, siete años después? Ahora que mi boca se enmarañó de tanta mugre santiaguina y mi lengua se desmemorió de gorjear en el campo. Cuánto me gustaría excavarte esas legañas tristes de los ojos y endulzarte las mejillas con una ranchera. No sabes cuánto daría ahora, que ya es tarde, por no haber partido jamás de nuestra parcelita y de las cabras y de ese viejo caserón de adobe capaz de resistir terremotos, siete terremotos. Y no lo digo por compromiso. No lo digo olvidado de los rigores y deslomes de la vida en las quebradas. Lo digo porque es cierto, hermanita, y porque es tarde y porque tengo que decírtelo a ti con la gasa cristalina de voz que me queda. Porque la mamá no se va a ir a ninguna parte; solo tú puedes estar tentada de escaparte del almizcle pasoso de las cabras y de la pobreza serena de la casa y de la desesperante paciencia precisada para recorrer las quebradas y saludar a cada San Pedro y sentir la tentación de conversar con las pocas nubes, que bajan a rozarle los muslos a los cerros. Y eso, hermanita, es lo que piensas ahora mismo, debajo del sauce llorón al borde del canal. Quieres irte. Quieres partir. Yo lo sé y no te culpo. A los 16 años uno puede ver tornasoles en las aguas barrosas. ¿Quién no cargó a esa edad un manojito de águilas dentro del pecho? Colibríes o loicas o caranchos enjaulados en los barotes de nuestras costillas. Tiuques que engarfian al viento de

una promesa vacía. Mariposas de escarcha o de cuarzo atrevido. Sí, hermana, mariposas de seda que se elevan hasta quemarse con los rayos solares y quedar convertidas en ceniza, en diminutos rescoldos que lloverán sobre la tierra enmudecida. Esos son los sueños que ahora masticas, hermanita. No todos, pero la mayoría. Haz el esfuerzo de escucharme. Haz el esfuerzo de abrir el fondo dorado de tus oídos a esa pelusa de voz que me queda. No gires la cabeza hacia la corteza del sauce.

Yo también tuve tu edad y unos ojos que se parecían demasiado a los tuyos y a los del padre que apenas conociste. Yo también creí que la solución era irme de aquí y adentrarme en Santiago, como si fuera un bazar a cielo abierto donde los anhelos esperaban manufacturados en las vitrinas. Allí los sueños balbuceados, quietos y detenidos detrás de un mostrador y pagaderos en cómodas cuotas. Pero no. Así no funcionan los terribles cepos y pistones de la ciudad. Porque no pude encontrar trabajo en tres meses; porque después me echaron por reducción de personal; porque pensé en volver muchas veces, sin embargo, eso significaba una derrota que ni siquiera estuve dispuesto imaginar. Y cuando por fin conseguí una *pega* estable, al voleo me di cuenta de que apenas servía para sobrevivir en una pieza de tres por cuatro en una población marginal. Y no les escribí ni les quise decir nada de mis penurias para mantenerlas tranquilas. Nunca fui supervisor ni jefe de nada, ni vendedor estrella de celulares. La plata que les mandaba era plata, sí, pero era sucia. Por eso no les mandé mucha durante los últimos cuatro años, ni las fui a ver, ni las llamaba mucho por celular. Todo para no mancharlas con el barro y las escamas de mis sueños podridos en Santiago. No era avaricia ni olvido, hermanita, sino algo muy distinto: era el deseo de conservarlas ajenas al relave de veneno donde nadaba contra otros peces. Con billetes y mierda y sangre hasta el cuello. Con un precio puesto a mi cabeza por las bandas rivales.

Pero ya no queda tiempo, hermanita. No tengo más minutos para llorar y decirte que faenar a un chivo puede ser algo tan parecido a carnear a un hombre. Es imposible resumir la historia de un joven pastor de cabras convertido en una herramienta de la muerte. No hay forma de justificarme; no hay tiempo para decirte en qué esquina, ni quiénes, ni en cuál población, ni cuántas balas se enfrían ahora en la blandura de mi cuerpo. Solo voltéate. Siente este leve resoplido de viento, que es lo único que queda de mí en el hocico voraz del mundo. ¿No sientes este aliento de granizo en el vello de tu nuca? Sí. Ahora. Eso es, hermanita, date vuelta y reconóceme en el abanicazo repentino en las ramas del sauce y en ese dedo glaciado que te sube por el espinazo. Cierra la boca y no llores todavía. Sé que me ves en la transparencia de la tarde. Sé que te has parado porque ves esa sombra invisible que soy y seré. Prométeme que te vas a quedar aquí, en nuestra parcelita, junto a la vieja y las cabras. ¡No llores, hermana, llorar no vale de nada! Más vale quedarse aquí con la vieja en este honrado paraíso miserable y hablar con los cactus y los espinos y las pocas nubes escuálidas que se atreven a hozar el bronce quemado de los cerros. O mejor llora, hermanita, llora y parte corriendo de vuelta a la casa y dile a mi madre que reconociste mi voz de muerto entre todas las fibras del viento. Pero quédate, hermana. Quédate y dile a la vieja que tenía razón y que sus labios sellados ya lo sabían.

Segundo lugar regional

El Tabo
44 años

La artesana y el campesino

Giorgio Vaccaro Alcayaga

En las cercanías de Pomaire, Vitalia iba día tras día en carreta con su chal, su mate y su canasta de mimbre lleno de dulces chilenos, sal de mar, tortillas de rescoldo, panes amasados, y unos paños confeccionados por ella con la esperanza de que algún afuerino que pasara por la carretera pudiera comprar. El sueño de Vitalia era poder tener un terreno con su taller de greda, tejidos y mimbre, un invernadero, y muchos animales como gallinas, codornices, ovejas, chanchos, y un caballo negro como el carbón. Ella era muy positiva y su esperanza se sostenía en algo que su abuela Filomena le había enseñado: la tierra da todo lo necesario para vivir, solo hay que aprender a tener paciencia tal como una planta crece tras germinar su semilla.

Mientras tanto, en un campo cerca de la carretera había un campesino cabalgando en un caballo blanco como la escarcha, era Salustio. Como era pasado el mediodía, debía espantar a las aves que venían vez tras vez buscando lombrices, pero aprovechaban de picotearle las frutas que con tanto esfuerzo cultivaba. Utilizó un arado y con mucho esfuerzo cultivó la tierra de su difunto padre. Estaba solo, y mientras pasaba por su tierra, miraba pasar en el cielo un queltehue gritando, como si le recordara lo solo que se encontraba. Pronto iría al pueblo a la celebración de la trilla, ahí demostraría que todas sus penas y soledad estaban solo en su interior, porque en su exterior siempre se veía bien. Salustio, cuando se sentía muy triste, salía en su caballo a andar en la noche y como su soledad invadía su mente; eso fue lo que hizo.

Vitalia vendió la mayor parte de sus productos, así que se apeó y se colocó una bufanda, esperando que algún vecino pasara, para llevarla de vuelta a su casa. Pero lo único que se escuchaba era el sonido de los queltehues con sus gritos. El tiempo transcurrió, ya era de noche, y lo único que se veía eran las estrellas, porque la luna estaba nueva y se echaba de menos la luz de la luna llena. De repente, el queltehue dejó de gritar y las luces de los postes se apagaron. Vitalia se puso nerviosa, hasta que sintió el trote de un caballo, como estaba tan oscuro solo vio un caballo negro como el azabache, y su jinete llevaba un poncho con chupalla así que no le vio el rostro. Él se detuvo y le dijo si la llevaba; Vitalia dudó, no sabía si confiar o no, pues, nunca lo había visto, pero en vista de que nadie más pasaba por allí, decidió aceptar.

El camino fue silencioso de diálogos, solo se escuchaba el relincho del caballo, los grillos y cigarras, y el canto de las rapaces nocturnas. Llegando a la casita, el jinete ayudó a Vitalia a bajar. Ella no supo cómo agradecerle, y le regaló un jarro de greda y a su vez, el jinete le agradeció dándole una flor silvestre del campo y se fue solitario como llegó. Al día siguiente, Salustio se levantó a las seis de la mañana para ver a sus animales, y mientras cortaba leña meditaba en aquella mujer que había llevado en su caballo, pensó en ella con mucha intriga, deseaba verla de nuevo, no sabía por qué, pero cuando estuvo con ella sintió en su corazón, pese al silencio, una grata compañía. Así que, Salustio decidió conocerla más e invitarla a la trilla del fin de semana. Esto le produjo un sentimiento renovador en él, y las fuerzas necesarias para cortar todos los troncos y llenar el cajón de leña.

Vitalia estaba feliz, porque había vendido todo, pero también porque sintió que necesitaba ver nuevamente a aquel jinete con su caballo negruzco. Ella decidió que si lo encontraba de nuevo conversaría con él, estaba decidida a hacerlo. Así que ese día cambiaría su táctica, iba a quedarse hasta el final; solo necesitaba preguntarle su nombre. Mientras, Salustio, buscó en su campo, flores silvestres para regalárselas si la veía. Estaba muy feliz y pensó que era mejor pasar temprano, para que así tuvieran más tiempo para conversar. Pero los planes de Vitalia y Salustio no resultaron: día tras día, Salustio pasaba por la calle, pero solo veía vendedores locales cerca de la carretera y Vitalia, se quedaba hasta tarde esperando a su jinete, pero él no llegó.

A medida que pasaban los días, Vitalia y Salustio se sentían tristes, pues, tal vez, nunca más tendrían la oportunidad de volver a verse. Vitalia procedió a hacer un cántaro de greda, y colocó las flores silvestres que tanto le gustaban junto a la del misterioso jinete. Como se acercaba la fiesta de la trilla campesina, había una competencia de artesanía, y Vitalia quería presentar su cántaro de greda con las flores silvestres como florero. Por otro lado, pensando en la misma fiesta, Salustio, llenó el jarrón que le había entregado aquella mujer con flores silvestres, pues él albergaba la esperanza de que está fuera una señal para que, entre todos los campesinos, huasos, artesanos, y visitantes, estuviera la artesana misteriosa.

Así llegó el día de la trilla, los asados, los juegos típicos, los camarones de río, el queso de cabra, la miel de abeja, las empanadas de alcayota y el olor a tierra y paja. Era una gran fiesta, muchos campesinos tenían la posibilidad de mostrar a los afuerinos las actividades locales del medio rural. En la entrada, iba llegando Vitalia con su típica canasta y varias cosas más. Estaba reluciente, pues la esperanza la tenía de nuevo. Justo tras ella, iba llegando Salustio junto a su caballo blanco como la escarcha y con un jarro lleno de flores silvestres. Estaban todos con sus ponchos cerca de los fogones, comiendo pan amasado hecho por las vecinas de Vitalia, cuando anunciaron las competencias que venían. Al atardecer sería el concurso de artesanías del campo chileno; esto, para Vitalia y Salustio era un gran anuncio, era la última oportunidad que tendrían para encontrarse.

Había una serie de productos típicos de los pueblos y localidades, como el mimbre de Chimbarongo, el chancho de greda de Pomaire, la cerámica de Quinchamalí, la orfebrería en cobre de Coya, la arcilla de Pañul, la crin de caballo de Rari, entre otras. Vitalia presentó su cántaro de greda con flores silvestres, y entre el público, Salustio reconoció a la artesana misteriosa y por fin supo su nombre. Una vez que llegó el turno de Salustio, él no subió, pues, en vez de tener un premio, ya encontró algo mucho mejor: la artesana de su corazón. Ya estaba a punto de oscurecer, cuando Salustio se acercó con su caballo hasta donde estaba Vitalia. Ella no ganó la competencia, y estaba muy triste sentada en un tronco, mirando los caballos que iban a sus corrales. De repente, vio que se acercaba alguien con un jarro con flores silvestres, similar a la idea que ella había concretado con sus manos. Era un jinete, pero en un caballo blanco. Salustio, le preguntó si la llevaba y el corazón de Vitalia empezó a latir; al oscurecerse el caballo blanco de Salustio se volvió negro como el carbón y ella comprendió que había encontrado a su campesino misterioso.

Así, Vitalia y Salustio se complementaron, tal como las flores adornan los cántaros de greda que decoran las casas en el campo. Salustio, agradecido, no tuvo más soledad, solo felicidad y Vitalia cumplió su sueño y entendió que su paciencia hizo que germinara una nueva semilla.

Tercer lugar regional
Viña del Mar
24 años

El conjuero y el monstruo

Eugenio Alvarado Pizarro

Doña Berta es la matriarca de la familia. A puro *ñeque* crió a sus hijos después que su esposo la abandonara. La vida de Berta ha transcurrido en su querido pueblo natal, ahí nació, creció y vive hasta hoy. Su niñez tuvo matices comunes, creció en una familia bien constituida donde los valores familiares, morales y culturales eran firmemente cultivados, Dios, la familia y la patria eran las premisas centrales en el conglomerado familiar. Nadie que se preciara de bien nacido atentaría contra tales estandartes y Berta se encargó de transmitir a sus hijos y nietos la herencia ancestral respecto de la importancia de la familia. Frente a cualquier embate que amenazara a alguno de sus miembros, Berta se vestiría de paladín y enarbolaría las banderas de lucha contra el agresor. Esa misma impronta quedó grabada en sus hijos y nietos y nadie por más osado que fuera, intentaría siquiera tramar algo contra el férreo y cerrado clan familiar.

Desde hace un tiempo los vecinos notan a Berta algo cambiada. Ya no es la misma mujer dicharachera que acostumbra a caminar entonando melodías, ni siquiera sus afiladas tallas a flor de labios afloran con la rapidez acostumbrada. Para todos es un misterio lo que le pasa a Berta, ya se escuchan comentarios en el *comidillo* popular, donde se tejen mil teorías respecto a la inusual conducta de la matriarca familiar. Los más osados alardeando un conocimiento profundo sobre Berta y aventuran una pena de amor; otros menos aguerridos culpan a la edad de la mujer ya anciana; los menos avisados elucubran en silencio sobre la situación, pero en lo que sí hay consenso es en reconocer que algo afecta a Berta y se nota. La preocupación, en consecuencia, sube de tono y se forma una comisión, que será la encargada de averiguar qué le sucede a la mujer.

El cura del pueblo, junto a varios prominentes feligreses, toma en sus manos la misión de abordar a Berta, tarea nada fácil, si se toman en cuenta sus dotes de liderazgo. Berta cuidó a sus padres hasta el final, se preocupó de manejar las tierras heredadas, solita crió y educó a sus hijos y ahora, orgullosamente, cuida a sus nietos, por lo que la comisión tiene una colosal tarea: traspasar las fortalezas construidas a punta de esfuerzo en el alma y averiguar qué sucede con Berta.

Es domingo y la misa ha terminado en el bullente pueblito. El cura, haciendo de tripas corazón³⁸, se acerca a Berta y le pide un espacio para conversar. La mujer, sorprendida, acepta acudir el lunes al despacho del religioso. Llegada la hora de la cita, Berta llega con su acostumbrado aplomo y para su sorpresa, el cura está acompañado por varios vecinos de renombre: el almacenero, el encargado del correo, algunas de sus amigas, en fin, la flor y nata del pueblo se ha reunido para este encuentro. Berta, impaciente, toma la palabra:

—Miren, no sé *pa' qué* me llamó el *pairecito*, pero, si están *toititos* aquí, se me hace que la *custión* es seria.

—Berta, nosotros estamos preocupados, porque últimamente la hemos visto actuar muy distinto a como nos hemos acostumbrado —contestó el cura.

—Mire *pairecito*, no sé si hablamos el *mesmo* idioma, pero, acá está pasando algo que ustedes no se dan ni por *aludíos* —replicó Berta.

Los vecinos se miraban unos a otros sin lograr entender a qué se refería Berta:

³⁸ Haciendo de tripas corazón: frase utilizada para referirse a una situación que se debe llevar a cabo y que resulta desagradable o algo que no se quiere hacer (nota de la edición).

—Podría explicarnos de qué se trata Bertita —pidió el cura.

—Mire *pairecito*, acá, al pueblo, llegó un monstruo que se está comiendo a los niños y a los jovencitos y lo *pior* de todo es que nadie hace *ná*, ni siquiera se dan cuenta.

Los vecinos seguían sin entender palabra de lo que Berta les decía y la alusión a un monstruo los dejó perplejos. Las más variadas imágenes desfilaban por la mente de los vecinos. ¿Será un psicópata el llamado monstruo y no sabemos? —pensó el almacenero, sin embargo, la proverbial tranquilidad del pueblo dejaba sin opción cualquier pensamiento lúgubre. Finalmente, Berta viendo que nadie atinaba a dar con la razón de su cambio conductual, se animó y poniéndose en frente de todos espetó:

—Yo, con mucho esfuerzo, parí y crié a mis hijos en este pueblo, cuando el Manuel me dejó *botá*. Yo *apechugué* solita y eduqué a mis cabros, les di lo mejor que pude y ahora hago lo *mesmo* con mis nietos. Les doy lo mejor y los educo en el respeto a la familia y al prójimo.

Un vecino envalentonado lanzó una pregunta:

—¿Y qué tiene que ver eso con sus cambios Bertita?

La mujer montó en cólera y enrojecida replicó:

—Esa es la *custión pu*. Llegó el monstruo y se come de a pedacitos a mis *cauros* chicos y a los más grandecitos, día a día se los va tragando sin que yo pueda hacer algo. El otro día, el Manuelito me dijo, abuela, no quiera bailar cueca *p'al dieciocho*, estoy aprendiendo otro baile y a la Normita le estaba enseñando a cocinar y me contestó *bueli*, ya vi esa receta. Yo le pregunté de *onde* sacó mi receta *mijita* y la niña me contestó de internet pues *bueli*, de dónde va a ser y ahí caí en cuenta que esa *custión* es un monstruo que se come a los niños. Ahorita *mesmo*, todo en la casa lo encuentran malo, no les gusta cantar, pagar, bailar cueca, tomar mate, a *toitito* le encuentran un pero: el mate hace mal abuela, lo vi en internet, lo que usted quiera saber abuela, está en internet, me dijo el mayorcito el otro día, y yo me pregunto, qué le hicieron a mis niños, dónde está este monstruo que me está robando a mis pequeños —gritó Berta al borde del llanto.

Los vecinos callaron por respeto y algunos recordaron que hace unas semanas, Berta había comentado que fue a hacer un conjuro a un lugar distante del pueblo. En ese tiempo, los encargados de la torre instalada para traer la señal de internet se quejaron por los daños que la torre había sufrido, consecuencia de piedras y otros elementos contundentes, lanzados contra la estructura. Claramente, la lucha contra el monstruo no era reciente. El cura registraba algunos episodios donde el monstruo y sus emisarios resultaron damnificados, como resultado de los conjuros de Berta: estructuras dañadas, vehículos rayados y otras manifestaciones de la lucha anti monstruo emprendidas por Berta. Los vecinos trataron de explicar a Berta los avatares propios del desarrollo, también hicieron un trato con los nietos de Berta; ellos tratarían de conservar las tradiciones familiares, por lo menos frente a la matriarca.

Han transcurrido varios años y Berta publica sus payas y tonadas en las redes sociales, además, se ha hecho conocida por sus anécdotas campestres y cuenta con miles de seguidores; sus nietos y nietas en son de broma le dicen abuela, te comió el monstruo. Berta, resignada, responde igual le hice sus buenos conjuros.

Primer lugar regional

Maipú

62 años

El Toño y el Gringo

Carolina Quiroz Prades

La Familia Thomson llegó al pueblo a comienzos de los años de 1960, la casa que habitaron había sido abruptamente abandonada después del terremoto. Pero siguió en pie y de sus dueños nunca más se supo, decían que estaba embrujada y no fue difícil convencerlos de comprarla, pues no creían en leyendas tercermundistas. La llegada de la familia fue todo un acontecimiento en ese pueblo olvidado de la Región del General Libertador Bernardo O'Higgins.

Traían novedades en sus maletas, cosas que despertaron la curiosidad de todos. El día de la mudanza, la gente se reunió fuera del caserón y vieron como bajaban televisores, radios, juguetes y una gran caja de madera, donde venía un caballo norteamericano, famosos en las películas del oeste. El animal de raza nativa de los indios rojos del oeste de Estados Unidos ahora llegaba a Chile a deslumbrar con su sedoso y brillante pelaje castaño con manchas blancas. Tenía ojos muy expresivos y de color verde. Esta raza se caracterizaba por tener una gran gracia al caminar y la elegancia que cualquiera del pueblo se la hubiese querido.

El cojo Toño, quien se encargó del establo de los Thomson, lo sacaba a dar vueltas por el pueblo y entre ellos fue formándose una gran amistad; decían que el caballo lo ayudaba a volver a casa cuando el vino se mezclaba en la sangre del huaso. El Toño era muy querido en el pueblo y en su juventud había llamado la atención por su pelo castaño, ojos verdes y expresivos, pero para la mala suerte del Toño, un mal día venía de vuelta de una fiesta y se cayó al río. Lamentablemente se quebró la rodilla, lo que lo dejó cojo de por vida y fue perdiendo popularidad entre las féminas, se puso viejo y pasó a ser un habitante común y corriente pasados los escasos cuarenta años.

Al caballo lo apodaron el Gringo en el pueblo y le dio una segunda vida al Cojo, ya que recobró fama y muchos se acercaban a él para acariciarlo; día a día lo sacaba a pasear por la calle larga que, de vez en cuando, tenía un solo objetivo: llegar a la cantina que quedaba al otro extremo. El Gringo lo esperaba fuera y luego volvían a casa. El hombre se iba para los lados y el caballo lo enderezaba con su hocico hacia el otro y así recorrían de vuelta la calle, más aún sin perder el garbo.

En una noche sin luna y de mala fortuna, al Toño se le pasaron los tragos, pero su fiel amigo ahí lo estaba esperando; ya de vuelta, caminando por la calle, se fue balanceando pronunciadamente de un lado a otro lado, desafiando al río que estaba ahí inquieto y caudaloso. De pronto, de un porrazo cayeron los dos juntos al río, y el Toño pudo salir rápido, pero el Gringo se quedó atorado con unos alambres haciendo trizas su pata delantera.

Se quebró la rodilla derecha, la misma que su fiel compañero se había roto años atrás, cumpliéndose el mismo destino para ambos, quedar cojos de por vida. Estuvo en recuperación varias semanas. Decían que el Toño no dormía y que había prometido no volver a beber si el caballo se salvaba, el veterinario del pueblo dijo que volvería a caminar pero que tendría una cojera; a los Thomson no les importó, pues el caballo no lo usaban para trabajar.

Después de la lenta recuperación, el caballo se puso de pie y comenzó a andar. De a poco volvió a tener confianza y el cojo Toño, a modo de terapia, y como había dicho el médico, lo sacaba a andar por la calle larga todos los días.

Desde lejos, los dos amigos se veían con la misma inclinación crónica hacia el lado derecho y su andar era idéntico: ahí vienen los cojos. El Toño y el Gringo se paseaban con el mismo garbo de siempre. Nunca perdieron la gracia al caminar y la elegancia que cualquiera del pueblo se la hubiese querido.

Segundo lugar regional

San Miguel

43 años

La chichita

Rafael Ferrada Alcaíno

No llevábamos mucho tiempo viviendo en Los Esteros, cuando a nuestros vecinos, la señora Marina y don Ernesto, le contamos que teníamos en casa varios árboles cargados con muchas manzanas, animosamente nos dieron la idea de exprimir la fruta para transformarla en chicha, al punto que don Ernesto y su hijo *Chimuela* inmediatamente se ofrecieron para su producción, que consistía en cosechar las manzanas, llevarlas al molino y prensa que tenía don Mario y así obtener un rico juguito. El proyecto, al instante, nos pareció inmejorable.

¡Se dice y se hace! exclamó don Juanito, parando la oreja y empinando el vaso, cuando nos dimos la mano con don Ernesto.

Al otro día, con entusiasmo y entendiendo que sin lugar a duda la chicha sería compartida, hicimos la cosecha y traslado de la fruta en carretilla. En una caravana liderada por don Ernesto y palo en mano, transitamos por la huella enlodada que usaban las vacas, y luego de pasar por una sonajera de gansos, queltehues y perros, llegamos a la casa de don Mario y procedimos a la faena. Poco importó el dedo machucado que dejó la prensa, ante los más de 50 litros de puro jugo que salieron según nuestro plan; sin embargo, al rato vino lo más difícil, tener paciencia para esperar los once días mínimos sugeridos que se requieren para la fermentación y transformación en chicha.

Así transcurrieron los días, y al cabo de dos semanas la señora Marina se ofreció para cocinar unas tortillas de rescoldo en nuestro galpón, justo en el momento perfecto en que la chicha estuviera lista en aquel lugar. Por supuesto, contento, le dije que era buena idea y que incluso se adelantara, porque nosotros llegaríamos un poco más tarde. Entonces, amablemente, junto a su compañero de vida don Ernesto, se anticiparon, llevaron las tortillas crudas y se pusieron a hacer fuego y brasas según lo acordado.

Ya más tarde, al llegar del trabajo a casa, nos encaminamos, sin desvío, directo al galpón, donde nos encontramos con la señora Marina, en silencio, moviendo las brasas y don Ernesto en plena carcajada, lo que llevó a que ella, un poco colorada, me dijera:

—Qué es pícaro usted jah!

—¿Por qué señora Marina? —le pregunté, sin entender qué pasaba.

—¡Por la bromita que me hizo! —respondió.

—¿Cuál broma? —le dije.

—¡La de la chichita pues, la que dejó ahí para probarla!

En ese momento y golpeándome la frente, recordé que en el galpón no solo estaban las botellas con chicha, sino también, para desacierto de ella, quedó a su alcance aquella botella que había usado como bacínica, para hacer pipí en un momento de apuro y que doña Marina, atraída por el color acaramelado del contenido, sumado al calor de la fogata, las ansias, el trabajo, y todo el tiempo de espera, fueron motivo suficiente para abrir la botella y por fin disfrutar de un sorbete como recompensa.

Finalmente, entre risas, tortillas y nobleza, logramos hacer un salud con la chicha sobre la mesa y hasta el día de hoy recordamos con alegría esta historieta.

Tercer lugar regional

Buín

41 años

Arbolito de cerezas

María Carolina Quintana Cerpa

Era mi primer día trabajando como planillera en la fruta, el sol pegaba fuerte y eso que había salido recién hace unas horas.

Temporeras y temporeros de todas partes se distribuían en las hileras verdes de árboles y sacaban con destreza los ramilletes de cerezas, girando las muñecas con rapidez, como en una danza china donde los rubíes del árbol se enredaban con sutileza entre sus dedos, como si fueran joyas temporales que aparecían y desaparecían. Desde el acoplado del tractor, que avanzaba lento por los surcos de tierra, los miré con la vista fija solo en sus manos y fui notando de inmediato sus distintos niveles de experiencia en base a la delicadeza con la que hacían su trabajo. En la capacitación me enseñaron que la persona que lo hace más rápido, o con más fuerza, no siempre es la que lo hace mejor; las ramas tienen una parte que llaman dardo, que es desde donde salen los frutos, y cosechar con mucha fuerza puede romper el dardo, que se demora mucho en volver a crecer y podría provocar que el árbol al año siguiente no diera frutos.

¿Cómo no asociar esto a las relaciones humanas?, así me sentía yo con mi pareja: cada brusquedad, cada acción mal hecha, cada torpeza, cada mentira, cada desatención era un dardo roto que dejaba de dar frutos. ¿Quedaban aún frutos en nuestro árbol? Sin darme cuenta, ya tenía la parte de atrás de la planilla llena de dibujos de dardos de tiro al blanco y corazones de cereza.

Cuando llegó la primera temporera con su caja llena me dijo:

—Ana González, número 97, Lola—. Y la anoté enseguida.

Era una señora pequeña de porte, pero fuerte. Metió su caja de madera dentro de la gran caja blanca de plástico que remolcaba el tractor y se fue a buscar su escalera para llevarla a otro árbol. Las escaleras de acá son triangulares, como si tuvieran el punto de fuga de un riel de tren que se pierde en el horizonte. Me quedé mirando a Ana subir por la escalera en el siguiente árbol, imaginando que ella caminaba sobre los durmientes de la vía férrea y que, desafiando toda lógica de perspectiva, se hacía grande a medida que se alejaba.

—¡Chuta, yo pensé que iba a ser el primero! ¿Quién me ganó? —escuché a mis espaldas, seguido por el sonido de dos cajas de cerezas cayendo dentro del gigantesco bin³⁹ de plástico.

—Jonathan Mansilla, el 6.

Reconocí el nombre y se me aceleró el corazón. Él ya iba de vuelta hacia su árbol cuando le grité:

—¿Jonathan? ¿Tú vivías en el pasaje Todos Los Santos?

Él se detuvo, se dio vuelta, sonrió y me hizo un gesto de saludo levantándose el jockey y ahí las vi, sus pupilas amarillas imposibles de olvidar. Nunca más he vuelto a conocer a nadie de ojos amarillos y piel morena, tenía las mismas cejas de gato que cuando era chico y estaba casi igual que la última vez que lo vi, como a los doce años. Me acordé de ese día y me recorrió un escalofrío.

³⁹ Bin: contenedor fabricado de plástico utilizado en faenas agrícolas (nota de la edición).

Era otoño, entre unos nogales grandes estábamos todos los niños del pasaje jugando a la escondida, vestidos de negro, recién llegados del funeral del papá de Jonathan. Yo estaba escondida con una amiga en un hueco entre dos árboles, cuando se escucharon muchas nueces quebrarse, como si alguien corriera sobre un camino hecho de puros caracoles, seguido por sonidos mudos de forcejeo tapados por las hojas otoñales. Me asomé para ver qué pasaba y vimos unos niños grandes pegándole a Jonathan, —*“déjate de llorar como niña”*—, le decían, junto con otros insultos que no quiero recordar. Su cuerpo tan delgado y tan pequeño parecía una ramita más de las muchas que había en el suelo, tan frágil... tan fácil de quebrar. Las duras suelas de zapatos lo aplastaban en una tronadera escalofriante, que podía ser de nueces o huesos. Nos pusimos nerviosas y no sabíamos qué hacer. Empecé a hacerle cariño al árbol compulsivamente, pasé la mano por su textura rasposa hasta hacerme una herida y una vez que dejaron de pegarle y se fueron, corrí hasta donde estaba Jonathan. Se quedó tirado sobre las hojas mucho rato, en silencio me arrodillé y con esa misma mano e impulso le hice cariño bruscamente en el brazo, sin saber cómo expresar lo que quería decirle. En un minuto se giró, me miró y me dijo con voz suavecita:

—Voy a seguir llorando igual nomás, porque soy fuerte y lloro como árbol.

Después de ese día se fue a vivir con otros familiares y le perdí el rastro. Él, de verdad, lloraba como un árbol. Era imposible no pensar en sus ojos, como el ámbar brillante de una lágrima dorada de resina bajando por un tronco. Lo seguí recordando cada vez que veía una.

Terminé la jornada de ese día concentrándome a duras penas en anotar todas las cajas y supervisar que estuviera todo en orden, números, números y más números, los nombres, las cerezas, las cajas. Una vez acabada la locura fui a comer mi colación debajo de la sombra más grande que pillé y no dejaba de pensar: Jonathan Mansilla. Saqué mi celular, lo busqué en internet y no me demoré mucho en encontrar varias fotos suyas; ahí estaban sus ojos amarillos... En un rostro de mujer, llena de flores, tacones, brillos, correas, plumas, pelucas de colores, arcoiris, estrellas, escenarios y baile; se veía feliz, se veía fuerte, ya no era una ramita oscura tirada en un bosque, era un rayo de luz tornasolada que si quería lloraba como niña, bailaba como mujer o si quería tenía la fuerza de todos los árboles acarreado frutas sin ninguna etiqueta, era todo a la vez, era libre. Que bien le hizo haberse criado en otra ciudad y salir de este mundo pequeño que se negaba a permitirle crecer con toda esa fuerza.

Me fui a mi casa removida, pensando en qué clase de árbol soy yo hoy, ¿será que a mí también mi entorno me podó para mantenerme chiquitita? ¿Me quedarán aún dardos para dar frutos o ya todos los dardos que me tiraron al corazón me dejaron convertida en un tronco seco que solo sirve para leña? Avancé añorando retroceder en el tiempo y poder volver a ser ese florido arbolito de cerezos que alguna vez fui, llena de pequeños corazoncitos y de afecto, que repartiría con más orgullo y menos vergüenza. Si pudiera volver a serlo, no dejaría que nadie me volviera a cortar las ramas o me estropeará con su torpeza. Me fui reflexionando sobre esto, caminando por la línea del tren, desafiando mi propia perspectiva, sintiendo como me hacía cada vez un poquito más grande.

Primer lugar regional

Requínoa

35 años

Los Loicos

Jorge Zapata Pávez

En aquellos años duros de trabajo y sacrificio, de salir de madrugada, cuando aún no asomaba el sol y regresar a casa al caer la noche, con la luna acompañando el camino, en esa caminata cansada que tenía olor a campo, a barro y a sudor, cargando una pala al hombro, una que parecía más pesada en las tardes que en las mañanas. En esos tiempos había pocas cosas que entregaran algo de diversión. A veces, algunos hombres se divertían jugando al monte, a la rayuela y otros olvidando las penas en alguna vieja cantina, las mujeres tejían y los niños corrían cabalgando sobre un palo que imaginaban era un caballo. Pero había un día en la semana donde el panorama cambiaba. Todos los domingos, bien temprano en la mañana, mujeres y niños, iban a misa, mientras que los hombres, por la tarde, después de almorzar, se iban a jugar a la pelota, a veces acompañados de sus familias. Y es que ese deporte, el fútbol, lleva años en nuestra tierra, haciéndonos correr tras la pelotita, gritar, alentar, sufrir, llorar, celebrar y todo eso sin distinguir clase social.

Hace muchos años había dos pueblitos vecinos que eran casi como hermanos, pero tenían grandes diferencias. En uno de esos pueblos la mayoría de las personas que allí vivían eran parceleros, gente con tierras y buena situación, a ellos les vamos a llamar *los de arriba*. Y por el otro lado estaban *los de abajo*, la mayoría campesinos, obreros y temporeras. *Los de arriba* tenían una cancha de fútbol, con galería y todo, disputaban campeonatos y tenían buenos jugadores, e incluso algunos de ellos, terminaron siendo jugadores profesionales. Mientras que *los de abajo* no tenían nada, excepto las ganas.

Pero un día *los de abajo* decidieron dejar de ser espectadores, se juntaron en un peladero y armaron una pichanga⁴⁰; la pelota la fabricaron con lo que encontraron, los arcos fueron improvisados con un par de piedras a cada lado y a correr para meter un gol. Lo que hacían —además de verlos jugar como niños, felices— era un espectáculo gracioso: campesinos con ojotas, algunos a *pata pelá*, pantalones arremangados, camisas blancas y las chupallas, que a veces salían volando.

Cada domingo se reunían y volvían a ser felices. Las personas del pueblo, al verlos jugar sonreían con simpatía y se quedaban un rato a mirar. Así, cada fin de semana se hizo costumbre verlos, todos reían y compartían. Una de las cosas que más causaba gracia era que jugaban en un terreno donde antiguamente se fabricaban ladrillos y, por esta razón, la tierra estaba cubierta de un polvo rojizo. Cuando jugaban, de tanto correr, se levantaba la polvareda y ese polvo rojo cubría sus caras, sus ropas y todo el lugar; por esa razón, con algo de burla y simpatía, fueron bautizados popularmente como Los Loicos, haciendo alusión al ave típica de los campos de la zona centro y que tiene el plumaje de color rojo en el pecho: la loica.

Los Loicos crecieron en popularidad y de tanto jugar también comenzaron a mejorar. Esta circunstancia llevó a que un día, el equipo de fútbol del pueblo vecino, *los de arriba*, los desafiara a jugar un partido amistoso, pero que, siendo realista, de amistoso no tenía nada. *Los de arriba* miraban despectivamente y se reían al ver campesinos jugando con ojotas, sombreros y pañuelos en el cuello. Por otro lado, *los de abajo* sentían que tenían la posibilidad de demostrarles a todos que ellos también podían jugar.

⁴⁰ Pichanga: se refiere a un partido informal de fútbol que se juega en un terreno baldío y arcos imaginarios demarcados por objetos varios (nota de la edición).

Y así llegó el día. Serían dos partidos, uno en cada cancha; se apostó un chancho para el ganador. El ambiente era de fiesta y felicidad, *los de arriba* saltaron al campo de juego con su atuendo de color naranja y con una fiel barra en las galerías, mientras *los de abajo* empezaban a provocar las primeras risas de los espectadores al verlos con su vestimenta de campesinos; pero no se quedaban atrás en el apoyo de su gente, un borracho gritaba *chi* y el público respondía *chi chi chi... le le le... los loicos de Chile*.

¡Comenzó el partido! *Los de arriba* dominaban a su antojo las acciones del encuentro y rápidamente abrieron el marcador. Los Loicos, que estaban poco acostumbrados a jugar sobre una cancha de pasto, se resbalaban y las ojotas salían volando por los aires, alentando las risas de los espectadores; una chala fue a parar a la cabeza de una señora y las carcajadas inundaron el lugar. Al final del primer tiempo el marcador indicaba un categórico tres por cero a favor de *los de arriba*. En la segunda mitad, los Loicos estaban ya cabizbajos y mordían la rabia, que cada vez era más evidente. El partido se volvió algo violento y tres jugadores de *los de arriba* salieron lesionados a causa de las patadas. Al final del primer encuentro, el marcador final fue tres para *los de arriba* y cero para los Loicos.

Llegó el día del partido final en el peladero de los Loicos, a pleno sol. La gente que llegaba buscaba resguardo bajo la sombra de algunos árboles. Sentados sobre piedras comían choclos cocidos; el ambiente era de alegría y aquel partido rompió la normalidad.

Los Loicos dejaban la pala, la horqueta y el cuchillón en la casa y saltaban a la cancha llenos de esperanza e ilusión. Los primeros minutos fueron divertidos. Los perros y las gallinas que merodeaban por ahí se cruzaban por la cancha y entorpecían aún más el espectáculo. Ya pasados unos quince minutos, la tierra se empezó a soltar y el típico polvo rojizo comenzó a esparcirse por el lugar. *Los de arriba* casi no veían nada, y los Loicos, acostumbrados a esta situación, marcaron su primer gol. Los niños saltaban, los viejos brindaban, las señoras dejaron de tejer y no pasaban ni cinco minutos y vino el segundo gol. Se fueron al descanso y ya en el segundo tiempo llegó un tercer gol; el partido finalizaba con tres a cero a favor de los Loicos esta vez.

Vinieron los penales para la definición y siguieron empatados. Iban gol a gol. El último penal de los Loicos lo chuteó uno que le decían el *pata e'mula*, por la fuerza que tenía, y que brindó un tremendo *zapatazo*, ¡qué tiro! Metió al arquero con pelota y todo dentro del arco de palo improvisado para la ocasión. Todo quedaba en manos del arquero, al que le decían el *Piti* por sus problemas de visión. El rival pone la pelota desde los doce pasos y saca un tremendo disparo. La pelota da en la cabeza del arquero, el que sale del campo de juego. ¡Todo era un carnaval! Los Loicos ganaban al final. Al arquero desmayado no lo podían despertar, pero la fiesta se hizo igual.

Algunos de los asistentes se quedaron cuatro días tomando y ni siquiera fueron a trabajar, las señoras tejieron chalecos rojos y los niños cambiaron el caballo de palo por una pelota de cuero, pero hubo otros, que como cada día salieron a trabajar, con la pala al hombro y la mochila pesada, pero con el corazón liviano, contento de haberles ganado, al menos en esa tarde, a aquellos que siempre estaban por sobre ellos.

Segundo lugar regional
San Vicente
40 años

El niño de la animita

Alejandro Peña Sepúlveda

En el velorio de Eduvina Cubillos, después de haber recibido y atendido a una gran cantidad de personas que la acompañaron en su primer día de responso, con sus hermanos de iglesia, entregando sus almas en los cantos y alabanzas evangélicas, las hermanas Elsa, Graciela e Inés descansaban en la mesa de la cocina, mientras compartían un mate y un trozo de tortilla de rescoldo, hecha por la finada la tarde anterior. Alguien llamó a la puerta. Era un niño menudo, harapiento y delgado, dejaba ver sus huesos marcados en sus pómulos, que al ser cubiertos por su pellejo infante mostraban el hambre y el abandono en su frágil cuerpo descuidado. De mentón firme y pelo negro, solo sus ojos verdes dejaban ver una mirada dolida y asustadiza de animal herido. Con sus pantalones cortos y su cara tiznada, bajo una lluvia torrencial, pidió algo de comer al interlocutor, que confundido le dio una señal de espera mientras iba a consultar.

Graciela, desde la cocina, secando unos cubiertos con un seboso paño gris, vio al niño de reojo y como si estuviera en presencia de un fantasma dejó caer la cuchara de plata usada en los velorios y casamientos. Chela, como le decían sus cercanos, impactada se dirigió rápido y derecho en dirección a la puerta. Algo había en ella que reconocía en la apariencia de la misteriosa visita.

—Deja pasar al niño —dijo la mujer a su sobrino, que recibía al incógnito, mientras ayudaba a sacar la tranca, que trababa el enorme portón de raulí rescatado de la casona del Conde de la Conquista en el último terremoto.

El joven, tímido, dio unos pasos lentos sobre el umbral de la puerta, mostrando sus pies desnudos y mojados que produjeron congoja y compasión en las tres mujeres que se miraron entre sí.

—¿De dónde viene usted niño por dios? —preguntó Inés con un tono de preocupación.

—Soy de la montaña señora —contestó el muchacho, mientras sorbía el consomé caliente que tragaba con ansias.

—¿Y anda solito? —le consultó Elsa mientras vaciaba la tetera en el mate.

—No, vivo con mi *amita*, pero se perdió y mi *taita* fue detrás de ella — respondió.

—¿Y dónde vive usted mijito? —siguió preguntando Graciela con desconfianza. Un silencio incómodo invadió la cocina y el niño, sin levantar la vista del plato, como hablando a la nada dijo:

—Soy de la animita que está en la estación, en el callejón de la Punta de Diamante, al fondo.

Las tres hermanas se miraron fijamente, nadie dijo nada ni movió un musculo, solo Graciela, con un movimiento tembloroso pudo sacar un cigarro de su delantal y entre un padrenuestro balbuceado encendió su fósforo. El sonido de las oraciones, en el salón principal, comenzó a subir de volumen e intensidad a medida que la lluvia incrementaba su vehemencia, produciendo un sonido silvestre de un río al chocar con la lata cruda de la antigua casona, que hacía complicado el fluido diálogo. El niño seguía comiendo en silencio, mientras las hermanas, en un mutismo absoluto, solo miraban atónitas como el pequeño, casi de manera salvaje, devoraba un pollo fiambre servido con papas y ensalada a la chilena. Los huevos duros fueron tragados de un solo bocado y a cucharadas llenas dio de baja una bandeja con

chicharrones preparado para los invitados de fuera. Fue el ulpo, el único alimento que mereció su tiempo de dedicación por parte del niño, ya sea, quizás, por el delicioso sabor del brebaje o por lo caliente de su preparación, pero ahí fue cuando ya con su impronta repuesta y con su cara de satisfacción por haber saciado un hambre voraz, que el niño mostró una actitud más de confianza. Revolviendo su taza de vez en cuando, con la mirada suspendida en la nada, miró a las tres hermanas y les dijo en un tono dulce y temeroso:

—Gracias por la comida.

Las velas se apagaron, la lluvia se incrementó y en un soplido fuerte de temporal, que estremeció la casa por completo, la luz se fue a negro en pleno velorio. Las prédicas de un hermano de fe comenzaron a sonar más fuerte que nunca, como si la palabra del orador calmara la incomodidad y el miedo que producía la oscuridad. Entre rezos y avemarías, las hermanas, como pudieron, prendieron una vela y con la palmatoria de la abuela en una mano, y en la otra un paraguas, Elsa, la mayor de las hermanas, salió al patio en búsqueda del fusible que se había quemado, para así dar solución a la brevedad a la obtusa oscuridad. A su regreso había vuelto la luz al funeral, el niño ya no estaba en la mesa, y en el ambiente flotaba solo un fuerte olor a cera de vela quemada y unas pisadas impregnadas en tizne que, a la altura de la chimenea, de manera misteriosa desaparecían.

Tercer lugar regional

Graneros

34 años

El cine de don Zoilo

Régulo Ramírez Morales

El insistente sonido de la sirena me despertó a medianoche. Se incendiaba la casa, la fuente de soda y la bodega de don Zoilo Moya. En el pasado había funcionado allí el primer cine que hubo en el pueblo. Mientras las llamas devoraban todo, los pensamientos me llevaron a la infancia.

Recordé las voces de mis papás diciéndome:

—Ya mi niño, apúrese, lleve el echarpe y lo extiende en los asientos de la segunda fila, quiero que me reserve esos. Usted sabe que no me gusta sentarme muy adelante ni tan atrás —insistía mi madre.

—¡Tan temprano que mandas al niño al biógrafo, mujer por dios! —comentaba mi padre, mientras me pasaba el dinero de las entradas.

Las butacas del cine, antiguos asientos de micro se completaban en primer lugar. Pasajeros sin rumbo, sin chofer ni máquina, viajeros de aventuras cinematográficas. Al otro lado del pasillo, colocaban cajones, largas bancas y más atrás, sillas de mimbre.

El maestro Reyes se ubicaba en la primera fila, afirmado al muro. Le acomodaba esa postura por su torticollis crónica. Le cedía mi lugar, me premiaba con calugas caseras que traía de su kiosco y me prestaba su cojín, que yo ponía sobre un cajón de cervezas.

—Ya niña, apúrate que va a comenzar la función y todavía no llegan los vecinos —gritaba doña Etelvina a su empleada Cristina.

Yo observaba el ajeteo desde una mesa del fondo de la fuente de soda, mientras ellas agitaban sus manos para que terminara rápido mi bebida. Ambas corrían hacia el comedor en busca de sus mejores sillas. Apresurados como siempre y a último momento, ingresaba el matrimonio Roblá, dueños de una chanchería donde fabricaban embutidos, y don Jesús Esteban con su señora, propietarios del almacén de la esquina. Los instalaban en un lugar preferencial, lo que provocaba descontento en los asistentes al espectáculo, que entre dientes reclamaban.

Al fondo de la bodega, don Zoilo guardaba para la venta rumas de sacos de carbón, que algunos de los muchachos para tener una mejor visión de la película, ocupaban como asiento simulando una galería. De las vigas pendían alambres que sujetaban largas varas, donde colgaban cientos de cebollas de guarda, para esperar un mejor precio de venta.

A un metro de altura hacia arriba, se ponían una gran sábana blanca a modo de telón, que cubría la pared de madera rústica y la puerta de entrada al dormitorio de Cristina. Cintas mexicanas con actuaciones de Sara García, María Félix, Pedro Infante y Jorge Negrete eran las preferidas por la música ranchera. Las españolas, donde aparecían Sara Montiel y Joselito entre otros, también se exhibían con gran asistencia de público. Las películas de terror en las que actuaba Boris Karloff eran las predilectas de los jóvenes.

Alrededor de las veinte horas, en un poste ubicado en la esquina de la calle Balmaceda con avenida Libertad, colgaban un parlante. Emitía música y propaganda para llamar a la función de las 21:45 horas. Enzo, hijo de don Zoilo, lo bajaba a duras penas, debido a un problema físico. El lento regreso del parlante

sobre sus hombros al interior de la sala de espectáculos formaba parte del rito antes de comenzar la exhibición. Lo necesitaban para emitir el sonido de las películas.

A veces, el calor que emanaba de las viejas proyectoras quemaba el acetato de las cintas. Se podía ver el derretimiento de ellas en el telón. Esto también producía distorsión en la voz de los actores, entonces los muchachos comenzaban a gritarle: "Ya *poh* *cojooo* arregla la cuestión".

En plena función se oían golpes de algunas cebollas al caer y los gritos del espectador que habría recibido el impacto, quien lanzaba improperios al dueño por no guardar sus cosechas en otro lugar.

La hija de don Zoilo, Nena, revisaba las entradas para la función y a los hombres con manta los palpaba, para que no ingresaran botellas de licor al interior del recinto. Apenas comenzaba la película, se iba al fondo de la bodega para hacer guardia y evitar que los muchachos entraran al galpón, por algún forado del techo o de las vigas. Les tocaba el cuello y el rostro; si consideraba que estaban muy helados, era signo inequívoco que recién venían llegando. Los enfrentaba y les exigía que abandonaran el recinto. Esto provocaba una gran algarabía entre los jóvenes, quienes la acusaban de ser exagerada con los toqueteos.

Después de haber terminado sus quehaceres en la cocina, entraba Cristina muy agachadita para no interferir con la proyección de la película. Llevaba una bacinica en la mano y en la otra una taza con agua caliente. Abría con sumo cuidado el postigo de la puerta, para que no chirriara y no se moviera el telón. Una vez dentro, encendía la luz de su dormitorio y eso provocaba distorsiones en las imágenes proyectadas.

—¡Ya *poh*... pajarona cierra la *puerr...ta*, *la luuuz*, *la luuuz*!

Por la impresión sufrida, dormí a sobresaltos esa noche. Tuve pesadillas, en las que aparecían caras desfiguradas y me estremecía por los sonidos de ultratumba, provocados por el derretimiento del acetato de las cintas.

Entre los escombros del siniestro apareció el cuerpo calcinado de una mujer mayor, Nena, la hija de don Zoilo. Murió cuidando el lugar donde fue tan feliz en su juventud, donde brotó su sensualidad y sus pasiones se desbordaron. ¿Cómo no atesorar esa bella etapa donde todo florecía en esa muchacha de pueblo? Muchas veces me comentó que ningún pariente se iba a quedar con su patrimonio y sus recuerdos.

Primer lugar regional
Hualañé
67 años

El peral de la abuela Miseria

Jorge Uribe Ghigliotto

Narra la gente muy antigua del sector de El Cisne, que en el siglo pasado vivió allí una abuela en una de las antiquísimas y derruidas casas de inquilinos existentes en el lugar; gente muy pobre que no tenía dinero, ni vestidos decentes, una mujer que ni siquiera tenía familia, ni nietos, ni nadie que la socorriera. Nada. Era tan sola como el agua que bajaba de las peñas hacia algún canal de regadío.

A esta mujer se le conocía como la abuela Miseria, por lo ya descrito. Sin embargo, en su pobreza disponía en su patio de un inmenso peral, que daba peras muy ricas. Tan ricas que la abuela nunca las había probado, porque la gente se las robaba, apenas pintaban.

Una tarde de otoño, mientras la abuela Miseria se encontraba sentada en una gran piedra bajo el peral, se detuvo junto a su puerta un hombre de campo con una tupida manta de castilla de color negro intenso, que la saludó y entabló conversación con ella.

—Y usted, abuela, ¿cómo está? —saludó el extraño.

—Agora, mal —respondió la veterana.

—¿Por qué tan mal? —inquirió el viajero.

—La gente se porta muy mal conmigo. Con decirle que, en mi pobreza, jamás he podido probar las peras de este peral, porque como dicen que son tan ricas, se las roban antes de que maduren y que yo pueda comerme una. Dicen que son tan ricas, pero yo no lo sé —contestó la abuela.

—¿Ah, sí? ¿Usted sabe quién soy yo? —consultó el viajero.

—Benaiga... la torpeza grande, señor. ¿De quién es hijo, uste? —preguntó la anciana.

—Yo soy el tiempo, que recorro el mundo entero. Pero no se preocupe doña. Siga siendo una buena mujer. De ahora en adelante, cualquiera que se suba a su peral, no podrá bajarse sin su permiso —aseguró el hombre, mientras hizo la señal de la cruz hacia el árbol.

Dicho esto, el hombre de campo se alejó de la casa de la abuela Miseria, cabalgando a paso rápido y desapareció tras una loma. La mujer no le dio importancia a la breve y extraña conversación y pronto se entró a su choza a matear.

Lo cierto es que al siguiente verano se dio cuenta de que nadie robaba ya sus peras, porque, aunque podían subirse al peral, después no se podían bajar... a menos que ella lo autorizase, después de unas buenas retadas. Así que por fin pudo probarlas. Hasta pudo regalar algunas de ellas a una amiga de otro fundo.

En una de esas tardes tristes de otoño pasó por el mismo camino una mujer muy alta, delgada, de largos vestidos negros y con un chal de color café de lana desteñida, la que se detuvo un momento en su puerta llamándola por su nombre.

—Te vengo a buscar, Miseria. Ha llegado tu hora —le dijo la enjuta visitante.

La abuela Miseria, que de la universidad de la vida había recibido bastantes clases y tenía suficiente experiencia, comprendió a las claras que la doña en cuestión era nada menos que la Muerte, también conocida antiguamente como La Parca.

—No, señora. Todavía no es mi tiempo de morir. Llévase a otras más enfermas que yo. Yo, por lo menos hago chacras y hago mi pan de bien en el rescoldo. Gracias a Dios. Váyase a la siguiente puerta —le respondió con entereza.

—No, Miseria. Te vengo a buscar a ti. Esas son menos infelices que tú. Tú no tienes nada. Ni marido, ni hijos, ni nietos... ¿cómo te voy a dejar viva? —señaló enfática la Muerte.

Miseria, que no halló que responder ante tan verídica situación, vio que estaba en una situación crítica.

—Está bien. *Podís* llevarme, no más. Pero antes quiero comerme mi última pera en este mundo —solicitó la vieja.

—Cómetela tranquila, te espero —contestó la Muerte personificada en la ocasión.

—El problema es que como estoy tan vieja... no tengo fuerzas para encaramarme al árbol por una de las más bonitas. ¿Por qué no te *subís* tú, por favor, y me la sacas? —sugirió astutamente la veterana.

La Muerte la miró y después de un suspiro de resignación se subió al peral y arrancó una pera amarilla de fragante aroma. Mas, cuando quiso bajar, fue imposible dar un paso en ese sentido. Las ramas del árbol se le adherían fuertemente a sus delgadas piernas y no la dejaban hacer nada.

La Muerte comprendió que la *viejaña* de aquel lugar era de armas tomar y comenzó a echarle *rendidas*⁴¹ en voz alta. La abuela siguió masticando pacientemente algunas hojas de naranjo, que le había traído su veterana amiga, de esas que dicen que el naranjo es bueno para dormir y la ignoró.

Cuando ya era de noche y la Muerte se había cansado de insultarla, le buscó entonces por la buena y se resignó a entregar algo a cambio, para salir de la incómoda posición de encontrarse montada en un peral del que no podía bajar.

—¿Qué quieres mujer astuta? —inquirió la flacuchenta mujer vestida de negras polleras.

—Que te reconozcas como lo que eres, la Muerte y que me prometas que jamás vendrás a buscarme nuevamente —replicó.

—¿No querís algo más? —ironizó la enflaquecida Muerte.

—Si no te gusta y te *burlai* de mí... buenas noches, entonces —dijo la abuela Miseria e hizo el ademán de irse a dormir.

⁴¹ Rendidas: en el habla rural, las rendidas son retahílas de insultos. También riñas (nota de la edición).

—¡Está bien, está bien, está bien! Prometo no venir a buscarte personalmente —juró ante ella la Muerte, pensando para sí de qué manera arreglaría el problema, es decir, el de respetar su promesa. Una vez que consiguió bajar del represivo peral, se alejó en la oscuridad de la noche por el barroso camino.

La abuela Miseria vivió muchos años más en El Cisne, hasta que un día un desgarbado *huairao*⁴² se apostó en el peral en una noche de invierno y se la llevó de este mundo. Tenía como ciento veinte años. La mismísima abuela Miseria ya tenía cataratas en sus legañosos ojos azules y prácticamente no veía nada.

Aunque cualquiera puede preguntar por el peral de la abuela Miseria, el que a veces da peras y otras no, porque ya está muy viejo, nadie se ha atrevido jamás a cortarlo.

Segundo lugar regional

Teno

67 años

⁴² Huairao: o huaravo es una garza chilena de cuello corto (nota de la edición).

El velorio del Pejerrey

Régulo Ramírez Morales

Escuchar el grito de dolor de los chanchos que faenaban mis vecinos, no era para mí una novedad. Chillaban cuando les abrían el hocico con un palo, para revisar que la lengua no tuviera granos y sacrificarlos sin riesgo. La mesa del comedor se usaba como lugar de trabajo. Sobre ella se faenaban los arrollados, longanizas, queso de cabeza y por supuesto los chicharrones que, dentro de un pan francés, eran mis predilectos. Esa mañana, no eran los cerdos quienes llamaron mi atención, sino los llantos y alaridos de la esposa. Por la vereda pasaron corriendo unos muchachos que vociferaban:

—Se murió el Pejerrey, se murió el Pejerrey.

Mi madre me prohibió que fuera.

—No es este el momento para visitas, usted es muy pequeño —advirtió con el dedo índice en alto. Apenas se descuidó, yo ya estaba en casa de los Palma.

Tuvieron que retirar de la mesa un cerdo a punto de faenar; solo bastó pasar un paño y ahí mismo ubicaron al difunto. Lo cubrieron con una sábana blanca, pusieron cuatro velas encendidas, una a cada lado de la cabeza y una a cada lado de los pies, sobre el pecho un crucifijo y por los costados tarros con flores: calas, juncos y cardenales.

Vi llegar a Paulino Pequén con su sombrero destartado y su eterno abrigo negro. Me escondí para mirar cómo, huincha en mano, tomaba las medidas al cuerpo de don Aliro, para fabricar el cajón mortuario. Como el velorio duraba cuarenta y ocho horas, tendría dos días para terminarlo.

Mientras velaban al difunto, las vecinas y parientes rezaban el rosario, una y otra vez: “que los misterios gloriosos, que los misterios gozosos, que los misterios dolorosos”. Apenas terminaban, la viuda tomaba protagonismo y comenzaba a llorar amargamente, se sonaba los mocos, se pasaba la mano por el vestido y suspiraba mirando el techo.

—¡Ay Aliro, me dejaste sola con los chanchos!

A la luz de las velas y de una ampolleta de bajo voltaje que colgaba de una viga, mantenían la habitación en penumbras. Un brasero encendido entibiaba el recinto. El aroma de las flores, el olor del carbón, esperma derretida, tierra húmeda del piso y de las paredes de adobe ayudaban a enrarecer aún más el lúgubre entorno del velorio.

Como estaba oscuro regresé a casa y mi madre, al verme me dio un tirón de orejas por desobediente y chasqueó los dedos:

—A la cama sin cenar —esperé que rezara el ángel de la guarda, me dio el beso de buenas noches y apagó la luz, no sin antes decir:

—Cuidadito con tener pesadillas, aunque merecido se lo tiene por andar mirando al muerto.

Por el hambre y por el ruido que hacían los vecinos no podía dormir, me llegaba el olor del asado, que se mezclaba con el olor a leña. Más que funeral parecía una fiesta, se contaban chistes y se oían risotadas. Los chismosos hacían apuestas sobre cuál de los candidatos jóvenes ocuparía el lugar del Pejerrey en la cama de la viuda.

Al tercer día vi pasar al maestro Pequén, que transportaba el cajón en un carretón de mano. Salí corriendo detrás de él:

—¿Y por qué tiene ese color? —pregunté.

—Se pinta con paja de trigo quemada y remojada durante días. Esa pasta se pincela varias veces sobre la madera, hasta que agarra ese color negruzco —me contestó.

Pusieron al difunto con mucha dificultad dentro del ataúd, acomodándolo porque no daba el ancho, ya que don Aliro era muy bueno para los arrollados y el pipeño. Antes de cerrarlo sacaron los tacos a sus zapatos de huaso, a petición de la viuda, que entre sollozos murmuró:

—Porque el camino al más allá es largo, pedregoso y lleno de espinas.

A pulso transportaron el féretro y, cada cierto tramo, los hombres se turnaban para cargarlo por el escarpado camino al cementerio. En la primera línea de la comitiva, iba la viuda acompañada de mujeres con la cabeza cubierta de velos, todas vestidas de negro y abrazadas a sendos ramos de flores. Los hombres de la familia llevaban una cinta negra alrededor del brazo. Desde atrás, mi madre y yo escuchábamos las interminables letanías de la Sarita:

—¡Ella tan allegada a la iglesia!

Mientras los panteoneros terminaban de cavar la fosa, comenzaron las oraciones y discursos exaltando las cualidades del difunto. Estos solo eran interrumpidos por el golpeteo del chuzo sobre la tosca y el ruido raspante de la pala.

Una vez que bajaron el cajón con la ayuda de unas cuerdas, los deudos tomaron un puñado de tierra y con profundo recogimiento lo lanzaron sobre el ataúd. Imitando a los presentes hice lo mismo. Los sepultureros comenzaron a llenar la fosa, mientras con sumo cuidado la viuda dejaba caer entre los terrones el palo que usaba don Aliro para revisar la lengua de los chanchos. Al regreso del funeral, entró a su casa y atrancó la puerta. La Sarita le llevaba un rosario como consuelo para mitigar la pena y pese a la insistencia, no abrió.

Con curiosidad, por los comentarios de los vecinos, me escabullí por el cerco divisorio, entré a hurtadillas y a través de la penumbra del comedor, que horas antes había servido de capilla ardiente, vi a la viuda limpiándose el rostro con el velo. Parecía que intentaba borrar todo vestigio del duelo. Con la mirada fija en la ventana entornada y después del tercer suspiro, escuché:

—Aliro, he llorado lágrimas de sangre, pa' que la gente del pueblo no se limpie la boca conmigo diciendo que no te quería.

Tercer lugar regional
Hualañé
67 años

Mandaruna

Alejandro Velásquez Rojas

Pilón, Pilón detén el viento. Rescoldo y silencio para empezar el cuento.

Hace muchos años, un rico venido a menos en un lugar llamado Mariposas, agobiado por deudas y malas cosechas, se lamentaba con la cocinera, confidente y afamada hechicera. La vieja lo escuchó atentamente, atizó el fuego, se quedó con los ojos vueltos para el cielo, se sonó la nariz ruidosamente con un pañuelo arrugado y negruzco. En el mismo pañuelo acomodó una cruz de palqui y tres dientes de ajo. Pronunció un conjuro secreto e hizo un atadito que se lo extendió al rico.

— ¡Tome! — fue que le dijo—. Tómelo sin asco; en ese atadito está la solución a nuestros problemas. Todos estamos pasándola mal *po'* patrón, estos caldos de tetera no les dan *juerza* a los trabajadores y yo me mantengo firme, porque soy mandaruna hija de mandaruno.

— No quiero saber de brujerías — replicó el rico y con algo de repulsión tomó el bulto y la increpó—. Si eres tan *re'* diabla vieja ¿por qué estás más pobre que yo?

— Por tratar de ayudar a los hombres descreídos que no hacen juicio a los consejos de una vieja. Por eso estoy aquí de sirvienta, hasta que uno, con los pantalones bien puestos, corte la mala racha haciendo un conjuro como lo manda la ley del brujo.

— ¿Y qué hago con esta *cochiná* vieja?

— No le llame *cochiná* patrón, es un tiento de virtud, un hechizo lleno de *juerza* que tranquiliza hasta el brujo más bravo.

— ¡A ver! — explícate vieja bruja.

— Escuche bien patrón, pare la oreja. Los brujos administramos una gran cueva que recorre muchas leguas por debajo e' las montañas; esta cueva secreta tiene varios respiraderos donde nos juntamos *pa'* la noche de San Juan. Haga juicio y no le cuente a nadie, es secreto e' brujo patrón. Uno de esos respiraderos está en Vilches; detrás del Morrillo hay una *entrá'* que está al cuidado de una pájara *dioro* que está *echá* cuidando sus huevos. Pero la pájara es *vivaracha* y hay que saber conquistarla a punta de hechizos, *pa'* eso es el pañuelo.

— Ya déjate de palabrerías. ¿Cuántos kilos de oro nos dará la pájara?

— Con todo respeto y con su permiso patrón, *usté* es más *porfiao* que mula de arriero. Escuche los consejos, afírmese los pantalones y podrá obtener sus tres kilos, pero tiene que hacerme caso o si no todo se volverá en nuestra contra. Primero hay que pillarla *apatragá*⁴³, tiene que ir con dos *piones* y solo se puede entrar de a tres. Se entra gritando a todo pulmón ¡Pájara *dioro*, pájara *dioro*, en el nombre de *Jesú*, vo eres mi salvación, vo eres mi tesoro! Hay que decirlo con seguridad o si no la pájara se da cuenta del hechizo y los vuelve *trumao*⁴⁴. Si me hace caso en too, logrará que la pájara se quede dormida. Meten los

⁴³ *Apatragá*: *apatragado* es una voz de origen mapuche que alude a las aves escondidas en el ramaje de los árboles (nota de la edición).

⁴⁴ *Trumao*: en Chile, se denomina *trumao* a la tierra muy fina que se forma de las rocas volcánicas (nota de la edición).

huevos en una jaula de mimbre con el pañuelo adentro, es el único material que la mantiene *aguachá'* por siempre.

La misma bruja tejó la jaula en la noche y de madrugada salió el patrón con los hermanos Bobadilla, quienes, a pesar de ser muy jóvenes, eran fortachos y temerarios. Montaron en buenos caballos y emprendieron la subida. Buscaron por más de un día la cueva, repasando mentalmente los pasos para ejecutar el embrujo. Los caballos, a pesar de estar cansados, se encabritaron, porque sin decir agua va, del interior de la cueva salió una candelilla brillante como bola de fuego que rugía como leona de monte. No sabían qué cosa era esa luz cegadora. Los hermanos tiraron a arrancar, pero tal era la desesperación del patrón que los arengó así:

—Griten fuerte ¡pájara *dioro*, pájara *dioro*, en el nombre de *Jesú*, vo eres mi salvación, vo eres mi tesoro!

La avaricia por los huevos y la tensión del misterio les dio nuevas fuerzas; entraron con antorchas para ubicarse dentro de un laberinto de cavernas. Sobre un montículo encontraron el nido. Al parecer, la luz que vieron era la mismísima pájara que había salido de ronda, dejando en el nido siete huevos que relumbraban en la penumbra. Nerviosos, y con manos temblorosas, pusieron el tesoro en un saco y montaron a caballo tan a prisa, que se les cayó el pañuelo con el embrujo.

Volvieron a subir montes boscosos y a bajar quebradas. Con una mezcla de miedo y entusiasmo se dejaron guiar por el instinto de los caballos en medio de la noche cerrada. De madrugada llegaron a Mariposas. La bruja bien nerviosa al ver que no habían hecho las cosas como correspondía, puso los huevos en la jaula de mimbre y los colgó en un peral, al interior de un patio.

—¡No los toque *na'* patrón! —le dijo con firmeza—. Hicieron *too mal*, no sé cómo vamos a parar esta calamidad y a ver si hago las contras para que la pájara no los encuentre... ¡Estos hombres de moledera que no hagan nada bien!

La pájara, al darse cuenta del robo, como bola de fuego furiosa voló desde la cueva a Mariposas. Sus graznidos desgarradores, como de guairavo⁴⁵, rajaban el aire y se escuchaban desde el Maule al Claro. Se lanzó como rayo contra el peral dejándolo hecho carbón y agarró la jaula con sus garras, llevándose sus huevos robados con ambición y malas artes.

Dicen que el patrón y los Bobadilla fallecieron en dolorosas circunstancias; solo les sobrevivió la vieja mandaruna.

Vinieron diez años de escasez y hambre para la localidad de las Mariposas. La vieja quedó sufriendo pobreza y achaques de huesos todos esos años. Ella contaba la historia a todo el que se lo pidiera, pero como la gente es descreída, se burlaban de ella; incluso los niños que pasaban por fuera de su rancho le gritaban: “pájara *dioro*, pájara *dioro*, vieja bruja cara e' loro”.

Pilón, Pilón, deja pasar el viento, que ya se ha terminado este cuento.

Mención honrosa

Talca
66 años

⁴⁵ Huairabo: un huairao, huairavo o guairavo es una garza chilena de cuello corto (nota de la edición).

Mi papá del campo

Gonzalo Luengo Orellana

No recuerdo, como es normal, el momento de mi nacimiento. Aquel día se perdió en el tiempo. Nadie de mis cercanos sabía muy bien de qué lugar de Chile venía yo. Solo tengo conmigo el negativo de una fotografía de una mujer de campo, de pelo canoso y vestido largo. Soy adoptado. Me trajeron a Dinamarca por 1988, cuando tenía como un año de vida. Y conmigo, venía ese negativo. Ninguna pista más. Mis padres me acogieron con amor y me han amado por elección. Eso es algo muy poderoso. Pero cada mañana, después de la juerga, de la fiesta, al terminar caminando, solitario, tomándome un café por el casi vacío Copenhague, sacaba de mi billetera el negativo. Y veía a mi alrededor, cada palacio, cada edificio, tanto concreto y vida urbana despertando... y luego miraba a esa mujer. Sabía que era mi sangre. Pero no sabía quién era. Sabía que era del campo de Chile. Y las lágrimas de mi conciencia bajaban por el cerebro directamente a mi garganta: me las tragaba, y me llegaban al corazón, porque no sabía de dónde soy. Pero esas mañanas, tendrían un final.

Cada persona está conformada por órganos, como el estómago o los ojos. Y cada órgano está hecho, a su vez, de células. Cada célula de nuestro organismo tiene algo que se llama ADN, siglas que significan ácido desoxirribonucleico. Nombre algo complicado de pronunciar y que describe algo maravilloso: es como la receta exacta de nuestras características escrita a través de un código. Cada código es único. Si tienes un gemelo idéntico, ese gemelo tiene tu mismo código. El ADN determina tu color de piel, algunas enfermedades, lo alto que puedes llegar a ser, la forma de tu rostro. Es lo que heredas de tus padres. Y existen empresas que extraen el ADN de alguna de tus células y lo dejan en una base de datos junto al ADN de otras personas que se han hecho esa prueba también.

Como adoptado, hacerme una de esas pruebas era la única opción de saber la verdad. Me llegó a casa, por correo, una caja con los materiales: dos varillas de algodón, dos frascos y un sobre con la dirección del laboratorio. Y el proceso en detalle, fue así: froté con una varilla de algodón el interior de mi boca, del lado de una de mis mejillas, de arriba hacia abajo, por treinta segundos. Repetí el proceso con la otra varilla. Y ambas varillas, las metí en cada uno de los frascos, los que introduje a su vez en el sobre que venía con la dirección del laboratorio. Luego fui al correo a dejar ese sobre con las muestras de saliva y restos de piel en esas varillas. Y el sobre se fue a Estados Unidos, donde extraerían el ADN de las células de esas muestras que me saqué. Un mes después los resultados estaban listos. El laboratorio me mostraba por Internet mi composición étnica aproximada, diciendo que soy cincuenta por ciento mestizo, pero además me entregaba el listado de las otras personas con que yo coincidía en el ADN.

El ADN se hereda de padres a hijos, como les decía, por eso compartimos más ADN con nuestros padres, pero también con parientes más o menos cercanos. La lista que mencioné te muestra quién tiene un ADN en común contigo —y de quienes también se hicieron la prueba— y cada vez que alguien nuevo se examina y coincide contigo, te llega un mensaje por correo electrónico alertándote de esa nueva persona. Es así como, un año después de haberme hecho la prueba, me llegó la alerta de un pariente más... pero este fue especial.

Un día domingo me llegó la notificación. La coincidencia era de un veintitrés por ciento. Eso era extremadamente alto. Pero lo más importante: era un chileno. Óscar Vásquez, de un lugar llamado Cañete. Dentro del mensaje de notificación tienes la oportunidad de contactarte directamente con la persona, y yo, de inmediato le envié mi negativo, que hacía años no solo tenía escaneado, sino que invertí los colores, para ver con claridad a la mujer de la imagen. Y le pregunté quién era, si la reconocía.

—Es mi madre —me respondió.

Ahí fue cuando, al fin, las lágrimas matutinas salieron. Salieron por mis ojos. Salieron la noche de ese domingo. A mares.

En medio de la pandemia, ya era normal hablar por videollamada. Y Óscar me lo supo explicar todo: su hermana era mi mamá. Aurora. Ellos eran de una familia muy tradicional de campo de la zona de Cañete. Óscar llevó guardado por años el secreto que llevó a mi mamá a la tumba: el amor que tuvo con uno de los trabajadores temporeros del campo familiar. El temporero era una familia mucho más pobre del sector y que siempre habían trabajado en el campo. Ambos se conocieron jóvenes, en el liceo de la ciudad. Y el fruto de ese amor, soy yo. Un amor rechazado por las familias de ambos, tan estúpido como son las convenciones sociales. Mi mamá ocultó el embarazo mucho tiempo. El no controlarse bien la llevó a destapar el secreto a los siete meses, tras nacer en un parto inducido por su mal estado de salud. Y ahí murió mi mamá.

La pandemia me había impedido viajar a visitar su tumba. Pero al fin estoy acá. Óscar, que vive en la ciudad, me ha pasado a buscar al hostel donde me quedo en Cañete, para ver la sepultura. Pero antes, vamos a ver a mi papá, en la casa de la familia, en el campo. Me tiembla la mano al escribir en mi teléfono, en el auto, esta parte de mi historia. Mi español es casi perfecto, me dice mi tío. Por eso no tengo miedo y entro al lugar. De paredes de barro, al medio hay una fogata, con una tetera negra que no para de hervir. Mi papá tiene mis ojos. Son verdes. No me detengo mucho tiempo en ese detalle porque, instintivamente, nos abrazamos y nos largamos a llorar. Nos separamos solo para mirarnos y ver, casi estupefactos y felices, que nuestros ojos son iguales. Él sabía que yo existía. Ya con mayor calma, hablamos.

—Óscar siempre viene acá y él se hizo la prueba de ADN para encontrarte —cuenta.

Y termina de decirme eso y me pasa una foto de mi mamá y de él juntos:

—Íbamos a vernos a Concepción con Aurorita.

Las lágrimas brotaron de nuestros ojos al mismo tiempo que terminaba de decir eso, mientras yo escuchaba y miraba en esa imagen una torre con un reloj de fondo. Es la primera vez que veo a mi madre.

—Y pensar que la madre de Aurorita siempre quiso que estuviéramos juntos. Ella estaría feliz de ver que tiene un nieto de ella. Ella nos quería mucho a mí y a Aurorita, porque ella misma era de una familia más pobre, como la mía —dijo Oscar—, mi abuelita, la del negativo.

El cementerio era verde. Estaba en medio del campo. Mi madre descansaba en una tumba familiar, donde también yacía su propia madre. Mi papá siempre la limpiaba. Y ahí, en medio de la lápida, en un marco estaba la foto original de mi negativo. Miramos nuevamente el negativo que había sacado de mi billetera y él me confesó:

—Te lo puse junto al corazón, en el bolsillito de la camiseta que te pusieron en el hospital antes que te llevaran.

Me abrazó. Lo abracé. Abracé a mi papá del campo.

Primer lugar regional
Chillán
35 años

Rayas de señal

Pablo Cartes Muñoz

*E*stimada señorita de la Caja de Compensación:

Soy Juan Francisco Rojas, ¿se acuerda que hablé con usted hace unas semanas por el tema del pago del bono? Bueno, parece que se solucionó el problema, porque mi sobrino revisó en eso del internet y vino desde la ciudad a darme las buenas noticias. También me trajo de regalo un celular de esos modemos de hoy en día. A mí no me gusta mucho la idea del aparato, pero según lo que usted y él me han dicho, así voy a estar más conectado.

Cuando mi sobrino me enseñó a usarlo me frustré al principio, porque con suerte me manejo en los teléfonos públicos, pero de a poco le he ido tomando el ritmo, aunque eso sí, me cuesta hartazo ver las letras. El otro problema es que acá no llega mucho la señal, así que esa vez que estuvo mi sobrino no pudimos probarlo bien. Según él, había que subir el cerro para que tomara la conexión.

Mi sobrino me dejó puesto ese programa para mandar mensajes y guardó los números de mis conocidos, incluyendo el que me dio usted. Bueno, aparte de avisarle que ya se arregló el tema del pago, le quería escribir para agradecer todo lo que ha hecho por mí. La verdad es que no todas las personas tienen la misma paciencia para atender, sobre todo a gente como yo, que poco y nada sabe de trámites y papeleo. Como le he contado, lo mío no son esas cosas y a esta edad me cuesta procesar tanta información.

Pero eso, quería darle las gracias por la disposición que tiene usted cada vez que voy a pagarme. Porque siempre ha sido así, desde que llegó a trabajar a la caja. Me acuerdo el primer día que la vi, usted había empezado recién esa semana y se notaba que estaba nerviosa, porque hasta me dijo que tuviera paciencia por un tema con el computador. No sé cómo hay personas que se enojan cuando tienen que esperar, si al final manejar una de esas cosas debe ser recomplicado.

¿Se acuerda cuando un verano usted me dijo que le encantaban los tomates? Pensar que al otro mes aparecí con un cajón lleno por su oficina. Se veía muy contenta cuando se los entregué, si hasta me quería pasar plata y tuve que insistirle en que era un regalo. O esa vez que le llevé zapallos italianos y me dijo que los haría rellenos, porque así le gustaban.

Y usted siempre me dice que para qué me molesto en llevarle cosas, como los huevos de campo con los que hace quequito. Pero como le digo, no tiene que preocuparse por eso si a mí me gusta hacerlo. Aparte que no me cuesta nada, porque con lo que tengo en la chacra hasta me sobran verduras; al final termino dándoselas a los chanchos y a las gallinas, pero bueno, harto que me han dado a mí también.

Le quería contar que ahora me están saliendo las lechugas, justo esas crespas que usted no pillaba en el supermercado ni en la feria. El problema es que después, con el cambio de estación se viene difícil la cosa, pero estaba pensando en hacer un invernadero, para que tengamos verduras todo el año. Así que cuando viaje al pueblo, a fin de mes, voy a pasar a comprar el plástico y los tubos para poder amarlo.

A mí me gusta llevarle cosas porque usted se ve tan feliz, me gusta verla así. No entiendo como el que era su pareja la dejó botada con su cría y se mandó a cambiar, más encima que tanto le ha costado salir adelante con la chiquitita. Si hasta el embarazo fue difícil, porque en ese tiempo no nos vimos como en cinco pagos, ya que estaba con licencia. Pero cuando volvió estaba tan bonita como siempre, ese día fue

usted quien me dio un regalo con su presencia, porque pucha que me puse contento, tenía tantas cosas que contarle.

Yo sé que siempre hablamos de otros temas, pero he pensado mucho en lo que siento por usted y creo que es momento de que se lo haga saber. Según mi sobrino, esto del programa de mensajes es como mandar cartas, por eso se lo escribo por aquí, ya que así me enseñaron a declararme. Yo hace tiempo que no me enamoraba, ya que como sabe, quedé viudo y de ahí no he tenido a nadie más. Hasta parece que se me había olvidado lo que es el amor por alguien, pero creo que con usted lo estoy recordando.

No quiero faltarle el respeto, pero como usted también está sola desde hace un tiempo, puede que sea un buen momento para que lo sepa. Yo sé que tenemos harta diferencia de edad y que nuestras vidas son distintas, pero si usted necesita de alguien para volver a sentirse querida, puede contar conmigo. A lo mejor no vamos a estar cerca, pero yo puedo ir a verla más seguido si usted quiere.

Igual yo entiendo si la idea no le parece, ya que tampoco es mucho lo que le puedo ofrecer, así que si prefiere que no sigamos hablando me dice no más. Por último, me cambio de fila al ir a pagarme, así aprovecho de no hacer tanto taco, como cuando me atiendo con usted y me quedo conversando hasta que los guardias me apuran.

Bueno, me voy despidiendo porque se está haciendo de noche. Lo que pasa es que tuve que caminar como una hora para que aparecieran todas las rayas de señal y también me demoré mucho en escribir el mensaje. Se me pasó volando el tiempo, pero quería escribir bien, para mostrarle que aprendí a usar el teléfono.

Adiós, señorita, cuídese mucho.

Segundo lugar regional

San Carlos

25 años

Caliche de río

Pablo Cartes Muñoz

Palada tras palada, el interminable esfuerzo bajo un sol extenuante. El río está junto a Hernán, tentándolo, pero él tiene que seguir secándose la frente con cada braceo hacia la tolva. Es el peso de las piedras lo que moldea su torso descubierto, y la fuerza de la luz cae sobre su antigua piel pálida, irrumpida por una pigmentación acelerada.

El mismo movimiento lo acompaña desde los once años, luego que abandonó la escuela sin que esto fuera su decisión. Era una mañana de noviembre cuando su padre lo llevó por primera vez a trabajar, fue allí donde aprendió que las casas, puentes y carreteras se construyen desde el momento en que se extrae el ripio y la arena.

A orillas del agua pudo memorizar el sonido de la corriente, los cantos de las gaviotas y el ancho del caudal con precisión milimétrica; también aprendió a mirar la hora apuntando al sol con sus manos. Sin embargo, a medida que aprendía esas cosas, se olvidaba de otras: primero las letras, luego los números, y finalmente, cómo ser niño.

Por eso prometió que cuando tuviera hijos, nunca dejaría que pasaran por lo mismo. Y aquello se cumplió. Cada vez que puede, menciona con orgullo a Cristina, la primera integrante de su familia en entrar a la universidad, quien se prepara para ser profesora. Hernán no oculta su dicha, aunque se sorprende al pensar cómo alguien de su propia sangre pudo llegar tan lejos, si él prácticamente no tuvo estudios.

Hernán desconfía incluso de su juicio, porque tampoco entiende cómo un calichero de río, con las manos partidas y los dedos gruesos llegó a palpar la más suave película de arena hasta hacerla su esposa. Alicia es otro de los motivos por los que excava, y en cada oportunidad que la ve, se siente como en el primer y accidentado encuentro, cuando le tocó descargar un camión en su casa; nunca se imaginó que el material seleccionado por sus ojos se transformaría en los cimientos de una relación.

Los recuerdos funcionan como un refugio cada vez que Hernán quiere abastecerse de energías durante sus pausas. Se acomoda la camisa a cuadrillé en la cabeza, escupe dos veces sobre sus palmas y las frota para lubricar el mango de su herramienta de trabajo, retomando así el eterno movimiento de la pala.

Una vez que el sol comienza a bajar, ya no es necesario ocupar las manos para calcular el tiempo. Hernán siente que se aproxima la hora de la honestidad, en los momentos en que el olvido se convierte en un deseo de hombre y no en un descuido de niño. Le pasan un vaso, el décimo de los *jotes* que se ha tomado en la jornada. El mundo se le da vuelta, mientras ayuda a los demás a construir sus sueños, él sigue destruyéndose por dentro.

La costumbre de los codos flectados también acompañó a su alcoholismo, el que se convirtió en una rutina malamente aprendida de otros calicheros en igual situación enfermiza. Fue de un momento a otro que su familia, el edificio más hermoso jamás erigido, se convirtió en polvillo nuevamente, y bajó al suelo junto al resto de elementos que trata de recoger en cada socavón.

Hernán se pregunta si alguna vez lo perdonarán, porque además rechazó recibir ayuda en reiteradas ocasiones; como la piedra negándole a la pala toda posibilidad de atravesar su integridad, un sonido estruendoso que terminó por frustrar y alejar a Cristina y Alicia. Después del trabajo, él se irá a un boliche para seguir tomando, y como el vicio no se paga solo, continúa con el braceo, palada tras palada, un último esfuerzo bajo el sol aún extenuante.

Tercer lugar regional

San Carlos

25 años

Natividad Hernández al ritmo de la callana

Juan Torres León

Escuchó a los perros ladrar. En el entresueño, sintió las chuchadas del abuelo Torres, que llegaba en la mañana, borracho, pateando la puerta que nunca encontraba; comenzaba desde la esquina de la casa. Quizás era un tipo de aviso para que mi abuela le tuviera listo el caldo mañanero con harina tostada o con trigo partido. Nosotros, los nietos, oíamos todo juntitos metidos en la misma cama. Pero después nos volvíamos a quedar dormidos. En la mañana al despertar, el mundo seguía ahí, después del desayuno y los juegos de media mañana.

Mi abuela Natividad había dejado Curanipe, porque su esposo se vino a trabajar a las minas de carbón de Lota. Era hija de madre de opción soltera, pues como ella decía: "Mi papá era muy malo, era como el diablo. Por eso mi mamá quiso tener hijos y no marido".

En la carreta tirada por bueyes cargó su callana⁴⁶ y su olla de fierro. Se vino sentada mirando el camino que iba quedando atrás como un minuterero de un reloj eterno que iba marcando las horas que fueron días, hasta llegar a Lota. Las casas eran pabellones de madera de dos pisos. A ella nunca le gustó esta casa, no había espacio para los animales, que se quedaban guardados en el sitio de un compadre. Tampoco tenía un lugar para una huerta. Con el tiempo se fue a vivir a Playa Blanca; en la ladera de un cerro había un terreno que se consiguieron y ahí, finalmente, mi abuela pudo seguir con el oficio que había aprendido de su madre.

Los días de vacaciones seguían muy alegres; habíamos ido a la playa que quedaba cerca, cruzando la calle, y también nos íbamos a jugar al bosque que estaba subiendo el cerro.

Aquella tarde mi abuela estaba en la casa galpón preparando en la callana el trigo tostado, que después ayudábamos a moler en el molino de mano. Nos gustaba el sonido del trigo, en la callana, con su vaivén, y ver, cómo iba tomando su dorado, en contraposición del negro de la callana que entraba y salía del fogón. También sacábamos pequeños puñados de trigo tostado, los que comíamos como si fueran unos dulces. El trigo era un tibio calor en nuestras bocas.

En la tarde noche, puso la olla de fierro sobre el fogón. Comenzó a revolver el agua mientras iba hirviendo con las cenizas y el trigo que comenzaba a abrirse en pequeños pancitos blancos. Parecían transparentes y brotaban entre las cenizas y el vaho del agua caliente. Era el mote que mi abuela preparaba para vender y que nosotros disfrutábamos con agua y azúcar cuando nos daba sed de tanto jugar.

La abuela Natividad trabajó varios días. El abuelo Torres no había llegado con la quincena y en la casa había que comprar varias cosas. Siempre se perdía por varios días, que de cierta manera era lo mejor para mi abuela, que nunca decía nada, pero que se veía más descansada sin él.

En su canasto ponía las bolsas de kilo con harina tostada y también de mote. Se iba al pueblo, como ella decía, que estaba a unos dos kilómetros más o menos de su casa, bajando por la ladera del cerro. Ella se iba caminando hasta allá y recorría Lota con su canasto cargado. Se ponía un mantel sobre su cabeza, que doblaba y quedaba como un asiento, y sobre él montaba el canasto y se iba caminado. El peso hacía que

⁴⁶ Callana: recipiente de barro en el que se tuestan granos (nota de la edición).

levantara y bajara las caderas mientras caminaba y sus piernas se arqueaban un poco. Se iba por la orilla de la calle y subía y bajaba los cerros de Lota.

En la tarde regresaba con un pedido y algunas dulces. Nosotros corríamos a su encuentro gritando: "Abuelita Naty... abuelita Naty"... A todos nos tocaba algo y nos íbamos felices de regreso, corriendo a los juegos en los que ya estábamos jugando.

Esa misma noche el abuelo Torres caminaba por la calle, preparando las chuchadas y las patadas a la casa, hasta encontrar la puerta. Se había gastado la quincena, como lo hacía siempre. Entre los tambaleos de la borrachera, solo vio una luz que le llenó los ojos y perdió la vida, en esa calle frente a la playa y por la que había llegado hace muchos años atrás.

La noticia llegó de madrugada... Ya no hubo más patadas a la casa, ni chuchadas para mi abuela. Pasaron los días y los familiares que llegaron de todos lados, se fueron como llegaron, solo fue un momento. Mi abuela siguió preparando la harina tostada y el mote. Los salía a vender al pueblo, con su bamboleo de caderas y sus piernas arqueadas, y el verde de sus ojos que ahora se dejaba ver.

Segundo lugar regional

Lota
54 años

El gallo nortino

Francisco Lastra

Fue hace muchos años, cuando ponerse pantalones significaba ser adulto. Llevaba un tiempo trabajando en un almacén y me había hecho yo mismo una casita bien chiquita en los terrenos de mi *taita*, en las afueras del pueblo. Solo me faltaba ella.

En el pueblo ya se sabía que le tenía el ojo puesto a la Esmeralda. Nos conocíamos de chicos, pero me daba vergüenza acercarme ¡Cómo iba a imaginarme a una dama así viviendo en una casucha como la mía! ¡No, no! Necesitaba construir una mejor, con un balconcito y qué sé yo, así que juntaba chaucha tras chaucha bajo una tabla suelta.

En eso estaba cuando llegó el Colorín al pueblo. Era de *no-sé-dónde-al-norte*, hijo de un capataz de una salitrera. *Güeno pa'* la remolienda era el Colorín. A la gente del pueblo no le gustaban los afuerinos y menos uno tan amigo del trago, pero este venía con los bolsillos llenos. Así era en esos tiempos: uno iba al norte por las *chauchas* y volvía al sur a gastárselas. Se hizo con un cuarto bonito en la pensión de una tía mía. Luego empezaron los rumores. Decían que se había comprado un terreno y que comenzaría a construir la casa más grande de la zona, con balcón por atrás y por delante. A mí me daba lo mismo todo eso, pero luego dijeron lo otro: que andaba haciéndose el lindo con la Esme.

Yo me amurré porque no veía por dónde; no tenía *na'* que ofrecerle a la Esme. Era cosa de tiempo y el Colorín la tendría del brazo. Y así andaba entonces un día, pateando piedras luego de cerrar el negocio, ya casi de noche, cuando de pronto una piedra rebotó en una sombra en el camino. De la *na'* sale un caballero bien caballero, vestido fino, impecable, ¡ni una mota de polvo! Yo le pedí disculpas y me empezó a meter conversa. Por allí salió el tema de la plata y la casa. El caballero me dice:

—Mira, Antonio —porque me tuteaba— asegúrenos tu matrimonio.

Este era el arreglo: él mismo construiría la casa en un mes y no me costaría ni un peso. Yo no era gil, sabía de sobra que era el Malo o alguno de sus lacayos. Si se te aparece un señor tan fino y te ofrece algo así... es cosa de sumar uno más uno. Si él cumplía con su parte, yo debía entregarle mi almita. Ustedes se ríen, ¡no es *na'* chiste! Yo la verdad me asusté, pero pensé en la Esme y en ese Colorín aparecido. Me dije: "Ya Toño, en solo un mes ni el mismo Diablo puede construir una casa como esta".

Le pregunté:

—¿Y va a hacerlo solito? —y comenzó a reírse el desgraciado.

—Sí, solito, solito, sin que me den una manito —respondió.

—Pero de noche y bien escondido en los terrenos de mi *taita*, *pa'* que nadie diga *na'* —le exigí. Se rio de nuevo y dijo:

—Cuando cante el gallo yo me voy en mi caballo.

Con esas condiciones pensé que podría hacerle alguna pillería. Acepté y allí mismo firmé pinchándome el dedo gordo.

Resulta que subestimé al Malo. El tipejo llegaba en el segundo en que anocheaba con todo tipo de cuestiones atadas al caballo —tablas, clavos, herramientas— y trabajaba como el diablo que era, hasta que cantaba el gallo más mañanero. No importaba si yo le hacía conversa o le escondía alguna cosa, ¡no paraba ni un segundo el condenado!

Luego de un par de semanas se veía que la casa iba a estar lista justito en el plazo y yo andaba angustiado. ¿De qué me servía una casa si no iba a tener alma con que conquistar a la Esme, si la mujer era ya entonces bien exigente? En el almacén se me olvidaban los pedidos y los clientes me tenían que decir todo tres veces, como si fuese burro.

Cuando faltaban unas tres noches, doña Luz, la casamentera del pueblo, me preguntó qué me pasaba. Me daba vergüenza, cómo no, decirle que andaba en tratos con el Malo, pero estaba tan desesperado que le confesé todo: lo de la casa, lo del Colorín, lo del Malo y el arreglito.

—Ay, mi pobre —me dijo apretándome los cachetes—. Usted es más bruto que un *arao*.

Doña Luz tenía fama de sabia, así que cuando dijo que los colorines ya eran cosa del diablo y que iba a echarme una manito, yo paré bien la oreja.

Este fue su consejo:

—Usted váyase al norte ahora mismo. Camine, tome carreta o micro, lo que sea, y váyase lo más al norte que pueda. Pero ojo, sin olvidar que tiene que volverse *pa'* estar esa última noche, así que no se pase de largo. Una vez que ya haya viajado lo suficiente, pregunte en un pueblo por un gallo. Da lo mismo si es negro o castellano, flaco o gordo, cómprelo y tráigaselo de vuelta. Y no me pregunte tonteras, hágame caso.

Me fui esa misma noche en una carreta, luego tomé una micro y luego otra y otra que me llevó a lo largo de la costa hasta llegar a un pueblo donde no conocía a nadie. Allí todos se trataban de dama y caballero y usaban sombrero. Pregunté por un gallo y uno de esos caballeros me vendió uno por lo que costaba un chanco. Bien feo el gallo, se movía como borrachito y comía como rey. ¿Qué iba a hacer ese pobre animal *pa'* salvarme del Malo?

Llegué en la madrugada, cuando me quedaría una horita con mi alma. La casa estaba casi lista, solo le faltaba al Malo terminar de clavar una que otra tabla del balcón. Con cada martillazo me imaginaba uno de los castigos que sufriría mi almita allá en los Avernos. Me los sabía, porque él me los iba contando:

—Te estiramos hasta que quedas como un rollo de pellejo y te tocamos de acordeón para mil y un festejos —y se ponía a cantar el desgraciado.

Ni me di cuenta y ya me quedaban solo minutos, los últimos de la noche. *Pa'* qué mentirles: dudé de doña Luz y del gallo, que era tan vago que se había dormido apenas habíamos llegado. En eso el Malo me señala una tabla, la última que faltaba, y entre salto y salto comienza a martillar. Maldije al Colorín y empecé a despedirme de mi almita llorando.

Así estaba, cuando enfrente de mí veo una sombra yendo de un lado al otro: el gallo ya se había despertado. El Malo también lo miraba desde arriba, con el martillo en el aire y aún un par de clavos en la mano. Como si se diese cuenta de que esperábamos algo de él, el gallo comenzó a cantar en medio de la oscuridad y

de lo más entonado. No he escuchado sonido, animal o humano, que me haya puesto más feliz. ¡Mi gallo nortino cantaba más temprano!

—¡Te quedaste sin tiempo, condenado! —le grité al Malo, que se enojó tanto que la piel se le puso toda roja. Como no le gustaba nada que lo hicieran lesa, antes de desaparecer, caballo incluido, me dijo ya sin ninguna melodía:

—Disfruta de tu casa, huaso bruto.

Yo no le entendí hasta que me di vuelta y vi que de la casa quedaba una sola tabla: la que no alcanzó a clavar.

Se preguntarán cómo entonces me casé con la Esme. Bueno, todo el pueblo vino de curioso, porque doña Luz era tan sabia como habladora, y entre la gente estaba ella. Después de hacer lesa al Malo andaba, pero recontrafeliz, así que me atreví y le hice conversa ahí mismo. Y miren lo que descubrí: ¡que los balcones la mareaban!

Tercer lugar regional

Concepción

32 años

Edades sin fin

Oscar Medina Maureira

Al despertar, notó que aun llovía. El sonido de las gotas que chocaban en las latas del techo resultaba bastante agradable como para levantarse aún. Pero tenía que hacerlo. No recordaba si era o no el día que le correspondía salir hacia el pueblo. Su memoria, en ocasiones, le jugaba una mala pasada a la hora de recordar cosas importantes. Se levantó impulsándose con el codo con mucho esfuerzo, y se ladeó para tomar un fósforo y encender una vela que estaba casi por perder su cera sobre el velador. La luz de la llama iluminó la estancia lo suficiente como para alcanzar a ver a su nieta que estaba acostada un poco más allá. Al notar que dormía plácidamente supo que era un fin de semana. De lo contrario, su nieta ya estaría en pie, preparando sus cosas para partir al colegio.

Su espalda estaba demasiada adolorida y sus piernas poco a poco perdían sus fuerzas para poder apoyarlas en el suelo. Se sentó por un momento en el borde de la cama, esperando a que apaciguaran las dolencias. Al cabo de un rato se animó para ponerse en pie. Por suerte no sintió ninguna tortura, ni una punzada en los costados que últimamente estaba padeciendo. Tomó la palmatoria y caminó a paso lento hacia el baño. Era aún temprano, así que podía organizar todo antes de partir. En el camino se dio cuenta que su nieta estaba destapada. Así que la cubrió con mucho cuidado, tratando de no despertarla. Había estudiado mucho durante la semana y trabajó bastante en la casa en los quehaceres del hogar. Así que se merecía un buen descanso.

Estaba lista para partir, justo cuando la luz de la mañana ya se había hecho presente dentro de la casa. Su nieta aún dormía, pero no faltaba mucho para que despertara. Mantuvo con fuego la cocina a leña a pesar de que los palos se encontraban algo húmedos, y dejó la mesa puesta, con la tetera sobre la cocina, para que estuviera calentita antes de que la nieta despertara.

Por suerte la lluvia había menguado. Salió de la casa en silencio y se dirigió hasta el portón, que había quedado abierto, como consecuencia del fuerte viento de anoche. Agarró el alambre que estaba tirado a pocos metros y lo puso en su lugar, fijándolo de tal manera que no se volviera a abrir. Muy fina era la lluvia que caía en aquel momento, que le humedecía el blanco cabello que se asomaba por debajo del pañuelo. Últimamente le costaba caminar por aquel estrecho sendero. Con el paso del tiempo el terreno se había deteriorado, dejando en el suelo baches de diferentes proporciones, y cuando había lluvia, se acumulaba el agua, tanto así que era difícil transitar. Como ahora.

Solo quedaban unos doce metros para llegar a la carretera. Siempre había calculado bien el tiempo. Nunca le había fallado aquel don, que lo había tenido desde que era una niña. Su madre le había enseñado que no era necesario depender de aparatos electrónicos, como los relojes, para manejar los tiempos y hacer las cosas durante el día. Era algo muy simple. Todo se basaba en conocer los cuatro puntos cardinales. En especial el este, que es por donde sale el sol, habitualmente a las siete de la mañana. Mientras que a las seis de la tarde se esconde por el lado oeste de la tierra. De esa forma, según la posición del sol, durante el día sabía con bastante exactitud a qué hora estaba.

El bus llegó a los pocos minutos después de refugiarse en la vieja garita, que se ubicaba a un lado del camino. Vio a dos personas más que esperaban. Eran dos jóvenes que conversaban animadamente entre sí, mientras daban saltitos cortos, con el fin de lograr contrarrestar el frío, que aún permanecía en el ambiente. El bus se detuvo y abrió la puerta dando un fuerte golpe en el borde del marco de metal.

Levantó la bolsa donde llevaba sus cosas y se dispuso a subir. Pero uno de los jóvenes, que había dejado de saltar, se apresuró en subir también, antes que ella, pero su compañero, al darse cuenta de lo que iba a hacer, lo agarró de la chaqueta, tirándolo hacia atrás con tanta fuerza que estuvo a punto de arrojarlo al suelo.

—Por favor. Déjeme ayudarlo —le dijo el joven y le extendió la mano.

Por un momento dudó, pero luego, al sentir que ya la había tomado del brazo, no pudo negarse ante aquella amabilidad. Le fue un poco difícil subir. Los peldaños del bus eran más altos que los anteriores, lo que le costó levantar las piernas para llegar a ellas. Por suerte, el chofer fue atento y desde arriba la ayudó también, tomándola del otro brazo, mientras sujetaba su bolsa. Se sentó en el primer asiento, y agradeció a los dos caballeros con una gran sonrisa y una pequeña reverencia.

Durante el trayecto pudo descansar lo suficiente como para aliviar el dolor que le había provocado esa simple tarea de subirse a un vehículo. Su cuerpo no era igual que hace unos años. La salud era distinta y la resistencia de los huesos se debilitaba con el paso del tiempo.

De la misma manera que subió al bus, pudo bajarse. Esta vez, fue el otro joven quien le ayudó a lograr aquella ardua misión; aprovechó esa instancia para desearle un buen día y disculparse por su penosa actitud de hace un rato.

Ya no estaba en su hogar, sino en un lugar extraño, frío y sin color. No frío por la temperatura, sino por el paisaje que la rodeaba y las personas que la habitaban. Por donde miraba veía edificios, fábricas y negocios, con toda esa gente que caminaba en todas direcciones, preocupadas solo de sí mismas.

Ajustó su pañuelo en su cabeza, y revisó su bolsa para cerciorarse de que no se le había olvidado nada. Solo tenía que caminar cinco cuadras para llegar al lugar de siempre. Cada paso que daba sobre el duro suelo de cemento era como un suplicio, que le golpeaba su columna y su encorvada espalda. Algunas personas pasaban a su lado, esquivándola casi por inercia. Otros en cambio, nada más lo hacían para evitarla. A esta situación ya estaba acostumbrada, pero no ajena a un dolor silencioso, guardado en lo más profundo de su ser. No era justo sentirse extraña en su propia tierra. No lograba aceptar tanto desprecio, tantas miradas escépticas de personas que se creían superiores a ellos. Pero las cosas eran así, y no podía hacer nada al respecto. Ya no.

Se detuvo en la esquina, al lado de la entrada del edificio en donde siempre se instalaba. A pesar de que era temprano, existía mucha gente que se aglomeraba, colocándose en la fila para poder entrar apenas el banco abriera sus puertas. Todo el mundo miraba sus relojes, esperando que dieran las nueve. Ella, en cambio, alzó los ojos al cielo, comprendiendo con claridad que faltaba muy poco para que iniciara la jornada. Dejó su bolsa a un lado y se encomendó a los espíritus para que le dieran buena fortuna. Muchos años han pasado sobre sus hombros, y ninguna de ellas ha sido en vano. Cada centavo que ha logrado recaudar ha sido gracias a la bendición de sus ancestros. Y gracias a eso pudo criar y ayudar a su nieta cuando aún era bebé, y desde que sus padres murieron en un desafortunado accidente.

¿Qué más podía pedirle a la vida al sentirse útil a pesar de sus años? Seguir dando más todavía a alguien que la necesitaba; era su pilar. No ha pasado ni un solo día en que su nieta no se lo haya agradecido, y eso, para ella, era la mejor manera de sentirse pagada.

Las sombras cubrieron sus pies, una señal que le indicaba que ya era hora de volver a casa. Tanteó la bolsa con una mano para revisar el contenido. Estaba casi vacía. Solo faltaba uno por vender. Se sentía muy cansada por estar tanto tiempo de pie, pero no se quería rendir. Aclaró su garganta con un carraspeo seco. Le molestó un poco, casi al nivel del dolor. Pero a esas alturas ya estaba acostumbrada.

Levantó la mano con el producto y alzó la voz con todo el ánimo que pudo, para que de esa manera algún *winka*⁴⁷ pudiera comprarle la última malla de ajo que le quedaba.

Primer lugar regional

Padre Las Casas

47 años

⁴⁷ Winka: vocablo empleado por el mapuche para aludir a los chilenos que no son de su etnia (nota de la edición).

El telar de las ancestras

Álvaro Román

Varias generaciones de vergüenza, persecución y olvido habían terminado por cortar todo vínculo con la sabiduría de su propia naturaleza, dejándole nada más que confusiones, miedos y un apellido, que lejos de enorgullecerla, la condenaba públicamente al menosprecio, el abuso y la indiferencia. Ni orientación ni ayuda podía esperar encontrar entre la gente de su comunidad, que desconectados de sus linajes y vagando como fantasmas, intentaban escapar de los campos y sus tristes promesas, vistiendo corbatas y carteras, con la esperanza de fundirse con la cultura que los rechaza.

Fue su abuelo uno de los primeros en cortar uno de los lazos fundamentales con la cultura de sus antepasados, al prohibir, sin excepción, el uso de la lengua materna dentro de la familia, porque no estaba dispuesto a aceptar que se burlaran también de su gente.

Separada, entonces, de sus ancestros y desconectada de la sabiduría de la tierra, jamás había contado con manos que le ayudaran a evitar los peligros que desconocía, ni que la acompañaran en el camino de las sombras y las preguntas sin respuestas. Nada de eso existía para ella, condenada a vagar sin verdadera identidad, entre dos mundos que no le pertenecían.

Fue justamente la evidente profundidad de su desamparo lo que le ayudó a ver lo necesitada, para sentirse apenas un poquito menos abandonada, puesto que aquel poquito marcaría definitivamente toda la diferencia, como lo haría la luz de una pequeña vela, que ni toda la oscuridad del universo sería capaz de apagar, jamás.

Con la esperanza de encontrar aquella luz, se encontró pidiendo ayuda a sus antepasados y, poco a poco, abriendo su corazón, con el tiempo comenzó a soñar. Fue en aquellos sueños en los que descubría cómo la totalidad del cosmos se manifestaba en la forma de un infinito telar de intrincadas formas y colores, mientras iba siendo tejido por la inquebrantable cadena de todas sus ancestras, quienes envueltas en su luminoso manto, la invitaban a unirse a ellas, para tejer el universo también.

A pesar de vivir en aquella pequeña comunidad rural, ella nada sabía acerca del sagrado arte de las abuelas, como tampoco nadie podía enseñarle, puesto que se había roto el vínculo, por lo que de su madre solo pudo recibir lo poco que ella había podido recibir de su abuela. Se había perdido la hebra y el conocimiento ancestral, carente de vida; solo existía vagamente en forma de recuerdos cada vez más lejanos y difusos.

Apenas venciendo inseguridades y dudas, comenzó a incursionar ciegamente en el arte del *witral*⁴⁸ y, luego de algunos días de intentar sin éxito posicionar la lana, ajustar la urdimbre y armar la trama, fue creciendo en ella la frustración de aprender sin una guía. Enfrascada en sus humanos pensamientos, probaba de una u otra manera, intentando inútilmente dar con la técnica que debían haberle enseñado sus abuelas.

Fue durante una de aquellas frustradas pausas en que su atención se fijó casi por accidente en una insignificante esquina de su cuarto junto a la ventana, donde una pequeña tejedora había construido una tela perfecta. Abstraída completamente en aquella ingeniosa y sencilla obra de la naturaleza, se encontró

⁴⁸ Witral: telar vertical es el que se hacen los tejidos mapuches con dibujos y colores (nota de la edición).

de pronto a sí misma, recordando algo muy parecido a un sueño largamente olvidado y extrañamente real, donde una niña como ella, siendo muy pequeña, había sido conducida por un grupo de mujeres hacia el árbol de la colina que estaba detrás de su casa, para que vieran a una araña que, de alguna manera, le transmitiría una revelación fundamental: *“Las arañitas no saben tejer, ellas simplemente sienten lo que van tejiendo”*.

Aunque sabía que no era más que un sueño, decidió seguir el hilo de su intuición que empezaba a despertar, y se lanzó a la tarea de retomar el aprendizaje, retirando todo pensamiento en ello, olvidando lo que creía saber y renunciando al conocimiento que anhelaba. Sin apuros ni cuestionamientos, planes ni ideas, tomó la hebra y comenzó a tejer.

Se equivocaba con frecuencia y constantemente, porque de manera invariable se entrometía su mente, pero al estar decidida a no dejar que sus pensamientos intervinieran en el tejido, consiguió que aquellas voces comenzaran paulatinamente a silenciarse. Cada vez que un pensamiento aparecía, ella volvía a enfocar su atención en sus manos, sintiendo el tejido sin pensarlo.

Fue así como espontáneamente ocurrió.

Tejiendo, no lo pensó. Lo supo. Supo que no era ella quien tejía ni quien guiaba sus manos las que se movían, por supuesto, armando el entramado, pero no dirigía ella el diseño. Supo que estaba a disposición de una fuerza muy superior a ella misma, que la acompañaba.

Supo que la infinita cadena de sus ancestras guiaba sus manos y cuidaban sus pasos con la profunda sabiduría de la Tierra. Uniéndose al tejido de sus abuelas, supo que formaba parte de una familia que jamás la había abandonado. Tejiendo, inmersa en su tarea, fue adquiriendo el conocimiento de todas las verdades y todas las respuestas comenzaban a serle reveladas. Tejiendo, no solamente supo quién era ni de dónde venía, también supo la importancia de su rol en estos tiempos de incertezas. Supo que jamás volvería a sentir confusión, ni dudas, ni miedos, porque toda la sabiduría ancestral de su linaje vivía internamente en su corazón, acompañándola en todos los pasos, desde el principio de sus días.

Tejiendo, encontró la pequeña luz que ni toda la oscuridad del universo sería capaz de apagar, jamás.

Había encontrado la hebra.

Segundo lugar regional

Temuco

35 años

Miguelito

Mauricio Bustamante Salazar

A lo largo de mis 32 años de vida, he tenido un sinnúmero de conversaciones de lo humano y lo divino con mi abuelito Carlos, un viejo curtido desde su niñez por la vida del campo. Desde su natal San Rosendo salió a recorrer caminos ajenos para labrarse el suyo. Vivió gran parte de su etapa adulta, casándose y formando a su familia en la localidad de Río Claro, un espacio perdido en el tiempo perteneciente a la comuna de Yumbel, donde el paisaje no cambia a pesar de los años; solo cambian los personajes que han dado vida a historias, hitos y oficios.

Un oficio que no puede faltar en los caseríos rurales es el de regente de bar chinche⁴⁹, un oficio con todas sus letras, ya que no cualquiera puede aprender a servir a otros, escuchar risas, penurias y rabias y, sobre todo, convivir con lo voluble que puede ser un *cura*o en toda la extensión de su psique. Esta historia se trata de un habitante de esa localidad dedicado a dicho oficio: el Miguelito.

Miguelito apareció en Río Claro de un rato para otro; algunos lo ubicaban de nombre, otros de cara, pero todos sabían donde lo podían encontrar, atendiendo su bar. Dice mi abuelo que su alegría animaba el espacio, era un ser chispeante que trabajaba para el disfrute de sus clientes; que hidalgamente lograba echar curahuillas sin la necesidad de un palo por el lomo o llamar a la ley, para poner orden en su sucucho; que cuando podía, y sin aspavientos, ayudaba a quien lo necesitara; que nunca puso un no por delante o frunció el ceño si algún parroquiano le pedía fiado o necesitaba un préstamo para cubrir alguna necesidad no ética. En fin, un hombre con muchas virtudes y quizá muy pocos defectos, excepto uno imperdonable para su época y el contexto rural... haber nacido *coliguacho* (en palabras del viejo).

A algunos no les hacía mayor problema ser atendidos por un *colipato*, por lo demás, Miguelito a esas alturas del partido asumía plenamente quien era sin tapujos; con los parroquianos frecuentes hasta bromas semi respetuosas de cuando en cuando. Una de aquellas, protagonizada por mi abuelo, tuvo lugar mientras el *viejajo* le pedía un chacarero...

—Pero tráigame los tomates en tu *raja* Miguelito —le decía, apretando la guata para seguir riendo.

—En la suya será pues don Carlitos —Miguelito le devolvía el guante con una sonrisa como queriendo decir *viejo hueón*, pero se lo tomaba a bien dentro de todo.

A otros, no les parecía nada bien que un paria como ese estuviese ni más ni menos que atendiendo y regentando el punto de encuentro de la localidad; sobre todo a la gente más pechoña⁵⁰ y antigua del lugar. Y otros, simplemente eran indiferentes al "problema de identidad" de Miguelito, hasta que algún ademán o frase que salía de su boca les hacía recordar que era la loca del bar.

Así siguieron los días y noches de Miguelito por bastante tiempo, entre risas, penas, rabias y peleas esporádicas dentro de su centro de esparcimiento; hasta que un día cruzó por la puerta un joven, del que mi abuelo no recordaba bien el nombre, pero de apellido González. Era un tipo que llegó con una mano adelante y otra atrás, buscando cómo ganarse unas *chauchas* para ver la luz del día siguiente, y no tuvo mejor idea que ir a pedir *pega* donde Miguelito. Este se prendó en seguida del mancebo y entre la necesidad de afecto de un hombre y la económica del otro se generó una suerte de Acuerdo de Unión

⁴⁹ Chinchel: taberna, ramada, boliche u otro apelativo campesino, bueno o malo que se le pueda dar (nota del autor).

⁵⁰ Pechoña: en Chile se refiere a persona muy devota a la religión (nota de la edición).

Civil de la época, donde todo el pueblo sabía que el González le *hacia los mandados* a Miguelito y este lo mantenía con trabajo, comida y bien vestido.

Los más cercanos a Miguelito no veían con buenos ojos la aparición del González; se daban cuenta de que el tipo no le tenía una pizca de amor o siquiera alguna consideración por él; al contrario, cada día se notaba más el interés a la plata y al bar y, menos el cariño al hombre que le daba cobijo. Pero, por no ser mal vistos por el resto de los coterráneos o no parecer pretendientes de Miguelito, guardaban un silencio, que al final sería cómplice de la tragedia. Un día, en medio de la jornada de trabajo, el González comienza a insultar a Miguelito, ya que este último, por primera vez en todo el tiempo que llevaba en Río Claro, le había dicho que no a algo; no quiso pasarle plata *al tipo* (presumiendo que se había dado cuenta del engaño finalmente y terminó la ilusión del romance o simplemente el arreglo interno de ambos había llegado a un mal final). El González le gritó de todo y prometió que esto no se iba a quedar así... y nuevamente los cercanos se enmudecieron, cómplices nuevamente de otra humillación hacia aquel hombre; —por tonta le pasó— tiene que haber sido el pensamiento de muchos de los presentes.

Pasaron algunos días y Miguelito había cerrado su local para dirigirse a su casa, en lo que apareció nuestro viejo conocido; el González venía a conversar con su amado. Lo que no sabía Miguelito es que al poco andar aparecerían dos caminantes más a hacerles compañía...

—Te dije que esto no se iba a quedar así —le gritó en su cara González.

Terminada la frase se desató una vorágine de golpes, patadas, escupitajos, maldiciones, risas y vejámenes a ese pobre hombre. Lo golpearon hasta que se les acabó el aliento. Pero aún faltaba un mayor tormento; parafina, un fósforo y un cuerpo para quemar... no hace falta describir más, Miguelito había dejado este mundo de penas para él con el máximo de sufrimiento posible.

Muchos llegaron a su funeral, desde quien solo lo había visto en el bar hasta quienes convivieron con él más a fondo; hasta apareció su madre ese día. Sus deudos aprovecharon de ponerse al día con los fiados y otros favores que en vida había ofrendado hacia ellos de manera desinteresada esta alma que ya no los acompañaba, ese *fleto* bonachón al que no fueron capaces de salvar.

Nunca he entendido bien por qué mi abuelo me contó esta historia; a veces pienso que quizá solo es el peso de la conciencia individual y colectiva de ese pueblo ingrato, que no supo ni quiso defender a Miguelito; y me entregó ese relato para que, en la medida de mis posibilidades y mis fuerzas, si mi vida se cruza con otro Miguelito o muchos Miguelitos, sepa tener la valentía y darle el apoyo que por dignidad humana y por amor fraterno se le debe entregar a la persona cuyo único pecado cometido en su vida, si es que fuese un pecado, el amar fuera de los cánones morales de una sociedad indolente con los corazones ajenos.

Tercer lugar regional

Temuco

32 años

El nacimiento de dos moros

Nataly Lagos Montecinos

Don Eulogio siempre decía —hay que matar dos pájaros de un tiro— y así mismo fue como todos sus hijos fueron mellizos ante la ley civil y recibieron por segundo nombre *del Carmen*, como era el mandato de la iglesia en esos tiempos.

El único de sus hijos que no tocó la misma suerte fue el menor, el que tuvo el honor de nacer juntamente con el finado don Silva, en una curiosa historia que comenzó así:

El último de los hijos de don Eulogio nació en la casa al igual que sus doce hermanos, debido a que en esos tiempos las parteras eran las encargadas de traer a los niños al mundo. La criatura ya tenía nombre, se llamaría Iván, igual que su tatarabuelo, pero por tradición, hasta que no naciera algún otro hermano, no sería llevado al Registro Civil; para don Eulogio, llevar un solo hijo a dicho trámite era igual o peor que pasar por debajo de una escalera o que le cantara un chucao⁵¹ al lado izquierdo del camino; para él, las supersticiones y la religión eran ley.

Iván fue creciendo como un moro (nombre que se le daba en los campos a las personas no bautizadas), pues al no estar registrado en la libreta de matrimonio, el cura del pueblo no lo había querido bautizar; para el siervo de Dios era mal visto presentar a un niño en esas condiciones al Altísimo.

La realidad de sus hermanos era muy distinta. Al figurar sus nombres en la libreta, ellos ya tenían sus sacramentos al día y habían sido apadrinados por don Silva, anciano que en realidad era padrino de todos los hijos del sector.

Una mañana de aquellas, en la que el invierno hacía estragos en los techos, Iván amaneció enfermo del temido sarampión, enfermedad que en esos años atacaba a niños y ancianos; cabe la coincidencia que el padrino de sus hermanos, don Silva, por esos días también estaba padeciendo del mismo mal.

En casa de Iván todo el mundo sacaba conclusiones.

—Debe ser hereditario —dijo la tía Nana.

—Es una maldición familiar —decía la abuela Maiga.

—Lo meó una araña —opinó el tío Tin.

Mientras que para don Eulogio no era más que un castigo divino por no haberlo bautizado.

Don Silva, por su parte, a la edad que tenía ya había sobrevivido a males de ojo, maldiciones, reumatismo, el pasmo, la sarna, la patada de un caballo y un par de feroces peleas en la cancha de tejo, por lo que el sarampión venía a ser solo una más del prontuario. No hubo opción, debían ser llevados al Hospital de Paillaco.

⁵¹ Chucaco: voz de origen mapuche que se usa para identificar a un pájaro parecido al zorzal (nota de la edición).

Oscuro, de madrugada, salió la carreta llevando a los dos enfermos. Siete horas y treinta minutos demoró el sufrido viaje al pueblo, pero los problemas no terminaron allí. Como Iván no tenía libreta de nacimiento no pudo recibir atención médica inmediata, lo que no fue sorpresa para nadie, pero lo que sí llamó la atención de todos, incluyendo la del doctor, era que don Silva, a la edad que tenía, no contaba con cédula de identidad. Y sería por lo enfermo que estaba, que ahí mismo se atrevió a soltar una particular confesión al oído de don Eulogio:

—No estoy bautizado —le confesó el anciano.

Es decir que al igual que Iván, don Silva era moro y se las había arreglado para guardar el secreto y no ver amenazada su respetada imagen de padrino de sus muchos ahijados.

Los moros enfermos fueron llevados al Registro Civil, ya que antes de cualquier atención debían figurar como ciudadanos chilenos. Don Silva fue el primero en inscribirse. El mismo se puso Anito Silva, ya que era el nombre de una querida tía suya. Iván pasó a ser Iván del Carmen, como dictaba la tradición familiar.

Fue así como Iván del Carmen y don Anito Silva nacieron el día 5 de junio de 1975 en la ciudad de Paillaco, pero don Silva no la contaría dos veces. Siendo las 22:00 horas de aquel mismo día, a la edad de 85 años, partió de este mundo dejando a su mellizo Iván del Carmen.

Moro se fue a la tumba, pero don Eulogio se prometió a sí mismo y al finao que nunca daría a conocer la verdad, con el perdón de Dios, para no provocar un escándalo sin precedentes.

Primer lugar regional

Futrono

33 años

Vamos a jugar

Lucas López Ulloa

El amanecer siempre acompañaba a don Olegario cuando se levantaba. Todos los días, poco antes del alba, el anciano macizo y apachurrado salía a caminar con su gorra de lana vieja tapándole las orejas, una gruesa chomba gris, unos pantalones de *jeans* raídos de tanto uso y unas botas negras de goma, que le prevenían de mojarse mucho. Se dirigía a la costa, donde los pescadores le daban algunas monedas por cuidar las embarcaciones y también aprovechaba de mariscar, para vender y hacerse unas monedas por él mismo.

Las mañanas frías de don Olegario en la playa tenían la costumbre de transformarse en cálidas tardes en compañía de una caja de vino, que siempre le convidaba uno de sus *amigotes* de mar. Él no se cuestionaba el qué dirán, pues a su edad poco importaba y mientras se pudiera hacer algunas monedas *pa' l pan* no tenía problema. Los lugareños ya lo conocían bien y lo dejaban ser, ya que nunca había dado problemas y, además, cuidaba los botes, para que ningún canalla se pasara de listo. Una de esas mañanas el anciano se encontraba sentado en la fría arena, escuchando el sonido del mar y la soledad que le hacía compañía, cuando escuchó una risa detrás de él. Se volteó para ver y advirtió una niña que corría hacia la mar, sola, que pasó junto a él y llegó hasta el borde del océano, donde el agua se junta con la arena. La niña esperó a que la ola se recogiera y la siguió con cuidado, hasta que esta volvió a romper hacia la orilla y ella echó a correr con una estrepitosa risa, mientras la ola la seguía. Olegario la observaba en silencio. La niña estuvo así varios minutos, hasta que pareció lo suficientemente cansada como para detener el juego que la entretenía. Entonces, se sentó a unos metros de Olegario y se dio vuelta para mirarlo:

—Tienes que tener *cuidao'* con mojarte niña —le dijo el anciano.

—No me voy a mojar yo —le respondió— tengo que correr muy rápido *pa'* ganarle al agua y así no me mojo.

—Yo creo que igual te *vai'* a mojar, mírate el pantalón —continuó el anciano, y en efecto, la niña advirtió que su pantalón estaba mojado en los bordes.

—No importa, además tú te mojarías más que yo —replicó con mirada burlona.

—¡Ay! ¿Qué me quieres decir niña? —le contestó Olegario, con una mirada algo intimidante y enseguida notó que había asustado un poco a la niña.

—Es broma —añadió rápidamente.

—¡Cristina! —interrumpió un grito desde arriba de la playa; entonces la niña se levantó apresurada y le dijo chao al viejo que la asustó un poco y se fue corriendo hacia donde la llamaban.

—Cristina —murmuró el anciano para sí, mientras seguía oyendo la incesante melodía del vaivén de las olas, que lo seguiría acompañando ese día y muchos más

Poco rato más tarde y con una caja de vino en la mano, el hombre se fue caminando hacia su cabaña cerca de la playa. Ya tenía unas monedas en el bolsillo y más rato iría a comprar pan. Sorprendido se vio a él mismo, una vez que tendido en un sillón frente al fuego de su casa se encontró pensando en la niña que había conocido esa mañana, la pequeña Cristina.

Pasaron los días como siempre y el alba acompañaba a don Olegario al levantarse y el frío se le metía hasta los huesos, pero como el viejo era criado y curtido en la mar, ya estaba acostumbrado y poco le importaba. Se iba a la playa a hacerse de sus monedas y, a veces, también iba la niña a jugar al mar y, de paso, le metía un poco de conversa. Un día, la pequeña le preguntó cómo se llamaba y él le contestó que Olegario Fiodor Ortega Ortega. Ella lo miró con asombro y le contó que se llamaba Cristina y que había llegado a la isla con su mamá, desde Puerto Montt, hace unos días, que no sabía cuántos eran, y que, como llevaban poco aún, su mamá no la había metido en el colegio, así que no tenía amigos en la isla. Entonces, Olegario le propuso que él podía ser su amigo, a lo que ella le contestó que no le parecía buena idea, porque él era muy viejo y los viejos no juegan a nada, precisamente porque son muy viejos. El hombre rio un poco y le dijo que él si jugaba, pero que jugaba a cosas que ella no podía jugar, porque era muy chica. También le contó que él tenía muchos amigos y que debería ser agradecida de que él quisiera tenerla como amiga. Así, la niña le dijo que sí, que podían ser amigos y le pidió que le enseñara un juego. Entonces, y sin pensarlo, Olegario le dijo que él se levantaba siempre muy temprano, para venir a jugar a la playa y que, si ella mañana lo acompañaba en la madrugada, él podía enseñarle a jugar.

En la noche Olegario no podía dejar de pensar en la pequeña niña, que era su amiga y en cómo podría enseñarle a jugar. Se sentía asqueroso, pero no podía dejar de pensar en ella, en la Cristina, y en cómo se parecía a su difunta mujer, Carmen, y en cómo Carmen y Cristina eran nombres que sonaban parecido, o al menos eso creía él. Y se puso a tomar vino, porque no podía quitarse de la cabeza aquel pensamiento que lo turbaba cada vez más. Entonces empezó a tomar más, para poder olvidarse, pero entre más vino le echaba a su cuerpo, más parecía añorar el alba que se aproximaba, en la que saldría a jugar con la niña que conoció. Y se enojó con él y empezó a maldecir, a gritar improperios que nadie salvo él y su caja de vino podían escuchar, y después le pidió perdón a la Carmen, porque lo que iba a hacer estaba mal, pero que ya no podía detenerse, porque se pilló a él mismo caminando por las calles en la madrugada y no sabía qué hora era, pero llegó a la playa y entonces se quedó ahí.

Se despertó con la risa que tanto conocía y una voz diciéndole: "Despierta, amigo. Vamos a jugar". Entonces, aún con la caja de vino en la mano, la miró, y sintió como le quemaba algo en su interior, que para apagarlo bebió otro sorbo de la caja, pero en lugar de echarle agua al fuego, fue como echarle bencina y le dijo: "Vamos a jugar" y la tomó de la mano y se la llevó a su casa. Y jugó con ella.

Y cuando se encontró de nuevo a sí mismo, con un cuerpo morado entre sus brazos, se fue a la playa, y como siempre el amanecer acompañó a Olegario al salir de su casa, en su camino hacia la playa, en donde tomó un bote para irse bien adentro.

Segundo lugar regional

Valdivia

23 años

La princesa pudú

Yesenia Seguel

El sonido de una rama quebrada llamó la atención de Belén, quien estaba tranquilamente jugando junto a la ventana de su casa. Sus juegos solían pasar de una sesión de mamá con muñecas al de una maestra de escuela rural, donde los niños debían aprender a seguir las instrucciones que ella misma no lograba seguir en sus clases reales. El sonido de la rama quebrada se juntó con la vibración de una de las cercas que estaba junto a la casa, que separaban las hectáreas de campo en las que vivía junto a su gran familia.

Era un día particularmente tranquilo y silencioso, dado que su hermano mayor había salido a la ciudad con su abuela y ella estaba en casa sola con su mamá, quien debía terminar como le dijo, un tema del trabajo, por lo que estaba concentrada en el computador, moviendo rápidamente sus dedos y sus labios en silencio. A lo lejos se sentía el ladrido de algunos perros de los campos aledaños y el mugido de las vacas, que se veían en las faldas del cerro, comiendo su pasto y moviendo la cola pacíficamente. Belén volvió a escuchar el ruido anterior y decidió levantarse de su lugar de juegos, abandonar a su clase ficticia y salir a revisar lo que estaba sucediendo; era ahora el momento de tomar el rol de exploradora.

El día estaba helado, como lo son en el invierno del sur de nuestro país, así que cogió su chaqueta, un gorro de lana y sus botas de agua, las que en esta temporada siempre estaban cerca de la puerta. Salió corriendo, sintiendo el aire frío en su pequeña cara, lo que la hacía sentirse con muchas energías. Dio la vuelta por la parte trasera de la casa y se dirigió al pequeño surco dentro de su propiedad, desde donde provenía el sonido desconocido. Al acercarse y poder ver dentro del surco, advirtió que era un pequeño pudú blanco, como las nubes del cielo, que estaba atorado en el cerco de alambres, tratando de zafarse desesperadamente, por lo que se hacía daño en su hermosa piel, manchando con rojo el blanco solemne de sus pelos. Belén pensó en ir a pedir ayuda a su mamá, pero sabía que ella tardaría en salir de la abstracción de su trabajo y ese pobre animalito necesitaba rápidamente que alguien lo ayudara. Decidida, se acercó lentamente, hablándole despacio, con voz calma, y diciéndole:

—Yo te ayudaré, no te preocupes pequeño, solo quédate tranquilo o te harás más daño.

En ese momento, como si el pequeño pudú entendiera cada una de aquellas palabras, se quedó tranquilo y esperó a que la niña lo ayudara.

Al soltar al pudú de los alambres, luego de estar cinco segundos detenido corrió rápidamente en dirección al cerro y se perdió lentamente entre el verde y cobre de los árboles que adornaban el paisaje. Belén, emocionada, miró por unos cuantos minutos esa escena y no creía haber tenido tanta suerte; ayudar a ese pequeño animalito la hizo sentir poderosa, llena de alegría y corrió apresuradamente de vuelta a su casa, para contarle a su familia la noticia.

—¡Mamá, mamá! Ayudé a un pequeño pudú, mamá, mamá —corrió gritando y al entrar a la casa vio que estaba de vuelta su hermano y su abuela, así que les contaría a todos juntos su mágico momento—. Ayudé a un pudú, era blanco, estaba enredado en la cerca del bajo —dijo la pequeña, esperando las reacciones de todos, pero nadie dijo nada, era como si fuera invisible a esas personas que habitaban con ella en el espacio de la casa. Finalmente, su hermano se acercó a ella, pero riendo, y le dijo:

—No existen pudúes de color blanco, estás loca, seguramente era un cordero y quieres que creamos que fue un pudú.

Belén, tristemente, decidió no decir nada más. Se sentaron todos en la mesa a tomar once y hablaron sobre las cosas cotidianas de la vida del campo, su papá les contaba todos los pormenores que le sucedían en el trabajo con el tractor, con los animales, con las plantas y otras cosas. Belén pensaba, mientras escuchaba que a él si le prestaban mucha atención y casi siempre repetía lo mismo; sus días de trabajo no eran muy diferentes. Todos terminaron de comer tranquilamente y se dirigieron a realizar sus labores habituales, la abuela lavaba la loza, su hermano revisaba sus tareas y su papá se sentaba a descansar en el sillón y a mirar algún programa que pillara en la televisión. Belén, generalmente, se sumergía en algún juego de fantasía con sus juguetes, pero hoy no estaba de humor para ello, toda la emoción que había sentido de su encuentro con el pudú albino se le había terminado, por no haberse sentido escuchada. Luego del baño diario, todos se fueron a dormir, para mañana tener otro productivo día.

—Psss, psss, psss —Belén sintió un sonido y unas manos frías que la movían en su cama—. Despierta Belén, despierta en silencio.

Reconoció la voz de su *abu* y abrió los ojos pesadamente, para descubrir a su abuela sentada en su cama hablándole bajito y esperando a que despertara. La pequeña se sorprendió y pensó que algo malo había sucedido, para que su abuela la estuviera despertando a las tres de la mañana, hora que vio de reojo en su despertador.

—Vamos Belén —dijo— tenemos que salir, hay algo que debo mostrarte y contarte, pero debemos ir en silencio sin despertar a los demás —y como Belén confiaba plenamente en su abuela, con mucho cuidado se levantó y se arregló para salir al frío y a la oscuridad de la noche.

Fuera del hogar sus suspiros se veían en un vapor blanco, tomada de la mano de su abuela se dirigieron hacia el bosque, que estaba entre unos pequeños cerros detrás de su propiedad. Para ser una señora de edad, su abuela caminaba impresionantemente rápido en la oscuridad, era como si conociera muy bien aquel camino y sus pies, por su cuenta, se dirigieran hacia su destino. Al ir llegando al bosquecito ya se sentían los sonidos de los animales, algunos pájaros nocturnos cantaban, sonaban ramas que avisaban el movimiento de animales pequeños y, de repente, con la luz de la luna vio la resplandeciente piel de un pudú albino, al que había conocido antes.

—Abuela, ese es el pudú, era verdad que lo vi, mira —y su abuela la miró con complicidad y se acercaron a un grupo de pudúes que estaban en el bosque, viviendo tranquilamente; algunos pequeños dormían y otros más grandes esperaban y miraban a estas dos personas que se acercaban a ellos.

—Belén, estos pudúes, son nuestra responsabilidad, te escuché en la tarde cuando contaste tu encuentro con nuestro amigo albino y supe que eres la nueva elegida, para continuar con nuestra labor familiar. Tradicionalmente hemos sido los guardianes de estos hermosos animales que han sido perseguidos, maltratados y asesinados por los humanos que invaden sus tierras. Es nuestra labor, como familia, velar por su bienestar y asegurarnos de que, aunque sea este pequeño grupo, viva en paz y se reproduzcan, para que continúen en la tierra que les pertenece y en la que nos dejan convivir junto a ellos. Debes ahora prometer que serás la nueva guardiana y que algún día dejarás a otro guardián y continuaremos con nuestro mágico destino, debes prometer que ahora serás, la princesa pudú —dijo la abuela.

Emocionada, la niña no sabía qué decir. Los pudúes se le acercaron a lamerle suavemente su mano. Luego, el albino, tan solemne se acercó a ella y puso su cabeza para que la acariciara. Belén supo, entonces, que debía cumplir con aquella promesa y junto su abuela cuidar y amar a esas hermosas y mágicas criaturas. Ella, desde ahora, sería feliz su princesa, protectora pudú.

Tercer lugar regional

Valdivia

34 años

Los buzos Hernández

Luis Bustos Castro

Su padre fue buzo con escafandra, con esos grandes y pesados trajes, con botines de plomo y con suministro de aire con un compresor aéreo, movilizado manualmente para llevarle aire a través de un cordón umbilical, que le permitía respirar en las profundidades. La indumentaria completa daba al viejo más bien la figura de un astronauta que se sumergía en las heladas aguas.

En esos años no había tele, el clima era bastante adverso y en esos sectores del Estuario de Reloncaví solo se reconocían dos estaciones; la primera era el invierno y la otra, era la estación de ferrocarriles, que terminaba su vía férrea en Puerto Montt, con un recorrido que bordeaba la bahía. Como todo hombre de mar y habitante del Estuario, se dedicó a tener una familia numerosa; con su esposa trajo doce hijos al mundo. Ocho hombres y cuatro mujeres conformaban los Hernández, los que sumados a sus padres y al perro hacían la quincena.

Los hijos mayores pronto se hicieron a la mar junto a su viejo, que trabajó incansablemente en todo lo relacionado con el borde costero. Construyó botes, góndolas y hasta una lancha velera, que le permitía apersearse de todos los víveres que encontraba en Puerto Montt. Ingresaba al estuario en marzo de cada año, cargada hasta los cintones⁵² y recién venía a salir del fiordo en noviembre, con los primeros soles de primavera, pero esta vez abarrotada de gorros, calcetas y chombas de lana, además de charqui de pescado, mariscos ahumados atados en ristras, más el grueso de la carga almacenado en las bodegas, que eran las preciadas tejuelas de alerce, que pronto se traducirían en el sustento económico de la próxima temporada, además de algunos cueros de león curtidos, que habían cazado durante el invierno.

Los hijos mayores de la familia acompañaron a su padre en las mares. De tanto bucear con escafandra, sus compañeros también se hicieron en las profundidades y luego, cuando aparecieron los trajes de neopreno, una especie de caucho engomado, los chicos se hicieron buzos de orillas. Recorrieron toda isla y costas posibles sacando mariscos, locos, jaibas y hasta centollas, además de congrios, róbalos y peces de rocas. Toda su habilidad en la mar les permitió tener un buen pasar económico y mantenerse alejados de las necesidades. Llegando a la adultez, estos marinos de juventud, también se dejaron abrazar por el goce de la buena vida. En cada puerto al que llegaban, nunca les faltó trago, para satisfacer su sed, cigarros para echar humo y sus andanzas que los llevaban a conocer las mozas del lugar, de las que recibían sus primeros besos y conseguían el calor humano que tanto echaban de menos cuando estaban en las oscuras y heladas aguas.

Los últimos dos conchos de los Hernández fueron Lito y Wuachi, quienes, a pesar de saberse los menores, nunca quisieron ser una carga para los demás; por lo mismo, de niños empezaron a trabajar en el mar. De primera, en primavera y verano, solo se tiraban al agua a bucear en apnea y en puros calzoncillos para sacar mariscos y pescados. Cuando los mayores llegaban en sus botes, estos aprovechaban el compresor y se sumergían con aire y solo con una máscara, para así ver mejor las guaridas de los congrios, que llevarían al almuerzo de sus padres. Salían del agua morados, pero al saberse útiles en su labor, no se amedrentaban por el frío.

⁵² Cintón: listón que va en la parte exterior de una embarcación a través de toda su longitud; lo preserva de eventuales golpes y roces con roqueríos y molos de atraque (nota de la edición).

Los años en el estuario pasaron casi como un parpadeo; la familia, para buscar más comodidad, dejó el fiordo y sus integrantes se arrimaron más al pueblo. No tardó en desgranarse la familia. Las hijas se casaron, los hijos mayores buscaron oportunidades en Chiloé y Guaitecas y solo los dos menores siguieron acompañando a sus viejos. Los tiempos de bonanza pasaron y Lito y Wuachi debieron conseguir trabajo de buzos, para llevar el sustento a sus mayores. Siempre juntos, los dos mellizos se cuidaban y nunca se separaron. La habilidad bajo el agua de los muchachos no demoró en hacerse conocida; ambos tenían un desempeño sobresaliente y muy superior al promedio de los otros hombres rana. Fue así, como se embarcaron en una nave dedicada a la extracción de cholgás; allí la paga a los buzos era por producción. Un mal día la pareja se encontraba laborando en un manchón de mariscos y estuvieron más tiempo del necesario en aguas más bien profundas. Lito, habiendo concluido su faena e izado su último quiñe⁵³ de mariscos, llegó a la superficie y se mantuvo vestido para dar tiempo a su hermano de rematar su labor. Ya su faena estaba casi concluida cuando en un instante empezó a soplar un fuerte puelche argentino, que sacudía la superficie del barco y que llevó a que los cabos de trinca⁵⁴ de la pluma comenzaron a reventar, haciendo que todo en cubierta empezara a correrse de lado a lado, peligrosamente.

Wuachi aún estaba bajo el agua y desconocía lo que pasaba arriba. De un momento a otro, el ancla de respeto, que estaba asegurada en popa, se cortó y arrastró la manguera de Wuachi, y lo llevó hacia abajo. Todos en la cubierta se alarmaron al ver lo que pasaba y quedaron casi congelados al saber que su compañero buzo se iba hasta el fondo del mar. La manguera de buceo de Wuachi se iba con rapidez e indicaba que el rana seguía siendo arrastrado por el peso del ancla. Lito, en una maniobra desesperada al ver que su hermano se perdía en el fondo, solo atinó a ponerse su manguera y cinturón y arrojarle al agua, lo hizo agarrándose de la manguera de su hermano, que seguía su viaje hacia el fondo. La caída imparable continuaba con Wuachi, enredado con el ancla entre su espalda y su cinturón, e intentaba una salida, para zafarse del abismo al que se dirigía. Tras soltar su cinturón, Wuachi quedó liberado, pero en una profundidad de la que sería incapaz de llegar con vida a la superficie. Solo alcanzó a tomar una última bocanada de aire y comenzó un ascenso descontrolado y casi sin aire en sus pulmones, lo que le anunciaba un desenlace fatal. Pronto sus pulmones se reventarían y sus últimos segundos de vida se acercaban. Por su cabeza pasaban todas las películas de su vida que le habían dejado una huella imborrable. Poco más arriba Lito, seguía descendiendo, agarrado a la manguera de su hermano, e intentando detener una caída que no tenía fin. Finalmente, la manguera se detuvo al llegar a toda su extensión, o sea cien metros de profundidad, pero aún así Lito continuaba bajando, sin perder la esperanza de salvar a su hermano. Ya casi cuando Lito empezaba a dejar de bajar, perdiendo sus fuerzas, pudo observar que, desde el fondo, venía subiendo Wuachi a toda velocidad. Sin dudarle se dirigió a atrapar a su hermano. Ambos se abrazaron y, de inmediato, comenzaron a compartir el aire, intercambiando su regulador; de este modo, pudieron controlar su velocidad de ascenso, consiguieron llegar suavemente a la superficie.

Aparentemente solo el apego de hermanos logró que esta historia no terminara en una tragedia y que ambos vivieran para contarla.

Primer lugar regional
Puerto Montt
52 años

⁵³ Quiñe: especie de bolsa, semejante a una red, en la que los buzos guardan los mariscos que juntan cuando mariscan (nota de la edición).

⁵⁴ Trinca: los cabos de trinca son las cuerdas que se usan para asegurar lo que va en cubierta (nota de la edición).

La tierra que nos une

María Paz Tirado

Un pasto verde recorre las tierras chilotas. El mar golpea la tierra con destreza. En un azul profundo se asoma la cabeza de un lobo de mar, que anda en busca de sus crías. Los gallos cantan apenas se asoma el sol. Las ovejas ya están pastando y las vacas estiran sus espaldas. Fuera de la casa de madera se estaciona un bus pequeño y amarillo.

—¡Mijo! ¡Se le quedó el almuerzo! —grita una mujer y el niño corre a buscarlo y vuelve a subirse al bus junto a su hermana.

Comienza otra mañana sin él. La mujer se sienta a tejer bajo la escasa luz del sol; lo hace junto al sillón vacío de su marido. Contemplaba la ventana en donde podía ver claramente la tumba de su amado a lo lejos. Se levanta y prende la cocina a leña, para preparar su té mañanero. Revuelve el agua mientras escucha la voz. La madera cruje al caminar y los gatos maúllan al escuchar movimientos en la pequeña casa. Llevaba dos meses escuchando esa voz. Su voz.

Se pone sus botas y su uniforme, lista para salir. Pasa por el lado del muerto, recordando, reviviendo. Sigue caminando hacia la bahía. Baja con su uniforme y entra al cultivo de choritos y ostras. Pasaba el día abriendo mariscos, pero aún así escuchaba su voz por todos lados.

Fue un día cansador; sacar, limpiar, revisar, abrir. Lo mismo de siempre, pero la voz es lo que más la cansa. Tratar de evitarla es un infierno, tratar de evitar su voz es una bala al corazón. Exhausta, vuelve a su hogar antes de que lleguen los niños. El deseo la ahoga, el querer verlo de nuevo, aunque sea solo una vez más; esa ansiedad la pudre por dentro. Al pasar cerca de su tumba, la voz se convirtió en un grito de súplica, imposible evitarla. Incapaz de moverse, se quedó la tarde añorando el entierro de su marido, fantaseando con volver a verlo. El griterío de sus hijos al llegar del colegio la sacó de su fantasía. Volvió a la realidad y le preparó la once a los niños. El crac de los huevos, se transforma en sus gritos. El sonido de la leña quemándose sonaba como la voz de su amado pidiendo ayuda y el sonido de la leche hirviendo se convertía en su susurro. Abrumada por la voz, salió a respirar, se calmó y volvió a entrar.

Nuevamente no pudo conciliar el sueño. Una fuerza imparable la levantó, tomó una pala y caminó hacia él. La noche estaba tranquila, los grillos chirriaban, las estrellas y la luna alumbraban el campo vacío, las vacas dormían y algunas roncaban a *pata suelta*. Ella lo tenía claro, le quería hacer caso a esa voz, ese grito.

Al sacar la tierra que lo cubría, se encuentra con su caja. Con una mirada retorcida abre el cajón y se encuentra con los restos de su amado. Ella lo mira con adoración, toca su cráneo muerto y le susurra:

—Yo sabía que me estabas hablando, no estaba loca, perdóname por demorarme tanto, haré lo que tú quieras, te visitaré todas las noches, mi vida, mi amor, mi alma.

Comenzaba a salir el sol y era hora de volver a la rutina. Cierra la caja y devuelve la tierra a su lugar. La mañana comenzó con una sonrisa. El sol brillaba, los árboles bailaban y el mundo tenía colores nuevamente. Mientras los niños iban al colegio, ella pasaba el día con su amante. Lo podía ver, lo podía tocar. Decidió no trabajar, para estar pendiente de lo que él le pidiese. Le preparó el único chancho que quedaba al horno. Al otro día le cocinó pollo asado. Con el pasar de los días, ya ni siquiera se daba

cuenta cuando llegaban los niños a tomar once. Ya no comía ni hacía los quehaceres de la casa debido a la fascinación de volver a hablarle a su amor. Un día desapareció el gato de su hijo y ya no quedaban gallinas. Al otro, desapareció el perro de su hija, ya no había vacas. Sus hijos pasaban día tras día, aterrados por los supuestos visones que mataban a sus animales durante la noche.

Una mañana, el niño buscaba a su hermana. Bajó a la playa, pero volvió a su casa sin éxito. Buscaba en su habitación, pero tampoco. No había nadie en casa, estaba solo, completamente solo. Desesperado, corre al pastizal en donde estaban las vacas. Luego, al gallinero, en donde solo quedaban restos de cáscaras de huevo. Derrotado, entra a la casa y se sienta en el sillón de su madre y se larga a llorar con desconsuelo. Entre lágrimas y mocos ve la figura de su madre, erguida junto a la tumba de su padre. Corre y corre, pero mientras más se acerca, más se ralentiza su paso. Observa confundido el cuerpo de su hermana acurrucado junto al de su padre muerto. Su madre le toma las manos y se dirige con una mirada de amor:

—Pronto estaremos juntos de nuevo —sonrió cálidamente y lo abrazó.

Segundo lugar regional

Frutillar

16 años

¡Déntrate, Menche!

Jorge Caroca Martínez

La pequeña Menche despertó la mañana del 20 de mayo de 1947 sin saber que ese día el mundo se iba a acabar.

Era una helada mañana de otoño, de esas que el sol no calienta nada. De todos modos, no pasaba frío en la cama de lana que compartía con sus cuatro hermanos. Se levantó de las primeras y partió rapidito y a pata pelá al antiguo horno, escondido entre los litros, donde antes quemaban carbón pero que ahora usaban las mujeres de la casa, porque su *taita* no había querido hacer un baño todavía.

Cuando volvió al rancho, su mamá tenía listo el fuego en la cocina y le pasó la tetera, para que fuera a buscar agua.

—Y no te *quedís* dando *güeltas* por ahí, pajareando como siempre. *Güelveté dereshito* nomás, que me *tení* que ayudar a preparar los galletones.

Salió corriendo con la tetera. Le picaban las patitas por ir a jugar, conocía de memoria cada sendero y cada árbol del cerro de cuando iba a corretear a las ovejas.

—¿Qué te dije, Menche? ¡*Dereshito* nomás!

Con una sonrisa de oreja a oreja partió para la quebrada. Metió la tetera en los pozones en los que acumulaban el agua y la sacó llenita. No había ni una nube en *todito* el cielo.

Al lado del fogón, su mamá amasaba lo que después serían los galletones que su *taita* y sus hermanos comerían durante la jornada de trabajo.

—Gracias, Menche —le recibió la tetera y le dio un beso en la frente—. Te dejé el ulpo servido en el mesón, *pa* que te lo *tomí* antes de ayudarme.

Le gustaba el ulpo. En ese momento no lo sabía explicar, pero para ella tenía sabor a familia.

Se sentó a ver cómo amasaba su mamá. Había notado, en el último tiempo, que cada vez se demoraba más en hacer sus cosas, cojeaba al caminar mucho y, en la tarde, cuando tenía listas todas las tareas de la casa, ya no tenía ganas de jugar. Solo se sentaba a tomar mate con los pies en salmuera.

Apenas los galletones estuvieron listos salieron a repartirlos. Hace rato que su *taita* se había ido a la chacra y sus hermanos a la loma. Se demoraron en llegar porque las cabras pastaban lejos y a su mamá, cada paso le costaba más que el anterior.

En el camino, algo preocupaba a la Menche, pero no sabía bien qué era. No corría viento, pero como que estaba más helado. No había nubes, pero... ¿estaba más oscuro? Los animales balaban sin parar. Sin darse cuenta se apegó a la falda de su mamá.

—Mamita —preguntó el Beño en voz baja, con un dejo de preocupación— ¿qué es eso?

Apuntó al cielo. Al sol le faltaba un pedazo.

—¡*Chemimaire!* —dijo y se persignó—. No sé, Beño, pero mejor volvamos *pa'* la casa.

Rápidamente sus hermanos trataron de reunir el rebaño, pero los animales estaban nerviosos y se pusieron inquietos. Con el griterío que se formó, las cabras más porfiadas se arrancaron al monte, así que sus hermanos salieron corriendo detrás de ellas.

Mientras tanto, las mujeres emprendieron el regreso. Trataron de apurar el tranco, pero su mamá hacía lo que podía. Con cada paso, un resuello de dolor salía de su pecho. Estaban aún lejos de la casa y el sol se achicaba cada vez más. Su mamá le apretaba la mano con fuerza, mientras la Menche la tironeaba por el camino. Sentían como la oscuridad las perseguía y no les daba descanso.

La Menche estaba asustada. Nunca había visto ni escuchado nada parecido. Conocía esos senderos de memoria, pero ahora se veían diferentes con las amenazantes sombras que se alargaban sobre ellas. Solo quería volver a la casa, abrazar a su mamá y que todo volviera a ser como antes.

Del sol quedaba apenas una delgada línea en el cielo, y de pronto bajó una helada que las entumió hasta el tuétano. No sabían si tiritaban de frío o de miedo. Aunque era de mañana, oscurecía como si la noche fuera inminente. Desde la loma se escuchaban los balidos de las cabras, que corrían desbocadas y los gritos desesperados de sus hermanos. Más lejos, aullidos de animales que tampoco entendían lo que pasaba. Los pájaros volaban desorientados por todos lados, anunciando con sus graznidos una inminente calamidad.

La casa estaba cerca ya, pero la Menche no sabía si alcanzarían a llegar antes de que se acabara el sol. Entonces sintió un tirón y escuchó el grito de su madre en el suelo. Había tropezado con una piedra en la bajada.

—¡Déntrate, Menche, que hay *acabo de mundo!*

La Menche corrió lo más rápido que sus piernecitas le permitieron. Alcanzó a llegar a la casa, justo antes que la oscuridad fuera total. Las brasas del fogón iluminaban débilmente y eran lo único familiar en medio de esta noche súbita.

En ese momento la Menche conoció el terror. ¿Cuánto tiempo estuvo así, acurrucada al lado del fuego, sollozando de miedo, sola, sin más compañía que los gritos de su familia? ¿Fueron minutos, horas o días los que pasó pensando que o se quedaba sola o era absorbida por el oscuro manto de lo desconocido? ¡Y los ruidos! Aullidos y alaridos incesantes de bestias invisibles que espesaban la oscuridad, cual maicena, y hacían la soledad aún más intolerable.

Una eternidad más tarde, la oscuridad retrocedió poco a poco, la luz regresó y el mundo volvió a nacer. En ese momento se abrió la puerta de golpe y entró cojeando su mamá. Se miraron con lágrimas en los ojos y se abrazaron en silencio, al lado de lo que quedaba del fuego.

Muchos años después, su nieto le preguntó a la señora Menche si quería ver el eclipse de sol que ocurriría ese día.

—¿Y *pa'* qué? Si lo vi hace tiempo —le respondió. A pesar de todo, recordaba con cariño el día en que sobrevivió al fin del mundo. No lo supo explicar en ese momento, pero ahora se daba cuenta que para ella el ulpo tenía sabor a familia.

Tercer lugar regional

Osorno

32 años

Chito: la mudanza, las luces y su madre

Luis Soussi Contreras

El 13 de junio, Chito, niño de nueve años, conoció la luz. No es que antes hubiera estado viviendo en la oscuridad. No, solo que ese día, por primera vez, vio una ampolleta encendida. Sí, una simple ampolleta. En realidad, fueron cientos de ampolletas y focos encendidos. Dalcahue le dio la bienvenida antes de embarcarse hacia Ancud. Sus ojos estaban maravillados con tanta luminosidad. Antes de la llegada a la ciudad, Chito solo conocía de lámparas a parafina, mecheros y velas. Desde ese instante, un nuevo mundo se abrió ante sus ojos, nuevas formas de vida y nuevas costumbres.

Una compleja enfermedad aquejaba a su madre, quien, junto a sus hermanos Juan y Jimena, ya habían viajado semanas antes a la ciudad de Ancud y estaban de allegados donde un pariente. Chito había quedado al cuidado de su abuela Susana. Alfredo, su padre, regresó desde la ciudad para llevárselo, vender algunos aperos de labranza, embalar los enseres de casa y despedirse de los familiares y vecinos.

Para Chito quedaban atrás las pampas, los riachuelos, las caminatas por la playa para ir desde Taucolón a Voigue. Quedaban atrás los sonidos de los queltehues, el asustadizo quetro⁵⁵, la escarcha del invierno que se derretía en la boca, las manzanas en la huerta de don Rosendo y las nalcas que se desgarraban desde los barrancos.

Chito tuvo que dejar sus trompos, sus lanchitas de palo y un autito de plástico color verde que su padre le había regalado en la última Navidad. Juan y Jimena —sus hermanos— habían hecho lo mismo. Recuerdos de infancia, juguetes, amigos, sabores, olores, paisaje, atmósfera, todo quedaba atrás. La despedida incluyó a los abuelos, los tíos y los primos.

El niño sentía la tristeza a flor de piel. Todo un mundo que ya no volvería a ver. Y su mascota Tani, un perro color plomizo, de suave pelaje y moderadas costumbres estuvo todo el día decaído. Presentía el alejamiento, tal vez para siempre, de sus amos.

Y así quedó Tani, apoyado en sus patas traseras, en el momento en que Chito y su padre abandonaron la casa donde siempre habían vivido en isla Taucolón. Quedó estático en medio de la pampa. Nada se movió. La mirada fija del can suplicaba una explicación. “¿Por qué me dejan?” Parecía la lógica pregunta que Tani estaría haciéndose. Lo cierto es que nadie pudo insinuar una respuesta. El dolor y el sufrimiento eran mayores.

Eran las primeras horas en suelo firme, luego del largo viaje en la lancha de don Carmelo, desde Taucolón. Chito, sentado en la rampa, espera a su papá Alfredo, quien fue en busca del camión para la mudanza, que los trasladaría desde Dalcahue hasta Ancud, su destino final.

—Súbete a la cabina niño —dijo don Manuel, el fletero dueño del camión que los llevaría a la ciudad de destino.

Una vez ubicados todos los bártulos en el gran camión, emprendieron el viaje. Una estufa, las camas de madera con tallados del tío Onofre, alguna vajilla elemental, ropas, un par de muebles componían el volumen de la mudanza de don Alfredo. Había vendido a precio de huevo objetos que en el campo eran de mucha utilidad pero que en Ancud no tendrían sentido.

⁵⁵ Quetro: voz mapuche que identifica a un pato de gran tamaño (nota de la edición).

El viaje en el camión fue todo un acontecimiento para Chito. Todo lo que veían sus ojos le parecía interesante y en sus esquemas trataba de acomodar los objetos y los paisajes que iba enfrentando. Era primera vez, en sus cortos nueve años, que viajaba en un vehículo motorizado. Nunca había visto una calle con cemento. ¿Se imaginan qué pasaba por la cabecita de este niño?

Cada cierto tiempo, en la ruta, aparecían letreros que rezaban “peligro a 100 metros”. Esto generaba la intranquilidad de Chito, que preguntaba cuál era el peligro que se aproximaba.

—No te preocupes niño —le decía el camionero—. Son solo trabajos que hay en la ruta y que debemos considerar para reducir la velocidad.

—¿Y esas casitas pequeñas que hay en la orilla del camino para qué se usan? —seguía con sus preguntas.

—Son garitas, hijo, para que los pasajeros esperen locomoción —respondía su padre, que viajaba al lado.

Chito, en todo momento, iba desentrañando en su cabecita cada palabra que escuchaba, ya que nada le parecía familiar.

—Locomoción, locomoción, ¿qué será locomoción? —se preguntaba en silencio. No se atrevía a preguntar tanto. Entonces, solo miraba.

Sus pensamientos transcurrían procesando todo lo que veía en el camino y fugazmente se trasladaban hasta su isla.

—¿Cómo estará Tani? —pensaba—. ¿Habrá comido hoy? ¿La abuela le habría dado comida? ¡Qué ganas de volver! —se decía—. ¿Y mi mamá cómo estará? ¡Quiero abrazarla! —pensaba.

Transcurrida una hora de viaje ya se avistaba la ciudad de Ancud. Allí, Chito se encontraría con sus hermanos y su mamá. Ellos estaban en casa del tío Contreras, un profesor y político que, compadecido de la situación familiar de los isleños les ofreció quedarse en unas piezas que se ubicaban en la parte posterior de su casa, en la calle Yerbas Buenas.

Al bajar del camión, Juan y Jimena, los hermanos, salieron a encontrarlo y lo llevaron corriendo hasta la habitación de la mamá Luisa, quien abriendo los brazos lo acogió fuertemente, le dio un beso y le acarició su rostro. Solo se le escuchó decir:

—Los amo hijos —y su voz se apagó. Se durmió al instante. En un par de minutos la ambulancia acudió y fue llevada de urgencia al Hospital de Ancud.

Los días posteriores transcurrieron con incertidumbre y desazón, hasta que en un par de semanas la mamá fue dada de alta, para que siguiera su tratamiento en casa, en las piezas que les facilitó el tío Contreras. Y así, la familia inició una nueva vida en la ciudad, con la esperanza de una mejor salud para la madre, y los niños, empezaron a asumir este mundo citadino, viviendo el sufrimiento del desarraigo.

Mención honrosa
Ancud
56 años

Vida, muerte y resurrección de un patagón

Rosa Gómez Miranda

No sé mi nombre, ni la fecha de mi nacimiento, pero debe haber sido por el mes de noviembre el mes en que nací, porque los días eran cálidos y el verde de los pastos comenzaba a cubrir el suelo como una mullida alfombra.

¿El lugar? Un campo cercano al majestuoso río Baker... allá por el sector del Vargas... en la Patagonia chilena.

Fui feliz, libre, mi madre me cuidaba al comenzar a dar mis primeros pasos, compartí con mis iguales y disfruté junto a ellos correteando por todo un extenso campo, donde crecían ñires⁵⁶ y lengas.

Tenía un buen amigo que me acompañaba; era un perro al que llamaban Corbata, seguramente por la mancha blanca que rodeaba su cuello, en tanto que el resto de su cuerpo era de un negro azabache. Decían que podría morderme, pero jamás lo hizo; al contrario, siempre me protegió y evitó que buscara lugares que representaban peligro. Ambos amábamos la naturaleza y disfrutábamos de ella.

Un día escuché voces. Alguien dijo: "Ese está bonito". Miré hacia todos lados y me di cuenta de que se referían a mí; me sentí orgulloso, me miré y sí, efectivamente me encontré hermoso; era joven, sanito, alegre. Los saludé con alegría, pensando en que tendría nuevos amigos con quien jugar, sin embargo, no hubo más palabras afectuosas, ni muestras de cariño. Unos fuertes brazos me tomaron en vilo sin tomar en cuenta mis protestas y me llevaron hasta una casa que no conocía.

Nunca había estado en ese lugar. Comencé a sentir miedo y a llamar a mi mamá, pero ella no estaba para protegerme; tampoco pudo ayudarme Corbata, de quien escuchaba un ladrido lejano. Tenía miedo, estaba solo. De pronto alguien tomó un filoso cuchillo, y lo introdujo en mi cuello.

La sangre comenzó a correr. Ya nada sentía. La vida se iba de mi cuerpo, las imágenes se iban diluyendo y de pronto subí a otra dimensión. Perdí el conocimiento, no sé qué más hicieron, pero ya no tenía piel cubriendo mi cuerpo, sentía frío.

Me doblaron en dos y luego me introdujeron en un saco. El hombre y su mujer caminaron por un camino de tierra llevándome en sus hombros. Después navegamos un largo trecho por el Río Baker en un bote a motor. Finalmente me subieron a una camioneta y me llevaron a un pueblo llamado Cochrane.

Unos extraños me recibieron allí. Era una familia. Me llevaron a su hogar, pensé que volvería a ser libre, que me llevarían de nuevo al campo, que volvería a corretear con Corbata, que repondrían mi piel, sin embargo, me escondieron en una fría sepultura a la que llamaban congeladora, y aquí me dejaron por meses encerrado. Mi cuerpo se cubrió de blanca escarcha durante ese tiempo quedé totalmente rígido.

Hoy por fin me han liberado. Ha pasado mucho tiempo; creo que han sido al menos seis meses. Me dejaron dos días al lado del fuego de una chimenea, dijeron que tenía que descongelarme. Ahora mi cuerpo comienza a estirarse, hasta que ha retomado su forma original.

⁵⁶ Ñires: voz mapuche, árbol o arbusto, sin valor forestal, característico de la zona patagónica andina (nota de la edición).

Unas manos han ayudado a otras manos humanas a ensartar un fierro por todo mi cuerpo, los observo desde mi otra dimensión, donde no existe el dolor y me pregunto ¿qué quieren hacer conmigo? Voy perdiendo la conciencia, porque un fuego intenso se va apoderando de todo mi cuerpo... ya no siento frío ni calor... los recuerdos de mi infancia y los campos verdes se van diluyendo, mi madre y Corbata ya no existen.

Fabián, habitante de este hogar al que he llegado, está de cumpleaños y yo he resucitado convertido en un jasad de cordero al palo!

Primer lugar regional

Cochrane

76 años

La isla de los muertos

Daniel Choque Pino

Hasta hace un tiempo todas las pasarelas de Caleta Tortel llevaban a la casa de Morelia Martínez. La razón era muy sencilla, además de ser la presidenta de la junta de vecinos y dueña del único bote pesquero, fue la partera oficial del pueblo por más de cuarenta años y como tal, fue querida y admirada por todos los lugareños. Ninguno olvidaba su dirección; es más, ninguno tenía derecho a olvidar su dirección.

Todos recordaban que ella se quedaba con la familia del bebé hasta avanzadas horas de la madrugada, ya sea asistiendo a la recién parida o contando historias que la hicieron famosa en toda la región.

Es por esto último, que dos niños tocaron a su puerta una tarde de abril y le suplicaron que les contara una historia nueva, una que jamás hubiera contado. La anciana rio y los instaló en el comedor con mates y churrascas frescas. Buscó entre sus cosas un papel amarillento y comenzó la lectura de una historia que jamás olvidarían:

“Cuando la embarcación de la Sociedad Explotadora del Baker pasó el Golfo del Corcovado en dirección sur, varios de sus pasajeros creyeron ver una tonina humanoide asomándose por estribor. Los chilotes, que eran mayoría en el navío, hicieron circular el rumor que los perseguía la Pincoya, calmando así a todos sus coterráneos, que el viaje los mantenía aterrados debido a su escasa experiencia marina, ya que desde pequeños escucharon que era buena señal que la hija del Millalobo acompañara a las embarcaciones. Lo que olvidaron los isleños fue que ella protegía a los naufragos y a los barcos en peligro, entonces ¿estarían ellos en peligro? Además, los isleños se alejarían mucho de su tierra, por lo tanto ¿podría la Pincoya mantener sus poderes en territorio kawéskar? En ese momento se dejaron llevar por las buenas intenciones, por las buenas señales, se dejaron llevar por la emoción de conocer la Patagonia virgen en Bajo Pisagua.

El capitán del barco y los jefes de faena tenían mucha desconfianza de los chilotes, pensaban que las habilidades de esos hombres, nacidos y criados entre el arado de la tierra y las cosechas de papas distaban mucho del perfil duro e intransigente que necesitaban, para arrancar bosques de raíz, matar animales salvajes y construir asentamientos en medio de grupos indígenas hostiles y retrasados. Los chilotes paperos no saben talar árboles ni romper la roca como los verdaderos hombres, decía despectivo el capataz.

Con esa desconfianza continuaron el viaje los tripulantes. Con esa desconfianza...”

Morelia dejó de leer el manuscrito, sorbeteó su mate y caminó hasta el patio trasero, para buscar un par de chocos y continuar la lectura. Los niños comieron churrascas⁵⁷ mientras la anciana volvía. Salvador alucinaba con las historias de mar; Antonia, en tanto, siempre soñaba con los seres mitológicos de Chiloé, así que la espera fue eterna para ambos.

Cuando Morelia volvió, echó la leña al fuego y continuó con la lectura:

⁵⁷ Churrasca: es un pan que en Chile se cocina con rapidez en una sartén (nota de la edición).

“La embarcación llevaba más de cien leguas recorridas y tres días de viaje cuando llegaron al Golfo de Penas, se acercaban al destino y la mayoría de los pasajeros tenía hambre y frío. Lo único que querían era llegar pronto al delta del río Baker y comenzar los trabajos que les habían encomendado.

Los chilotes no estaban bien dentro del barco. La oportunidad de trabajo siempre fue bien recibida, pero el sacrificio era muy alto, no veían a sus familias durante seis meses, alejados en un lugar frío y remoto. Por eso, varios acordaron guardar hojas y arena para entregarles a sus hijos en el reencuentro. Ahora bien, los hermosos paisajes que veían por los portillos los hacían sentirse privilegiados; pocas veces se tiene la oportunidad de conocer terrenos vírgenes, donde las leyes del hombre no dominan el bosque.

El desembarco se realizó por la mañana. Los chilotes, los jefes y el capitán caminaron por las playas organizando el trabajo y desplegando todos los aparatos y herramientas que poseían. Se asentaron en la isla oeste del delta del río Baker. Ya no importaba nada más, tenían que comenzar el trabajo pactado con la Sociedad Explotadora, a pesar del frío, la lluvia, la pena o el miedo, eso decía el acuerdo, eso estaban dispuestos a hacer.

Para entonces, la Pincoya observaba el desembarco desde una playa cercana; había seguido al navío desde Dalcahue y estaba preocupada por sus hermanos chilotes. Algo en el mar le indicaba que esa embarcación tendría problemas, aunque no podía asegurar de qué tipo.

Los meses transcurrieron lentamente en Bajo Pisagua, el barco volvió a Chiloé antes de lo planeado con los jefes y el capitán. Los trabajadores se quedaron talando cipreses y apilando la madera que conseguían, para construir los futuros asentamientos de la compañía. Pero las fuerzas comenzaban a flaquear, la desconfianza e indiferencia de los jefes hacia sus obreros desembocó en que los alimentos dejados fueran escasos y de poca variedad. Esto se hizo más notorio cuando un brote de escorbuto afectó a decenas de ellos. Dicen que por ese motivo los encargados de las faenas se fueron antes de tiempo, dejando a ciento veinte trabajadores a la deriva. Ellos no estimaban a su gente y la gente no los estimaba a ellos. Fue en este momento en que la Pincoya intervino directamente en esta historia.

La hermosa mujer estaba consternada, siempre supo cómo actuar cuando un barco se hundía y los tripulantes morían ahogados o se salvaban aferrados a un barril, pues a los primeros los rescataba del fondo marino y a los segundos los guiaba a tierra firme. Pero ¿qué hacía con el escorbuto?

Cuando se adentró en la isla y vio las condiciones miserables en las que se encontraban los trabajadores chilotes quiso llorar: no tenían ropa seca, sus alimentos estaban podridos, cada dos palabras lanzaban escupitajos de sangre y algunos ya no tenían dentadura. Convivían día a día con la putrefacción de sus compañeros muertos y, como era de suponer, todos tenían los síntomas terminales de esta sangrienta enfermedad. En ese momento, lo único que pudo hacer fue cavar treinta y tres tumbas para que algunos de esos desdichados hombres descansaran en paz.

Al volver al mar, la hija de Millalobo le imploró ayuda a su padre con un llanto desgarrador. Entonces, un grupo de kawéskar, que observaban el espectáculo detrás de unos helechos, decidió ayudar a la mujer y le ofrendaron un hallef⁵⁸ mientras la niebla se tomaba todo Bajo Pisagua. La mujer abrazó la embarcación y agradecía a los indígenas su gesto, cuando inexplicablemente el transporte comenzó a hundirse. Las lágrimas de la Pincoya fueron tantas, que impidieron mantener

⁵⁸ Hallef: en lengua kawéskar, hallef significa bote o canoa (nota de la edición).

en la superficie a la canoa, pero algo mágico ocurrió en ese momento. Desde las profundidades del mar resurgió el hallef transformado en un imponente barco que llamaron: Caleuche.

La Pincoya y los kawéskar subieron uno a uno los cuerpos de los ciento veinte chilotes abandonados en la isla, conformando así la primera tripulación de esta novel embarcación. Una vez que terminaron esta generosa actividad los indígenas se perdieron en los canales australes y la hija del Millalobo volvía a su hogar junto a todos sus vecinos...".

Morelia dobló el manuscrito y lo guardó en su regazo, caminó hasta un mueble y sacó una extraña botella, que la colocó sobre la mesa, para que los niños la vieran. Luego, agregó:

—Yo tenía cinco años cuando una hermosa mujer me entregó esta botella llena de arena con un par de hojas de ciprés amarradas.

Pasó mucho rato cuando se decidió a entregarme el manuscrito que les acabo de leer diciendo:

—Es un regalo de tu padre; él jamás dejó de pensar en ti mientras estaba en la Isla de los muertos.

Segundo lugar regional
Coyhaique
34 años

Autobiografía de un loro

Juan Carlos Bahamonde Gómez

Vivía libre en la montaña como parte de una bandada que buscaba alimentarse en su periplo por la Patagonia, hasta aquel día, donde la curiosidad por unos granos de trigo y migajas de pan depositados debajo de una caja, nos hicieron descender para consumir este manjar. La curiosidad mató al gato, según pude deducir en una conversación de fogones.

La jaula que nos esperaba era un cajón de madera, donde una parte estaba en tierra y el otro extremo levantado. Era sostenida con un palo ubicado en el canto de una tabla, para mantener abierta la trampa. Escondidos detrás de árboles o utilizando algún camuflaje, unos mozuelos esperaban el momento oportuno para tirar del cordel, una vez que estuviésemos reunidos al interior de la caja. Luego, estos jóvenes introducían sus manotas para apresarnos según sus lúgubres intenciones.

Fui seleccionado como trofeo. Tras una revisión exhaustiva por parte de los niños y un adulto llamado Demetrio, quien sacó de entre sus cachureos una moneda de plata, con la que nos raspaba la lengua, para que los cautivos repitiéramos ciertos monosílabos como *hola* y otros vocablos. Lamentablemente fui el único que repitió en forma perceptible esta palabra mágica, y obtuve como premio ser la mascota oficial del grupo. Lo que se vino a continuación fue más deprimente aún; el corte de mis alas, que me impidió escapar para siempre. En boca cerrada no entran moscas escuché un día... ¿por qué tenía que *hablaaaaar*?

Fui adoptado como uno más de la familia, donde oficialmente el menor de los hombres de casa, al que llamaban Tito, pasó a ser mi amo durante todo el día, recibiendo como bautizo el nombre de Lorenzo. Yo viajaba sobre sus hombros a cada lugar donde se trasladaba y por las noches me entregaba a don Demetrio, quien me resguardaba en una jaula, la que cubría con un manto al apagar su vela. Ojos que no ven, corazón que no siente... así fui aprendiendo de los humanos.

Mi amanecer era muy temprano, puesto que me llevaban a la ordeña. Quedaba en el suelo junto a una paila, que rellenaban con leche y pan remojado. En este líquido, provisto por la consorte del toro, luego de terminada esta labor, ellos desayunaban en una mesa enorme, mientras yo me quedaba arriba de una zaranda en la que secaban los quesos. Posteriormente me trasladaban a la huerta, donde se debían recolectar las verduras para el almuerzo. La abuelita Ana Delia ordenaba traer habas y arvejas para un mote, lechugas para la ensalada, además de un nabo, arvejas sin hilas, repollo y zanahorias para la cazuela. El postre diario era veinte minutos de permiso arriba de los cerezos corazón de paloma y el único que quedaba abajo era yo, con mi paila de frutas, porque una vez volé hacia la punta de una rama y tuvieron que bajarme con una enorme vara. Después se debía ir en busca de los caballos, para ensillarlos y partir a la montaña, donde yo era el señuelo que utilizaban para atraer a alguna bandada de parientes. Lo peculiar del trato recibido en esta instancia era atemorizarme apretando mi cuello y agregando la frase *te voy a matar* y la opción dos era tirar mis plumas de la cola, ante lo cual temía quedarme sin timón para los virajes que acostumbremos en nuestros desplazamientos. En ambos casos, mi cotorreo era escandaloso pidiendo ayuda a mis pares. Lamentablemente siempre llegaba algún familiar que volaba cercano, que ingresaba hasta el follaje donde se escondían los malandrines, quienes, provistos de cañas, golpeaban sutilmente en las alas para que no pudieran arrancar y así fueran apresados por los otros bandidos, que esperaban debajo de los árboles, provistos de bolsas para el botín. La cacería permitía reunir unos cuantos choroyes, que siempre intentaron capturar vivos, puesto que el popular Chechín los vendía en Coyhaique, lugar al que iba haciendo dedo, con un canasto repleto de comida y aves silvestres. El importe de la transacción comercial permitía que regresara cargado de frutas y golosinas para los juegos infanto-juveniles.

Un día en la tarde, mientras jugaban una *pichanga* de fútbol, se produjo una discusión y posterior pelea, que obligó a suspender el encuentro. Todos se retiraron enojados a sus casas, sin percatarse que yo había quedado arriba de un árbol, esperando por la llegada de mi amo o de sus parientes. Como la tarde dio inicio al ocaso, salté desde una rama, aleteando con toda mi capacidad para no impactar muy fuerte en el suelo. Lamentablemente me perdí en la oscuridad de la noche, hasta que quedé sumido en el barro de un gran charco que ocupaban los cerdos para revolcarse en los días de calor. Mis patas se fueron enterrando cada vez más, hasta que, al borde de la rendición, decidí utilizar la fuerza de mis alas para salir, pero no sabía dónde estaba ni cómo protegerme y, por supuesto, me perdí en la inmensidad de las tinieblas.

Don Demetrio, que pudo ser mi salvación, tampoco se dio por aludido, puesto que a veces pernoctaba en la cocina del hogar donde vivía la familia Bahamondes Loayza.

La búsqueda resultó infructuosa durante varios días. Todas las personas que vivían en el predio salieron a rastrear. Uno por uno revisaron los árboles circundantes, el arroyo se recorría a favor y en contra de la corriente, los galpones, los corrales, las viviendas y las huertas; nada quedó sin examinarse. Don Demetrio, que era un ermitaño, salió de su escondite donde vivía y también se unió a la misión. Todos los niños andaban tristes, ninguno viajaba hacia la montaña, en las ordeñas tampoco se jugaba al pistolero, apuntando desde alguna ubre, para disparar chorros de leche a los adversarios que competían por quién llenaba primero su balde de cinco litros. La tristeza comenzó a apoderarse del grupo, porque estos jóvenes se dieron cuenta que esta tierna ave silvestre, a la que nombraron Lorenzo, también era parte de la familia; juraban desde la madrugada hasta el crepúsculo que nunca más maltratarían a su loro.

Cuando se habían perdido las esperanzas y se desplazaban con unos fardos de pasto, para ayudar al abuelo en las labores de alimentación a los reproductores del predio, Tito miró al horizonte, siempre con la esperanza de encontrarme entre los tréboles, y de pronto, al final de una pradera, observó un bulto cubierto de barro que caminaba. Aunque ninguno de sus acompañantes fue capaz de divisarme, asumió que podría ser un espejismo, pero igual gritó desesperado:

—¡Looooorenzooooo! —se escuchó fuerte en la pampa.

—¡Hoooooaaaa! —recibió mi respuesta, casi gutural, desde esa masa de barro con patas.

A pesar de que la voz solo la escuchó mi amo, este corrió hacia mí y me acarició, a pesar del lodo que cubría mi plumaje. Gritó emocionado de alegría, prometiendo luego a sus amigos que nunca más me abandonarían, ni tampoco dejaría que durmiera con su amigo Demetrio.

Nunca más fui Lorezo, la mascota que apañaba en todo. Lamentablemente no podía expresar mi tristeza acumulada durante los días vividos fuera del hogar con quienes me cuidaban. Mis sueños silentes de aparearme, construir un nido para luego poder alimentar a mis crías, así como volar hasta el límite de la libertad, eran solo sueños imposibles de cumplir. El cautiverio vivido fue parte de una armonía solo circunstancial, con un apego parcial en la relación con las personas; en esta reciprocidad de emociones, las palabras importan muy poco, menos aún se puede hablar de sentimientos nobles entre el amo y su animal, las cuales solo tendrían sentido el día que pudiera volver a volar.

Tercer lugar regional

Coyhaique

67 años

Túneles que conectan los Liceos Salesianos y un extraño caso

Vicente Navarrete

Se dice en Chile, bueno en todo el mundo, que los Liceos Salesianos están conectados por túneles y existe una gran historia tras ello que intentaré contar.

Se dice que, en 1891, el año en que fue fundada la asociación Liceo Salesiano, se crearon unos planos que unían a todas las asociaciones salesianas. Hubo investigaciones que duraron años enteros, pero ni una de ellas arribó a algo; por lo tanto, llegó a convertirse en un mito esta creencia, hasta que, en el año 1990, unos extranjeros que visitaron el país, por su interés en conocer más sobre estas supuestas ficciones relacionadas con los Liceos Salesianos, encontraron unas extrañas, confusas y deshilvanadas cartas en las inmediaciones de uno de sus establecimientos educacionales; una de ellas manchada con sangre.

Carta 1. La llegada.

10/06/1991

Llegamos a Chile, aterrizamos en Punta Arenas a las 16:00 horas, nos hospedamos en un hotel que estaba a cuerdas de un liceo salesiano llamado San José. Investigamos las posibles entradas por la noche. Estuvimos treinta o más días, ya no lo recuerdo, hasta que tuvimos el primer avistamiento de un túnel salesiano, que venía de un pasillo, cerca de los camarines. Nos acercamos con disgusto, temor y hasta un poco de ansiedad por entrar a un lugar nunca descubierto. Nos adentramos durante una hora, no encontramos nada más que tierra en los zapatos y huellas, como si alguien hubiera pasado hace poco. Escuchamos ruidos, como de pasos, pero no eran de una sola persona, parecían pasos de diez a veinte. Terminamos volviendo al mismo lugar por donde entramos y salimos por una ventana del liceo y al hotel nuevamente.

Carta 2. Los tres caminos.

14/06/1991

Esperamos cuatro días. Son las cuatro de la mañana. Compramos una linterna, nos mentalizamos y volvemos a estar dispuestos a encontrar lo que fuera en ese túnel y a desmentir el mito. También investigamos supuestos mapas de los túneles y nos enteramos que el año pasado ocurrió un caso de desaparición de un niño llamado Harex. Entramos a las cuatro y media de la mañana, por el mismo lugar, caminamos durante una hora, encontramos varios huesos, pero ni uno parecía humano, según mi novia, que es arqueóloga. Pero, aun así, ¿qué hacen estos huesos en ese lugar? Caminamos mucho más, durante dos o más horas, hasta que llegamos a un lugar donde se juntaban tres túneles. Agarramos el de la izquierda. Encontramos huesos de humanos un tanto raros, como con deformidades y, al parecer, desnudos. Al igual que la otra vez, escuchamos pasos. En esta oportunidad, nos fuimos, pero antes de salir vimos a tres tipos con batas, como de sacerdotes, pero que claramente eran batas de distintos colegios salesianos. Llegamos al hotel y pensamos que estábamos descubriendo un tipo de secta cristiana u otro tipo de ritos.

Carta 3. Nos faltaba uno.
16/06/1991

Esperamos dos días. Nos dimos cuenta de que se nos había quedado la linterna que compramos. Mi novia me preguntó por esos tipos con batas, pero no di importancia a la consulta y nos metimos de nuevo al túnel, a las tres de la mañana. Llegamos de nuevo al cruce de los tres túneles y, en esta ocasión, decidimos ir hacia la derecha. Nos metimos con más miedo que la primera vez, en especial por los tipos con batas, que probablemente ya estaban avisados de nuestra presencia. Nos adentramos más y más y no vimos nada, hasta que, en un momento, nos dimos cuenta de que estábamos tan adentro de los túneles y que habíamos caminado durante tres horas. Paramos y vimos luces desde una de las habitaciones de los túneles. Nos acercamos a la habitación y mientras caminábamos íbamos encontrando más y más huesos humanos, hasta que llegamos a la puerta y hallamos otros huesos, pero alumbrados por una fogata. El esqueleto tenía un uniforme, al que después de sacudirle el polvo, advertimos de que era el uniforme de los estudiantes del liceo San José. Tenía una placa de plata en el pecho a la que le quitamos el polvo y vimos su nombre; era de Ricardo Harex⁹⁹.

Segundo lugar regional

Punta Arenas

15 años

⁹⁹ Ricardo Harex: era un estudiante de 17 años del Liceo Salesiano San José cuyo paradero se perdió el 19 de octubre de 2001. Salió en dirección desconocida desde su hogar en Punta Arenas y hasta el año 2023, año de esta publicación, no se habían determinado las circunstancias de su desaparición (nota de la edición).

El calor del umbral

Vanessa Ruiz Aguilar

Dicen que cuando va a nacer un bebé en alguna familia, siempre hay alguien que se va... Alguien que sube a los cielos; en mi caso, fui yo. Así es. La que se murió fui yo.

Me transformé en un ser que, al pujar, se retorció de dolor para que la vida pudiera pasar a través de mi canal. En cada exhalación sentía como la vida se apoderaba de mí, como en cada puje me atravesaba la existencia, el sentirme viva, el sentirme humana, el sentir que cada poro hacía su trabajo al pujar. Sentía que a mi vida se la estaban llevando y, en realidad, estaba más viva que nunca, entregándole la vida a un ser que recién iba a explorar su vida terrenal. Fui testigo de su primer respiro, de su llanto, de su necesidad de mi piel y mis ojos sintieron la necesidad de recorrer cada espacio que había en él.

Claro que me morí. Sí, dejé un cuerpo, un vacío, un cuerpo donde ya no latían dos corazones, sino que era uno. Aún recuerdo la ventana y como se veían las ramas, pegándole a la ventana con la brisa magallánica de unos cien kilómetros por hora; parecía que los árboles querían saludar y observar lo que estaba sucediendo.

—Deja que termine de latir el cordón —me decía la partera, mientras estaba atónita por lo que estaba aconteciendo. Mi compañero de ese entonces se había ido a buscar leña, para abastecernos y pasar un invierno sin tanto sufrimiento.

Las crisis económicas venían. Nuestro pequeño rancho se estaba marchitando. La nieve caía más de lo normal. Las ovejas amanecían tías en las mañanas. Las gallinas ya no estaban dando huevos. El techo de los chanchos se cayó con el peso de la nevazón. Estaba sucediendo algo en el clima, en el ambiente, me quedé pensando si era castigo de Dios por concebir fuera del matrimonio.

Mi compañero cada vez se ausentaba más por tener que trabajar. Lo veía desde la ventana con todas sus pieles encima y sus mejillas coloradas. Sus nudillos concentraban el color rojo de la sangre en sus manos empuñadas, mientras deseaba un mejor pasar para nosotros. Me imaginaba la vida de los tres charlando al lado del fuego. La verdad, era un panorama bien lejos de la realidad, por eso me dediqué a dejar de soñar y a vivir lo que mi hogar tenía para mí.

Me puse a descongelar la gallina de hace unas semanas, saqué unas papas aguachentas que tenía de hace unos días, corté el zapallo que me quedaba y puse a hervir agua con la tetera bien llena. No me importó si se demoraba más minutos en hervir, tenía un plan que no iba a fracasar. Pesqué un puñado de arroz frente a la olla y como me decía mi abuelita Julia: "Rézale a los alimentos para que te den fuerza". Y así fue cuando pedí tiempo, porque fuerza ya tenía.

Al poner agua hervida, recé para que el calor estuviera presente en nuestro hogar, en esta nevada. Lo hice mirando a mi bebé, que dormía en el sillón con la piel de oveja de su tata Mario. En el zapallo pedí que las mejillas dejaran de estar rojas y se pusieran cálidas, en la papa que nunca nos faltara el pan en la mesa y, en la gallina, recé por la salud de nuestros cuerpos, porque, aunque ya me sentía recuperada de mi parto, sentía que había algo por resolver, ya que cada vez que tosía me andaba meando como una señora de ochenta.

—Encontré trabajo, mi vieja —me dijo mi compañero, mientras me miraba con ojos brillosos y me daba un abrazo apretado.

Lo miré con entusiasmo y le pregunté dónde.

—En una embarcación, por un mes —respondió.

Mi cara se apagó como si la nube ya se veía venir. Nuestra bendición ya tenía un año y le pedía los brazos, él sabía que quedaba poco tiempo. Mi silencio fue absoluto, pero había que hacerlo. Ya los ahorros se estaban agotando y la vida no era igual. El ambiente se ensombrecía con cada animal seco y la leña, cada vez se endurecía al picar. Lo abracé fuerte y lo acaricié. Me dio un beso en la frente con sus nudillos rojos.

Se fue a su embarcación y así pasó un mes, dos meses y tres meses y jamás volvió. No supe qué le pasó. Solo sé que cada mes me llegaba una retribución de su jefe, por el accidente que se rehusaron en decirme. Pensé que el umbral ya había sucedido, pero, en realidad, la muerte llegó por partida doble, porque otra vez me morí, me volví a transformar.

Saqué una olla con arroz y me dije a mí misma:

—Fuerza, por ti vieja Julia, porque siempre supiste que heredaría tu patrón.

Y así fue como quedé viuda, con un niño en plena nevazón, sintiendo que de a poco se me congelaría el corazón. Sin embargo, abrí un negocio de cazuela, para quien quiera alimentar una parte de su espíritu. Decidí entregar calor del que carecía, una herencia inevitable, pero me aventuré a hacerlo diferente, no quería vivir la frialdad de mi madre y un padre ausente disfrazado de estrella fugaz.

Con los años conocí a quien me desposó de forma simbólica, que llegó pidiendo suerte a gritos, que traspasaba mi ventanal y ahí llegó, más de una vez, diciendo que su suerte era yo.

Aunque aún recuerdo a mi primer amor de nudillos rojos, que por su familia iba a traer calor junto con su cargamento de leña, mientras yo lo esperaba con su cazuela, rodeada de cilantro; se podían oler esos momentos al cocinar. Esta vez estaba soñando despierta, porque al escuchar un zapateo de cueca, al entrar a la cocina, veo la nieve esparcida en el suelo y con el regalo que me dejó ese amor, unos ojitos de aceituna mirándome al hablar:

—Mamá ¿me das cazuela hervida?

Tercer lugar regional

Punta Arenas

28 años

FUCOA 2022



Categoría Poesía

Obras escritas por todo público



JURADO NACIONAL CATEGORÍA POESÍA

ELICURA CHIHUAILAF

Es poeta, escritor y oralitor mapuche. Es el primer poeta mapuche en recibir el Premio Nacional de Literatura (2020). De profesión obstetra, se ha dedicado a la labor literaria y cultural desde 1977. Su infancia la vivió en la ruralidad y la cosmovisión mapuche, como narra en sus libros *Recado confidencial a los chilenos* y *La vida es una nube azul*.

PAULA ILABACA

Docente y tallerista literaria. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía *La perla suelta* y la novela *La regla de los nueve*. Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014 y el Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la micro editorial Cástor y Pólux, que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración.

JORGE CID

Poeta y doctor en Lengua y Literatura Romana por la Université de Poitiers. Como poeta ha publicado *Labia Larvaria* y *Éxodos*. Recibió el Premio Juegos Florales (2005) y la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro (2006). Fue becario de la Fundación Neruda durante el año 2015. Como investigador ha editado "*Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan*" y coeditado "*Contrarrefoma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias*".

MANUEL PEÑA

Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela *Mágico sur*. Profesor de cursos de magisteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios dictados en Chile y Latinoamérica.

INA GROOVIE

Profesora de lengua castellana y comunicación, imparte talleres de redacción creativa y colabora con diferentes medios, siempre desde la crítica, recomendación y divulgación literaria. Ha sido conductora de programas radiales desde 2006 y es voz comercial. Su cuenta de Instagram de recomendación de libros es @ibaconlibros.



PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA POESÍA

Nutrida y potente fue la entrega de los poemas para el Concurso Historias de Nuestra Tierra, el que en su versión 2022, congregó escrituras desde todos los rincones de Chile para participar en este certamen. Lo hermoso de este concurso es que rescata aquello que muchas veces se desdibuja desde nuestro presente, desde los quehaceres y problemáticas cotidianas, por lo que adentrarse en la lectura desde nuestro trabajo como jurados, fue conmovedor y gratificante, pues parecía ser que al leer mirábamos desde un lugar privilegiado partes de nuestra geografía a las que llegábamos sin ser necesario el viaje. De pronto esa es la labor de la palabra compartida con otros, con otras, movernos utilizando la página como vehículo.

Nuestro oficio como jurado fue hacer nuestras, propias, las voces de cada texto, formando parte de ellas mediante la lectura, participando comprometidas y comprometidos con nuestra labor. Quizás resulte un lugar común decir que fue complejo decidir los primeros lugares, pero efectivamente así lo fue. Agradecemos a cada autor y autora que participó en esta versión, ya que sus textos dan vida al concurso. Agradecemos su oralidad vertida al papel, sus paisajes y visiones del día a día que se vertieron en sus escrituras. Agradecemos a las voces sabias de la tribu, a las voces infantiles, las voces de las y los jóvenes que poblaron nuestra mirada atenta. Gracias, nuevamente, por su palabra poética, por sus rimas y décimas que serán el futuro de nuestra memoria como país.

Paula Ilabaca Núñez
Presidenta del jurado

Agonía de la Madre Tierra

Jehisson Aguilera Mondaca

¿Qué ha ocurrido, Madre Tierra,
que siendo el humano fruto de tu vientre
daña tu piel haciéndola sangrar?
¿Dónde están aquellos
que en otoño te vestían
con largos trajes de cebada
y chamantos¹ de trigo?

¿Dónde están quienes
en verano adornaban tus vestidos
con huertos y coloridos cultivos?
Tus cielos de blancas nubes
son cubiertos de emisiones sin piedad.
Miro tu silueta, querida Tierra,
de ser inmortal has envejecido;
tu agonía es eterna
y nadie logra socorrerte.

Las placas que te forman
se sacuden fuertemente
derribando todo aquello
que no pertenece a tu cuerpo.
Tus lamentos y gritos de auxilio,
en marejadas son oídos,
como un estertor
que nunca se detiene.

Miro tu silueta, querida Tierra,
y traigo a mí recuerdos de antaño.
Tu rostro cubierto de frondosos bosques,
hoy, son vellos talados.
Los ríos bajaban por cordones montañosos,
cordones de tus cabellos
y regueros recorrían tus vestidos
desembocando en los mares de tus pies.

Tus vestidos largos fueron verdes campos
tejidos por agricultores, amantes de tu naturaleza.

¹ Chamanto: manto de lana fina con muchas listas de colores, usado en el campo (nota de la edición).

Felices recorrían los bueyes grandes tramos,
hilaban con sus arados nuevos trajes
de temporada.

Las cosechas eran fiestas,
las siegas una recompensa,
las trillas momentos
de unidad en todo el pueblo.

El sol, de pronto, dijo:
"con mis rayos busco sembríos,
pero solo encuentro erosiones
y tierras infértiles.
Busco en el campo aquellos fieles
que no faltan a su labranza, pero
solo están sus azadones y echonas² colgadas".

¡Despierta, Pachamama!
Levántate de tu agonía.
Peina tus cordones montañosos
con granizos y nieve.
¡Despierta, Pachamama!
Sacúdete de tus lamentos
y cura tus heridas
con refrescantes lluvias.
Quisiera mañana nuevamente
levantarme con mis rayos
y divisar primeramente
brotes de encanto.

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Coquimbo

Salamanca

30 años

² Echona: hoz para segar (nota de la edición).

Tunupa³, levántate y habla

Pedro Marambio Vásquez

No ha de volar un ave en el firmamento.
 De las alas del cóndor
 se desprenderá el tinte de la noche
 y nos volverá ciegos.
 Andaremos a tientas
 entre los sembríos secos.
 Arderán las plantas curativas.
 La piel de llamas y alpacas
 estarán holladas y con pústulas.
 Se levantará una tempestad de polvo
 que impedirá ver la estampa y la corona emplumada de Manco Cápac
 cuando regrese del exilio de la muerte
 a refundar el imperio.
 La *Pacha*⁴ estará baldía,
 los vientos entonarán
 una canción de tristeza venenosa.
 En vez de agua, en los ríos
 correrá sangre y peces muertos
 y ninguna plegaria servirá
 para restaurar la Tierra
 derrotada y mancillada
 por la ambición del hombre.

*Janiw mä jamachis aka pachanxa jalanisa,
 Kunkur mallkun ch'iqapat
 ch'amajaw purini ukat
 jiwasaru juykhuptayastaniwa.
 T'aqhinan sarnajchitan
 wañat ch'ijunajanxa,
 Taqi qulla alinajasa lakhaniwa,
 Qarwa, allpachu lip'ichinajas
 Usuchjata takichataxaniwa*

³ Tunupa: volcán que se encuentra en el centro del sur del Altiplano, cercano al Salar de Uyuni; también es el nombre de una deidad andina preincaica. La función de Tunupa era el ordenamiento del mundo; personifica varios agentes de la naturaleza como el sol, el viento y las tormentas que pueden influir, para bien o para mal, en la producción agrícola (nota de la edición).

⁴ Pacha: en las lenguas quechua y aymara, tiene la acepción de mundo, universo, suelo, lugar, tierra, entre otras (nota de la edición).

*Mã jach'a ch'allarar thayaw saltani
 ukax janiw Manku Qhapaqan siqip uñjayanisa jani p'iqinjir sayt'at phuyunajapasa
 Kunapachti uka wañapach maranajat kuttanini manti suma p'iqinchata sayt'asiñataki.
 Pachamamax janiw kuns puquyxanisa, jani kuns utjanisa
 Thayanajas llaki kirkinajaw
 kirt'apxani jaqi jiwañkama.
 Jawirinajan
 wila umawa sarsjani jiwat challwanajanti
 Ukatxa janiw kuna waqt'anajas wakixanisa
 Aka usuntata khuchichata Pachamama waliptayañatayaJaqin munañap laykuta.*

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Tarapacá

Iquique

60 años

Vieja casa

Juan Salas Burdiles

Vieja casa de adobes milenarios
 entre perales y ciruelos soñolientos.
 Cuelgan de tus paredes
 enredaderas que rincones abrazan.
 Vieja casa de balcones fríos,
 veo al potro cuidando la caballada,
 al trigo generando sus espigas,
 a mi madre recogiendo del gallinero
 los huevos de luces blancas.
 Rincones tapizados por el olvido
 donde las arañas escudriñan el futuro.
 Corredores llenos de luz
 vigilan los aperos del campesino
 que solo descansan en noche estrellada.
 A veces, su estructura cruje dentro
 del adentro,
 solo es consolada por la lluvia y el viento.
 Siente en su corazón sombrío
 las palpitaciones de residentes;
 en la cocina, el fogón del soliloquio,
 el mate de mano en mano
 orillando el tiempo de la tarde.

Entierra los crepúsculos olvidados
 y las estrellas caen a la olla
 para despertar otra amanecida
 en los potreros y sus humaredas.
 A veces,
 duermen las margaritas y los rosales
 en el regazo de la noche oscura.
 En sus corredores, descansa sola
 la montura con sus riendas sin destino,
 bajo ella se amontonan esperanzadas
 el azadón, pala, picota y horqueta
 dispuestas para un futuro,
 porque mañana será siempre.
 En el patio, las carretas vivas
 conversan con las ruedas
 de futuros destinos y cosechas.
 En el corral bueyes suspiran
 dejando un vaho suspendido
 en el rumiar de sus tristezas.
 Mañana será otro día,
 lo anuncia el lucero naciente

y en el cielo una siembra de estrellas
listas para la próspera cosecha.

La noche llega cantando
a un brillante amanecer.
Los pájaros en los follajes
con sus relucientes melodías
despiertan del letargo,
las casas y las vidas.
Hoy será otro largo día,
vieja casa encendida de labores.
Y en mi pecho lleno de recuerdos
descansa en lejanía
el alma de la casa mía.

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Ñuble

Chillán

75 años

Homenaje al trabajador del campo

Manuel Álvarez Font

Oh, vértice de azucenas
y de arena calcinada,
embujo de extremos puros,
campo y tierra sufrientes.

Hay que acercarse a tus campos
para saber tus pesares,
enredarse entre flores y copihues
para sentir tu ternura.

Y en esa lucha constante
de alegrías y dolores,
en la quietud de esta tarde,
quiero templar mi guitarra
y acompañar con sus sonos
la soledad del campo.

El peluche⁵ será la flauta
que armonizando junto al viento
esparcirá por los bosques
su ansiedad de vegetales.

Entonces, los tamarugos
alzarán su copa al viento
pidiendo arribo de pájaros,
pidiendo arribo a las flores.

La primavera encantada
desenvolverá sus tules
y en una quimera verde
florecerá el Norte Grande.

⁵ Peluche: felpa. Tela, generalmente de seda, lana o fibra sintética, de pelo largo y aspecto brillante, que se utiliza para forrar prendas de invierno y también para hacer muñecos (nota de la edición).

Desde el suave terciopelo
de tus choapinos floridos,
desde el cristal de tus fuentes,
desde la Antártica fría,
desde las altas montañas,
entre la escarcha y el vino,
junto al sol, el mar y el viento,
allí se forjó mi raza campesina,
todo amor y sentimiento,
espíritu de hombre libre
para una tierra libre.

Si tú, que escuchas mi canto,
sientes vibrar de campanas;
si en tu pecho generoso
palpita la Madre Tierra,
todo palpita en mis venas
en una canción vibrante.

Si tú sientes que tus manos
son las hijas de sus manos,
entonces, abre la puerta
y salgamos al camino.

Iremos todos unidos
bajo una sola bandera,
y en nuestras metas cercanas
habrá luz y amor fraterno.

Enseñaremos al pueblo
a trabajar por el pueblo.
Será el gran advenimiento
de nuestra otra maestra.
Hermanos, vamos trabajando
por esta tierra que es nuestra.

Premio especial a la Trayectoria

Región de Tarapacá
Iquique
99 años

Semillas de estrellas

Marcelo Moreira Alcota

I

Dicen que tú y otras más habrían venido del cielo.
 Despertadas al alba desde los vientos fríos
 de las cumbres de los nevados del Salar de Surire,
 donde los flamencos respiran el aire filtrado del tiempo.
 En esos lugares iniciarían sus caminos, en los cielos luminosos de Umirpa.
 ¿Será que son empujadas por los vientos del amanecer?
 ¿Será que los vientos suaves del mediodía toman sus pasos
 y al atardecer descansarán mirando el mar?

II

Pero tú nunca nos dijiste de dónde habías venido.
 Primero creías en la tierra y después en el cielo.
 Simplemente hablabas de Umirpa, sin tiempo ni futuro.
 ¿Será que solamente no supimos darnos cuenta?
 ¿Habrás sido tú distinta?
 ¿Habrás nacido en la primera noche oscura,
 con las estrellas dormidas y tu vientre soñándonos?
 ¿Habrás sido tú quien despertó la luz en la galaxia,
 el río luminoso de la Vía Láctea?
 ¿Habrás sido tú todo lo que brilla en el universo?
 ¿Habrás sido tú y no lo sabías?

III

Ahora entiendo las noches de Umirpa.
 Tan cerca de las montañas, al caminar recogiste estrellas fugaces.
 Bajando a Codpa antes de medianoche, en la fiesta de Cruz de Mayo,
 tus manos acariciaron parrales, mangos, limones
 y aprendiste a inventar las semillas
 del tomate, olivares, alcayotas y melones.
 Antes del alba llegaste a la quebrada de Chaca,
 con tus manos reseca por el desierto
 y desangradas por el frío sembraste las estrellas fugaces,
 y todas las semillas inventadas de Codpa y Umirpa.
 Las creían apagadas, las creían olvidadas.
 Maduraron en tus manos duras como rocas, rasgadas por el frío.
 Pero las palmas de tus manos son nidos de semillas,
 solo en la oscuridad de la tierra enterrada brillarían.
 Al amanecer, despertaron el maíz;
 al mediodía sonrojado los tomates.
 Al atardecer, el sabor intenso de los olivares
 y al anochecer, lo dulce de todo tu trabajo, el camote.

IV

Simple, al amanecer de tu último sueño, ya no estabas.
 Tus pasos de ayer y antes de ayer habían desaparecido.
 En el fogón apagado la *Qala T'ant'a*⁶, que era tu pan,
 estaba frío, duro y seco; tu alma se había desvanecido.
 Nunca más volvimos a ver el brillo de tus ojos,
 Siquiera en la oscuridad de tu muerte.
 Simplemente miramos la noche del mar, la brisa marina.
 Ahí, en Caleta Vítor, no recibimos siquiera tu abrazo húmedo y frío.

V

Ya no queremos ser Cruz del Sur, Ojos de Llama,
 risa entre estrellas, Vía Láctea regando los campos.
 El cielo ya no brilla, está de luto, queremos volver a Umirpa.
 Subir por las quebradas siguiendo tus primeros pasos,
 que tu *Pacha*⁷ no quiso borrar para que no olvidaras tu camino
 de regreso.
 Solo queremos caminar descalzos sobre la tierra
 con el último calor que dejaron tus días,
 sembrar tus campos de estrellas
 para al menos recoger de una estrella fugaz
 tu última flor, tu último segundo, tu último abrazo.

Primer lugar regional

Arica
 49 años

⁶ Qala T'ant'a: pan de piedra en lengua aymara. Pan hecho de harina, agua, sal y poca grasa que se come en la precordillera y el altiplano local (nota de la edición).

⁷ Pacha: en las lenguas quechua y aymara tiene la acepción de mundo, universo, suelo, lugar, tierra, entre otras (nota de la edición).

Parinacota

Walter Flores Velásquez

Parinacota es como el paraje virgen
que entre sus caminos va enclaustrando
nombres y esencias dormidas
bajo la estela de una blanca *panqara*⁸.

Y mientras sus techumbres de totora
cobijan al viajante distante,
van retratando en un nombre infinito
el alero de un encuentro amado
que trae a mi regazo
el retrato de aquella dulce *imilla*⁹.

A la sombra de sus parajes
se encuentran constelaciones infinitas
en que un pequeño *yuqalla*¹⁰ busca refugio ante la soledad
con una pequeña *imilla* deseando dar consuelo ante la partida,
mientras ambos observan la blanca iglesia de Parinacota
que guarda la promesa de unirlos.

Ante la llegada de aquel viajero,
Parinacota abre al mundo su agua virgen,
donde la dulce *panqara*
se hace presente entre la consigna de nuestros *achachilanaka*¹¹
con el vuelo de las parinas¹² que dan luz a sus hijos e hijas.

Parinacota lleva en sus venas el misterio y la dicha
de cobijar entre sus senderos y pequeñas casas
el calor de toda la Pachamama¹³ como si fuera un camino encinta.
Y con sus estancias como pequeñas *imillanaka*¹⁴
que escriben cada una mundos perpetuos
cobijando las zampoñas y las *tarqas*¹⁵.

Mientras sus hijos e hijas danzan
para retratar en la tierra
el rocío de los *mallkunaka*¹⁶ altísimos.

⁸ Panqara: flor en lengua aymara (nota del autor).

⁹ Imilla: niña en lengua aymara (nota del autor).

¹⁰ Yuqalla: niño en lengua aymara (nota del autor).

¹¹ Achachilanaka: espíritus tutelares de la cosmovisión aymara (nota del autor).

¹² Parina: ave muy similar al flamenco que habita en las lagunas de los Andes (nota de la edición).

¹³ Pachamama: madre tierra o madre naturaleza en lengua aymara (nota del autor).

¹⁴ Imillanaka: niñas en lengua aymara (nota del autor).

¹⁵ Tarqa: voz aymara. Instrumento de viento originario de los Andes, hecho de madera, con 6 orificios para los dedos y un orificio extra en la parte inferior (nota de la edición).

¹⁶ Mallkunaka: cerros que cobijan deidades sagradas en la cosmovisión aymara (nota del autor).

Al alero de las noches, Parinacota
sella el beso que dicha flor blanca
le da al viajero en aquella estancia
como una eterna promesa de amor.

Segundo lugar regional

Arica
36 años

Manos guardadoras de las *jatha*¹⁷

Marianela Fornes Cárcamo

Manos guardadoras de las *jatha*,
frutos vivos de la tierra sagrada,
corazones que titilan
aguardando el tiempo del *awti pacha*¹⁸,
herencias ancestrales
de la Pachamama¹⁹.

Misión de las *warmi*²⁰,
por Tunupa²¹ establecidas
en el regazo de la *aruma*²²,
que ha bendecido
para enfrentar con resiliencia
a las bestias metálicas
que rasgan el vientre eterno
de mi tierra amada
sembrando hambruna y desesperanza,
agotando el suelo, el agua y el alma.

Guardaba mi mamá grande,
mi *awicha*²³ adorada,
el tesoro máspreciado,
sus semillas encantadas.
Me habló a través del susurro
de las últimas prístinas aguas,
heredándome tan magno oficio,
me siento honrada.
Entre sueños recibía
su dolorosa sentencia:
"Es mi tiempo de partir
y entregar mi fortuna,
hoy te toca a ti
resguardar la simiente originaria
hasta el fin de los tiempos
en humildes ánforas.

¹⁷ *Jatha*: semilla en lengua aymara (nota de la autora).

¹⁸ *Awti pacha*: tiempo de sembrar en lengua aymara (nota de la autora).

¹⁹ *Pachamama*: madre tierra o madre naturaleza en lengua aymara (nota de la autora).

²⁰ *Warmi*: mujer en lengua aymara (nota de la autora).

²¹ *Tunupa*: volcán que se encuentra en el centro del sur del Altiplano, cercano al Salar de Uyuni; también es el nombre de una deidad andina preincaica. La función de *Tunupa* era el ordenamiento del mundo; personifica varios agentes de la naturaleza como el sol, el viento y las tormentas que pueden influir, para bien o para mal, en la producción agrícola (nota de la edición).

²² *Aruma*: noche en lengua aymara (nota de la autora).

²³ *Awicha*: abuela en lengua aymara (nota de la autora).

¡No las has de vender!,
sino entregar en custodia
a otras manos protectoras,
que como tú multipliquen
la andina savia,
decretando así mi ruta
en estas tierras apartadas.
¡Que cada *jatha* recorra la comarca!
¡Que broten sus alegrías en las terrazas!
Quinuas, habas y papas,
sustento eterno de mi raza.

Volverán contigo en cada ciclo
para abrigar las esperanzas
de un mejor mañana.
Manos guardadoras de las *jatha*,
frutos vivos de mi tierra sagrada”.

Tercer lugar regional

Arica
56 años

Asomada Cruz de Mayo, en la pampa del Tamarugal

Camila Ramírez Novoa

Esperando estaba el arco
la entrada de cantores y feligreses,
Cruz de Mayo de punta en blanco
colgando cebollas, ajos y todo lo que de la tierra proviene.
¡Que la tierra no se seque, Dios lo quiera!

La marcha guiada
por la tenue luz de vela
y aquel canto pregonero:
“¡Que no se apague, Dios lo quiera!
Ni el canto ni la vela”.

Adelantao va el cura, rapidito a la capilla
prendiendo velas y acomodando a devotas,
empolvado de la chusca²⁴,
esa chusca tiraneña.
¡Que esa chusca no nos ciegue, Dios lo quiera!

En la pampa del Tamarugal, sírvanse a la mesa
vino tinto, sopaipillas y alfajores de Matilla,
que no se desprecie ni una miga
que los alféreces han preparado.

La Santa Cruz ha reunido a Chintaguay.
Los de aquí y los de allá,
aymaras, mapuches y quechuas
ojalá siempre en comunidad, ¡Dios lo quiera!

Igual que en todos los pueblos
ya se armó la chimuchina,
descansaremos en la Cruz, nuestra desolación.

Volveremos el otro año, entre tamarugos y algarrobos,
con más peticiones que agradecimientos,
llenos de pregones a lo humano y lo divino
¿Dios así lo querrá?...

Segundo lugar regional

Iquique
32 años

²⁴ Chusca: terreno polvoriento en el desierto (nota de la edición).

Impresiones de lluvia

Héctor Barraza Ahumada

El cielo está manchado con nubes celosas y robustas,
se escucha que la lluvia caerá,
exclaman los sedientos caminos de las cosechas.
Todos,
incluyendo el insecto indiferente,
sueña y se enorgullece en su ideal,
desea florecer y alimentarse con el breve rocío que ha de venir
en el día de las resurrecciones.

La gota será el milagro de una tormenta hundida en la inexactitud,
cada cual jugará a rezar a sus santos la llegada de los ríos de llanto y trueno en el silencio del viento.
Así se multiplicará la herencia,
tierras húmedas se abrirán en sus raíces
y bailarán con el bostezo de la noche.

En el revivir de las estrellas, justamente cuando la aldea se entretiene en su fogón,
se asomó el deseo de llovizna,
se deslizó como cascada sobre las techumbres de los choclos;
el cuesco floreció entre risas,
contuvo sus dones en el pulular de los maizales;
las manos de los parceleros se refugiaron en sus prendas mojadas,
la comunidad danzó con el llanto de la luna.
En ese breve encuentro,
todos comprendieron el testimonio oratorio
de sobrevivir en un desierto
besado por una gota,
que en el sacudir de sus pasos con el suelo
regaló verdes tonos en el relámpago del barro...

Tercer lugar regional

Iquique
37 años

Empampados

María Reyes Escobar

Cierto es que muchos caminantes
de estas amarillentas tierras
en búsqueda de un futuro errante
perdidos murieron en ella.

No se sabe cuántos cayeron,
no se sabe el lugar ni el momento,
solo que no han sido olvidados
y que el desierto será su aposento.

De muy lejos venían algunos;
según cuentan en las carreteras
de trenes bajaron en ayuno,
presumen familias enteras.

"¿A dónde te fuiste, mal hombre?,
¿por qué me dejaste tan sola?",
clamaba con rabia y asombre
una esposa de nombre Paola.

Así pasaron los años,
rastros llevados por el viento,
sin percibir cuanto daño
habría causado el lamento.

Maldita la hora de muerte,
maldita cuando llega muy tarde,
la noticia de haber encontrado
quien habría sido tu padre.

Según comentan testigos,
estabas mirando hacia el sol
aún traías tu abrigo,
no sabremos nunca si pasaste dolor.

Primer lugar regional

Antofagasta

45 años

Atacama

Mario Torrico González

Tan inmenso como el cielo,
 igual de profundo que el mar,
 lo adorna un enorme salar
 que sabe el amargo de su pena;
 la soledad es compañera,
 el sol su castigo tenaz.

Abrazan como brasas las arenas
 los escuálidos pasos del errante
 que de alma en pena y dolor constante
 dice que cumple una condena,
 en sus pálidas ocres primaveras,
 que curte el rostro y el semblante.

Sin siquiera un oasis de espejo
 que entregue al errante frescura,
 una sombra que sea la armadura
 que acompaña el sufrimiento,
 sombra que es sombra de aves
 revoloteando tras su alimento.

El desierto es miel de polvo,
 mermelada de camanchaca²⁵ loca,
 supo este de la derrota
 del amor que se escapaba,
 lo cortó como una espada en fragua.
 El desierto sufrió la amargura
 y como promesa al universo
 renunció toda forma de agua.

Segundo lugar regional

Antofagasta

40 años

²⁵ Camanchaca: neblina costera que se produce en el norte de Chile (nota de la edición).

A la madre de Ayquina

Cristian Cabrera Muñoz

Madre
 del creador en tus brazos,
 dulce fe que tienen tus devotos,
 cuéntame por qué te siguen tantos.
 ¿Será que por tu rostro
 tan lejos van caminando?
 Llena de esperanza
 a tu pueblo santo.
 Sufren el rigor del día,
 el calor del sol
 y en la noche van avanzando
 junto a las estrellas en el llano
 que marcan tu sendero.
 Con tu pasión los vas arrojando
 para ver en tus brazos al pequeño Jesús.
 En esta fecha de septiembre, cada año,
 les regalas fe, amor y un suave descanso;
 que con cometas en sus sueños los vas iluminando,
 que la caminata continua al alba del día anhelado,
 por caminos de tierra y polvo, mientras te van cantando.
 Recorrer con devoción, confianza y alegría,
 ¿podiera ser como ellos algún día?
 Son tus seguidores los que emocionan tanto;
 andar de familias en el desierto sin pensarlo.
 Van todos de la mano unidos por tu encanto,
 les traes perdón, salud y los alejas del espanto.
 Son estos seguidores, en buena hora van llegando
 a una fiesta de colores, ritmos y personas bailando,
 que a tus pies, llenos de ilusión, los estas esperando.
 Los bendices con tu cariño, los cobijas bajo tu manto
 como toda madre a sus hijos secas sus lágrimas de llanto,
 los cargas como a pequeños niños que necesitan consolarlos.
 En tus brazos los encuentras, con devoción y fe están vibrando.
 ¿Dulce Madre, son todas las mujeres como tú, entregado tanto cariño
 al igual que en el altar dorado acurrucas, acaricias y meces al niño divino?
 Conozco muchas bellas señoras que como tú cantan y arrullan a hijos pequeños,
 te puedo ver a ti en cada una de ellas cuando reparten todo su amor, ternura y afecto.
 No hay recuerdo más hermoso que las caricias de una madre que ahuyentan todo lamento.
 La mía, en mi corazón, a pesar de la distancia, me protege y acompaña por los sentidos de la vida.
 Mi ilusión, que en mi pecho descansa, llegar a su hogar; anhelo donde está ella, querida madre mía.
 Corriendo voy a jugar con sus cabellos, y vuelvo a ser niño en sus brazos; el tiempo no existe, solo
 alegría.

No estoy triste, me encanta, tal como los antiguos recuerdos, nostalgia jugando en la plaza, atrapando el momento.

Hoy, ceniciento su pelo y su espalda encorvada, su sonrisa, su voz, la misma que aún me canta, llenas mi vida y me calmas.

Dulce madre de Jesús, recíbeme nuevamente en tu morada, sabes que como un buen hijo estoy aquí para cumplirte una manda,

que hemos caminado algunos días buscando el amparo, añorando buenas noticias; algunos llevan su cruz, tú puedes liberarlos,

venir a ver el milagro del fervor de tu gente, que de tanto andar logró llegar a tu templo, ya que de su fe tú eres la fuente,

que como agua cristalina revitaliza la sed y sus mentes; los pies agotados refrescan, cansancio liberado con un beso en la frente.

En el suelo, las huellas que la soledad ya ha borrado en despedida; el viento las recoge, solo queda la felicidad de la tarea ya cumplida.

Una visión vi en el desierto de Ayquina, en la oscuridad, de la mano una constelación de tres luceros marchando en medio de la noche,

las vi caminando juntas, de la láctea gran vía, con la esperanza de llegar a verte justo al amanecer del otro día.

Espera, Madre, esas tres ilusiones, estoy seguro de que te traerán alegría; ruego que las perdones, bendice su camino y el amor que hay en sus corazones.

Tercer lugar regional

Ollagüe
42 años

Un milagro en el desierto

Moisés Álvarez Monroy

La lluvia se desató,
el suelo se abrió silente,
germinó el embrión latente,
nuestro Huasco floreció.

El viento norte gemía,
galopaba sobre el mar,
su paso hacía encrespar
hasta alma en la bahía.
La tormenta se venía,
todo en penumbra quedó,
la gaviota ya no cantó
trepando entre las nubes;
mi alegría no contuve,
la lluvia se desató.

Entonces se desplomaron
mil cristales por doquier,
la tierra se hizo querer
y a su vientre penetraron.
Así entonces despertaron
bajo cielo omnipotente
la gama más imponente
de insectos y vegetales,
con las aguas ancestrales
el suelo se abrió silente.

El milagro entonces vino
a darnos de sus latidos,
el viento con su silbido
presagiaba lo divino.
Un manto verde tan fino
nos llenó de su presente
con aromas diferentes
y cantos de bello son,
al ritmo del corazón
germinó el embrión latente.

Buscando el sol desplegaron
 su belleza y su color
 una a una cada flor,
 al desierto tapizaron.
 Yales²⁶ y tencas²⁷ trinaron
 cuando el chahual²⁸ floreció,
 un azulillo²⁹ nació
 entre mantos de ñañaucas³⁰,
 que al trino de yales y diucas
 nuestro Huasco floreció.

La bella flor del minero
 rodeada de celestinas,
 la rosada pascualina³¹,
 el churque³² por los senderos,
 un hermoso terciopelo.
 A tan fascinante concierto
 se enaltece nuestro puerto,
 con la garra de león³³
 primavera es la estación,
 un milagro en el desierto.

Primer lugar regional

Huasco
 60 años

²⁶ Yal: ave que habita en laderas de cerros, de alas negras apizarradas con dos pequeñas bandas blancas (nota de la edición).

²⁷ Tenca: ave común del centro de Chile, especialmente de las regiones más secas (nota de la edición).

²⁸ Chahual: especie de planta terrestre, bromélida, originaria de las estribaciones áridas andinas de Chile (nota de la edición).

²⁹ Azulillo: azafrán azul chileno, planta perenne con flores que crece a gran altura en laderas secas y pedregosas de los Andes (nota de la edición).

³⁰ Ñañauca: planta herbácea perenne, bulbosa, endémica de Chile (nota de la edición).

³¹ Pascualina o Pascuita: planta perenne de flores con forma de estrella (nota de la edición).

³² Churque: espino (nota de la edición).

³³ Garra de león: planta perenne endémica, posee flores rojas y más raramente amarillas (nota de la edición).

Décimas al desierto florido

Víctor Castillo Villegas

El desierto de Atacama,
de la Tercera Región,
posee un bello esplendor
con su colorido en llama
que es historia y mucha fama.
Después de los aguaceros,
se conoce en Chile entero,
brota la hermosa ñañañuca³⁴
junto al cantar de la diuca
allá en los verdes senderos.

Despierta la fauna y flora
y nacen los azulillos³⁵,
las chicharras y los grillos;
también las aves cantoras,
todos crecen sin demora.
Capachitos³⁶ como lirios
se mecen con gran delirio;
liebres, cabras y guanacos
ya no comen pasto opaco,
se olvidaron del martirio.

Muy pintadas las quebradas
con las patas de guanaco³⁷,
un paisaje que destaco,
cuando nace la alborada
y se ve la luna inflada.
Al llegar la luz del día
el desierto es poesía,
están tapadas las dunas,
no zigzaguea la puna³⁸
en su ventana vacía.

³⁴ Ñañañuca: planta herbácea perenne, bulbosa, endémica de Chile (nota de la edición).

³⁵ Azulillo: azafrán azul chileno, planta perenne con flores que crece a gran altura en laderas secas y pedregosas de los Andes (nota de la edición).

³⁶ Capachito: planta perenne endémica de flor amarilla, también conocida como "zapatito de la Virgen" (nota de la edición).

³⁷ Pata de guanaco: hierba bienal del desierto florido que produce varas florales de color rosado (nota de la edición).

³⁸ Puna: flor de planta pigmea, de 2 a 3 cm de alto, que crece formando cojines densamente lanosos, con flores en capítulos hundidos entre las hojas (nota de la edición).

Libélulas, mariposas,
tábanos y moscardones,
lagartijas y ratones,
las orugas perezosas
van por las hierbas jugosas.
Los yales y jilgueros
son vistos con ojos fieros,
entre peucos³⁹ y aguiluchos
que en la caza son muy duchos,
con picotazos certeros.

El pequeño alfilerillo⁴⁰,
cubriendo el campo de verde
donde la hormiga se pierde
bajo el guijarro sencillo,
el que ha perdido su brillo.
Molle, mollaca y romero⁴¹
con sus follajes enteros,
son refugio de las aves,
cada una con su clave
al buscar su abrigadero.

En bulliciosos graznidos,
en los espinudos quiscos
que están en los altos riscos,
las bandurrias en sus nidos,
en sus cactus preferidos.
Salen en vuelo uniforme,
van por distancias enormes
mucho antes que salga el sol,
buscando la gran ración,
donde se quedan conformes.

Cuando los blancos narcisos
se muestran junto al camino
con su tierno tallo fino,
las vaquitas con sus visos,
llevan destinos precisos;
dejan su sello en la arena,
como minúsculas venas.
Una aromática brisa
mueve las verdes chamizas⁴²
en una tarde serena.

³⁹ Peuco: ave de caza agresiva, se alimenta de aves campestres e incluso de palomas y pollos domésticos (nota de la edición).

⁴⁰ Alfilerillo: planta nativa, ornamental; su flor tiene cinco pétalos (nota de la edición).

⁴¹ Molle, mollaca y romero: hierbas con propiedades médicas y culinarias (nota de la edición).

⁴² Chamiza: arbusto de flores blancas (nota de la edición).

Los pachurrone⁴³ golosos,
 tragan granos a montones;
 cerca de los sandillone⁴⁴,
 los gauchos⁴⁵ miran nerviosos
 a unos chululo⁴⁶ curiosos.
 En las rocas, las chinchillas
 se alimentan de semillas,
 donde crecen los pacule⁴⁷
 con sus flores muy azules
 que abundan en las orillas.

Las tórtolas y cuyucas⁴⁸
 aparecen en bandadas
 por las lomas adornadas,
 con las flores de ñañucas,
 en la sierras de las diucas.
 Cerros, quebradas y llanos
 llenos de alimentos sanos,
 para todos la bonanza
 con su verde de esperanza
 hasta que llegue el verano.

Son varios que han preferido
 viajar por la carretera
 para ver en primavera
 a este Desierto Florido,
 que es un jardín bendecido.
 Cada labio enmudeció
 lo que el ojo contempló
 al ver este gran milagro,
 que el desierto sea un agro, ¡es por la gracia de Dios!

Segundo lugar regional

Copiapó

85 años

⁴³ Pachurrón: ave de abdomen blanquecino con una notoria mancha negra en el centro, habita en la precordillera (nota de la edición).

⁴⁴ Sandillón: cactus endémico esférico de hasta 55 cm diámetro (nota de la edición).

⁴⁵ Gaucho: ave de estepa arbustiva abierta y pastizales altoandinos (nota de la edición).

⁴⁶ Chululo: roedor de tamaño relativamente grande, pelaje poco denso y firme. Su color, muy uniforme, es semejante a la arena amarilla del desierto (nota de la edición).

⁴⁷ Pacul: arbusto ramoso de gruesas raíces, leñosas y rojizas, hojas agudas y flores purpúreas o rosado intenso (nota de la edición).

⁴⁸ Cuyuca: ave de pico amarillo con el ápice negro y líneas púrpuras en las alas, común en el valle cordillerano (nota de la edición).

Colores campesinos

Juan Carlos Rivera Ávalos

Colores campesinos
en las tierras del Huasco,
colores de los ermitaños cerros,
colores de las arenas, de los mares, colores de las conchillas.
Colores de luchas, de manos, de gritos, de melancolías.
Colores de ñañaucas⁴⁹, de cactus, de olivos, de espinas.

Las telas van narrando la historia floral
de este oasis del Huasco;
las telas van imaginando el río de pétalos
bordados en el desierto;
la lluvia va alegrando a la semilla escondida
y florece en el ojo del suelo
el canto intenso de las quebradas floridas y benditas.

Paso a paso las artesanas van ilustrando
la constelación floral de Atacama.
Mano a mano van diseñando la ruta nostálgica de la tierra.
Tiempo a tiempo van sintiendo la historia olvidada de América.
Sueño a sueño van uniendo la esperanza
y el secreto de la nortina mujer campesina chilena.

Caminos de símbolos del agua y la tierra,
versos multicolores de la aurora atacameña,
silencios florales de antiguas vetas mineras.

Añañuca reina, campesina, pescadora, pirquinera.
Añañuca tímida, enaltecida en imágenes
de artesanos, cantoras, fotógrafos, músicos y poetas.
Ya no acompaña tu figura de princesa
en las mesas citadinas,
ahora tu canto se escucha por todo el mundo
cuando el desierto chileno se enamora
de una morena lluvia peregrina.

Un mar de flores campesinas guardará
las miradas humanas,
allí también estará el trabajo y creación
de las compañeras artesanas, de las compañeras pirquineras,
para que un firmamento de flores y la ñañauca guerrera
no desaparezca del valle y esté aquí alzando su voz,
esté aquí venciendo al olvido y a la contaminación.

Tercer lugar regional

Huasco
51 años

⁴⁹ Añañuca: planta herbácea perenne, bulbosa, endémica de Chile (nota de la edición).

Nuestros valles

Nathaly Barraza Tapia

Se cubren de montañas y cerros,
la niebla aparece espesa y fría,
en sus caminos los crianceros
con rebaños y sus crías.

La gente visita estos valles
por sus cielos y culturas
creando canciones y bailes,
es toda una aventura.

Las tierras se trabajan
para luego cosechar;
camiones suben y bajan,
en carreteras se escucharán.

Todo sigue su cauce
como los ríos llegan al mar;
en ríos sus sauces,
ideal para acampar.

Son hermosos nuestros valles,
en cada rincón tú encontrarás
una paz por cada viaje,
una historia que recordarás.

Segundo lugar regional

Vicuña

8 años

Putando

Maribel Cisternas Castañeda

Nuestro primer pueblo libre,
(como todos lo conocen),
tiene historia en sus rincones,
tiene luz hasta en sus noches.

Largas calles coloniales
que al recorrerlas transportan
a aquellos años tranquilos,
esos que muchos añoran.

Una plaza, con su magia,
te recibe en sus asientos.
Y detienes tu reloj,
o al menos corre más lento.

Hay floristas, zapateros,
hay lecheros, folcloristas;
personajes de esos tiempos
a veces, en cada esquina.

Y te transportas, sin duda
a esos tiempos de leyenda
y quieres allí quedarte
los meses y años que sean.

Con sus paisajes y olores,
con lo que cuentan los viejos,
con las fiestas familiares
que llegan siempre en febrero.

O la lluvia, que es perfecta
cuando aparece el invierno
con sus tardes de reunión
de padres, hijos y abuelos.

Y la paz, vaya tesoro,
que te regala este pueblo
hace que anhele algún día
volver a mi Putando.

Tercer lugar regional
Ovalle
36 años

Retazos

Estefanía de la Cerda Marincovich

Cuando pienso en ti, mi mente se llena de pequeños recuerdos que hacen que mis emociones vuelen.
 Cuando pienso en ti, mi corazón se incendia y galopa hasta perderse.
 Cuando pienso en ti, abuelita, tu aroma a jazmín me envuelve.
Porque tus recuerdos se grabaron en mi mente como un mosaico transparente.
 No quiero olvidar tus consejos, tus cariños, tus almuerzos.
 Hoy me quedan tus tejidos con tus manos suaves pero firmes.
Creadora de retazos de historias campestres, de tejidos de vida, experiencias y sueños.
Me envuelvo en tu manta cuando estoy triste y extraño tus cazuelas que llenaban hasta el alma.
 Cómo quisiera seguir todas tus enseñanzas,
 desde cómo cuidar el jardín hasta cómo cepillar mi pelo.
Estabas llena de secretos y algunos los sigo escuchando como susurros en el viento.
 Mi manta de retazos tiene tu suavidad, tu perfume, tus colores.
Una manta de sabiduría, cada punto es un recuerdo, una experiencia de vida.

Mención honrosa

Coquimbo

14 años

Nostalgia del invierno sureño

Cecilia Vargas Retamal

Aquí está el otoño...
 en su quietud caminan de prisa las cosas.
 Hay rastros de mayo colgando en cada espina,
 pies descalzos lamiendo el fuego del arroyo.
 El semblante pálido de los álamos,
 como un deshuesadero de almas y de olvidos,
 pulsa las cuerdas de la nostalgia;
 todo es tan mínimo y perfecto en estos días;
 como la agonía de un clavo atravesado
 por una mano furtiva y pasajera...
 y desde un rincón sombrío,
 me miran los ojos de una muchacha.
 Una crucificada melodía en cada hoja
 canta el disimulo del miedo
 como una oración fervorosa y breve.
 La luz está tendida a ras de suelo, trémula y cansada
 como las aves migrantes de la memoria,
 donde un mugido apagado por el fuego frío de la niebla
 invoca el retorno de la manada...
 Se precipita el invierno, se precipita lentamente
 trayendo toda la poesía que me vive
 en sus morados tendones.
 En los cercos de púas,
 un ángel errante ha enredado sus últimas alas,
 donde navega más de alguna herida
 y la soledad al final de los potreros
 es tan humana como la mía...
 En cada contorno
 hay rastros de humaredas al fondo del paisaje;
 pájaros sin nombre que huyen
 como antorchas de algas y dolor
 en la poblada rebelión de mis cabellos.
 Siento correr el barro por mis venas en estas horas
 en fluviales elongaciones de perfume...
 No voy sola, pequeña mía,
 me acompaña el pan tostándose en el brasero
 y ese temor tan dulce de añorarte
 en cada lamento herido de las ramas...
 Hay una ventana en cada silencio
 abierta a la raíz del viento;
 amo lo que me duele de este invierno:
 las manos de mi madre buscando faunos entre mis trenzas,
 el galope terco de los huesos de mis hermanos muertos.

Los goterones de mis gatas en las penumbras
 me recuerdan los suavísimos brazos de la muerte
 enlazando el carraspeo monótono de los caminos.
 Hay un pedazo de desnudez en cada vuelo;
 y esa vieja manía de llorar
 sobre los despoblados nidos
 va llenando los vasos de mis viejas lágrimas.
 Voy solícita y cansada a mi propio encuentro...
 Yo sé que detrás de cada puerta hay un despojo de niñez
 en los girones del alma...
 como la quietud de un látigo reposando entre las carnes.
 El trigo dejó tendida su ropa entre las cañas,
 las carretas duermen como un reloj sin cuerda
 bajo el suave gobelino de las sombras.
 Me siento tan mínima sobre la ocre mialgia⁵⁰ de las hojas;
 mi corazón es una tinaja rebosante de recuerdos,
 y a cada paso, la muriente alfombra de la vida
 deja caer sus palabras sin nombre, sin palabras
 en la desarropada cruz de los senderos.

Primer lugar regional

Viña del Mar

58 años

⁵⁰ Mialgia: dolor de los músculos (nota de la edición).

El campo está de luto

Bernarda Orrego Maya

Hoy el campo está de luto;
hace tiempo ya viene la decadencia,
vienen las grandes pérdidas,
los ríos secos, los prados desiertos, las flores muertas.

Mi corazón muere con ellos.
Mis padres ya partieron, con un ruego en su boca,
para que la lluvia venga;
vieron morir sus animales de hambre y de pena.

Ya nadie quiere pasar
estos veranos calurosos y polvorientos,
porque ya no hay magia en estas tierras.
Se han ido triste los viejos, porque el sol no da tregua.

Cierro los ojos y añoro tiempos de abundancia,
veo esos trigales enormes donde el viento jugaba,
alfombras amarillas que hermo­seaban el paisaje,
lugares hermosos, colmados ahora de nostalgia.

Mi campo amado está dolido,
y mi corazón fenece, abatido y desolado;
por aquí ya no juegan niños, ya no se oye ni un balido⁵¹,
y mis fuerzas sin lluvias se han acabado.

Miro al cielo, elevo mi alma a lo alto y ruego
por frutos, por esperanzas, por colinas verdes,
por pajaritos alegrando la mañana;
ruego a Dios que se apiade y reviva la manada.

Yo quiero mi huerto, mis cabritas y mis gallinas,
quiero ser como mis viejos con su sabiduría,
quiero levantarme al alba y otra vez laborar la tierra bondadosa,
como cuando era una niña.

Segundo lugar regional

Villa Alemana

52 años

⁵¹ Balido: voz de la oveja, la cabra, el ciervo, el gamo y otros mamíferos rumiantes (nota de la edición).

El cerrojo de la noche

Mario Pino Contreras

Al astro lo cubre el monte
velando su crin dorada;
la mar ya es gema opacada,
azul que en negro se esconde.

Es justo que se desfonde
sombrio y tan cauteloso
el río osario⁵² en reposo
que corre bajo la tierra
y así resume la guerra
que igual nos hará carozo.

Cuajándose está la noche;
tajea la luna al tiempo
abriéndole el pecho al viento
pasado de muerto broche.
Se escucha el pasar de un coche
jalado por dos caballos,
emergen quiltros vasallos
de quintas y viejos silos:
los siglos tiemblan en vilo
copiando a los tiernos tallos.

Y en tanto roncan los vivos,
la flaca rompe el candado
que obliga a nuestros finados
a ser vil hueso cautivo.
Se ajusta capa y estribo
nuestro prócer de Til-Til;
bravíos los de Ranquil
prometen dar otra *mocha*
y cual que la sed trasnocha
se guiñan medio barril.

Por campo, costa y montaña
las ánimas se saludan,
de miedo los búhos sudan
al ver espectral calaña.
Con tímida mala saña
pasea la azul Quintrala:
se quiere vestir de gala
pa' entrar en el purgatorio;
coqueta busca casorio
y el Trauco alista la bala.

⁵² Osario: lugar de un cementerio donde se entierran los huesos que se sacan de las sepulturas (nota de la edición).

La Fiura grita celosa,
se apega al alto fantasma
de un futre⁵³ *gringo* con asma
que ostenta feroz carroza.
Y en muda senda boscosa
se adentra Pedro Urdemales,
más ágil que los zorzales
en trampa, seso y diablura:
ya piensa timarse a un cura
que pena entre los sauzales.

Empero el gallo bosteza
su alado sueño se fuga;
anuncia la luz verduga
el alba y su atroz certeza.
Y vuelven a la pereza
de la fosa descamada
leyenda, mito y gallada,
rescoldo de nuestras venas.
Presiéntete como arena
nocturna diseminada.

Tercer lugar regional
Valparaíso
35 años

⁵³ Futre: hombre joven que se compone mucho y sigue muy rigurosamente la moda (nota de la edición).

El *Wekufe*⁵⁴ en el sendero

Kristel Fariás

¿Así que con esa estamos,
contando historias de terror?
Bríndeme usted el honor
y eche otro palo al fuego,
que tengo un cuento de miedo
para adornarles la noche.
Con el Tue Tue⁵⁵ haciendo boche
la cara no se me arruga
y de testigo, la luna;
voy empezando, entonces:

Hace muchísimo tiempo,
en un camino olvidado
tantas veces caminado
por sinuoso y por estrecho
iba un padre bien contento
después de una larga jornada
con la espalda jorobada
tanto *ponerle* al arado
para tener buen sembrado
y pasar bien la invernada.

Cantándole iba al viento.
El coro lo hacían los grillos
y detrás van sus chiquillos
cuál de todos más hambriento,
iban queriendo alimento
algo *pa'* echarle al buche
–¡Silencio, *pa'* que yo escuche!
Advierte el padre muy serio
y una niebla e' puro miedo
de pronto sus ojos cubre.

⁵⁴ *Wekufe*: espíritu dañino, su concepto es amplio pues puede abarcar al sujeto o ser una cualidad o agente (nota de la edición).

⁵⁵ Tue Tue: brujo de la mitología mapuche que se transforma en pájaro y sale a volar de noche repitiendo su canto "tué tué" (nota de la edición).

Alrededor solo hay noche
y vuelo de candelillas⁵⁶.
Les tiritan las rodillas,
el viento sopla con *boche*.
Cuando al *laíto* del folle⁵⁷
van viendo una sombra oscura
y una sonrisa fulgura
llena de dientes de oro.
Los cabros gritan a coro:
–¡Del *Wekufo* la figura!

La sombra corta el sendero,
se ríe a todo pulmón
y el padre aún tiritón
recuerda todos sus credos.
Forma una cruz con dos dedos,
la besa y la lanza al cielo:
–¡Yo no te tengo miedo,
camina sobre tus pies
porque tú naciste después
y mi Dios nació primero!

El espíritu se evapora
y les vuelve el alma al cuerpo.
El corazón aun latiendo
se les sale por la boca.
El caballo se desboca,
parece que viera muertos.
Los niños a llanto suelto.
El padre les da consuelo
pensando *pa'* sus adentros:
"Por aquí nunca más vuelvo".

Este es el fin de la historia
del *Wekufo* en el camino,
¿aparición del destino
o es el diablo el que cobra?
Cuiden bien como obran,
bien derechos por la vida,
no *vaya ser* que algún día
con este malo se encuentren
y por no saber responderle
se los lleve a peor vida.

Primer lugar regional
Macul
39 años

⁵⁶ Candelilla: luciérnaga (nota de la edición).

⁵⁷ Folle: síncopa de "follaje" (nota de la edición).

Oda al vino

William Haltenhoff Nikiforos

Erguido entre valles, mares y montañas
 nace una pequeña fruta de sonrisa ancha
 redonda como un caracol, leve como la brisa.
 El calor la fecunda, el viento la alimenta,
 sus raíces la visten de trajes transparentes,
 su pulpa cromática esconde secretos ancestrales,
 el susurro de la tierra pone música a sus semillas,
 voces misteriosas a sus tallos, sabores únicos a sus racimos.
 Su interior alberga una sangre apetitosa,
 que al beberla, nutre el corazón de melodías misteriosas.

Nadie sabe por qué ese líquido febril
 seduce por su infatigable docilidad.
 Su brebaje contiene el mejor néctar
 que la madre tierra fecundó,
 ya que transforma toda pena en alegría,
 toda soledad en compañía gozosa.
 Su nombre atrae porque significa
 que alguien vino a compartirlo contigo;
 si es nadie, no importa,
 estás con el mejor de los amigos, el vino.

Su pulpa sea roja púrpura granate,
 violeta o ligera, en tonos dorados atiza los huesos.
 Su sabor atraviesa la piel como dedo el agua,
 abriga cuando la galopante tristeza enfría nuestra retina.
 Si una pena nos acobarda, el vino actúa como abrelatas,
 deja salir de nuestros poros renovados jinetes
 para seguir arando los peñascos de nuestro destino.

El vino siempre conquista porque tiene al sol como padre,
 la luna como madre y el sudor del trabajador o trabajadora
 como compañía leal desde la semilla hasta la copa bullente.

Segundo lugar regional
 Ñuñoa
 66 años

Por qué la loica tiene el pecho colorado

Sergio Fuentes Zamorano

Distraída en una rama
la loica estaba cantando,
y sin irse imaginando
que mortal se urde la trampa,
un cazador con tal fama
y escopeta siempre lista
a dispararle se alista.
Es propicia la ocasión
y sin llamar su atención,
pues la tiene a simple vista.

El ave corre con suerte,
será cosa del destino,
aún se escucha su trino,
no era tiempo de su muerte.
Más el golpe se convierte
en la cara ensangrentada
por el arma mal cargada.
Muy torpe fue el cazador
que ahora yace en estupor
con su vista malograda.

El plumífero, en espanto,
desde otra rama lo mira;
eso que con fuerza expira
del cazador, es el llanto.
Tanto grito de quebranto
allí donde está tendido,
se le escapan los sentidos
ayudarlo es imperioso;
vuela al río caudaloso
nuestro pájaro querido.

Pero a escena tan aguda
el agua muy poco alivia,
apena' el dolor entibia,
se requiere más ayuda;
a buscar alguien que acuda,
que resuelva esta cuestión.
Y partió sin distracción
el ave en su emprendimiento,
para que en cualquier momento
de alguien llamar la atención.

Por el bosque sobrevuela,
 atraviesa rauda un cerro,
 va y se encuentra con el perro,
 mascota del que se hiela.
 El secreto le revela
 del acontecer tan grave,
 y que resulta tan clave
 que reciba pronto auxilio;
Pa' sacarlo de ese exilio
 "Perro, ahora eres la llave".

El can ladra vigoroso
 para avisar al gentío,
 entre ladrido y ladrido
 el llamado es muy ruidoso.
 Acuden tan presurosos
 los que habitan en la casa,
 para saber qué le pasa
 a ese perro enloquecido;
 quien al verlos ha partido
 en busca de quien lo abraza.

La loica sigue el sendero,
 el perro sigue a la loica,
 y la turba sigue estoica;
 todos siguen con esmero.
 De gritos queda el reguero,
 esa ayuda ya se acerca,
 todos saltan una alberca,
pa' llegar queda muy poco;
 el perro se vuelve loco
 gracias a esa loica terca.

Ya se salva el cazador
 gracias a tan buena amiga
 que en su corazón abriga
 de inmenso triunfo el dulzor.
 Luego se escucha el clamor
 en el bosque alborotado,
 porque dicen se ha manchado
 con la sangre de aquel hombre;
 y para que usted se asombre,
 tiene el pecho colorado.

Tercer lugar regional
 Recoleta
 50 años

Yo, mi primo y algunas preguntas

Eduardo Correa Reyes

Hace tiempo que no veo a mi primo,
el cual era mi hermano, mi pariente,
mi colega de aventuras, mi amigo,
mi consejero, mi fiel confidente.
Excesivas travesuras, como estrellas titilan,
llevamos a cabo: corriendo por el estero
sin dirección ni con propósitos de mentira,
o conversando encima de nuestro árbol férreo.

Contaba los días que faltaban
para aquellos días feriados,
con exageradas ansias aguardaba
las vacaciones y sus aliados.
¡Pronto vendrá mi primito!
Del gran Santiago me trae novedades;
mientras yo lo espero con leyendas y mitos,
él me detallará una tal "cultura que evade".

De los años que pasan, y se quedan,
se mezclan los aromas de nostalgia;
y de los mundos que nacen y ruedan
unas memorias alivian mi neuralgia.
Entre sentimientos y aliños,
entre eucaliptos y fragantes pinos,
rememoro varios recuerdos de niño...
Y estas, eran algunas preguntas de mi primo:

"¿Por qué tienen cruces sus cerros?
¿Así son las iglesias por acá?
¿Será que le temen al encierro,
o es para que la predicación salga a volar?
¿Por qué dichos lomajes son paredones
que unen la cordillera y el mar,
y que, sin habitar frente a los tifones,
su brisa oceánica nunca se suele acabar?

¿Por qué almacenan su agua en un hoyo?
¿Es para que no se la roben fácilmente?
¿O es una piscina hecha por criollos,
diseño a pedido del acampado cliente?
¿Por qué tienes de mascota a un pollo?
¿Por qué cantas como los pajaritos?
¿Qué misterio hay en lanzar piedras al arroyo
y caminar por un bosque apoyado de un palito?

¿Por qué esculpieron una carpa de barro?
 ¿Para qué la queman por dentro?
 ¡Fabrican, también, cucharas, vasos y jarros
 con el mismo don y elemento...!
 ¿Por qué nuestra abuela cocina un enorme
 pan tan temprano y en medio de las cenizas?
 ¿Será que no queda muy conforme
 con el que dan siempre en las misas?

¿Por qué hablan fuerte, rápido y con ritmo?
 ¡Veo que comprenden a la perfección su dialecto!
 ¿Dónde aprendieron a curarse a sí mismos
 con ciertos matorrales que les dan a sus enfermos?
 Primo, ¿cómo es que te entretiene tanto
 jugar toda la mañana sólo con tierra?
 ¿Cómo es que cuando me levanto,
 tú, ya has sosegado el clamor de la tetera?

Primo, enséñame a hablar con los insectos,
 a hacer bailar el trompo en mi mano,
 a escribir poemas certeros y predilectos,
 más, sin olvidar al autóctono cuero del pantano.
 Primo, ¿por qué el cielo es tan azul aquí?
 ¿Por qué el aire es jocoso, ágil y bello?
 ¿Por qué no necesitan autos para vivir?
 ¿Por qué mi alma se rinde ante demasiados destellos?"

Primer lugar regional
 Santa Cruz
 29 años

La flor de mi rancho

Rodrigo Torres Garrido

Vive en mi rancho esta flor
con aroma a cordillera
que puede embriagar de amor
o rugir como una fiera.

I
Se despierta en las mañanas
cuando, al romper los cerrojos,
los pétalos de sus ojos
reciben del sol sus ganas.
Como dos hojas lozanas
sus manos me dan calor;
y derramando el dulzor
de su cáliz, de su esencia,
por alumbrar mi existencia.
Vive en mi rancho esta flor.

II
Con el ansia hecha ternura
teje y se viste de viajes
por nutrir, en mil paisajes,
su pasión por la aventura.
Cuando le llama la altura
cualquier día es primavera,
y al volver, su cabellera,
que por tantos rumbos pasa,
nos deja el alma y la casa
con aroma a cordillera.

III
Cuando en el surco bravío
de nuestro lecho reposa
su aletear de mariposa
busca desbordar el río.
Mientras, florece el rocío
de su piel hecho fulgor,
puedo sentir el temblor
interior que me consume
inhalando su perfume
que puede embriagar de amor.

IV

Si alguien su huerto le pisa,
las raíces de su orgullo
se aferran a lo que es suyo,
a lo que ama y precisa.
Se le borra la sonrisa,
luego viste de guerrera
y llevada a su manera
con agujas de intelecto
puede picar como insecto
o rugir, como una fiera.

V

Juntos echamos raíces
y, en cotidiano trajín,
hemos creado un jardín
en el que somos felices.
Disfrutando los matices
de esta relación virtuosa,
yo gozo cuando ella goza,
y a veces se enoja, pero
amo ser el jardinero
de esta flor maravillosa.

Segundo lugar regional

Coltauco

47 años

El fin del campo

Héctor Peña Cubillos

Como una semilla indómita,
transportado por el viento
el amor salvaje germina
entre el agua, la tierra y el tiempo.

Mi madre, del color del suelo
y con los ojos del cielo
dio el valor a mi padre
a enseñarme el cerro y el vuelo;
las vertientes se hicieron voz
y siendo un niño oí el campo.

Son los arroyos de mi infancia los que aún riegan la cosecha de los sueños.
¿Dónde se fue el agua, labrador?
La montaña muere de sed
y solo las aves conocen al culpable.
¿Dónde está la loica que me cuenta los secretos?
Después de haber talado el bosque
perdí todo contacto con la realidad.

Tercer lugar regional

Graneros
65 años

El sombrero

Alfredo Silva Morales

El sombrero cotidiano
ventea el cielo con una vuelta de teatina⁵⁸.
La soledad del polvo
nada en su estela de ángel.

Tiene alerones aerodinámicos
para la tensión del viento
y una cinta en su copa
para fijar un clavel.

Tiene coloquio con la noche
y paz para la luz de las estrellas.
Abanico de sombra que remonta la nostalgia,
amparo de sudor y sangre por los senderos.

Esconde rostros de bandidos,
gavilán que planea sobre los valles.
Sombrea el resplandor de la montaña,
aprisca el ganado perdido.

Se alza por el aire en la alegría de una copla,
de las flores del campo recibe su aroma sedante.
Tiene soledad de luna
su fina trama de teatina.

En solemne juramento,
se aprieta a un pecho contrito,
alegra el rostro de los pobres,
le envidian las laxas guedejas⁵⁹ de los sauces.

Se alza con prestancia en la frente
como en el puño una copa de vino.
Tras sus alas decanta su tañido al viento.
Terminada la fiesta, se duerme sobre las cuerdas de una guitarra.

⁵⁸ Teatina: planta gramínea, especie de avena cuya paja se usa para tejer sombreros (nota de la edición).

⁵⁹ Guedejas: cabello suelto, especialmente el que cae sobre los hombros sin recoger ni trenzar (nota de la edición).

En el amor de un corazón se arrulla un verso,
 en su alma guarda la azucena de la luna.
 En volandas⁶⁰ endereza senda y tropilla⁶¹
 y riela la mirada de los arrieros entre la ventisca.
 Protege del sol los sueños del jinete.
 En rasante vuelo la luz lleva su sombra inconstante.

El sombrero de la patria con su torbellino de teatinas,
 abre el cielo azul para saludar a la bandera.
 En la fonda llena de cantos alusivos,
 revuela su elegancia liviana.
 Galante y sin palabras enamora a la cueca,
 diligente ronda el vestido de su china.

El sombrero campesino
 percude el oro del sol.
 Su sombra pequeñita
 junto al arado viene hendiendo siglos.

En vértigo y galope, o a vil destreza, fiel sujetador.
 Siempre altivo en el tropel de un pingo⁶² brioso,
 sombrero de mi patria para coger estrellas
 y el deseo puro de un romance.

Primer lugar regional
 Constitución
 65 años

⁶⁰ Volandas: por el aire o levantado del suelo y como que va volando (nota de la edición).

⁶¹ Tropilla: conjunto de caballos guiados por una yegua madrina (nota de la edición).

⁶² Pingo: caballo ágil, brioso y de muy buen aspecto (nota de la edición).

Delirante en tierra de ensueño

Felipe Arancibia Mondaca

Cuando el sol más ardía
era cuando el campo me llamaba.
Era un eterno viaje,
pues ansiaba la llegada.
Carretera gris y ruidosa, ¿por qué no te acabas?
A pesar de que no me agradas,
hasta allá me llevabas.

Entre delirios somnolientos
sentía entrar por la ventana
el olor de quien nos forjó.
Es la tierra que se alza.
Despierta, niño mío, me decía,
ya está próxima tu llegada;
abre tus ojitos, ya los árboles saludan,
los maizales están larguitos
para que te vayas de aventura.

Abre tus ojitos, que espera por ti el río.
Desde hace mucho que te extraña,
extraña que te pierdas al escuchar su canto
sin quitarle la mirada,
extraña que en él te sumerjas
para acariciarte con sus aguas.

Abre los ojos, mi niño,
para que puedas ver
como peinan los cabellos de la pradera
los caballos al correr.
No te duermas, mi niño,
para que puedas escuchar
las melodías del cielo
que aman entre arboles danzar.
Corre, corre hasta no poder más,
corre entre mis múltiples colores.
Hazlo ahora,
que en invierno se marcharán.
Cuando estés hambriento
te entregare mis frutas;
compártelas con quien ve tus pies como montañas.
Los ciclos no acaban nunca.

Abre tus ojitos, mi niño,
 ya estás por llegar.
 La gente espera por ti,
 te quieren saludar.
 No verás al tío,
 pues se levantó temprano,
 mucho antes que el sol
 para guiar su luz por los campos,
 protegido por su sombrero,
 cubierto por su manto,
 incansable hasta que su trabajo esté hecho.
 Así es la voluntad del hombre solitario,
 pero tu tía estará ahí, como siempre.
 Ella es como yo,
 en secreto cuidando las raíces de su gente.
 Ella es como yo,
 cargando sobre sus hombros el peso de la vida.
 Ella es como yo,
 una eterna madre en abnegación.
 Ella es como yo,
 una vigía silente de nuestro corazón.

Y aunque te pida que tus ojos abras,
 hay un momento en que los debes cerrar.
 Cuando caiga la noche,
 cuando el sol se vaya a acostar.
 La aventura continuará
 en mundos que solo tú y yo conocemos.
 Deja despiertos a los adultos y sus juegos,
 felicidades de cristal
 para ahogar penas de fuego.
 Cierra los ojos, mi niño.
 Cuando sea hora de descansar
 este inmenso manto de estrellas
 tu ausencia resguardará.
 Al alba sentirás el olor de la leña,
 será hora de levantar.
 Con palo en mano y pies en la tierra
 tu silueta entre la niebla se perderá.
 Corre a la aventura,
 fúndete con la espesura
 una vez más.

Segundo lugar regional

Talca

30 años

Poema por don Genaro

Luis Lagos Leiva

Dicen que a don Genaro lo mató el cigarro.
Pero lo cierto es que el hombre ya había muerto mucho antes,
metido allá en los potreros del fundo, bajo el sol,
caminando descalzo, bajo la lluvia, y perdiéndose, cada vez más,
entre la niebla que deja el paso de los años.

Que a don Genaro se lo llevó la muerte sin prisa
una tarde de abril del año mil novecientos sesenta y cuatro;
que según cuentan los relatos de noche, a orillas del brasero,
al hombre lo encontraron muerto en su cuarto:
una pieza de tablas, de tres por tres metros de abismo
que los campesinos habían levantado junto a las bodegas del fundo,
y que doña Mercedes, por pura caridad, le había prestado al hombre
para que cobijara sus huesos durante las fieras noches del invierno
desde que esa maldita tos se le pegó como un sobrenombre,
como una dura sombra que jamás llegó a darle tregua, ni de día ni de noche.

—Cuando me llegue la jubilación le pagaré los meses de arriendo,
que le debo, 'oña Meche —le decía el viejo, en esas tardes de lluvia,
antes de llevarse la cucharada de porotos a la boca.

—No se preocupe, don *Gena'*, y sírvase churrasquita⁶³ también.
Replicaba la mujer, mientras arreglaba el mate con unas hojitas de cedrón
y azúcar quemada; revolviendo, minuciosa, aquel rito bello y sagrado.

Lo que pasa es que don Genaro había trabajado
setenta años metido en los potreros del fundo,
sin haber sabido nunca de niñez, ni de volantines.
Setenta años, sumido en la tierra y los maizales...
Setenta años de glorias y pesares, que morían entre sus manos...
—Así es la vida no más *po'*, ¡caramba!
Se le oía decir al viejo de repente, recordando los pasados días.

En la hora de la muerte, según lo que él mismo había contado antes.
Ya tenía casi noventa, y, a decir verdad, era lo único que el viejo tenía
si es que el tiempo se puede considerar una pertenencia.
Un motón de años apilados en el cuerpo,
una soledad que le llegaba a carcomer los huesos;
la libreta del seguro y un sombrero de fiesta.

⁶³ Churrasca: pan rápido que tradicionalmente se hace a la sartén, sobre el fuego de la cocina (nota de la edición).

Doña Mercedes rescató algunas ropas, entre otras cosas,
al desocupar el cuarto. Todas pequeñas, insignificantes, casi sin valor,
y que después del funeral repartió entre los pobres del cerro.

A don Gumersindo Arzola, por suerte le tocó un par de bototos lustrados,
que el viejo había conservado con una paciencia de santo, para calzarlos el día cuando lo llamaran para
cobrar su jubilación...

Que, para que ustedes sepan, el viejo trabajó setenta años,
metido en los potreros del fundo bajo el sol,
caminando descalzo bajo la lluvia, y perdiéndose cada vez más,
entre la niebla que deja el paso de los años.

Tercer lugar regional

Linares
60 años

Tradiciones del secano

Sergio Pereira Contreras

Hermosas tradiciones
de mi comuna campesina,
es mejor de lo que uno imagina
o puede llegar a creer.
Feliz de aquí nacer
entre artesanos y compositores,
unos grandes payadores
con guitarrón o guitarra,
así como Violeta Parra
en San Carlos y alrededores.

Cada año la esquila
no es una fiesta cualquiera,
se da a fines de primavera
o principios del verano.
Es cuando el sector secano
sus quehaceres deja,
se organiza y festeja
empezando la mañana
para recolectar la lana
de todas sus ovejas.

Seleccionada su lana,
esto no acaba ahora
pues viene la tejedora
junto al recolector
que son del mismo sector.
A veces también canta
cual dúo que encanta
y que dios juntos puso
como al telar y al huso
para al huaso hacer su manta.

La vendimia es hermosa,
pero aún no está hecha,
se trata de la cosecha
que voy a contar ahora.
Parte con una buena poda
que realiza el campesino,
y así, fruto del destino,
junta al hombre con la parra
que la uva de ellas agarra
para producir el vino.

En los pies descalzos
empieza su misión,
pues viene la maceración
y su suerte ya está dicha.
Sale dulce chicha
como un amor sureño
que es lo que ahora enseño
alabando este mosto,
ya que con un bajo costo
se puede tomar pipeño.

Estas fiestas no serían
sin la presencia de las cantoras,
algunas compositoras
de tan bellas alegrías
quedan pocas hoy en día
que reciten un pasaje.
Se han marchado en un viaje
con destino hacia el cielo
y para apoyarlas en el duelo
les escribo este homenaje.

Segundo lugar regional

San Carlos
33 años

Canto al río

Rita Navarrete Araya

Entre peñasco y quebrada
nacen ríos y cascadas
y baja de la montaña
agüita fresca y nevada.

Más abajo, más abajo,
el hombre con una pala
abriendo surco en el campo
riega trigo y cebada.

Agüita que me refrescas
cuando me lavas la cara,
cuando cantan los pajaritos
y en los sauces están las garzas.

Pedregales en la orilla
y en el aire golondrinas,
florecidos los aromos
en la barranca dormida.

Tercer lugar regional
San Nicolás
70 años

Nos dijeron

Alejandra Ziebrecht Quiñones

Que no podíamos estar solas,
eso nos enseñaron de niñas.
Teníamos que tener un patrón, un marido, un hombre,
cualquier cosa por el estilo.
Algo a que apegarnos, con quien pasar la vida.
Pero la vida pasa de todas formas.
En los campos, los niños se hacen hombres muy temprano,
y también le enseñan a tener una mujer para que los cuide
y les dé más niños para la siembra, para la cosecha, para el trabajo
–son cosas distintas si usted lo piensa–,
pero si lo ve con mis ojos, son tiras del mismo cuero.
Lo que nadie nos enseña, es que los hombres se secan con sol de mediodía,
que se van a las cantinas a emborrachar sus sueños de pobre
y vuelven con las ilusiones maltrechas
a su casita miserable, perdida de todo intento.
Y entonces, una no sabe cuánta rabia trae el hombre.
Una no alcanza a entender por qué nos golpea,
por qué nacimos para la tristeza.
Las respuestas se rumian en la madrugada, picando la tierra,
con el sol asomándose como una llamita inocente
y una se conforma con el trabajo, con la espalda ardiendo.
–Esta es la vida nomás *pu* –te dicen las vecinas
mientras revuelven el mate del atardecer.
Y tú te llenas de miedo, y rezas, y te pesa la vida que no te atiende.
Y los santitos y las velitas, y el rosario, nada espanta los miedos.
Nada saca las furiosas penas de la carencia que trae el hombre.
Yo vi asomar todos los frutos de la naturaleza,
dentro y fuera de mí
sentí su latido, su calma, su dolor y su alegría
–así es la vida nomás–, el cielo no da respuesta.
Miro la tarde caer como un lamento.
Los animales se acomodan para llamar al sueño
y los hijos duermen de dos en la camita.
Porque eso me enseñaron; la resignación y el miedo.
Yo no tengo nombre propio: soy mujer simplemente.
Así me llama mi marido, “¡ven mujer a servirme!”.
Soy una cosa más chica que las plantas y cuando no germine
será más triste, porque ahí ya seré vieja, como tierra cansada
de entregar tantas cosas, de nunca descansar, de nunca ser nada más que tierra.
–Así es la vida y da gracias por el pan de cada día –dicen las otras.
Y la noche se viene de golpe y me miro en el espejo sin reconocerme.
Y miro al hombre que me han dado por gracia de no sé quién.
Y me nombro como a las verduras y las flores y las estaciones.
Y caigo cansada de repetir mi nombre de cara a la noche.

Y lloro abatida de que dispongan de este cuerpo que no reconozco.
Afuera pasan ciclos que han de transformar todo,
pero mi pena estará aquí mismo, endurecida como una piedra,
y la piedra puede rodar por la colina y juntarse con otras piedras
–y usted me entiende lo que eso sería–.
A veces, las cosas tienen que pasar para que una sea y la nombren,
y ame lo que es.
Yo anhelo ese derrumbe que acabe con el instinto que precede al golpe,
con la furia que da la caída de toda esperanza.
Yo pido la unión amable de la tierra con su fruto
–usted me entiende–.

Primer lugar regional

Talcahuano

62 años

Cuando los padres se marchan

María Poblete Bustos

Se derrumbará la casa, se han de secar los trigales
cuando parta con mi vieja nadie habrá de preocuparse
por la tierra, por las plantas, por los árboles frutales
no habrá quién pode el parrón, ni quien riegue los maizales
cuando emprendamos el viaje.

¿Quién surtirá de forraje a todos los animales?
Dejarán de arder las brasas en el antiguo brasero
con ese café de trigo que emanaba por el aire un aroma tan intenso
invitando a la familia a compartir junto al fuego.
Te equivocaste viejito, hace tiempo que partiste
llevándote a mi mamita a cultivar por el cielo,
aquí quedó tu renuevo para cuidar con esmero
lo que ustedes construyeron.

Habré de aporcar la tierra y sembraré en la menguante
así como me enseñaste cuando sólo era un chicuelo,
aún tengo las tijeras y en aquél día marcado cada año en el calendario
he de podar el parrón, para que broten las hojas con un intenso verdor.
Cortaré, como tú hacías, cada una de sus ramas y cuando salgan renuevos
me refugiaré en su sombra añorando los recuerdos,
y cuando madure el fruto con el cambio de estación,
disfrutaré de las uvas con su mágico dulzor.

No tengas pena viejito ni mi madre desazón
porque la casa está intacta, ya le hice reparación,
y en la tierra que dejaste buena semilla quedó
y seguirá dando frutos porque el ella están volcados
el trabajo y el amor.

Segundo lugar regional

Penco
60 años

Historia del río Cruces

Samuel Suazo Vargas

Se encienden las rosas de mi vida
al restregar tus acuáticos cabellos.
Acostado sobre tu vientre pedregoso
me sosiegas con los guijarros de silencio.

Laraquete⁶⁴, ¿qué de tu boca enamorada?
¿Y de la leyenda de tus lunares negros?
En aguas parpadeantes me has crucificado
con tu camuflada estructura de madero.

Son cruces que han calado hasta las piedras,
lágrimas de una española sin pueblo.
Podrán las gemas alimentarse del valle,
mas no de las facciones del guerrero.

Ay del toqui que con un alambre de flores
salió de la aldea para ejecutar el secuestro;
tras dorar la carne de los enemigos
se enamoró, ¡qué asombro!, con el tiempo.

Trajo el alba la piel de la doncella
quien abrió nuestros idiomas con un beso.
¡Qué conflicto en la tribu! ¡Qué amor en la ruca!
Pronto le dijeron que él había muerto.

Y se colgó el musgo y la zarza en la mejilla
al marchar en busca del recuerdo.
Arrojando granadas oceánicas en la orilla
hizo del precioso río un costurero.

Allí donde las lágrimas se despeñaron,
aquellas poetisas fruto del desespero
templaron la corriente para ver flotar
el sedoso ramaje de su cuerpo.

Pero cada una de las derramadas,
con dirección a un celeste encuentro,
alojó una cruz en toda piedra
que sintió la caliente rosa del entierro.

⁶⁴ Laraquete: localidad chilena ubicada a 20 km al norte de la ciudad de Arauco (nota de la edición).

Palear el agua en la desdicha
por lo que los indios les hicieron.
Apenas se percataron del milagro
dio la mujer... ¡ah, con su lucero!

Tercer lugar regional

Coronel
26 años

La viuda de pescador

Fernando Lavín Sandoval

Una tarde de invierno, te echaste al mar,
en barca de palo, deseoso, a pescar.
Me dejaste en el rancho con mi soledad
y la noche furiosa trajo la tempestad.
Eché a volar el sueño y me puse a rezar
para que mi dueño volviera al hogar;
no valieron mis ruegos, su bote naufragó
y en sábanas de agua su cuerpo se durmió.
Soy viuda de pescador, mujer de sangre fuerte,
tengo siempre mala suerte y lucho por ser pescador.
Soy viuda de pescador, mujer de sangre fuerte,
aunque grande sea el dolor no le temo a la muerte.
Hoy miro para la cumbre, por donde te vi remar
en tu barca de palo que rodó por el mar.
La pena y el llanto me llevan a envejecer,
construiré otra barca para poderte ver.
No me importarán las olas para poder llegar
hasta esa tormenta en medio del mar;
listo está mi bote para navegar,
échenmelo al agua que ya voy a zarpar.

Primer lugar regional

Traiguén

64 años

La espera

César Ulloa Rozas

Se escucha el eco de los treiles⁶⁵
entre los arreboles de la tarde.
Desde la pequeña ventana empañada
de la encumbrada casa del alto
se distingue la huella humedecida
del viejo camino al pueblo.
Se asoma su estela de polvo,
al fondo, encima de la vega
regada de torres camarónicas
y los animales del vecino de abajo
rumiando sordos e infatigables.
Apenas se ve la micro de las ocho
confundida entre los avellanos.
"¿Será esa?", se pregunta el niño
pegado a la ventana y al sueño;
siete años en sus ojos,
siete años en sus manos rojas...
Hasta el quiltro lamiendo sus manos
escudriña el humilde paradero
buscando la buena nueva.
Ya se entraron los animales,
hay leña seca en el canasto,
las tazas sobre la mesa
y pan rebanado grueso
esperando la ansiada llegada.
"Esa debe ser, esa micro debe ser..."
"Ahí viene mi mamita..."

Segundo lugar regional

Temuco

50 años

⁶⁵ Treile (o queltehue): ave de campo, de plumaje negro, cabeza y cuello grises, se alimenta de lombrices y semillas (nota de la edición).

Trabajador de la tierra

Fabiola Flores Ulloa

Rayo a rayo brota el alimento.
 La lluvia nutre el verdor de la tierra que hacen desierto.
 Unos ojos surcados nadan
 en las aguas donde siembran lamento.
 ¿Acaso eres trabajador de la tierra?
 Te han dado un *status*
 que aceptas sin otra opción;
 tu sudor riega el alimento que despojan de tu mesa.
 Los frutos crecen bajo el cielo testigo del sufrimiento
 que se vuelve su sufrimiento.
 Un espíritu se entierra en la vasta tierra
 entre la abundancia y la miseria,
 entre el deseo y la necesidad,
 entre la obligación y la renuncia,
 entre la indiferencia y el padecimiento.

Entre pájaros muertos y pájaros que vuelan.

Tu cuerpo se mantiene en la espera de un mundo que no sueñas.
 Solo esperas,
 habitas un mundo que dirige tu mundo.
 Te han hecho parte de la continuación.
 Riegas los frutos del futuro que no imaginas,
 del que no verás cosecha y que roba tu vida.

Arrecia el llanto del viento que atraviesa dos mundos,
 dos mundos que se cruzan
 y solo uno es atravesado:
 un mundo que corre como flecha dejando sangre esparcida,
 un mundo que oprime tu mundo y lo niega.
 Tus heridas se cosen,
 pero las cicatrices quedan.
 Ganarse la vida ha sido una guerra.
 Testigos del dolor:
 el trémulo gualle en la cima,
 la quietud del queltehue⁶⁶ en la copa del hualle⁶⁷
 la flor cortada que se repliega a la tierra.

⁶⁶ Queltehue (o treile): ave de campo, de plumaje negro, cabeza y cuello grises, se alimenta de lombrices y semillas (nota de la edición).

⁶⁷ Hualle (también roble o pellín): árbol endémico de los bosques templados que habita en el sur de Chile y algunas porciones del suroeste de Argentina (nota de la edición).

La lluvia baña el cansancio de tus manos explotadas.
La luna oscurece el rostro invisible del que niegan
haciendo de ti uno más entre otros
donde susurran los ecos de cientos de latidos adoloridos,
y solo oyes el susurro del silencio
en medio del anochecer que no se desea ver amanecer
porque también los han hecho dos mundos.
Dos mundos que sufren al mirarse;
sufren al mirarse porque antes eran un solo mundo.
Tu memoria y la memoria de los días se fragmentan como trozos de astillas
y confundes el bucólico silencio con el olvido.
Cierras los ojos jugando que esperas,
resistes,
tu mundo resiste
porque a tu lado alguien todavía sueña.

Pájaros muertos zurcirán las heridas
que han dejado y dejarán en la tierra.

Tercer lugar regional

Teodoro Schmidt

26 años

La mujer hecha bosque

Sara Muñoz Weldt

Vertiente *desd'el*⁶⁸ ombligo
seduzco arrayanes en flor.
Dos charcos mojados de amor
ruegan noches de cariño.
El voqui⁶⁹ levanta un castillo
brotando de mis entrañas.
Una guerrilla de arañas
con mi sangre seca *di'uja*⁷⁰.
Redondos corros de brujas
a mi espectro acompañan.

En mi trenza anida un zorzal
pintor de frutas moradas.
Mis uñas desparramadas,
hundidas en el lodazal,
reencarnan en un zarzal
refugio de siete pequenes⁷¹.
A la sombra de los maitenes,
mi lengua se hizo cuncuna,
conjuro a la luz de luna,
pa' renacer en digüeñes⁷².

Primer lugar regional

La Unión

65 años

⁶⁸ Desd'el: arcaísmo, contracción de 'desde' y 'el', en desuso (nota de la edición).

⁶⁹ Voqui: planta nativa, arbusto trepador de rápido crecimiento, el cual también se puede cultivar de manera rastrera (nota de la edición).

⁷⁰ Di'uja: síncopa de 'dibuja' (nota de la edición)

⁷¹ Pequén: ave endémica, especie de lechuza de pequeña fisonomía (nota de la edición).

⁷² Digüeñe: hongo ascomicete naranja-blancuzco comestible endémico del centro-sur de Chile y las zonas de bosque nativo del sur de Chile (nota de la edición).

Profesor rural

Ramiro Norambuena Morales

Dedicado a todos mis colegas que se han sacrificado educando en los campos de Chile.

En tierra lafquenche se inicia mi camino,
respirando aire salino aprendí a vivir
soportando el viento puelche al amanecer
y ahogando mis pensamientos tenebrosos de pobreza.
En la vieja almohada que abrazó mis sueños
se templó el hombre que creció dentro de mí.

Mis pies soportaron la crujiente escarcha en el interminable invierno
y supieron de suaves caricias de la tibia arena del verano.
Cogí el aroma de las frutas otoñales
en un huerto abandonado.

Entonces, una mano rugosa dirigió mis primeros pasos
y una voz dulce impregnó con saberes
mi sangre alborotada de juventud:
"Sé humilde y laborioso,
al alba el hombre sabio amanece.
Sé paciente y constante, nada perdura para siempre".

Con mi morral repleto de tesoros aun infantes
salí a enfrentar la vida.
Mis pies húmedos y fríos no se detuvieron en mi marcha silenciosa,
y después de fundirme en la escuela de la vida
pude coger la herramienta más hermosa
que encontré en la escuela de los hombres.
Con ella he cultivado los campos del saber...
Seguí los pasos de Gabriela...

Hoy estoy aquí sembrando.
Tengo en mis manos la llave del conocimiento.
Intentaré con ella abrir la puerta de la cárcel más temible:
la ignorancia.
Espero que mi luz siga brillando como un faro lejano...
Ya me voy retirando,
me refugiaré como en las tardes de verano
cuando el sol inunde de rojizo intenso las aguas de mi infancia,
antes de irse a brillar en tierras lejanas...

Segundo lugar regional

Lago Ranco
55 años

La costa

Erwin Nettig Rosales

I

Muerdes las manzanas,
manantiales de tu sangre india
inundan las suaves costas.
El mar acaricia
la loma de tu estómago.

II

San Juan amanece.
Vuelan las gaviotas a ras de mar.
Tú subes a la micro
con las ciruelas en el bolso,
yo miro alejarse el fruto.

III

El universo descansa en la montaña
los pies descalzos ya danzaron,
en el *rewe*⁷³ están las huellas
borradas de las cicatrices anteriores.

Tercer lugar regional

Valdivia
57 años

⁷³ Rewe (o Rehue): tronco sagrado y escalonado donde la machi escala, ora y sana enfermos. También se le llama de esta forma a la pequeña agrupación de familias que ocupaban un mismo territorio y compartían el mismo rehue (nota de la edición).

Paso por la Patagonia

Andrea Aravena Canales

Hay un montón de fragmentos de nubes esparcidos por el cielo de la Patagonia,
 cielo que amanece y atardece en una misma hora.
 Cielo que enrojece, serpentea y escarcha enmudecido en absoluta complacencia con su paisaje.
 Bosquejo de pampas, ulular de los bosques añosos que envejecen al paso de sus habitantes...

Gauchos y rebaños,
 pescadores y lanchas;
 gauchos y caballos,
 mujeres con sus lanas,

hombres de mar con huesos de hielo cebando mate para calmar el frío que envuelve el cuerpo cubierto
 de manta y piel.

Es así, el tiempo que no se mide en las horas, sino en la jornada suficiente donde la luz acompañe y el viento y la lluvia y la nieve no detengan la fuerza sobrehumana que da la esperanza de un nuevo día y
 parar la olla⁷⁴.

Hay un montón de fragmentos de nubes haciendo poesía enrojecida.

Amaneciendo y atardeciendo...
 Se confunden las horas, los días, los meses...
 Los días son cortos y el frío es largo.

Los amaneceres en silencio,
 los atardeceres en sosiego.

Hay un montón de fragmentos de nubes señalando el cielo que cubre el paso del tiempo...

El agua, el viento, el cielo, el tiempo: cuando todo junto acompaña un solo momento.
 El ritmo y la vida suceden lento, mientras el agua caliente humea y el mate sigue siendo el mejor
 compañero.

Refugiados en el cobijo de algún fuego enceguecedor que recuerde el color del próximo día, donde
 quizás el cielo traicionero perdone la lluvia y así entregar claridad fundida en el mar.

Entre ñires⁷⁵ de otoño y el sol sumergido, se pinta el escenario fulguroso: luces del alba, destellos
 de estrellas aún asomadas, gotas de lluvia sonrojadas con la efímera presencia. Ráfagas violáceas se
 entremezclan de rayos naranjos, de oro y fuego, allí en el horizonte. Amanece y atardece en el agua:
 mar, lago, río, estero... que abundante intimida la presencia de quien se atreva a desafiar los parajes.
 Excepto en la pampa, donde los coironales son ejército de uniforme seco contrastando al cielo. Allí el
 agua asoma en lagunas escondidas entre los morros...

Su agua se calma y se transforma en el espejo del narciso paisaje a tu alrededor.

Primer lugar regional
 Puerto Montt
 33 años

⁷⁴ Parar la olla: expresión idiomática que significa "conseguir el sustento" (nota de la edición).

⁷⁵ Ñire: árbol caducifolio nativo del bosque andino patagónico (nota de la edición).

Mujer

María José Saffie Gatica

Se levanta mirando sus manos,
sus manos con grietas y uñas negras.

Manos que trabajan hace años
amasando la harina que desintegra
y ordeñando a la vaca con presión
en la punta del pezón.

Sus dedos están cansados,
son años de satisfacer necesidades de otros,
miradas de otros,
almuerzos y onces de otros.

Sus palmas han cargado maderas,
sus dedos han prendido fuegos,
fuegos para otros y fuegos para ella.

Creció trabajando *pa'* los patrones,
aprendió a leer también ahí
escuchando las tensiones,
y liberándose entre marzo y abril.
Su corazón agradece,
su mirada se cansa,
su cuerpo desvanece
y sus pies avanzan.

Veinte años ha trabajado para ellos,
familia santiaguina;
mujer abatida,
familia visitante,
mujer fundante.

No sabe poner un límite,
no sabe qué se permite,
y no sabe quién así la admite.

Cansada se acuesta y pregunta a su almohada
"¿qué quiero?"
Cierra los ojos forzada
porque ya es la madrugada.

Sabe que esa pregunta quedará sin responder,
años han pasado sin que existiera,
años pasarán sin comprender.

Segundo lugar regional
Frutillar
42 años

Clarita ojos de lluvia

Mario Fuentes Peralta

Clarita, niña de campo, ojitos de lluvia.
El viento se detiene en su pelo negro.
Clarita humilde, de los pies descalzos.

En la escuelita conocerá palabras
y leerá con una plumita de chucao⁷⁶;
será la mejor recitadora de poesías.

Clarita se casa alegre con un campesino
conocedor de las huellas, de los árboles,
un esposo labrador de canelos y pellines⁷⁷.

Después de la ordeña, saca agua del pozo.
La señora Clarita pica astillas para encender
los amaneceres antes que los gallos canten.

Siembra la huerta, reza para alejar el tizón,
con lluvia es la guiadora de la yunta de bueyes,
va por los surcos abriendo versos de tierra.

Prepara el mate con cedrón y yerba buena,
saca las papas grandes para mayos y milcaos.
En sus quesos y mantequilla hay lunas nuevas.

Escarmena y va hilando los vellones de lana,
teje las medias de lana que caminan senderos
apretadas en las ojotas de su marido leñador.

Visita a los parientes y enfermos lejanos,
llega a los velorios en el momento del rosario,
en silencio, con su manta ploma y pañuelo negro.

Apura el paso para llegar a su fogón,
a su techo de junquillos y piso de tierra.
Sirve la cena en platos de madera.

⁷⁶ Chucao: especie de ave endémica de los bosques templados del centro-sur de Chile (nota de la edición).

⁷⁷ Pellín: árbol de aspecto semejante al roble y cuya madera es muy sólida y resistente (nota de la edición).

Una mañana de enero, a los 81 años,
se cansa del dolor y camina lentamente
desde la huerta a la eterna inmensidad.

Deja su artesa con el pan de la angustia,
no preparará almuerzo para los parientes
que llegarán con el rocío de la mañana.

Clarita es la niña cantando y jugando
con las últimas flores de altos ulmos,
con las quilas⁷⁸ y los monitos de monte.

Estás entre las hilanderas, tejedoras, huerteras,
sacadoras de papas, ordeñadoras y rezadoras.
Clarita ojitos de lluvia, canto de los riachuelos.

Tercer lugar regional

Osorno

57 años

⁷⁸ Quila: planta gramínea de la misma subfamilia del bambú que crece en la región biológica de la selva valdiviana (nota de la edición).

El hombre puede ser hombre

Rodrigo Espinoza Rojas

Cuando me tocó nacer,
se asombró hasta la doctora.
Todo lo que soy ahora
lo tuve que recoger.
Me dieron en San Javier
la columna vertebral,
huesos de tierra y de cal
obtuve por San Rosendo,
de a poquito fui creciendo
como tronco de Nogal.

En Talca de unos durmientes
tallé mis brazos y piernas.
Constitución y su eterna
mar de nácar me hizo dientes.
En Limarí del torrente
obtuve la sangre y el hierro,
a la isla Mocha me aferro
en la búsqueda de un alma
para así vivir en calma
como la piedra del cerro.

Vendimiando obtuve en Santa
Cruz la piel con que palpo,
luego los cerros de Valpo
me entregaron la garganta.
El mar de Quintay me implanta
ojos para que me asombre,
cuando el Maule me da un nombre
dejo de ser espejismo;
en la hondura de sí mismo
el hombre puede ser hombre.

Tortel y la carretera
austral forjaron mi lomo
y subí hasta el cerro el plomo
buscando una calavera.
En Mehuín la cordillera
de la costa me dio el pecho,
robé la gracia a un helecho
en la Araucanía azul
para ser como el huemul
cuando camina derecho.

Busco un pensamiento claro
como el cielo de Atacama,
la valentía que ama
como el pueblo de Lautaro.
Soy todo lo que dejaron
y el sentir que existe aquí
todo lo que recibí
lo guardaré mientras pueda
en mi corazón de greda
negra de Quinchamalí.

Primer lugar regional

Tortel
30 años

El leñador

Erik Varas Manríquez

El origen de la humanidad
es con el fuego;
nutrir esa hoguera
necesita leñadores,
el oficio difunto
de leer vetas indescifrables,
signo y resistencia del bosque caído
por hoscas manos de hacheros.

Cortezas, alburas⁷⁹, duramen⁸⁰,
fragancias, anídales y años
reconoce adentro
de miles de árboles volteados
solo quién los tañe.
Un buen leñador derruye con zumbido fino el hacha.
Se reiteran leño y leñador
como dos enamorados acercándose al final.

Segundo lugar regional

Cisnes
44 años

⁷⁹ Albura: defecto que tiene la madera cuando su textura es más floja en alguna de las capas de su crecimiento anual (nota de la edición).

⁸⁰ Duramen: leño biológicamente inactivo, con funciones de sostén, que ocupa la porción central del tronco entre la médula y la albura. Generalmente es de estructura más compacta y de coloración más oscura que la albura (nota de la edición).

El campo aisenino

Victoria Moreno Sprovera

Les regalo acá unos versos
sobre bello territorio
que de agua es reservorio
con paisajes muy diversos.
Sus pobladores dispersos
desde el mar hasta la pampa
van dejando dura estampa
en la tierra que los cría
trabajando noche y día
sin importar si escampa.

En este lugar lejano,
vi cruzar vacas a nado
en un río lado a lado
arreadas por los baqueanos.
La destreza del humano
en la panga⁸¹ con su lazo
va pintando un bello trazo
con el verde del Palena
que observar vale la pena
por eso aletargo el paso.

En la tierra *pal* plantío
se siembran papas y ajos,
con semillas no hay relajos,
hay que proteger del frío.
Es tremendo desafío
germinar una lechuga.
En el campo se apechuga
con escarcha o ventolera,
siempre se haya la manera:
¡le va bien al que madruga!

⁸¹ Panga: bote pequeño (nota de la edición).

Al lado de la cocina
la familia toma mate,
algún tema se debate
mientras se amasa la harina
para con la grasa ovina
freír ricas sopaipillas
que se irán con la tropilla
por la mañana temprano
hasta que llegue el verano
pa' cruzar de la otra orilla.

Esta región se ha forjado
por el esfuerzo de gente
con trabajos exigentes,
como lo es criar ganado
en un clima complicado
donde el pasto se congela
con el hielo que se cuele
entre la piel y el hueso,
aunque el traje sea grueso
y tejido por tu abuela.

Para cerrar sólo digo
que sin campo no hay comida
en la mesa bien servida
de tu prima o de tu amigo,
y que he sido yo testigo
del trabajo esforzado
tras un plato de estofado
con ensalada 'e cebolla
porque el que *para la olla*⁸²
la gota gorda ha sudado.

Tercer lugar regional
Coyhaique
39 años

⁸² Parar la olla: expresión idiomática que significa "conseguir el sustento" (nota de la edición).

Cantándole a un angelito

Francisco Abarzúa Lagos

Cantándole a un angelito
cerca de la amanecida
vi en su muerte mi vida
desde un rincón infinito.

Muy arriba en mi comuna,
la tierra de las castañas,
muy cerca de la montaña
pasamos la noche en luna.
Qué grande fue mi fortuna
cuando él me dijo "lo invito,
con mi instrumento y escritos
a esa bella tradición";
y lloró mi guitarrón
cantándole a un angelito.

Soñé yo con esa meta
que podría un día alcanzar,
creo me vino a ayudar
esa noche la Violeta.
Cantamos a lo poeta
junto a velas encendidas,
la familia reunida
siguió nuestro repertorio;
y finalizó el velorio
cerca de la amanecida.

Del corral de las ovejas
llegó un llanto lastimero,
alguien dijo "es el cordero
que presente que lo deja".
También lloraban las tejas
por esta triste partida
al ver a esa madre herida
llorando a su criatura;
y mirando a las alturas
vi en su muerte mi vida.

Como la noche era helada
se encendieron tres braceros,
no amainaba el aguacero
al llegar la madrugada.

A la hora señalada
apareció el padrecito,
imploraba con sus ritos
al creador celestial;
seguía el ceremonial
desde un rincón infinito.

Se ordena la despedida,
la despedida se ordena:
Alegría abrazó a Pena
y Pena abrazó a Alegría.
No olvido yo aquel día,
aquel día yo no olvido
que a mi canto dio sentido,
que dio sentido a mi canto;
en ese dolido llanto
en ese llanto dolido.

Primer lugar regional

Punta Arenas

75 años

Entre viento, frío y coirón

Claudia Paredes Navarro

A mi padre, quien eligió esta hermosa tierra para criarnos.

Sin ser símbolo es emblema,
una bandera, baile y canción.
Un campesino típico...
pero que nace del viento, frío y coirón⁸³.

Su coraje madrugador
amansa a la estepa cruda,
pero siempre acompañado
de su perro, lana y furia.

No necesita mención ni retrato,
solo boina, pañuelo y botas
que lo distinguen a lo lejos
en esta tierra aislada e incógnita.

No es solo el arriero, es el ovejero,
domador y esquilador.
Es el gaucho que impone su silbido
entre hielo, junco⁸⁴ y petricor⁸⁵.

Si los ves perdido del rebaño,
hazle una buena gauchada,
ofrécele un mate amargo y
una mano de truco⁸⁶ con harina tostada.

Finalmente, encontrará su destino,
donde el caballo grabó sus pisadas
y siguiendo la escarcha oscura
que lo guía hacia la austral morada.

Segundo lugar regional
Punta Arenas
36 años

⁸³ Coirón: pastizal de altura media y baja típico de la estepa magallánica (nota del autor).

⁸⁴ Junco: pastizal duro y alto ubicado en las zonas más húmedas de la Patagonia (nota del autor).

⁸⁵ Petricor: olor que emana de la tierra mojada tras la lluvia (nota del autor).

⁸⁶ Truco: juego de naipes españoles, que consiste en mentir y desafiar al oponente (nota del autor).

Pongo mi esperanza en una semilla vieja

Leonardo Gutiérrez

Siento una brisa fresca
mientras por mi cuello
caen gotas de sudor,
un bálsamo suave y tierno
que llega justo a tiempo
en aquella tarde de calor.

El polvo me ciega los ojos
cuando el arado avanza.
Detrás de mi corcel
yo con mi puño firme
pasando sobre los rastros
de los sacrificios del ayer.

Campo de mi querer,
campo de mi amargura,
lo quiero más que a la luna
y cuando el sol llega a mi siembra
más me enamoro de él.

En una semilla vieja
pongo mi esperanza,
en mi espalda maltratada
pongo mi poder
para que el fruto de añoranza
sea mi riqueza
todos los veranos, una y otra vez.

Las plantas ya florecen
a los rayos del sol,
la tierra se estremece
con la floración,
los frutos ya amanecen
mengando mi dolor.

Campo de mi querer,
campo de mi amargura,
lo quiero más que a la luna
y cuando el sol llega a mi siembra
más me enamoro de él.

Tercer lugar regional

Natales
49 años

FUCOA 2022



Categoría Cuento Menor

Cuentos escritos por niños, niñas
y jóvenes menores de 14 años



JURADO NACIONAL CATEGORÍA CUENTO MENOR

ESTEBAN CABEZAS

Periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibbby Chile).

ZOILA DÍAZ

Educadora de párvulos y se desempeña actualmente como profesional del departamento de Educación Rural de la división de Educación General del Ministerio de Educación.

JOSEFINA HEPP

Agrónoma, máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad, siendo el foco de sus investigaciones la flora nativa. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como *La época de las semillas*, *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* y *Auxilio, socorro*. Historia de un malentendido, que escribió junto a su padre.

FRANCISCA VOGT

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Edición de la Universidad Diego Portales. Directora Ejecutiva de Fundación Teraike, institución dedicada a apoyar la educación en la región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Es escritora de cuentos infantiles y ha publicado cuatro libros: *Cómo Noel se convirtió en el Viejo Pascuero*, *Animales chilenos con cuento*, *Te cuento la Patagonia* y *Mañke*.

MARÍA JOSÉ FERRADA

Periodista y máster en Estudios de Asia y Pacífico. Autora de libros para adultos y numerosos libros de literatura infantil y juvenil. Ha sido galardonada con varios premios, entre ellos el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, que reconoció su trayectoria. Entre sus novelas infantiles destacan *Niños*, *La tristeza de las cosas*, *El bolso*. Su última publicación fue un libro de no ficción para adultos llamado *Diario de Japón*.



PALABRAS DEL JURADO
CATEGORÍA CUENTO MENOR

A veces nos olvidamos de que no todo está en internet. Que hay historia e historias realmente únicas guardadas en otras memorias, unas que se mueven y respiran cerca nuestro. Unas que se miden en décadas y no en gigas y que son el objeto —y también los sujetos implícitos—, de estas historias. Relatos que se ubican a veces en mapas ya inexistentes, leyendas modeladas por la repetición, vidas mínimas que se hacen mayúsculas al ser escuchadas y luego registradas.

Muchos de estos relatos son como el mate: amargos y dulces, o indisolublemente ambos. Hay olor a arena o a sotobosque, dependiendo de qué extremo de Chile sea el habitado. Hay tierra y hay mar, hay cruda realidad o franca fantasía. Hay un recorrido que ofrece esta selección, un verdadero *collage* de recuerdos que como jurado tuvimos la misión de unir con nuestra selección. Un verdadero privilegio este, el de acceder a unas memorias realmente únicas.

Esteban Cabezas
Presidente del jurado

Mi abuelo buzo escafandra

Ignacia Oyarzo Vargas

Había una vez un señor que nació en una hermosa isla llamada Melinka. Él era una persona muy trabajadora. Empezó a trabajar a los 20 años en un trabajo muy especial que se llamaba buzo escafandra. Así es, él trabajaba de buzo escafandra, navegaba por todo el archipiélago de las Guaitecas, y cuando se iba a faena se iba por más de tres meses. Era muy extrañado por su familia y más por su hija llamada Danisa, pues ella lo llamaba todos los días por radio para ver cómo estaba su papá. Él siempre decía que estaba bien a pesar de que estaba todos los días muy cansado por el enorme peso que tenía que cargar en su cuerpo.

Aquí en la isla, o en cualquier otro lugar, no hay muchos buzos escafandra, bueno... de hecho no hay... hace mucho tiempo que ya desapareció, y hace mucho tiempo que tenía la duda de cómo era la faena y cómo se utilizaba ese traje que se usaba en las profundidades del mar.

Entonces un día decidí levantarme temprano, como a las siete de la mañana, porque a esa hora mi abuelo ya tiene fuego, está con su mate amargo atrás de su cocina y la radio tocando a todo volumen; nuestra radio, La voz del ciprés que programa puras rancheras. Llegué despacito, haciéndome la chistosa, pero casi maté a mi abuelo de un infarto, aparecí de la nada y no le gustó mucho la broma. Me senté y le dije:

—Abuelo, ¿me puedes contar cómo se usaba el traje que tienes en tu bodega que es muy parecido al de un astronauta?

Se rió y me dijo:

—Te explico hijita: el buzo escafandra se ponía un montón de ropa, por ejemplo; dos pantalones y tres pares de medias de lana, dos o tres jerséis también de lana y después se ponía el traje, protegía mucho del frío, sólo se sentía el frío en las manos, pero el traje era muy pesado. El asistente de buzo lo ayudaba a ponerse el traje, usaba jabón hervido, se hacía como una pasta y eso servía para hacer pasar el puño del traje, porque era muy duro y apretado, después se ponía la coraza, luego las placas, le ponían doce pernos a la coraza y después venían las mariposas, estas se apretaban con una llave. Le ponían los zapatos, luego la plomada, que nosotros le decíamos el escapulario, ese pesaba alrededor de treinta kilos. Una vez listo el buzo escafandra, con su guadaña en una mano y en la otra un *palde*¹, se ponía en posición, el asistente lo ayudaba a sacar una pierna afuera y bajar del bote. Al terminar la faena nuevamente el asistente lo ayudaba a quitarse el traje. La verdad era imposible sacarse el traje solo.

—Abuelo, ¿qué mariscos sacaban del agua?

—En esos años la cholga no era abundante como ahora, por eso nos íbamos mucho tiempo a faena, generalmente por tres meses. La vida en ese tiempo era muy difícil y sacrificada, además todo nuestro trabajo lo manejaba el patrón, contando lo que llevábamos, pero siempre quedábamos debiendo, la verdad es que nuestro trabajo era muy mal pagado. Muchos de mis compañeros perdieron la vida en esas faenas, muchos de ellos murieron buceando...

¹ Palde: utensilio para mariscar (nota de la edición).

Mi abuelo miró a través de la ventana hacia el horizonte.

—Abuelo, ¿cómo hacían sus casas?

—Lo primero que hacíamos al llegar a la isla era el rancho, se cortaban palos, el canutillo, goque para amarrar los palos, porque no se usaban clavos, se enterraban en la tierra y se construía el hogar donde íbamos a pasar tres meses. Le llamábamos rancho. A veces igual se usaba el aparejo de la chalupa a vela para tapar de mejor manera el rancho y que quedara más abrigadito. Luego buscábamos la leña para la fogata y el agua, y después que teníamos todo listo pensábamos en el primer día de trabajo. Al día siguiente nos íbamos a sacar la cholga para poder tener trabajo en tierra. Esto significaba cocer la cholga en tambores, luego desconcharlas, ahumarlas y luego ensartarlas en hebras de junquillo, para luego hacerlas paquetes. Después le entregábamos 1.500 paquetes al hombre que nos habilitaba de mercadería, no gastábamos en combustible porque en ese entonces sólo usábamos chalupa a vela y a remo. Lo curioso de todo esto, es que siempre quedábamos debiendo.

—Abuelo, cuando desapareció el traje de escafandra, ¿en qué trabajaste?

—Seguí trabajando de buzo. En la década de los 70 en los mercados empezaron a verse los trajes de buzo foca o más conocidos como buzo rana, lo cual provocó la desaparición rápida de los buzos escafandra, pues no era tan diferente. Igual era un trabajo en el mar, solo que con un traje diferente, más ligero, liviano; era fácil de usar. Podía vestirme solo, claro que teníamos que usar plomo para poder irnos a pique, sino flotábamos en la superficie. Seguí trabajando hasta que ya no pude más con la edad, ya era mayor y no podía trabajar como antes, así que decidí terminar con todo y volver a casa con mi familia que siempre me esperaba con los brazos abiertos.

—Gracias abuelito, te *quieroooo*, ahora me voy a mi casa y escribiré tu linda historia y la enviaré al concurso Historias de Nuestra Tierra.

En la actualidad todos lo conocen, es un hombre muy honorable, uno de los pocos hombres vivos que ha sido buzo escafandra.

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Aysén

Guaitecas

12 años

El primer incendio

Antonia Varela Carvajal

No había fuego cuando se creó el mundo. La gente animal era fría y solo el Trueno y el Relámpago vivían en el cielo y juntos tenían el fuego. Un día, sucedió que el Trueno le pidió al Relámpago que pusiera fuego en la parte inferior de un árbol hueco sobre una gran montaña.

La gente animal vio esta bola roja con naranja que brillaba y crecía desde lo lejos y que emanaba calor y quisieron obtenerla. Así, decidieron obtener el fuego cruzando el agua de un río que estaba a los pies de la montaña.

El gran cóndor tenía un hermoso color blanco, tanto así que ningún otro ser vivo podía mirarlo por mucho tiempo, ya que los ojos dolían del resplandor; y como poseía grandes alas preguntó si podía ir a buscar el fuego, ya que podía volar. Lo hizo y en el cielo relucía su cuerpo cubierto de plumas mientras volaba. Llegó a la cima de la montaña y sus plumas se quemaron por el calor de las llamas y se volvió negro, excepto su cuello que no fue alcanzado por las brasas y por eso sus hijos y los hijos de sus hijos son de color negro hoy.

El *wank'u*² pidió ir a ayudar a la gente animal trayendo el calor. Corrió con sus pequeñas patas hasta la montaña dando saltos, y cuando miró el fuego de cerca se quemó los ojos. Desde entonces sus ojos están rojos.

La *wallata*³ y la *parina*⁴ pidieron ir a buscar el fuego y dijeron que no fallarían porque irían juntas. Pero el humo caliente quemó las patas del ave más grande y las dejó por siempre rosadas, y la *wallata* fue alcanzada por las brasas en las puntas de sus alas y por eso se oscurecieron. Ya casi sin esperanzas fue el turno de la serpiente, Amaru, quien nadó a través del agua y subió la montaña, pero el calor incendió las hierbas del lugar y se adhirieron a su piel volviéndose verde.

Finalmente, la lagartija dijo que iría y que podría rodear el agua y llegar al lugar y traer el preciado fuego. Los demás animales le preguntaron cómo traería todo ese calor sin quemarse como los demás y ella dijo que pondría una piedra en su espalda y sobre ella un trozo de llareta seca para cargar la bola roja y caliente de regreso. Caminó lentamente, rodeó el agua, trepó la montaña y puso un pequeño trozo de llareta que ardía por el fuego en su espalda, sobre la piedra, como había dicho... Y regresó.

Así es como la gente animal pudo sobrevivir a las largas y heladas noches en el altiplano, y la lagartija camina cerca de las piedras aún, por si necesita cargar una en su espalda y ayudar a los suyos.

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Tarapacá

Alto Hospicio

14 años

² Wank'u: conejo (nota del autor).

³ Wallata: ave del altiplano similar a la gaviota (nota del autor).

⁴ Parina: flamenco (nota del autor).

Mi abuelo Vicente y su chalupón⁵ Mar Bella Luisa

Kevin Barría Bahamonde

Don Vicente Barría es un hombre simpático de unos setenta años, que con la claridad de sus ojos celestes como el golfo de Corcovado, recuerda sus andanzas en el mar. Él es mi abuelo paterno y se voltea orgulloso a contarme historias antiguas sobre sus viajes en chalupones chilotes. Hace un tiempo me contó la historia de la vez que naufragó junto a su chalupón en la isla Talcán⁶ en compañía de mi tío Rodrigo y que allí se quedaron haciendo *quelcún*⁷ durante una semana más o menos. Me pregunto, ¿quién podría llevar la contabilidad de los días cuando estás varado como ballena en una playa que no es de tu isla?

Con la vista fija en un horizonte imaginario, mi abuelito comienza su relato.

Me cuenta que hace un tiempo con mi tío Loly fueron a un sector de la isla Talcán llamada Las Cabras a cortar leña para luego venderla en Achao. Se emocionaron tanto en el monte cortando buenos palos que el chalupón logró vararse en la playa, y no se dieron cuenta de que había mareas de repunte⁸, las que causan que, en cada crecida de mar vaya mermando el nivel del mar por una semana, hasta que haya un nuevo cambio de ciclo lunar.

Con la embarcación varada y sin esperanzas de poder salir por una semana, comenzaron a buscar alojamiento donde los vecinos de la isla Talcán, quienes durante esa primera noche les dieron algo de comer y un rincón seco y limpio donde dormir. A la mañana siguiente se levantaron al primer canto del gallo y desayunaron como reyes, pero no podían aprovecharse de la hospitalidad de estos buenos vecinos ni aburrirlos con tanta petición, pues el buen ánimo y la paciencia no crecen en el monte, así que hay que cuidarlos. Acto seguido, bajaron a su embarcación y trataron de empujarla, pero era una tarea difícil, ya que era una embarcación completamente de madera de doce metros muy pesada, no había mucho que hacer... Dieron otra mirada al horizonte y se conformaron que estarían un largo rato en esa playa.

Durante los siguientes días, durmieron e hicieron vida dentro del chalupón, ya que los chalupones contaban con cueros de ovejas para poder dormir y un bracero para cocinar. Pescaron y mariscaron, porque era tiempo de mareas y como tenían harta leña hicieron fogatas alrededor de la embarcación. A pesar de comer pescados y mariscos constantemente, no lograban aplacar las ansias por otros alimentos que sus cuerpos necesitaban, por lo tanto, fueron días de sufrimiento en el tema de la alimentación.

Cuando ya habían transcurrido tres a cuatro días pidieron ayuda a otras personas de la isla, suplicaron a los vecinos que les ayudaran con sus bueyes, ya que el mar no llegaba tan de prisa para flotar el chalupón y necesitaban volver a su isla, a su casa, a isla Chuit⁹.

⁵ Chalupón: antigua embarcación chilota sin motor, impulsada por el viento en las velas y los remos en situación de mar calma (nota del autor).

⁶ Talcán: nombre de isla que deriva del mapudungun *tralkan*, que significa trueno (nota del autor).

⁷ Quelcún: situación de espera para hacerse a la mar por mal tiempo, naufragio u otros problemas de embarcaciones (nota del autor).

⁸ Mareas de repunte: ciclos de mareas que van desde la luna llena hasta el ciclo de luna nueva (nota del autor).

⁹ Chuit: nombre de isla en lengua chona, sin significado conocido (nota del autor).

Para bajar su embarcación tuvieron que cortar varales, palos más largos y derechos del bosque, de canelos o de otros tipos de maderas. Consiguieron que cuatro vecinos les prestaran cuatro yuntas y a fuerza de buey pudieron reflotar el chalupón, eso sí, hubo que sacar toda la carga para que no estuviese tan pesado al ser arrastrado, y después de tener la embarcación a flote, nuevamente cargarlo con ayuda de los botes auxiliares... Dicen que *"el flojo trabaja doble"*, pero en esta ocasión trabajaron doble por descuido.

No hubo festejo al flotar la Mar Bella Luisa. En gratitud prometieron llevar un chanco faenado en otra ocasión para agradecer la ayuda desinteresada de esos vecinos isleños, ya que, sin su ayuda y sus bueyes, hubiese sido imposible sacar el chalupón del arenal.

Al llegar a la isla Chuit les contaron a sus familias las anécdotas que les había tocado vivir dentro de la isla Talcán, y entre risas y carcajadas recordaban las peripecias y aventuras de estos dos chuitanos leñeros, varados como ballenas y a su suerte, quienes luego de comer y descansar como Dios manda, iniciaron un viaje a Achao a vender la leña que tanto trabajo les había costado cortar, acarrear y flotar.

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional
Región de Los Lagos
Chaitén
14 años

Desde Haití hasta Quemchi, la aventura de Walna

Florencia Ibacache Lucero

W alna, de siete años, llegó hace unos meses a Chile junto a su familia de nacionalidad haitiana. Desde Santiago comenzaron su travesía hacia una isla frente a Quemchi, en la Isla Grande de Chiloé, ubicada en la Región de Los Lagos, con la esperanza de encontrar un trabajo. Al llegar a la isla una pequeña habitación fue su refugio en las heladas noches de invierno; sin embargo, sus ganas de salir adelante eran más grandes. Su papá Michel y su mamá Dachna comenzaron a trabajar en la lechería del pueblo.

Walna tuvo que matricularse en un colegio para comenzar su enseñanza, su única alternativa era viajar a la isla de Chiloé. Desde entonces, se levanta muy temprano para tomar la lancha que la lleva hasta su escuela. Después de dos horas de viaje llega a su escuela, allí su profesora la espera cada día para comenzar las clases; sin duda es un gran sacrificio, pero sus ganas de aprender son más grandes. Fue allí donde Walna conoció a Isabella, quien recuerda haberla visto muy tímida, callada y solitaria.

Durante el recreo, los nuevos compañeros de Walna la miraban de una manera extraña y hacían comentarios sobre su color de piel. Uno de los niños, Juanito, quien era el más travieso del curso, se burló de ella gritándole "negra", ya que su padre así llamaba a sus vecinos y vecinas de piel morena.

Walna, muy apenada por el comentario que había realizado su compañero Juanito, se escondió en un rincón del patio, tenía sus ojos llorosos y la mirada perdida. Fue en ese momento cuando Isabella decidió acercarse al lado de Walna para ofrecerle su amistad.

Isabella le dijo:

—No te pongas triste, hablemos con la profesora para que esto no vuelva a ocurrir.

Walna le contó a Isabella y a su maestra sobre sus miedos, comentándoles que su familia había sido discriminada en el país donde vivía antes. Walna les relató que al llegar a la isla, sus vecinos y vecinas les gritaban "negros", "cochinos", "hediondos" y a su papá con su mamá los culpaban de quitarles el trabajo.

Debido a lo comentado por Walna a su maestra y su amiga, es que la profesora decidió hablarles a sus pequeños y pequeñas estudiantes sobre el respeto a todas las personas, para que los niños y niñas no volvieran a burlarse de su compañera.

Un día, Juanito se tropezó al entrar al salón de clases. Al caerse, todos sus compañeros y compañeras se burlaron de él, pero Walna se levantó de su puesto y lo ayudó a pararse, ya que se había doblado su pie y no podía hacerlo solo.

Desde ese momento, Juanito entendió lo que se sentía que sus compañeros y compañeras se rieran de una persona y, arrepentido de su actitud con Walna, al día siguiente al llegar al colegio, se paró frente a todos y todas en la sala de clases y le pidió disculpas a Walna por haberse burlado de ella.

Aquel día los niños y niñas comprendieron todo lo que les había dicho su profesora del respeto a las personas, de que no se deben burlar de nadie por su color de piel, ya que todos y todas son diferentes, merecen consideración y ser felices.

A partir de entonces, los compañeros y compañeras de Walna comenzaron a invitarla a jugar en los recreos y a incluirla en las actividades grupales. Es así como Walna se sintió feliz y les enseñó a sus amigos y amigas cosas interesantes de su país.

Premio especial migrantes

Región de Valparaíso

San Felipe

8 años

La puerta entre dos mundos

Sebastián Ávalos

Había una vez una pequeña tribu llamada *Ckoiba h'aiti*, la cual vivía en un páramo desértico con un gran socavón vacío. Ellos hacían sus casas bajo tierra, en donde vivían muchas familias con niños y niñas muy felices y en paz. Eran un pueblo muy pasivo, no cazaban animales, sino que los domesticaban, ya que con ayuda del dios del sol y la luz divina, *Ckapin Ckapur*, y la diosa de la luna y las estrellas, *Cahmor Ckoirama* podían hacer un trato mágico con los animales sagrados; al jurarles lealtad, ellos les daban lo que necesitaban a manos llenas a la gente del pueblo.

Estos dioses eran hermanos muy queridos, unidos y siempre estaban pendientes de su amado pueblo. *Ckapin Ckapur* les daba luz divina para sus cosechas, y su hermana les daba las mejores vistas de estrellas y constelaciones durante la noche, además de fuego para combatir el frío del desierto.

Dentro del pueblo había una pequeña niña llamada *Ckepi haalar*, que era la más hermosa. Tenía la piel tostada, como promesa de continente moreno; sus ojos verde grises reflejaban todo como un espejo y su cabello eterno, negro como la noche, que *Cahmor Ckoirama* iluminaba con estrellas.

Un día la niña decidió hablar con la diosa y le pidió un deseo a cambio de tomar cinco años de su vida. Le pidió que llenara de agua el socavón que estaba a unos metros de la aldea con la misma tonalidad de sus ojos relucientes como espejo.

A los días después, *Cahmor Ckoirama* decide hablar con *Ckapin Ckapur* sobre la petición, dispusieron poner en marcha el deseo. Ascendieron al cielo y mientras *Cahmor Ckoirama* llenaba de agua el socavón, *Ckapin Ckapur* reflejaba su hermosa luz divina en ella produciendo un hermoso suceso, el cual los habitantes llamaron *Inca Coya* (eclipse). Mientras tanto, *Cahmor Ckoirama* terminaba de llenar el socavón.

De repente, algo salió realmente mal, *Cahmor Ckoirama* se quedó sin energía y cayó directamente al socavón desapareciendo. En la desesperación, *Ckapin Ckapur* se tiró sin pensarlo a lo que se había convertido en una hermosa laguna, que parecía un divino espejo que reflejaba todo el cielo con las hermosas estrellas y constelaciones que guiaban el camino del Inca.

Se dice que *Ckapin Ckapur* buscó hasta el infinito de la laguna, pero que nunca más encontró a *Cahmor Ckoirama*. Al tiempo después, durante una noche, los habitantes se percataron de que en el hermoso reflejo nocturno se podía observar a la diosa, por lo que los habitantes asumieron que la laguna tenía un enorme poder divino y que sus dioses *Cahmor Ckoirama* y *Ckapin Ckapur* quedaron atrapados en distintos mundos y lo único que los unía era esta hermosa puerta sagrada.

El pueblo desapareció tras la partida de sus dioses, pero al irse dejaron un hermoso grabado en piedra que hasta el día de hoy dice:

"Esta es la hermosa Inca Coya, puerta sin fondo sagrada que une dos mundos y separó a dos hermanos. De día verán al poderoso dios Ckapin Ckapur buscando a su querida hermana, mientras en la noche podrás ver a Cahmor Ckoirama, que quedó atrapada en el otro mundo de la laguna".

Se dice, entre los susurros del viento, que después del grabado, los pobladores de *Ckoiba h'aiti* decidieron lanzarse a la laguna en busca de sus dioses, excepto *Ckepi haalar* que ascendió por la laguna y, antes de salir a flote, se encontró a *Cahmor Ckoirama*. Ella les sonrió a sus ojos verde grises y le devolvió sus cinco años de vida.

Premio especial pueblos originarios

Región de Antofagasta

Calama

14 años

Croando una *tarka*¹⁰

Félix Lizana Paredes

Nadábamos, saltábamos y croábamos felices en un río cerca del pueblo de Visviri, hasta que escuchamos las plegarias del *Yatiri*¹¹, que apareció con varios instrumentos musicales. Sorprendidos, nos escondimos entre las piedras, observamos la ofrenda a las deidades y nosotros, los *jamp'atu*¹², respondimos a sus ruegos. No sé si es verdad, pero dicen que los instrumentos se vuelven mágicos cuando los *jamp'atunaka*¹³ croamos alrededor, así les entregamos parte de nuestro espíritu, llamamos a la lluvia con el canto y ellos con su *tarka*.

Un día a la deidad de la luna le rogué estar en las fiestas junto a los que tocan sin cesar, *Phaxsi*¹⁴ vio mi tristeza y me dio permiso para cambiar. Desperté en la mañana y no sabía caminar. Un *Yatiri* me abrigó y me dijo:

—Yo sé qué eres, pero te voy a enseñar a tocar la *tarka*. Sólo tienes una semana antes de volver a la realidad.

Y todas las tardes me enseñaba; en las mañanas pasteábamos, en las noches croaba con mis hermanas, no obstante, ellas se iban lejos, porque no reconocían mi cantar... Unas llamas y alpacas se reían sin cesar. Me fui a la casa del *Yatiri* y le conté todo mi pesar. Juntos cantamos sobre tradiciones y costumbres, aprendiendo cada movimiento de esa hermosa melodía. No quería que llegara el séptimo día...

El *Yatiri* me contó historias, me habló de su familia, me dijo que todos se fueron a la ciudad por mejores oportunidades y que su mujer murió hace unos años con la aparición de un virus infernal. Tocamos por su *warmi*¹⁵, tocamos por sus hijos, tocamos por mis amigos. Apareció una bebida y otra y ya no supimos de nosotros. Amaneció, un día menos, y *Phaxsi* me llevaría pronto a cantar en los bofedales junto a mis hermanas, pero quería aprender más... Las noches eran muy divertidas junto al viejo hombre sabio, sin embargo, creo que estaba muy solo.

Antes de llegar al último día me llevó a tocar con músicos, donde celebraron las *k'illpa*¹⁶. Se veían tan bonitas las alpacas y llamas con esas lanas de colores en sus orejas. Bailé, canté y conocí a varias personas. Mi amigo el *Yatiri* disfrutó tanto que en la noche muy alegremente se durmió. Toqué toda la noche en su recuerdo. Al día siguiente la gente lloró, bailó, comió, cantó y tocaron los músicos por varios días en memoria del viejo sabio.

¹⁰ *Tarka* o *tarca*: voz aymara. Instrumento de viento originario de los Andes, hecho de madera, con 6 orificios para los dedos y un orificio extra en la parte inferior (nota de la edición).

¹¹ *Yatiri* o *yatire*: sabio en la cultura andina (nota de la edición).

¹² *Jamp'atu*: sapo en lengua quechua (nota de la edición).

¹³ *Jamp'atunaka*: plural de *jamp'atu* en lengua quechua (nota de la edición).

¹⁴ *Phaxsi*: luna en lengua aymara (nota de la edición).

¹⁵ *Warmi*: mujer en lengua quechua (nota de la edición).

¹⁶ *K'illpa*: ritual de marcación de animales en el Altiplano andino (nota de la edición).

Llegó mi día final. En la lluvia de la primavera volví a mi esencia. Me fui saltando y nadé en el riachuelo... Feliz de ver a mis hermanas. Cada vez que cantan los músicos y suenan sus *tarkas* voy saltando a croar para que el viejo sabio vea, en donde esté, que aprendí todo lo que me enseñó y que respeto sus costumbres con todo mi corazón. Y croando una *tarka* me voy...

Primer lugar regional

Arica
14 años

Cuento de choclos

Nickolas Jamett Vaure

Había una vez un niño súper pobre, que todos los días comía choclo, hasta que un día se cansó de comerlo, por lo que le reclamó a su madre. Esta no tuvo opción más que echarlo.

El niño se quedó en la calle e intentó buscar una solución para dejar de ser pobre y sólo tuvo una idea, que no le gustaba: vender choclos... Porque en ese tiempo lo más barato eran los choclos. Pensó y pensó: "¿Cómo puedo vender?". Se las ingenió para conseguir un choclo. Sacó cosas de la basura, ketchup, mayo y mostaza. El niño bañó el choclo en esas combinaciones, y lo puso en venta a 1.500 pesos.

Estuvo esperando a que se lo compraran, así pasaron diez minutos, luego quince, hasta que un hombre se decidió a comprarle el choclo. Lo probó y ¡LE GUSTÓ! El niño estaba tan feliz que fue a comprar más choclos para seguir vendiendo.

Empezó vendiendo dos, luego cuatro, luego diez, hasta que un millonario le ofreció pagarle todos los gastos a cambio de trabajar en algo llamado ¿Festival del Choclo? El niño intentó investigar qué era eso hasta que encontró un periódico. Lo estaba leyendo y en eso se topó con su mamá. Ella le empezó a pedir perdón por todo lo que había hecho y él la perdonó.

Después de eso, continuó leyendo qué era el Festival del Choclo y se dio cuenta que era un lugar donde vendían empanadas, choclos y varias cosas más. Al niño le gustó la idea, pero tenía un problema, estaba muy lejos del lugar. Buscó personas que lo pudieran llevar al festival, buscó y buscó, hasta que encontró una persona que podía, pero quería algo a cambio. Que le diera *cien lucas*¹⁷; el niño no tuvo opción y aceptó, y así fue al Festival del Choclo. Vendió y vendió choclos como nunca. Así decidió construir una humilde casa un poco más lejos del festival para seguir vendiendo choclos. Pagó todo lo que tenía que pagar, se llevó a vivir a su mamá a la casa, mientras iba a estudiar y vendía choclos todos los días.

Creció y cumplió dieciocho años, por lo que decidió comprar un terreno en Arica para hacer su puesto para vender choclos y le fue bien. Como le fue bien hizo otro y otro, salió hasta en los periódicos. Ya todas las personas que lo conocían lo llamaban el Señor de los choclos, y gracias a los choclos pudo salir de la pobreza.

Pero como la vida no es perfecta, algo pasó: su mamá se enfermó gravemente, así que tuvo que vender sus terrenos y propiedades para poder pagar la cirugía de su madre. Lamentablemente al terminar la cirugía, no salió con vida... El señor no aguantó, intentó suicidarse, pero había varias personas que lo apoyaban. Gracias al apoyo de ellas pudo seguir viviendo.

Quería conseguir todos esos terrenos que vendió, así que empezó todo de nuevo. Compró un choclo, lo bañó en mayo y mostaza y se lo compraron. Siguió vendiendo, pudo conseguir la casa que estaba cerca del Festival del Choclo y pudo comprar todos los lugares que vendió. Incluso llegó a comprar el Festival del Choclo.

¹⁷ Cien lucas: expresión idiomática que significa cien mil pesos chilenos (nota de la edición).

El señor se hizo millonario gracias a los choclos. Con su fortuna decidió ayudar a los niños de la calle, les dio trabajo en el festival vendiendo cosas; empanadas, asados, choripanes, etc. Un día el señor consiguió una señora y tuvieron un bebé, pero a falta de imaginación le pusieron Choclo. A varias personas les causó risa, porque el señor vendía choclos.

El niño creció y cumplió dieciocho años. Choclo estaba tranquilo hasta que un día a su padre le pasó algo, tenía una enfermedad muy extraña, preguntaron qué era y les dijeron que fue causada por el choclo, lo había envenenado. El señor falleció y el hijo heredó las propiedades de su padre: casa, hoteles, etc. El niño no sabía qué hacer así que le pidió un consejo a su madre. Ella le dijo que siguiera los pasos de su padre y así lo hizo, no le quedaba otra, pero bueno, lo hizo y pasaron muchos años, y Choclo se volvió famoso y millonario. Y así se acaba un cuento de choclos.

Segundo lugar regional

Arica
14 años

Nuevas vistas

Nicolás Gutiérrez Mondaca

Me desperté en la mañana y me di cuenta de que era tiempo de dejar el único hogar que conocía. Me levanté y me fui directo a la sala a tomar un gran sorbo de agua. Me sentía en ese momento un poco triste por todo lo que tenía que dejar atrás, todo por una razón muy común en este tipo de situaciones, buscar una vida mejor.

De pronto despertaron los demás, ya estaban vestidos y listos para irse. Entonces comenzamos a desayunar por última vez ahí, todo pasó demasiado lento, casi nadie habló, estábamos un poco enojados, tristes y con poca esperanza de que todo salga bien. Al terminar el desayuno "eterno" nos fuimos a empacar, ponemos bloqueador solar y comenzamos a salir de nuestra casa y país. Comenzamos a esperar nuestro transporte, me puse una chaqueta, ya que estaba haciendo demasiado frío, en mi hogar siempre las mañanas son así, pero después en la tarde sale un sol que quema.

Nos subimos al auto para que nos lleve al tren y poder ir a nuestra próxima casa, en ese momento, mientras estábamos en el auto, me preguntaba si alguna vez iría de nuevo a esta ciudad para ver a mis familiares que todavía estaban ahí. Recordaba la forma en que nos despedimos de ellos, salimos de paseo a ver con detalle nuestra ciudad, visitamos unas tiendas y comimos algo muy típico de ahí, el anticucho. Seguía pensando hasta que mi mamá me avisó que habíamos llegado a la estación del tren, me bajé del auto con desgano y le dije que no quería irme, que no tenía sentido irse si ya era feliz aquí, mi mamá contestó que al lugar al que íbamos haría que yo llevara una vida mejor. No le seguí la discusión y asentí con la cabeza y nos fuimos al tren.

Fueron siete horas de viaje las cuales las usé para dormir. Al llegar nos bajamos del tren y presenciamos a la Región de Arica y Parinacota, tomamos un transporte y nos dirigimos a un departamento chico, donde viviríamos a partir de ahora. Desempacamos las cosas, nos tardamos en eso toda la tarde y luego tomamos once. Durante la once mi papá me habló de algunos pueblos que había afuera de la ciudad que había conocido gracias a un amigo que también vivía en Arica, me dijo de algunas fiestas que se celebraban y culturas que se encontraban ahí, al oír de esos pueblos me quede emocionado por algún día verlos con toda la familia.

Pasaron meses después de esa conversación, me fui acostumbrando al lugar, conseguí amigos y aunque el departamento era chico, el vecindario era agradable, aunque no todos los días eran felices, pero es algo que se presenta en cualquier lugar. Me percaté entonces de que mis papás tenían razón, antes de venir aquí no teníamos televisor, refrigerador o cocina decente, pero ahora nuestra vida mejoraba en lo económico poco a poco.

Un día mi papá me dijo que iríamos de paseo hacia los pueblos que quería visitar hace mucho, nos alistamos, nos pusimos bloqueador solar; lo común que hace una familia antes de salir. Ya íbamos en el auto en dirección a Codpa, un valle de la zona. Cuando llegamos observé un entorno totalmente distinto, no había edificios, había mucha vegetación y las casas eran muy distintas a las de la ciudad principal, me alegraba de ver algo distinto y no tan urbano, pero luego se puso mejor, ya que había un carnaval a unas cuadras más, entonces corrí hacia allí y escuché la música que iba aumentando cada vez más. Entonces miré los bailes que estaban haciendo, las caras que por una razón que no sabía, las tenían pintadas de blanco, también cargaban a un muñeco mientras bailaban, una acción muy peculiar que no había visto antes. Pregunté a mi papá cómo se llamaba aquel muñeco, él dijo que se llamaba Ño Carnavalón. Me

acerqué más para verlo de cerca, noté varios detalles de este muñeco: tenía la ropa blanca, los pies y manos negros y unos espirales de papel de colores que lo hacían resaltar.

Nos fuimos del pueblo y viajamos a otro lugar en donde podríamos ver más cosas interesantes; cuando estábamos a punto de llegar al otro lugar noté que había un montón de llamas decoradas con cosas de colores, bajamos del auto y presencié a algunas mujeres que decoraban las llamas y les pregunté para qué lo hacían, ellas me dijeron que lo hacían para la fiesta del Floreo, me explicaron que esa fiesta se hacía para conmemorar el respeto entre los animales y humanos en esta zona, me dijeron también que habría un montón de actividades en unas horas. Le pregunté a mi papá si podíamos quedarnos para ver la fiesta completa, él aceptó y vimos un juego andino que consistía en que cada dueño debía quitarle la campana a su llama, fue divertido verlo, luego tuvimos una convivencia donde nos unimos para comer empanadas de charqui. Fue un día muy poco común en mi vida, un día que quisiera repetir, pero por desgracia ya era tarde y nos fuimos a casa, les dije a mis padres que gracias por el viaje, ya que por esos eventos descubrí las costumbres de la gente que vivía afuera de la ciudad de Arica.

Tercer lugar regional

Arica
14 años

¿Cómo quieres que viva así?

Sigrid Tapia Samit

Considerando que no tengo derecho a trabajar en un lugar digno, y estar de sirvienta en casa, me hace sentir desagradado, simplemente que no valgo nada. Tengo que estar veinticuatro horas dispuesta a un hombre, servirle como si fuera un rey. Vivo en un mundo totalmente controlador, no tengo presente, mis papás están desesperadamente esperando a su *nietito*, de que "se me va a pasar la *micro*" y ¡ah!, recalcar el hecho de que con mucha suerte sé leer y escribir.

Mi nombre es Fernanda Linares, tengo veinticinco años, trabajo en una pulpería en la que me pagan verdaderamente una miseria y cada vez me dan menos ganas de ir. Las viejas copuchentas me tienen hasta la coronilla, son desagradables. ¿Qué les importa lo que haga yo? Hablan de mí cuando me reúno con mujeres y les enseño lo poco que sé, para que no sigan viviendo en la ignorancia.

Hoy es jueves 18 de junio del año 1932, son las 10:46 p.m., llego a mi casa cansada, ofuscada, sofocada y con dolor de brazos de tanto cargar sacos en la pulpería. Abro la puerta y escucho a esa persona tan desagradable al que llamo esposo, de quien no me he separado, tomo aire y me aguanto las ganas de vomitar, lo veo y saludo indiferente.

Siempre tan desanimado, fatigado del sol en la calichera y el trabajo forzoso, no escucho una mínima respuesta de su parte, paso a la cocina y dejo un poco del almuerzo que había preparado hoy. Me alisto para dormir, me doy vuelta hacia la pared y concilio el sueño de inmediato. Al poco tiempo, algo me despierta bastante brusco, era él, con quien tengo que convivir obligatoriamente porque así las reglas sociales están dadas, con quien se supone tenga hijos... Porque sí, así nos miran aquí a las mujeres, separadas en dos grandes grupos: con las que te puedes divertir un rato o con las que puedes tener hijos. .

Lo veo parado a mi lado, está fumando dentro de la habitación, como si nada, pidiéndome que le sirva comida. Es media noche. Lo quedo mirando para comprender la situación, respiro, pestañeo con bastante rabia, le pongo cara seria y le empiezo a decir de forma sutil que estaba cansada, que hoy estuve tapada de trabajo en la pulpería. Sin embargo, lo más esperado pasó, le importó un carajo lo que le había dicho, tampoco tuvo en consideración como me podía sentir en ese momento y sólo me respondió alterado:

—¡No te pregunté, párate! ¿O querí dormir afuera?

Me paré con un poco de cansancio aún.

Ya terminado de servir el arroz, le eché la presa de carne que dejé del almuerzo, tomé el plato desgredado por el tiempo, era de los únicos que teníamos de todo el tiempo que estuvimos juntos, exactamente siete años y lo dejé frente a él. Tomé la silla para correrla y sentarme en ella, pero antes de hacerlo me dijo algo que creo que fue la gota que derramó el vaso. No dejó que me sentara a descansar y se rio fuerte de mi cansancio y aspecto. Suavemente tomé el plato por abajo y mientras este caballero y su risa era más y más desbordante, le tiré todo el plato en la cara, se quemó y se le quebró el plato en la cabeza, por poco casi se ahoga, se quedó sumergido en la vergüenza. ¿Me importó? No.

Rápidamente, tomé mi chaqueta desgredada por el paso del tiempo, abrí la puerta y empecé a correr a los alrededores de la salitrera, el frío embargaba mi cuerpo. Después sentí un mal presentimiento, me empezó a doler el pecho horrible como si me hubieran aplastado todo mi torso, y sin querer empecé a

correr, involuntariamente estaba corriendo, hasta que evidentemente me empecé a cansar. Ya cuando no podía correr más, me detuve y me apoyé en mis rodillas bastante agitada, comencé a llorar, pero por alguna razón no podía dejar de hacerlo, la gran mayoría de las veces tengo un gran control sobre mis emociones, pero ahora no podía aguantar. No podía contenerme y cuando parecía que ya terminaba, se me llenaban una y otra vez los ojos de lágrimas.

Me paré derecha, limpié mis ojos, creyendo ingenuamente que así se limpiarían a su vez las asperezas de la vida para las mujeres en la pampa, me acomodé el paletó¹⁸ extremadamente delgado, como quien puede acomodar las cajas en la alacena de la pulpería, aclaré mi voz, más no era la mía, sino la de quien amargamente lamenta los designios de una época marcada por la miseria y la nostalgia. Me fui de vuelta a mi "querido" infierno llamado vida, aquel que en la pampa las mujeres estábamos destinadas a vivir. Pronto alzaríamos la voz y seríamos realmente escuchadas.

Segundo lugar regional
Pozo Almonte
14 años

¹⁸ Paletó: prenda de abrigo de paño grueso y larga (nota de la edición).

La caja de Luz

Jazmín Estrada Quispe

Érase una vez un pueblo llamado Huaraziña, que no poseía la luz y solo tenía a la luna.

En dicho pueblo había un joven que vivía en una cabaña y que, intrigado, quería subir al monte y averiguar sobre una caja que estaba escondida y que poseía la luz que había robado hace mucho tiempo al pueblo una malvada bruja.

Una mañana el joven desapareció del pueblo y se fue en busca de aquella caja.

Pasó el tiempo y regresó al pueblo, los habitantes lo recibieron y vieron que llevaba consigo una caja muy extraña, entonces él les dijo:

—Queridos vecinos, dentro de esta caja está la luz, pues se la quité a la bruja del monte, aquella que nos maldijo con la oscuridad hace mucho.

Entonces, el joven decidió abrir la caja, los habitantes observaron muy atentos y anhelosos por saber si estaba ahí la luz. De repente:

¡OH! Salió una luz muy brillante, hermosa y resplandeciente. El joven lanzó la luz con mucha fuerza al cielo, creándose así el sol.

Tercer lugar regional

Iquique
12 años

La Añañuca y yo

José Carmona Femenias

Era un lindo sábado por la mañana, me levanté de la cama y me puse la típica ropa que un adolescente se pondría para salir a la calle, crucé la puerta de mi hogar y quedé atónito: no estaba la linda vista al mar que usualmente divisaba cuando hacía estas travesías para despejar mi mente después de una agotadora semana de colegio y entrenamiento, no había calles repletas de autos por aquí y por allá, estaba en medio de la nada, ningún ser humano, ningún indicio de vida ni nada, sólo un desierto que se extendía hasta donde la vista no me permitía apreciar. Estuve tratando de comprender qué era lo que había pasado hasta que unos llantos y lamentos me dieron esperanza. A lo lejos vi un poblado pequeño, me alegré hasta que me di cuenta de donde provenían aquellos llantos, era una chica joven, llorando desconsolada a solas. Corrí a toda velocidad para asegurarme de que estuviera bien.

—Hola, te había escuchado llorar en la lejanía, ¿te encuentras bien? —pregunté acercándome lentamente para no espantarla; ella me miró con unas cuantas lágrimas en sus ojos, yo quedé impresionado, era una chica hermosa, probablemente la más hermosa que había visto en mi vida.

—Saludos viajero. No, no estoy bien, mi marido me dijo que había tenido un presagio acerca de una mina llena de oro, pero han pasado días y noches y no he sabido nada de él!

Yo la miré con algo de tristeza, hasta que razoné algo: ella me llamó viajero. ¿Acaso sabe que no soy de por aquí? ¿Cómo aquella chica podría saberlo?

—¿Cuál es tu nombre bella dama? —dije viendo como las lágrimas salían de sus ojos y escurrían por sus mejillas, era una escena bastante triste y penosa.

—Mi nombre es Añañuca, joven viajero, ¿me podría decir su nombre usted también?

Tras su respuesta me quedé helado, por un segundo mi mente comenzó a funcionar hasta que todo me cuadró, de alguna manera estaba dentro de una historia de la mitología chilena, en este caso, la de la conocida leyenda de la Añañuca. ¿Pero cómo llegué aquí? ¿Acaso afuera de mi casa había un portal? No podía creer que de verdad esto estaba ocurriendo.

—Mi nombre es Antonio, un gusto señorita Añañuca —dije para no quedar como un mal educado, pero estaba algo confundido todavía, así que por eso contesté con algo de dudas.

—Un gusto haberte conocido también, viajero Antonio, ahora si me disculpas me quedaré esperando a mi amado, si no vuelve entonces moriré de la tristeza.

Yo sabía exactamente lo que iba a pasar si es que me iba del sitio, así que en vez de eso tomé su mano y me acerqué a ella.

—Escúchame, Añañuca, hay centenares de chicos que quisieran estar contigo, no puedes decir que morirás sola porque la persona que amas se ha ido y quizás vuelva, o quizás no, nadie puede saberlo con certeza, pero tienes que seguir adelante, dejar de lado el pasado; de donde yo vengo varios chicos y chicas se alejan de sus parejas para no volver nunca más, y no es malo, tendrás que encontrar a alguien más que te quiera y que te ame mucho, pero no hagas tal cosa, créeme, eres una chica tan bella como para perecer.

Traté de convencerla así, con unas palabras salidas de lo más profundo de mi corazón. Ella se acercó a mí y me abrazó.

—Tienes razón viajero Antonio, he sido cegada por mi enorme amor hacia él, tu gran sabiduría me ha ayudado a tomar una decisión mejor a la cual yo estaba pensando previamente, me ayudaste a entrar en razón en el momento justo, muchas gracias.

Ella se veía feliz, su estado de ánimo había cambiado tan repentinamente, que me alegró haberla ayudado, sentí que había hecho lo correcto.

—No tienes que agradecermelo Añañu...

No pude terminar mi oración, porque ella me había dado un suave y dulce beso en los labios, mi cara se puso roja en un instante, en ese momento de verdad no supe qué hacer o decir.

—Bueno, con respecto a lo que dices acerca de los cientos de chicos que quieren una oportunidad, bueno, estaba pensando, ¿quisieras intentar... tener algo entre nosotros?

Yo la verdad encontré eso raro, pero, en la historia original, el minero y la Añañuca empiezan su relación a las pocas horas de haberse visto, entonces... supongo que no discutiré ni me opondré a lo que los antepasados de mi patria dictaminen.

—Esteeeeee... claro, no veo algún motivo para negarme.

Ella me tomó de las manos y de la nada algo creció en ellas, era una añañuca, no una versión mini de la humana, sino de la flor.

—Cuidala bien cuando vuelvas a tu mundo.

Yo me paralicé: ¿Mi mundo? ¿Qué significaba eso?

— ¿Mi... mundo? —pregunté totalmente confundido.

—No hay tiempo para explicarlo... ahí veras a lo que me refiero, nos vemos pronto, viajero Antonio.

Acto seguido, me desperté en mi cuarto, todo era igual. ¿Acaso fue un sueño?, pensé, hasta que noté una añañuca en un pequeño recipiente con una nota que decía:

Todos los sábados desde las 8 a.m. hasta la misma hora del otro día nos veremos, continuaremos nuestro romance y visitaremos cada semana un nuevo mito o leyenda, juntos.

Atentamente,

Añañuca

Y así fue. Todos los sábados a las ocho de la mañana era transportado a ese mundo, donde junto con Añañuca visitamos a la Pincoya, bailamos en el Caleuche, cenamos con el Tue Tue, etc. Una vez estuve a punto de contarle a mamá, pero si lo digo, nadie me creería, ja, ja.

Primer lugar regional
Antofagasta
14 años

Constelación de los deseos

Yomahyra Mamani Rosa

Era una noche tranquila, solo que esta era mucho más tranquila que las anteriores. Él estaba solo, acompañado de un tazón con imágenes de llamas, guanacos o vicuñas, con café caliente, muy caliente y relativamente cargado para no caer en brazos de Morfeo. Y de ahí, luego, observar las constelaciones.

Recostado cerca de una llareta¹⁹, con mantas de lana gruesa, se sentó encima y en estado romántico (era viernes y su noche se apoderó como un beso entre dos galaxias calipsos y puras), extendió su brazo para sacar entre sus bolsos de cuero oscuro una libretita café para apuntar y dibujar las estrellas, vías, colores, simetrías, curvas, lucecitas, cometas fugaces, y un sin fin de mundos brillando sobre sus pobladas cejas.

Un hielo desgarrador calaba los huesos del muchacho, tuvo que cubrir su cara con un pasamontaña azul plateado que no le impedía observar las constelaciones que le parecían cada vez más interesantes para un joven al que suelen mencionarlo como "lugareño", "poblador" o "atacameño", y que ya vislumbraba un futuro astronómico inmenso. Su abuelo siempre le habló de los misterios del Universo, pero, sobre todo, de las bondades que se dejaban caer en la Madre Tierra o Pachamama, para que toda virtud de vida, aire y oxígeno provenientes del cielo, especialmente del Cosmos protegieran la cosecha y otros asuntos espirituales.

Eran las cero horas, y ya echado sobre la manta cuando sus párpados se fueron cayendo de cansancio, una mano maciza, redonda, pero muy tibia, le tocó el hombro. El muchacho se sobresaltó y vio la sonrisa más hermosa que había visto: paternal y amorosa. Era la de su abuelo, quien se arrodilló sobre la manta para tenderle una caja alargada, con palabras en inglés y otras incrustaciones *Made in China*. No hablaron, solamente su lenguaje eran la mirada y la sonrisa. La del joven detrás del pasamontaña y la del hombre a flor de piel.

Sebastián se sentó y se sacó los guantes de alpaca para palpar la caja. Jugaba con sus brillantes ojos entre la caja y la sonrisa de su abuelo. Balbuceó, diciendo el joven:

—*Achachila*²⁰, no sabes cuánto deseaba tener este aparato. No sabes la cantidad de estrellas que podré observar. ¡Y la luna, *achachila*! La luz gigante que ilumina nuestro pueblo por las noches.

El hombre viejo seguía sonriendo con una mirada templada y emocionada. Pero no emitía ninguna palabra.

—Abuelo, si te quedas un ratito, te enseñaré algunas constelaciones y mañana invitaré a mamá Elsa. O después del pastoreo, ya al atardecer veremos el lucero y podríamos comer acá un ratito mientras descubrimos otras estrellas o galaxias o...

Sebastián estaba muy excitado, muy emocionado; pese a su adolescencia parecía un niño pequeño recibiendo el más bello y grandioso regalo que jamás imaginó recibir. Acercó la lámpara y mientras acariciaba la caja, comenzó a abrirla.

¹⁹ Llareta o yareta: es un arbusto nativo de las regiones altiplánicas, conocido por su apariencia similar al musgo (nota de la edición).

²⁰ Achachila: abuelo en lengua aymara (nota del autor).

Sebastián fue armando cada pieza y la mira fue el último dispositivo que instaló. Reguló el lente y apuntando hacia el cielo, comenzó a enfocar unas de sus constelaciones favoritas: Andrómeda. Se quedó admirándola un rato para después cambiarla por Felis, que bautizó con cariño con el nombre de su preciado amigo felino que ahora descansaba en paz.

—*Achachila*, mira. Observa esta estrella, abuelo... ¿abuelo?

El hombre viejo no estaba. Se retiró como apareció: en silencio. El joven miró a su alrededor y luego se quedó quieto revisando el telescopio. Pero le nació una tremenda angustia al no ver a su abuelo. Se recostó, puso sus brazos de almohada.

Otra mano acarició su hombro y el muchacho despertó de súbito.

—¡Mamá Elsa! ¿Dónde está mi abuelo?

—¿Por qué preguntas por él?

—Mamá Elsa, él me trajo este telescopio. Estuvo acá conmigo.

—Él se quedó dormido en su cama, a mi lado, junto con tus papás y hermanos. Y me pidió que te dejáramos observar las estrellas y que te dijera que cuando comenzaras a trabajar esta cosa, no olvidarás nunca, jamás, agradecer al Universo todos los deseos que nos ha brindado de manera ancestral. Él se sumergió en un sueño profundo. Su espíritu estará siempre en nosotros, Sebita.

Nieto y abuela se abrazaron con ternura. Sus lágrimas brillaron en sus rostros; Sebastián, con su mentón apoyado en el hombro de la anciana, alzó su húmeda mirada hacia las estrellas desde donde divisó el rostro de su amado y eterno *achachila*.

Segundo lugar regional
Antofagasta
13 años

¿Existirá un encuentro entre los vivos y los muertos?

Antay Araya Soto

Ella se preguntaba por qué tras el fallecimiento de su abuelo su familia hizo tantas cosas, se sentía un poco perdida por todo lo que pasaba, sin embargo, decidió no preguntar y seguir haciéndolo y ayudando. Al pasar un año de aquella fecha tan difícil y con tantos recuerdos, su familia le dijo que era momento de despedir el alma de su abuelo y dejarlo descansar en paz. Había que hacer un ritual de un *huaqui*²¹ y volver a realizar la ceremonia de velarlo. En ese instante también pensó que le estaban hablando en chino, así que se atrevió a preguntar:

—¿Qué es eso? ¿Para qué sirve? ¿Por qué hacemos estas cosas? ¿Cómo se hace?

—Esto es parte de nuestras tradiciones. Al cumplir un año, el alma del abuelo baja a despedirse y a visitar a los vivos. Para ello primero ponemos su ropa, para representar nuevamente su velatorio y además colocamos una mesa de ofrendas con todas las comidas que a él gustaban.

Ella aún se sentía confundida respecto a lo que hacían. ¿Por qué había tantas cosas en el suelo y sobre un aguayo²²? Harinas de todos los colores, hojas de coca, vino, alcohol de caña, chicha de maíz, cerveza.

Al momento de hacer todas esas cosas del ritual, ella sintió a su abuelo, sabía que estaba ahí, aunque nadie lo notara.

Aprendió tantas cosas que a muchas personas les parecerían inservibles, pero para ella fue un gran aprendizaje saber que realizar el ritual con la mano derecha era para nuestro mundo, el mundo de los vivos, y que la mano izquierda era para el mundo de los muertos, las almas. Y saber que todo esto puede ser un punto de conexión con los que ya no están.

Al llegar casi al término de aquella ceremonia, sintió que la presencia de su abuelo ya tomaba su camino al mundo de la izquierda, que ya era su momento de descansar. Y que ya tomaba su camino con nuestros antepasados.

A pesar de la tristeza, ella sintió un gran alivio al saber que su abuelo volvería a visitarla, ya que, para su cultura, el 1 de noviembre nuevamente se pueden conectar los mundos al realizar las ceremonias, para recibirlo con todo lo que al él le gustaba y que pasaría un día entero con ellos.

Con el paso de los años, ella empezó a entender que las tradiciones que se hacen para cada situación no son insignificantes, cada una le hacen sentir aquello que ya no está, uniendo el presente con una cosmovisión ancestral.

Tercer lugar regional

Calama

13 años

²¹ Ritual altiplánico relacionado con el ganado (nota de la edición).

²² Aguayo: prenda rectangular multicolor usada en el mundo andino como mochila, abrigo o adorno (nota de la edición).

La vieja Amanda

Anaís Tello Varas

Al interior de Ovalle existe un pueblo llamado Punitaqui. En una quebrada, alejado, pero muy alejado del pueblo, en la cima del cerro vive Amanda. Anciana de ochenta años, pero con una fuerza y vigor de una mujer de treinta años.

Amanda ha vivido toda su vida en ese lugar. Su madre no la mandó al colegio, y al pueblo solo va los fines de mes a comprar la mercadería y a visitar a sus padres al cementerio. Su vida la ha dedicado a las labores del campo. Se levanta a las cinco de la mañana, prende el brasero y se toma un caliente mate con una churrasca con queso de cabra y está lista para empezar su jornada. Va a los corrales y saca a pastar a las cabras, las cuales son cientos. Ella dice que las conoce y distingue a todas, luego pasa a alimentar a sus gallinas y pavos; una vez que sus animales ya están comidos va a cortar leña para empezar a hacer el almuerzo.

Amanda vive con su hijo Antonio, que se dedica a la venta de huevos y frutos secos en el mercado de Ovalle. Por ello, para la vieja Amanda su gran compañía son sus animales, a quienes llama guachos.

Una tarde, Amanda se prepara para ir a la búsqueda de sus cabras a la pradera, esa tarde está muy nublada, casi a punto de llover, por lo que Amanda se pone su poncho y gorra de lana y, apoyada en su viejo bastón, empieza su trayecto en busca de sus queridos guachos antes de que se largue a llover. La vieja Amanda llega donde están sus cabras y con un fuerte silbido empiezan a reunirse alrededor de ella. Pero Amanda se da cuenta de que le faltan dos animales, no está la Rayada ni el Flaco, por lo que deja a su perro cuidando el rebaño y ella, a tranco largo y fuerte, sale en busca de los guachos perdidos. El viejo bastón ya casi se quiebra debido a la fuerza que hace la anciana sobre él. La tarde empieza a avanzar y la lluvia ya se ha largado con fuerza, pero eso no es impedimento para que Amanda siga avanzando con fuerza. Los animales no se ven por ningún lado. Antonio, mientras tanto en casa, se preocupa porque su madre no ha llegado, por lo cual sale en busca de ella.

Mientras tanto, la anciana ve a lo lejos una luz reflejada en una gran roca que ilumina la silueta de los animales perdidos. Pero Amanda siente que le cuesta avanzar y cada vez se le hace más pesado el camino. Siente como un muro invisible que no la deja avanzar, la lluvia ya pasa a ser tormenta hasta con rayos, pero Amanda no va a dejar a sus guachos abandonados, nunca a sus ochenta años ha perdido un animal y hoy tampoco lo va a hacer.

Luego de casi una hora de luchar con esa fuerza invisible que no la dejaba avanzar, Amanda logra llegar a la roca, el chivo y la cabra la rodean y no la dejan avanzar. Luego de dar la espalda a la roca, Amanda escucha una voz que la deja paralizada. A la anciana, por primera vez en su vida, le tiritaron sus rodillas y un escalofrío le recorrió su cuerpo.

La voz le dice:

—No temas hija, nada malo te va a pasar, solo vengo a pedirte perdón y decirte lo orgullosa que estoy de ti.

Amanda seguía paralizada de espalda a la roca, nunca pudo voltearse y no porque algo se lo impidiera, sino que solo porque no fue capaz.

La voz continúa:

—Yo nunca te llevé a la escuela porque de esa forma me criaron a mí, me dijeron que las mujeres debían estar en casa haciendo las cosas del hogar, criando a los hijos y atendiendo al marido. Pero me di cuenta del gran error que cometí contigo, pero ahora vengo a remediar lo hecho.

A todo esto, la vieja Amanda seguía paralizada, sólo una gruesa lágrima corría por su arrugado rostro.

Al mismo instante en que la voz dejó de hablar, se apagó la luz y la lluvia paró de caer. Amanda aún con miedo, giró hacia la roca y avanzó lentamente. A los pies de la roca Amanda encontró un cuaderno viejo con hojas amarillas y casi rotas.

Amanda tomó el libro y, como si lo hubiera hecho toda su vida, empezó a leer y a llorar a la misma vez. Lo que leía la vieja Amanda era un testamento que había dejado su mamá, en el cual decía que todas las hectáreas que se encontraban a su alrededor, en donde Amanda había sacado a pastar a sus animales toda su vida, ella era la única dueña.

Amanda no paraba de llorar, poco le importaba lo que había heredado. Su asombro era por haber escuchado a su querida madre y el reconocimiento que ella le hizo y que por fin podía leer, algo que la vieja Amanda había anhelado toda su vida.

Primer lugar regional

Copiapó

14 años

Del misterio y la vida del pirquinero atacameño

Eduardo Castillo Rojas

Pero qué día más caluroso, extraño la lluvia y su tañer en la tierra, el río y las garzas... Solo espero que el invierno y sus procesos nos ofrenden un desierto florido o al menos un río donde se escuche el grito de la vida... Solo nos queda la noche despojada de nubes y la hermosa bóveda al desnudo, ofreciendo al caminante la esperanza de hallar sin ser visto y seguir la huella del Alicanto o el oasis del Tololo Pampa...

En medio de la madrugada, el pequeño Juan Godoy tuvo deseos de orinar y, a pesar de su corta edad, la oscuridad y el especial frío nocturno del desierto de Atacama, se encaminó en solitario al urinario. Por muy contrario a lo común de la gente, Juan siempre decidía ir al patio de la casa para tal necesidad, le gustaba eso porque podía saludar a los perros, mirar las gallinas dormir y cumplir con sus necesidades. No sentía miedo alguno, a pesar de que en algún momento de sus escapadas nocturnas escuchó a la Llorona. Eso congeló su ser y sólo se limitó a regresar de forma rauda a su cama, aferrarse al pijama de su madre y cerrar con fuerza sus ojos hasta dormir.

—Hola Chañar, mi perro viejo. ¡Hey Negro!, mi perro chato —dijo Juan a sus amigos perrunos. Ambos canes sólo se limitaron a levantar sus orejas, alzar sin muchos ánimos la vista, levantar tierra con su rabo y seguir durmiendo—. Ja, ja, ja, qué cómico cómo duermen ustedes señoritas y usted señor gallo, ¿a qué hora nos despertará con sus gritos?

Y así iba la rutina, hasta que miró hacia el muro del patio para continuar con su ritual, cuando de forma súbita este se iluminó junto a una porción del patio. De inmediato volteó para ver qué producía tal resplandor, pero no había nada, imaginó que podía ser alguien de su familia, pero no, estaba solo.

El gallinero estaba en paz, los perros ni se inmutaron, era como si estuvieran hipnotizados por esa bella luz, que a pesar de ser intensa, no incomodaba a su vista. Miró hacia los lados y nada, hasta que Juan Godoy levantó la vista y eso cambió todo.

Fue algo majestuoso, encontró la fuente de aquel estado hipnótico. Era un ave de gran tamaño, quizás como el cóndor que había en la mina de la que hablaban sus abuelos, solo que esta era de un muy bello metal, plumas de oro con bellos detalles en vetas de plata cubrían su cuerpo y alas, sus patas eran robustas, sólidas, de color cobre en fundición y sus garras eran como si pudiesen rasgar hasta el más sólido de los elementos con un color como el del acero pulido. Su rostro era imponente, con una mirada clara y potente, como si sus ojos fueran cuarzos incandescentes que apuntaban hacia el horizonte, hacia la cumbre del cerro Capi.

Este mítico ser estaba posado sobre un poste de madera que iluminaba el camino con una lúgubre luz, más aún comparada con el fulgor que emitía esta ave.

Sintió que su cuerpo se congelaba, pasaron sus cortos ocho años de vida en sólo un segundo. Se dijo: "Debo estar dormido". Por cada segundo que pasaba más se sumía en los detalles y en los movimientos que el ave realizaba, se alongaba, galanteaba su belleza nacida de la tierra minera, del polvo y la sílice, estiraba sus alas a todo su ancho.

Su mente estaba en blanco, ni siquiera pensó en correr o gritar, pasado un momento Juan bajó su mirada para verificar que todo era verdad y no parte de su imaginación. Para su sorpresa, al alzar la mirada, el ave

todavía estaba en la cima del poste, deseó poder emitir algún grito para llamar su atención, pero antes de poder realizar esto, el ave clavó su mirada en él, como clavando un destino sobre el pequeño Juan Godoy. Y junto a esto realizó un impulso con sus poderosas piernas y aquellas aceradas garras soltaron la madera y con un poderoso aletear, que hizo que el arisco cabello de Juan se moviera, encumbró el vuelo y se perdió entre los cerros Capi y Antena, para así desaparecer de la vista de Juan Godoy.

Pasaron los años y Juan se volvió pirquinero, un extractor feroz de metales desde las entrañas de la tierra, y en su mente siempre estaba aquel recuerdo vívido del Alicanto, esto lo supo cuando se alimentó de la cultura minera.

El Alicanto es un ave compuesta completamente por los metales más nobles de la Región de Atacama: oro, plata, cobre, etc. Este guía al afortunado hacia la riqueza donde se hayan extensas vetas de oro y plata pura, entre otros minerales de alto valor, pero se debe de ser cauteloso, ya que, si el Alicanto te sorprende siguiéndolo, te empuja hacia el fondo de los barrancos desde lo alto de las cumbres, para así abandonar la vida.

Esto, a pesar de todo, a Juan no lo deprimía ni atemorizaba, ya que decidía continuamente acampar por días y hasta meses en cerros y cumbres de la cordillera de los Andes en busca de las famosas riquezas del Alicanto o el tesoro de Fraga, acompañado siempre por alguno de sus fieles perros, mantas de abrigo, charqui y herramientas.

Una noche en que Juan Godoy estaba acampando, su carpa se iluminó de forma súbita y esto lo hizo recordar de inmediato su niñez. Salió a toda prisa de su carpa, más solo pudo ver entre unas lomas que estaban a distancia de él, una especie de estela, como la de un cometa, de color dorado. Si enfilaba de inmediato hacia el lugar, podría llegar en unas cuantas horas, pero ni la espesura de la noche ni el complejo terreno se lo permitirían.

Al llegar el alba, Juan ya tenía todo preparado y salió en busca del rastro que había visto la noche anterior. Pudo ver que existía un pequeño sendero entre cerros, como hecho por animales; por coincidencia tenía el mismo destino hacia donde se dirigía. Continuó este arduo camino, fueron horas soportando el sofocante calor del desierto, la fatiga, la arena, las rocas con distintos filos y colores, hasta dar paso al ocaso. Ya en lo alto de una colina encontró que había hermosas casas, bares, gente disfrutando de la cueca. En este lugar Juan se entregó al jolgorio, no podía creerlo, quizás había encontrado el tesoro, porque las mesas tenían pilas de oro puro; Juan llenó sus bolsillos de oro y plata y colgó a su cuello un pañuelo de seda rojo para su mujer y terminó su noche entre risas, comida, tragos, fiesta y baile.

Despertó con su cabeza apoyada en una roca, a pleno sol, sin ciudad, sin jolgorio, sin nada. Sólo el pañuelo rojo de su cuello, una pepita de oro en la mano, el fondo del barranco y un brillo dorado volando hacia las cumbres.

Segundo lugar regional
Copiapó
8 años

Las monedas de oro

Joely Araya González

MI abuelo trabajaba la tierra, en aquellos tiempos entraba a las cinco de la mañana y salía a las ocho de la tarde. Era un hombre muy fuerte, cuyo trabajo lo mantenía en forma, él decía que la mejor manera de ganarse la vida era trabajar en el campo.

Como estaba acostumbrado a un trabajo solitario, no le daba miedo estar fuera de la casa a oscuras, siempre se mantenía ocupado. Sólo le interesaba sacar adelante a su familia con su propio esfuerzo. Trabajaba en su tierra día a día, sembrando, ocupándose de las malezas y plagas y manteniendo en buen estado su cultivo.

En aquellos tiempos, los gastos de la familia eran en su justa medida, pero hubo una temporada muy difícil, inundaciones, sequedad que afectó a muchas familias. Mi abuelo ya tenía experiencia en estas situaciones y logró salvar su cultivo; decía que la manera de tener el cultivo en buen estado era trabajando duro, así era la vida para mi abuelo y su familia. Parecía que nunca iba a cambiar. Pasaron los años y mi abuelo envejecía, le empezaron a pasar la cuenta los años, pero él se hacía más fuerte y sabio.

Mi abuelo y su familia eran muy humildes. Un día como cualquier otro, salió al campo como era de costumbre, estaba muy oscuro, gracias a la luz de la luna lograba ver donde podía pisar. Empezó a limpiar donde sembraría nuevos vegetales, pero se encontró con una piedra muy grande donde la maleza crecía y daba lugar a que los animales hicieran sus madrigueras, al menos eso pensó él al ver esa piedra gigante que estorbaba su cultivo.

Dice que en los años que llevaba trabajando nunca se había topado con esa piedra y esta permaneció en ese sitio. Al día siguiente decidió sacar la piedra que le estorbaba, la levantó y arrojó a un lado del camino. Les recuerdo que mi abuelo trabajaba casi a oscuras, pero lo que vería esa mañana lo dejaría atónito.

Justo debajo de la piedra había una compuerta, del tamaño para que un perro cayera ahí dentro, este hecho dejó a mi abuelo helado, porque al trabajar toda su vida en el mismo campo nunca había notado esa compuerta. Por la impresión salió corriendo, dejando atrás sus herramientas. Entró a su casa y su familia lo vio muy pálido, su mujer le dijo que se sentara en la mesa porque podía desmayarse, él no mencionó nada sobre la compuerta a su familia y cuando le preguntaron por ello, él se limitó a decir que no era nada y que no se debían preocupar.

El día pasó y mi abuelo estaba listo para seguir con su trabajo, porque sabía que sus herramientas de trabajo estaban ahí, queriendo creer que nunca pasó eso y que sólo fue parte de su imaginación, se armó de valor y emprendió camino.

Llegando al lugar, vio sus herramientas tiradas en el piso, pero nunca más vio la compuerta; no sintió temor, pero sí guardó un gran respeto a todo lo que no conocía. Pasó mucho tiempo para que contara algo, porque él no quería que su familia se preocupara. Trabajó en el campo hasta los sesenta y cinco años, dejando su dura labor a sus dos yernos, quienes tomaron su ejemplo para mantener el campo en buenas condiciones.

Años después, el esposo de una de sus hijas, mi papá, se encontraba tomando tragos con unos amigos en el pueblo, para celebrar que aquel año la cosecha había sido todo un éxito y como era de suponer,

todos los involucrados estaban muy felices. Cuando todos estaban hablando oyeron la puerta del bar abriéndose, al abrirse entró la policía preguntando por un hombre con buen estado físico, de 1.70 metros de altura, con cuarenta o cuarenta y cinco años, a quien buscaban por robo de dinero, lo habían visto salir hacia esa dirección.

Las personas que estaban en el bar contestaron una a una que no lo habían visto. Ya era muy noche y mi padre invitó a los dos policías a celebrar con ellos el éxito de la cosecha. No había pasado mucho tiempo cuando la puerta del bar se abrió nuevamente, pero esta vez muy estrepitosamente, hacía mucho frío por las lluvias y estaba muy oscuro. De inmediato los policías reconocieron a la persona que entró al bar: era la persona que estaban buscando. Lo más curioso fue que el hombre no se interpuso a su arresto, más bien se sentía aliviado cuando los policías lo sujetaron, lo esposaron a una silla y continuaron con la celebración. El hombre estaba muy frío, pálido y mojado, no decía nada ni tenía ninguna intención de escapar; minutos después se escuchó que el hombre decía gracias y tartamudeaba algo. Mi padre y los dos policías se acercaron y el hombre les dijo que había corrido, pasó por delante del bar hasta llegar a un campo, el campo del que estaba hablando era de mi abuelo, pues era el único campo que estaba cerca. El hombre les comentó lo siguiente:

Llegué al campo pensando que ya me había escapado, ya estando en ese campo encontré una compuerta pequeña, la abrí y entré dentro de ella, fue un poco difícil, ya que la compuerta era muy pequeña. Estaba lloviendo y pensé que nadie me iba a encontrar, antes de eso pensé qué haría una puerta en el campo, pero no me importó, más tarde di por hecho que estaba en una especie de bodega. Al entrar volteo y veo una luz brillante, pero no era nada parecido a una vela o a una fogata, era más bien como la luz de la luna, parecía ser el brillo de unas monedas de oro. Dentro de aquella compuerta era muy amplio, como si se tratase de un cuarto, me acerqué a las monedas, estaba muy contento, pues creía que esa noche estaba de suerte por encontrar todas esas monedas de oro que estaban dentro de una caja. Cuando quise agarrar una de las monedas, escuché al fondo de la habitación, justamente donde la luz no alcanzaba a llegar, una voz que me puso los pelos de punta, la verdad hasta me oriné del susto, la voz decía:

—O todo o nada —una y otra vez, a lo que le respondí:

—Todo.

En ese momento sentía más avaricia que miedo. Salí de ese cuarto por la compuerta, había arrastrado la caja con monedas, justo para el momento que saliera solo tenía que agarrar la caja e irme, pero lo que me pasó en ese instante me dio un tremendo susto: un perro que brillaba como las monedas me estaba ladrando a mis espaldas, al voltear dejé la caja con monedas dentro de la compuerta, escuché como el perro me hablaba y me miraba con esos ojos que te clavaban la mirada, tenía una cara horrible; él se acercó y me dijo:

—Estas no son tuyas.

Razones me sobraron para salir corriendo de ese lugar, no lo pensé, solamente corrí y corrí hasta llegar a este bar.

Los policías le soltaron las esposas y le dijeron al ladrón:

—Ya aprendiste tu lección.

Mi padre agregó una historia que le contó mi abuelo:

—Verás hombre, la persona que era dueño del campo también vio esa compuerta, pero por miedo nunca intentó abrirla y cuando decidió abrirla no la volvió a ver nunca más.

El ladrón al escuchar esas palabras se desmayó por lo cansado que estaba por todo lo que le había pasado esa noche, o porque mi padre le estaba confirmando que lo que él vivió era real y que no fue parte de su imaginación.

Tercer lugar regional

Copiapó

14 años

Los dinos jurásicos en la comuna de Combarbalá

Gaspar Arroyo Banda

Hace mucho, mucho tiempo, es decir 16.936 años atrás, vivían en la recóndita comuna de Combarbalá; los dinosaurios. Eran seres majestuosos, carnívoros y herbívoros. Estaban el apatosaurio y el argentinosauro, los cuales eran muy grandes, también había raptores y tiranosaurios. En mi imaginación, yo vivía en ese peligroso lugar. Un día de pronto en la tierra apareció un portal de piedra y entré. De repente los velocirrautores me estaban persiguiendo y salí enseguida. Al salir, vi que todos los *dinos* estaban afuera, ¡mi pueblo estaba llenos de *dinos*!

De pronto apareció algo raro, era un tiranosaurio que era solo esqueleto y estaba vivo, porque lanzó al raptor muy lejos.

También en unas cavernas vi a un ser humano con largas barbas que actuaba como un doctor malvado. Este doctor cavernícola había creado al dinosaurio esqueleto y quería crear más, pero yo lo convencí de que esas criaturas eran malas, porque se comían a otras personas cavernícolas, y cuando este doctor intentó matar al esqueleto, se lo comió a él.

Le dije a los *dinos* que el *rex* esqueleto los mataría, enseguida lo atacaron. A lo lejos vi un meteorito y corrí muy rápido a la caverna profunda, cuando el meteorito chocó con la tierra hubo una explosión; tiempo después salí de la caverna y fui a ver, pero ya habían muerto todos los dinosaurios.

Fue por el meteorito que esta tierra combarbalina pudo ser habitada por combarbalinos. Aún quedan algunas cavernas por aquí, pero todavía no han sido muy exploradas, quizás que podríamos encontrar, un esqueleto de *dino*, ojalá sea bueno.

Primer lugar regional
Combarbalá
10 años

Las costumbres de mi pueblo

Cristóbal Pizarro Castillo

Esta es una historia que ocurrió hace tiempo en un pueblito lejano, ubicado en una localidad rural de la Región de Coquimbo y es parte de su cultura.

Cuentan nuestros abuelos que han vivido por muchos años en ese lugar, que cuando moría alguien lo velaban en su casa y todo el pueblo acudía a celebrar con música ranchera y con comida. Este acontecimiento duraba entre tres o cuatro días.

La gente del pueblo preparaba sus canastas con alimentos para llevárselos a la familia del fallecido. Al comenzar el atardecer se reunían en torno al ataúd a rezar unos padrenuestros y avemarías, esto hacía que surgieran gritos y llantos lamentosos por parte de los presentes, especialmente de las mujeres, pero de repente el ambiente fúnebre cambiaba a un ambiente de jolgorio.

Mientras la música se hacía sentir, las mujeres se encargaban de cocinar y los hombres preparaban el vino navegado. La noche avanzaba con lentitud y aumentaba el bullicio, las carcajadas y el baile duraban hasta el cantar de los gallos.

Con los primeros rayos del sol terminaba la fiesta, luego venía el desayuno para aquellos que habían dominado el sueño. Alrededor de una mesa surgían las conversaciones y las experiencias vividas con el fallecido, de pronto aparecían los llantos espontáneos de los familiares y expresiones como: *"Tan bueno que era" o qué Dios lo tenga en su santo reino*.

Cuando llegaba el día del entierro, el pueblo detenía sus actividades para esperar al difunto y llevarlo al cementerio. Este quedaba en las faldas de un cerro, por lo que tenían que caminar un buen trecho. Los amigos y familiares se encargaban de llevar el ataúd y los demás iban en una procesión hasta el sacramental. En ese lugar despedían al fallecido con alegres cantos y aplausos. Al rato, uno a uno salían del cementerio rumbo a su casa, para luego seguir su vida con normalidad.

Segundo lugar regional

Monte Patria

13 años

Conociendo el campo chileno

Víctor Álvarez

Este año mi padre nos dice:

—Niños, en vacaciones iremos a conocer el lugar donde nació su abuela y están nuestros antepasados.

Muy contentos e ilusionados comenzamos a preparar nuestro viaje a una hacienda llamada El Tangué, que se encuentra hacia la costa, al interior de Tongoy en la Región de Coquimbo.

El día llegó, salimos muy temprano y comenzamos a recorrer kilómetros, cada cierto tiempo preguntaba: "¿Cuándo vamos a llegar?".

—Falta mucho —nos decía nuestro padre.

Nos adentramos en un camino de tierra donde el auto saltaba por tantas piedras y baches, al comenzar a bajar una cuesta se veían varias casas enclavadas entre los cerros y mi padre dijo:

—Ahí está la hacienda.

Ahí podía imaginar que estaba en otro mundo, y al atravesar ese camino polvoriento, pero que en sus orillas lo rodeaban algunas florecillas que asomaban entre las rocas, encontraría un paisaje lleno de verde y grandes árboles. Luego atravesamos un estero y entre los arbustos se divisaban jugueteando varias cabritas, caballos, gallinas. Al fin llegamos a casa, donde bajamos del auto un poco asombrados por ver un mundo tan distinto a la ciudad. En eso apareció una viejita bonachona con delantal, que tenía su pelo plateado por los años y mi padre dijo:

—Ella es tu abuela.

Pero no podía imaginar que a tantos kilómetros de mi casa existía un lugar donde no había luz y agua potable, menos televisión. El rostro de la abuela muy contenta nos invitó a entrar y ya instalados nos dijo:

—Acá después de cinco minutos ya no son visitas, por lo que deben trabajar, en el campo hay mucho que hacer.

De esta forma, mi madre se acomodó para preparar el almuerzo y todos entramos a la cocina, donde el olor a leña era penetrante en el aire. Quedamos extrañados al ver como cocinaban, ya que en la ciudad vemos cocinar con carbón o leña solo cuando se realiza un asado en una fiesta, pero en el campo es parte de la vida diaria. Luego nos dijo:

—Los niños deben ir buscar el rebaño de ovejas y las cabritas que se fueron hacia el cerro con un sol ardiendo porque baja el león o los perros y les hacen daño, por eso hay que encerrarlas en el corral.

Así partimos, arriamos las cabritas, la abuela las entró en un corral y de una en una comenzó a sacarles leche, las cabritas muy dóciles se dejaron manipular con las manos de la abuela; como es su costumbre, llenaron unos baldes de leche que se veía calentita y muy blanca, primera vez que veía ese quehacer y pensé: es esta su costumbre en el campo.

Luego comenzaron a cantar las gallinas y pregunté:

—¿Por qué meten bulla las gallinas?

Y la abuela me contestó:

—Cacarean avisando que ya pusieron un huevo.

Me acerqué a los gallineros, las gallinas estaban echadas, con miedo y sorpresa junto a mi abuelo sacamos los huevos, nunca había visto tal forma, todo era tan nuevo para nosotros.

Mientras esperábamos el almuerzo, con mi abuela decidimos escalar un cerro que estaba frente a la casa. El tío Alberto nos decía que allí bajaba el león, pero con el afán de subir y vivir una nueva experiencia subimos por un camino muy pequeño por donde suben las cabritas en busca de pasto. Al llegar a la cima, se respiraba aire puro y parecía que estábamos más cerca del cielo. Los pajarillos nos deleitaban con su canto o quizás nos saludaban y nos daban la bienvenida, con sed probamos un copao, fruto de los cactus. Con calor bajamos resbalándonos por el camino, pero muy entretenidos; y vimos a las cabras que ya andaban subiendo por el camino hacia el campo para volver a alimentarse con las hierbas y volver llenitas de leche.

Al llegar a casa el almuerzo ya nos esperaba, compartimos y bajamos a una pieza en donde estaba la abuela preparando el rico queso tan blanquito como la luna; nunca imaginé que desde ese campo llegaba el queso que compraba en el supermercado o en la feria.

Por la tarde, al tomar el tecito, la abuela se puso a amasar mientras el tío preparaba un gran hoyo, donde colocó arena y leñas e hizo mucho fuego; para mi gran sorpresa llegó la abuela con una gran masa redonda y la tiró en la tierra, luego colocó toda la arena sobre la masa, esperaron unos minutos mientras los más adultos disfrutaban un mate alrededor del fogón en el suelo y pasados unos minutos, sacaron la masa, allí supe lo que era una tortilla de rescoldo.

Así pasaron los días, disfrutando de la vida del campo, una bonita aventura y experiencia, conociendo la cotidianeidad de los abuelos cuya vida era muy sacrificada, pero muy bonita porque se escuchaba el silbido del viento y el canto de los pájaros. A diferencia de mi ciudad que estaba llena de bocinazos y ruidos, y que huele a smog y bencina.

En cambio, el campo huele a leña, a pasto mojado con cristalinas gotitas de agua del amanecer, era maravilloso levantarse con un entorno lleno de naturaleza, con atardeceres llenos de nubes que dibujan figuras en el cielo, quizás por esa razón, la de vivir en el campo, la abuela vivió ciento cinco años. Dios me permitió conocer y compartir esta historia de campo de aquella hacienda llamada El Tangué, Región de Coquimbo, y donde la vida de campo continúa presente.

Tercer lugar regional
Coquimbo
14 años

José y la propuesta del diablo

Antonella Díaz Gallardo

Hola, soy Mony y quiero contar una historia que pasó hace muchos años. Esta historia se trata de un joven llamado José y de otro personaje que todos sabemos que no es muy buen amigo, todo lo contrario, se trata del Maligno, como es conocido en el campo. Bueno, pasaré a contarles lo que pasó con estos dos personajes.

José era un joven trabajador y muy honesto, él vivía en el cerro, poseía unos animalitos típicos del campo como: caballos, vacas y cabras. De estas últimas, él hacía queso, los cuales vendía en Putaendo. En esas circunstancias conoció a una mujer muy hermosa, él se enamoró de ella, pero la mujer no de él. Fue tanto el deseo que él sentía que no midió las consecuencias.

Una noche, al estar solo en su casa que se ubicaba en el cerro, José miró al cielo y se preguntó por qué esa bella mujer no se fijaba en él. En ese momento escuchó una voz que decía:

—José no preguntes al infinito, acá estoy yo para ayudarte.

José, al escuchar esa voz, miró por todos lados y no podía ver quién era el intruso que estaba escuchando sus palabras. José se asustó y quiso tomar entre sus manos una cruz, la que cayó al suelo y en ese instante vio parado en la puerta de su casa a un hombre completamente vestido de negro, que poseía una mirada penetrante y una sonrisa como ninguna. José asustado trató de pronunciar algunas palabras que salieron entrecortadas:

—¿Qui-quién e-eres tú?

El hombre le respondió:

—Soy quien te ayudará a tener todo lo que quieras. Soy tu amigo de las tinieblas, no me tengas miedo, no soy tan malo como dicen, tampoco soy tan vengativo, esas son solo mentiras, tú solo debes darme algo a cambio y ya.

José tomó valor y le dijo:

—¿Qué me vas a pedir?

El hombre malo le preguntó:

—¿Qué tienes de valor para darme?

José le mostró sus animalitos. El Mandinga se echó a reír y dijo:

—¿Para qué quiero yo esos animales? No me sirven.

José le mostró su casa y los terrenos. El Mandinga volvió a reírse y le dijo:

—No, quiero algo de más valor.

José le respondió:

—No tengo nada más.

Y el Mandinga le respondió:

—Sí, tienes algo que yo deseo y mucho... tu alma.

José se asustó y lo corrió de su casa con un hermoso rezo y éste, mientras desaparecía, le dijo:

—Esa bella mujer será de otro, uno más valiente que tú, cobarde...

José esa noche no le hizo caso. Al llegar una nueva noche, salió de su casa y se sentó en unas rocas y volvió hablar, el Mandinga no se demoró mucho en aparecer y le dijo al joven:

—¿Me darás lo que te pedí?

José le dijo:

—Sí, pero quiero estar seguro de que me darás el amor de esa bella mujer.

El Mandinga respondió:

—Confía en mí.

Y José se echó a reír.

A la noche siguiente debían reunirse en el cerro, pero tenía que ser en un lugar que no se escuchara nada. José como conocía el campo, lo guió a un lugar tranquilo y ahí se encontraron ambos, cara a cara, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso para hacer lo que habían acordado.

Antes de continuar, debo decir que José pensó la noche anterior que no era de hombre tener a la fuerza el amor de una mujer, por lo que José preparó un plan y esperaba que todo saliera bien.

José se dio valor y le dijo:

—Acá estoy, pero ya no quiero un amor a la fuerza, porque sería un amor de mentiras.

El Mandinga le respondió con furia:

—¿Tú crees que estoy acá para perder mi tiempo? ¿Quién te crees que eres?

El Mandinga furioso, comenzó a tirar fuego por la boca y chispas por los ojos, cada vez aumentaban más de tamaño. José trató de correr, pero el Mandinga lo tomó con sus largos brazos y lo llevo a su lado y le dijo claramente:

—Esto no es un juego, eres un miedoso, jamás serás un hombre de verdad, no eres de palabras, así que te llevaré en cuerpo y alma.

José lo miró y le pidió un último favor:

—Solo déjame tocar por última vez el suelo, solo eso te pido.

El Mandinga al verlo tan frágil lo dejó caer al suelo, José se paró y entre los arbustos tenía una cruz escondida y un poco de agua bendita. Tomó el agua y la lanzó al Mandinga, mientras con la otra mano sostenía la cruz y a la vez rezaba. Mientras hacía todo esto, José jamás dejó de mirarlo a sus ojos, hasta que el Mandinga desapareció entre rezos, aullidos, un fuerte viento y a lo lejos se escuchó cantar un gallo.

José recapacitó y nunca más se dejó llevar por los malos pensamientos de tener a una mujer a la fuerza y gracias a eso con el tiempo conoció el amor de su vida y fueron inmensamente felices.

Primer lugar regional
Putando
12 años

La noche del diablo

Catalina Navarrete Troncoso

Mi abuelo de setenta y nueve años, llamado Rubén Troncoso, nació en Angol, Región de la Araucanía. Casi toda su vida la pasó en ese lugar. Provenía de una familia pobre, su casa era de adobe y con muy pocas comodidades. Trabajó de muy pequeño, cuidando animales por las noches en temporadas de verano, por lo que vio cosas que muchos no creerían. Me contó varias historias, pero una de ellas fue la que más me llamó la atención y será la historia que les contaré a continuación:

Un día de verano a eso de las seis de la tarde, nos preparábamos para salir al cerro. Iba en compañía de mi padre y dos de mis hermanos. Como cada viaje, preparábamos las cosas para pasar la noche, llevábamos comida, agua y una linterna. Así llegamos donde pasaríamos la noche.

Mi hermano Juan Carlos hizo fuego, mientras nosotros hacíamos un recorrido entre los animales. Ya eran las nueve y media y la nada quedaba del sol, así que volvimos al refugio que estaba bajo un árbol. Mientras hablábamos y comíamos frente al fuego, empezamos a escuchar un ruido extraño, como un animal. Salimos para ver si era algún zorro, pero miramos y no encontramos nada así que volvimos al refugio. Mi padre junto a mi hermano se quedaron dormidos, mientras yo que cuidaba volví a escuchar un ruido como que había algo afuera, se sentían como pasos, por lo que me armé de valor y salí con la linterna.

Todo estaba oscuro así que iba alumbrando mientras avanzaba. Me metí entre los animales, estos dormían y algunas vacas despertaban al ver la luz. De sorpresa veo un animal que nunca había visto detrás de dos vacas, un animal negro con grandes ojos rojos, una mezcla de perro y lobo que se empezó a acercar y mi linterna con pilas nuevas se apagó. Pegué un grito tan fuerte como pude y de repente siento a la bestia al lado mío. Respiraba fuerte, sentía su aliento caliente con olor desagradable, pensé que iba a morir; en eso sentí unos pasos cerca de mí, me doy vuelta y la linterna se vuelve a encender. Alumbré la cara de mi padre y creo que volví a respirar. Él me agarró del brazo y me llevó al refugio, no quiso preguntar lo que había pasado.

A la mañana siguiente, me dijo:

—¿Lo viste?

Yo le respondí:

—¿A quién?

—Al Mandinga, él se hace pasar por un perro y le gusta asustar a quien visita el cerro en la noche, marcando su territorio.

Desde aquel día mi abuelito no quiso ir nunca más al cerro a cuidar a sus animales.

Segundo lugar regional

Putauendo

14 años

Desde mí

Thiara Arriagada de la Paz

Mi vida fue difícil, crecer en el campo no la mejoró mucho. Nunca tuve la oportunidad de ir a la escuela, estaba muy lejos y no había dinero, como era el mayor de once hermanos tenía que ayudar a llevar dinero a la casa porque justamente no había.

Me dediqué toda una vida al campo, algunas veces tuve que rechazar trabajos y otras no me aceptaban y todo esto porque no sabía leer ni escribir, porque nunca pude aprender. La gente que no me aceptaba en los trabajos la mayoría era porque no confiaban en que yo pudiese hacer las cosas bien, varias veces me perdí en mis idas a la ciudad por culpa de no saber leer.

Cuando pedía ayuda para saber qué estaba escrito, la gente me miraba con burla o pena y me daba mucha vergüenza. El que, por culpa de otras personas, de otras cosas y hasta por mí mismo yo no pudiese estudiar, aprender a leer y escribir, a sumar y restar, me daba mucha tristeza; el no poder ayudar a mis propios hijos con sus tareas, el querer aprender, ya que siempre quise estudiar, siempre lo quise.

Me llamaba tanto la atención descubrir cosas nuevas, pero la necesidad me lo impedía, de tener que poner un plato de comida en la mesa, que a mi familia no le faltara nada, que mis hijos pudiesen estudiar, ir a la escuela, hacer lo que yo siempre quise, me impulsaba todos los días a trabajar desde bien temprano en la mañana hasta bien tarde en la noche, todos los días.

La pobreza era horrible en esos años del cacerolazo que hicieron las mujeres porque no había comida, nos moríamos de hambre. Como dije antes, había una necesidad. Yo no me quejo de todo el trabajo que hice, porque gracias a todo ese esfuerzo mis hijos pudieron ir a la escuela, pudieron estudiar, aprender a leer y escribir, a sumar y restar, todo eso y mucho más. Y ahora de viejo me doy cuenta de que yo todavía puedo aprender y que ya no me voy a avergonzar ni tener pena, porque voy a hacer lo que siempre quise, lo que siempre anhelé. Aprender a leer y escribir, a estudiar todo lo que pueda, porque ahora nada me lo puede impedir, porque yo puedo y nada ni nadie me lo va a negar.

Tercer lugar regional

San Felipe

14 años

El cementerio del Mandinga

Sofía Flores Cautre

Me llamo Laura Muñoz y en mi pueblo, Valdivia, es muy común escuchar historias sobre el mismísimo Mandinga, el ser del mal, el de los cuernos y al final todos terminan con lo mismo. Los ancianos y las campesinas dicen ver y hasta interactuar con el mismo mal, que viene vestido de oveja como un ser inocente, pero muy pronto se descubre su verdadero ser. Pero estas son puras patrañas, ¿verdad?, porque a mis veintidós años nunca he visto ni escuchado nada fuera de lo común, a excepción de las vacas en la mañana. En fin, ¿quién podría creer en estos cuentos que se crean para mandar a los niños a dormir en las noches? Pues yo no, a ver si el Mandinga puede con eso, ja.

Un día de invierno en la mañana desperté con una incertidumbre sobre mí, aunque no había nada que hubiera olvidado o por lo que estuviera nerviosa, así que rápidamente traté de olvidar esa sensación para que no me arruinara el día, me levanté y me dirigí hacia donde estaba mi madre cocinando sus famosas sopaipillas y pan amasado; esto me alegró otra vez, entonces me senté a la mesa y mi madre me dijo:

—Laura, si vas a salir a andar a caballo en las montañas, tienes que volver antes del anochecer, Don Luciano me dijo que habían visto a un hombre desconocido andando a caballo por aquí cerca, y además a la llegada de él, las cosechas repentinamente empezaron a morir, y con toda esta información, ya podemos saber quién es.

Con mala cara le respondí:

—¿Por qué crees todo lo que te dice don Luciano, mamá? Sabes que esos cuentos no son reales, ¿verdad?

Ella me respondió:

—Laura, ten un poco más de respeto, don Luciano es el hombre más sabio del mundo, además, no tienes a la suerte, hija mía. Ahora escúchame bien, te quiero de vuelta en casa antes de las seis.

Sin ganas de discutir más, asentí con la cabeza y me retiré de la mesa.

Ese mismo día en la tarde decidí dar una vuelta en mi caballo solo hasta el arroyo, para tomar una foto y aprovechar que mamá estaba durmiendo plácidamente en su habitación. Así decidí salir y galopé hasta adentrarme en un bosque cercano; ahí noté que mi caballo tenía sed y estaba muy cansado, decidí bajarme y buscar algún lugar cercano en donde pudiera conseguir agua para el caballo y así poder volver a casa. Caminé un largo tiempo, hasta que de pronto pude divisar unas rejas a lo lejos, entonces sin más opción, decidí ir; mientras más me acercaba, más me daba cuenta de que no era una casa, era un cementerio, entonces me bajé del caballo y fui a donde estaba un pozo para poder darle agua al caballo, después lo dejé descansar un poco, mientras yo estaba dando vueltas por ahí.

Investigando el lugar, me di cuenta de que la muerte tenía una belleza oculta, ya que no todos comprenden las formas, las flores, las dedicatorias y el amor eterno de las personas que despiden a su ser más amado. Busqué mi cámara para capturar esa tranquilidad y silencio que emanaba de ese lugar, pero mi tranquilidad pronto se acabó, pues en el momento que iba a tomar la foto, me sobresalté al escuchar a una niña detrás de mí preguntarme:

—¿Eres fotógrafa?

La miré detenidamente, era una niña de unos siete años, hermosa, por cierto, y le respondí:

—Algo así, ¿dónde están tus padres? —le pregunté, porque estaba sola e instintivamente uno tiende a preguntar por el paradero de los padres, la miré aún más detenidamente y me señaló con el dedo a unos cuantos metros de donde estábamos.

—Allá están —me dijo mientras me miraba casi analizándome; luego volvió a hablar y me dijo—: Quiero pedirte un favor, ¿nos podrías tomar una foto?, ellos están sentados en la tumba de mi abuela y me parece muy tierno como están, así que ¿puedes hacerlo?

Dudosa, asentí con la cabeza, esperando poder irme pronto, ya que la incertidumbre que tenía en la mañana había vuelto repentinamente. Con una sonrisa escalofriante me dijo:

—Gracias, yo me sentaré a su lado y tomas la foto, ¿está bien?

Le dije que sí, entonces comenzó a caminar hacia donde estaban sus padres y a la mitad del camino se dio vuelta y con unos ojos malévolos me dijo:

—Ah, pero debo decirte algo, a ellos no les gustan las fotos, sabes, si les dices no voltearán, y yo quiero que salgan así sin más, sin darse la vuelta.

Luego de esto se dio la vuelta nuevamente y me dijo:

—Mira que yo sea la más bella.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, no sabía qué me estaba pasando, ya no tenía ningún control sobre mí, las manos me temblaban, el corazón se me aceleraba, tenía escalofríos y la mala sensación de que algo no estaba bien. Cuando iba a tomar la foto la cámara no enfocaba y la distancia no era tan larga, así que me desesperé, hasta que al fin tomé tres o cuatro fotos, pero cuando el *flash* salió, todo estaba oscuro, así que me asusté y comencé a gritar:

—¡NIÑA, NIÑA! ¿DÓNDE ESTÁS?

Nadie respondía a mi llamado, cuando de pronto me di cuenta de que era de noche, se había oscurecido mucho. En ese momento me arrepentí de haber salido de mi casa, un terror horrible invadió cada extremo de mi ser y mis piernas se debilitaban a cada paso que daba alejándome de esa tumba, alguien me gritó:

—¡Oye tú!

Entonces de mí salió un grito de horror, pero luego me di cuenta de que era el velador que se acercó y me dijo:

—No puedes estar aquí a esta hora, ya que además de tarde, a esta hora los sucesos extraños se hacen mucho más fuertes.

Entonces después de un momento de silencio y tensión me preguntó:

—Viste a la niña, ¿verdad?

Llorando asentí con la cabeza y él sólo dijo:

—Dios mío, apiádate de nosotros.

Después de eso, el velador me llevó hacia la pequeña casa que habitaba mientras cuidaba el cementerio y ahí me entregó un caballo y me dijo que galopara lo más rápido y lejos posible, pero antes le dije que quería que me contase la historia de la niña que vi, pues había sentido algo malo venir de ella, vi que se puso tenso y muy serio, me respondió:

—Eso no es una niña.

Yo le pregunté:

—¿Entonces qué era?

Y el velador me respondió:

—Era el Mandinga.

Yo quedé totalmente espantada, pues nunca imaginé que los cuentos eran ciertos y menos que el mismísimo Mandinga estaba cerca. El velador me contó que la niña había cometido actos muy crueles e inhumanos en contra de su familia, misma razón por la que ahora estaban muertos, pero un día fue una valiente muchacha a la cueva en donde se ocultaba y ahí mató a ese ser. Cuando el Mandinga vuelve a Valdivia la niña sale al cementerio a visitar a su familia y recolecta personas que quieran jugar con ella, pero las personas que juegan con ella nunca sobreviven a sus juegos, por eso estoy seguro de que es el diablo el que comete estos bárbaros actos.

—No vuelvas nunca a este lugar —exclamó el velador, y prosiguió diciendo— si ella te vio, ahora querrá seguir jugando contigo.

Después de ese día, me encerré en mi casa cuatro días seguidos por el miedo que sentía de que el Mandinga fuera por mí. Uno de esos días recordé la foto que le había tomado a la niña, y al revisarla me percaté de algo que me puso los pelos de punta, en esa foto había más de tres personas, había alrededor de treinta personas, todos sin cara, a excepción de la niña, que estaba al frente con los ojos rojos y dientes filosos, como los de un tiburón. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y de inmediato solté la cámara, horrorizada por lo que vi, hasta que escuché a alguien detrás de mí decir:

—¿Me tomas otra foto?, en esa no salgo bella.

Primer lugar regional
Padre Hurtado
14 años

Lo que el mar oculta

Sofía Flores Cautre

La vida es una sucesión de lecciones que uno debe vivir para aprender.

Cuenta la leyenda que hace muchos años, en una tierra de gigantes, vivía una hermosa gigante de gran gentileza y corazón, tan bella por fuera como por dentro; su nombre era Matilde y vivía en las costas de Puerto Montt. Matilde era muy apreciada por todos los pobladores y personas cercanas a ella, era la felicidad de su pueblo y la felicidad de ella era su pueblo.

Una mañana de verano, Matilde salió a arar la tierra como de costumbre, cuando de pronto sintió la necesidad de ir a caminar al lado del mar y obedeciendo a su corazón fue al lado del mar, sin saber lo que le esperaba y deparaba el destino. Matilde caminó y caminó admirando el mar y la tierra, conectándose con el hermoso paisaje que la naturaleza le ofrecía, hasta que de pronto divisó algo acercándose desde el mar. “¿Qué es eso?”, pensó la joven, pero pronto descubrió que era la forma de un barco que se acercaba rápidamente hacia la orilla, al parecer Matilde no era la única que había visto como se avecinaba el barco, puesto que casi todos los aldeanos estaban en el otro extremo de la playa viendo también como llegaba el gran barco.

Cuando por fin llegó el tan esperado barco, Matilde se asombró al ver salir a un hombre que parecía ser extranjero y que en un parpadeo se llevó su corazón, el mismo corazón que la había llevado a caminar a la orilla del mar. La muchacha quiso acercarse, pero debido a la gran cantidad de curiosos que rodearon al misterioso muchacho, no pudo hacer nada. Entonces se fue a su casa y pensó: “La paciencia y el tiempo permiten conseguir logros mayores que la fuerza o pasión, así que confiaré en que mi camino se cruzará con el de este extraño en algún momento, sé que todo llega a su tiempo”.

Justamente, dicho y hecho. Un día al amanecer, Matilde salió a caminar por el campo y escuchó un ruido a lo lejos, no se asustó, pues podía haber animales que habitaban la zona, así que sin tomarle mucha importancia siguió su camino, hasta que de nuevo escuchó el ruido y en voz alta dijo:

—Sal de ahí quién quiera que seas, pues no te podrás esconder mucho más tiempo de mí.

En ese entonces salió de entremedio de los árboles el muchacho misterioso que había bajado del barco, Matilde lo reconoció inmediatamente y se quedó atónita ya que en ese lugar era donde menos esperaba encontrarlo. El joven se presentó como Sir Damián Cárdenas y luego de que Matilde se presentara, tomó un minuto para analizarlo, era alto y de rizos dorados, su mirada era tierna y su sonrisa sincera, se veía de su misma edad y a su parecer, era el joven más atractivo que haya visto en su vida, así que sin pensarlo dos veces lo invitó a caminar con ella.

Después de un tiempo ella notó que se llevaban de lo mejor, su personalidad era tímida y divertida, también era muy respetuoso y educado. Damián era muy atento y protagonizó los actos más divertidos y asombrosos que Matilde hubiera visto. Luego de pasar un rato agradable, Matilde le preguntó qué lo traía hacia Puerto Montt, porque ese lugar no era muy concurrido por los extranjeros. Damián le dijo que su corazón lo había llevado hacia ese lugar y que estaba agradecido de haber atendido los deseos de su corazón, pues de otra forma no estaría con ella en ese momento:

—Vive aquí y ahora —dijo Damián.

Esto a Matilde le sorprendió porque no mucha gente se atrevía a seguir a su corazón, entonces Damián le dijo:

—Mi corazón me está diciendo que bailemos ahora.

Matilde con una sonrisa le preguntó:

—¿Ahora?

Y Damián le respondió:

—Sí.

Entonces Matilde entre risas le dijo:

—Estás loco, ¿sabes?

Y Damián le respondió:

—Las personas locas son más divertidas y mucho más felices.

Entonces ambos se sacaron los zapatos y comenzaron a bailar en medio del campo, con el amanecer sobre ellos, sin importarles nada, solo eran dos jóvenes disfrutando de la vida.

Al otro día Matilde se volvió a encontrar con Damián en el campo, y lo mismo al día siguiente y a la semana siguiente y al mes siguiente, así durante un año, el cual había pasado en un parpadeo. Los recuerdos de cada día permanecían en el corazón de Matilde, ella estaba cada vez más enamorada, un amor fuerte y leal crecía en ella, al mismo tiempo que una tristeza enorme invadía a Damián.

Esos meses fueron los mejores para ambos, entre risas, conversaciones y canciones que quedaron en lo profundo del campo, se llegaron a olvidar de todo y todos los demás, hasta que como siempre, la realidad llegó de golpe, y justamente, en algún momento tenían que poner los pies sobre la tierra.

Se avecinaba el momento en el que Damián tenía que volver a su país, pues había ido a Puerto Montt con la promesa a sus padres de que cuando volviera se casaría con una joven de su país con buena fortuna, que ayudaría a salir de la pobreza a su familia. Matilde y Damián eran dos jóvenes ilusos y enamorados que fueron víctimas de la sociedad en la que vivían, eran el amor perfecto en el momento equivocado.

El día llegó, Damián debía partir a su hogar, aunque decía que su hogar era Matilde, por lo que le prometió que volvería a su tierra para romper el compromiso y que al regreso se podrían casar y ser felices. Damián le dijo a Matilde con una voz melancólica:

—Mi querida Matilde, volveré a tus brazos para sentir tus caricias, espera por mí, ten paciencia y mantente firme en estas palabras, mi mente y mi corazón te pertenecen y te pertenecerán por el resto de nuestras vidas, te amo, te admiro y te aprecio más que a nada en este mundo, nos vemos querida mía.

Con estas palabras se subió al barco y navegó hasta su hogar, mientras que Matilde le gritaba:

—Te deseo lo mejor amor mío, esperaré tu regreso hasta el último de mis días, suerte en el viaje.

No podía llorar, pero su alma estaba hecha pedazos. Al menos encontraba consuelo al saber que él iba a volver, así que se sentó en la orilla del mar, abrazando sus piernas, dejando que el viento se llevase sus lágrimas.

Pasaron días y meses. Después de diez años Matilde seguía sentada a la orilla del mar, como si se hubiese sentado recién, esperando pacientemente y con el mismo amor hacía su amado. Era como si llevara meses estando sin estar. Matilde siempre le hablaba al mar pensando que así su amado la podía escuchar:

—Le conté a las estrellas sobre ti, siento que los recuerdos son la única forma en la que puedo detener el tiempo —le decía en un susurro, mientras que las personas que la veían decían:

—Mírala, todavía no se ha rendido, pobre alma, pobre muchacha, la marea subió y el agua ya le está tapando los tobillos, si no se mueve el mar se la llevará.

—Que todo lo bueno te siga, te encuentre y se quede contigo.

Estas fueron las últimas palabras que Matilde le dedicó al amor de su vida antes de ser parte del mar. La que en algún momento fue joven y llena de vida, ahora estaba hundiéndose en el mar, las olas y la marea la habían alcanzado y ahora Matilde se estaba volviendo parte del mar, pues su amado nunca volvió y ella nunca perdió la esperanza de que volviera. Así es como después de treinta años la hermosa muchacha estaba casi totalmente hundida en el mar y lo único que sobresalía era la coronilla de su cabeza, en donde empezaron a llegar barcos llenos de personas diminutas llamados humanos, que iban a habitar la coronilla de Matilde, la que ahora era una isla recién descubierta. Entonces le pusieron a este descubrimiento Chiloé, sin saber que abajo habitaba la más dulce joven que ahora daba hogar a muchas familias con diferentes historias y vidas, que conformaban la isla de Chiloé.

Segundo lugar regional

Padre Hurtado

14 años

El duende de mi abuelo

Manuel Manzo Núñez

Me contó mi abuelito Juan que cuando él era más joven y vivía en Carmen de las Rosas, una localidad cerca de Melipilla trabajaba en una parcela muy grande, estaba encargado de esperar a los trabajadores y tenía que hacer las fogatas en invierno para que se calentaran.

Un día, al llegar y comenzar a prender las fogatas, miró hacia atrás y vio como un niño de alrededor de un año se calentaba en la fogata. Mi abuelo, muy impresionado de ver a un niño a esa hora, se acercó a mirar y casi se desmaya al ver que tenía barba y muchas arrugas. Estaba viendo a un duende.

Mi abuelo Juan se acercó lentamente y le ofreció algo de comer, el duende tomó la manzana, se la comió y luego salió corriendo, perdiéndose de vista.

Cuando llegaron los otros trabajadores, mi abuelo les contó lo sucedido y ellos le comentaron que era común ver duendes a esa hora.

Tercer lugar regional

Melipilla

8 años

La milagrosa de Doñihue

Isabel Becerra Pérez

Hace mucho tiempo, la comunidad de Doñihue fue azotada, al igual que muchos otros lugares de todo Chile, por la peste de la viruela.

Mientras la gente enfermaba y moría, las autoridades no podían quedarse con los brazos cruzados. Con desesperación buscaban una cura o forma de paliar la epidemia, a la vez que la misma se propagaba por los distintos lugares del pueblo. Esta fue una gran tragedia, ya que enfermaban tanto niños como ancianos.

En Camarico, un sector de la comuna de Doñihue vivía una mujer muy dulce y hermosa a la que le gustaba mucho ayudar, ya que era muy bondadosa. Su nombre era Lucrecia Segovia y trabajaba de lechera en el fundo Quimávida.

Lucrecia creía que el suero de la leche que quedaba después de hacer los quesos podría ayudar a sanar esta enfermedad. Luego de un tiempo tuvo que dejar de trabajar, porque su marido enfermó y ella cuidó de él con gran dedicación. Le daba a beber infusiones de hierbas y el suero de la leche. Al pasar los días, él fue recuperándose, ya no tenía fiebre y las manchas fueron desapareciendo. Además, en el pueblo la gente comenzó, también, a recuperarse. Sin embargo, sin darse cuenta, ella enfermó gravemente. Tenía fiebre muy alta y las manchas características de la peste.

Cuando su esposo se dio cuenta, se asustó mucho porque no quería contagiarse nuevamente. Lucrecia le pidió, le suplicó que la ayudara. Él, muy cobardemente, se negó y tomó un tren hacia el sur, abandonándola a pesar de sus ruegos y al hecho de que le debía su propia vida.

Cuando la gente se dio cuenta de que ella estaba enferma, empezaron a exigir al alcalde que la sacaran del pueblo para no volver a enfermar. El alcalde trató de que los habitantes conservaran la calma y decidió mandar a construir una choza en el cerro, al otro lado del estero. Mandó que llevaran allá las pertenencias de Lucrecia.

Al siguiente día, llevaron a la infeliz Lucrecia a dicho lugar, el pueblo la trató muy mal, olvidando que ella había ayudado en la recuperación de muchos. Enviaron al cabo segundo para que hiciera guardia y cuidara de ella, hasta que mejorara o simplemente muriera.

Algunas personas del lugar que la compadecían iban a diario a dejarle una olla con comida, la que ataban a un palo y se la pasaban al carabinero por sobre el canal La Parralina, para no acercarse a la choza.

El carabinero cuidó muy bien de ella y fueron pasando los días, tras los cuales, a pesar de su enfermedad, sin darse cuenta se enamoraron.

Ellos soñaban con estar juntos y con el día en que ella se recuperara para casarse y vivir muy felices. Pero llegó el invierno, y junto con él, las noches muy frías.

Una noche de esas en las que el frío cala hasta los huesos, Lucrecia no resistió y en la mañana falleció. El carabinero, luego de llorar hasta cansarse, fue a dar aviso del deceso, ante lo cual le mandaron que la sepultara donde mismo estaba la choza y quemara todas sus pertenencias. El cabo, con gran dolor, obedeció y desde ese día nunca más se supo de él.

Con el paso del tiempo, alguien del lugar comenzó a hacerle mandas y a pedirle favores a la mujer fallecida, los cuales fueron cumplidos. Así se corrió la voz y llegaron personas de distintas partes, y hasta hoy en día, la gente la visita para pedir o agradecer los favores cumplidos. En el lugar donde estaba la choza se le hizo una grutita para recordarla por siempre y agradecer lo que no se le agradeció en su momento por el miedo de los habitantes.

Primer lugar regional

Doñihue

12 años

El potrero embrujado y la poción de la vieja Juana

Ignacia Vásquez Soto

Era una noche de verano, cuando con mi tata salimos a ver los caballos, en eso vimos a un señor de negro. Mi abuelo le habló, pero el señor no respondió.

Mi tata fue a buscar una linterna y se demoró unos minutos, mientras yo me quedé aterrorizada en la oscuridad. En esos minutos escuché los ruidos de los árboles y pájaros, a lo lejos se podían divisar algunas de las luces de las casas cercanas a la de mi abuelo; cuando volvió me preguntó si había visto algo y le respondí que no, luego me dijo:

—Quédate muy quieta.

Y en ese momento ocurrió algo impresionante, algo impensable, un terror invadió todo nuestro ser. Mi tata alumbró con su linterna, pero no se vio nada, nos quedamos con la boca abierta de lo imposible que era ver eso ocurrir, luego de esto nos fuimos a dormir, con muchas dudas y temores.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano pues los ladridos de los perros no nos dejaban dormir. Me levanté y lo acompañé nuevamente a ver sus caballos; una vez en el establo vimos que había un par de caballos muertos. Mi tata se puso muy triste por lo ocurrido y nuevamente volvió la intriga y el temor por lo que muy rápido salimos de ahí.

Con mi tata muy desorientado, nos dirigimos inmediatamente al pueblo para averiguar que estaba sucediendo. Llegamos a la plaza de San Ignacio, donde estaban las personas más ancianas del lugar y ellos nos contaron que la casa que había comprado mi tata era llamada "el potrero embrujado", y que había una leyenda que decía que si ves un señor de negro en tu potrero no lo molestes ni le hables, si tú lo haces él va a matar a tus animales, empezando por los caballos como lo ha hecho con cada dueño que ha tenido este lugar.

—Oh, mi Dios, nosotros le hablamos al señor de negro, entonces él se molestó.

También contaba la leyenda que él volvería noche tras noche a nuestra casa a matar a todos los animales de mi abuelo, a menos que él fuera donde la vieja Juana, una anciana del lugar que tenía una poción mágica que nos ayudaría a salir de esta terrible tragedia. Los ancianos del lugar nos entregaron la dirección de la señora Juana.

Durante la tarde partimos al lugar que nos dijeron los ancianos. Pasamos por campos maravillosos, ríos y una hermosa montaña llena de colores, árboles y flores.

Al lugar que llegamos lo llamaban El Carmen. Preguntamos a la primera persona que vimos en ese pueblo por la vieja Juana e inmediatamente el caballero nos dijo donde era. Llegamos al lugar y adivinen: era la casa más hermosa que había visto en mi vida, llena de flores de múltiples colores, muchos, pero muchos animales, un riachuelo que pasaba por el lugar dándole una paz y tranquilidad que jamás había podido experimentar.

La vieja Juana nos dijo que teníamos que hacer una poción para que ese señor dejara de matar a nuestros animales y que su alma descansara en paz. Para esa poción teníamos que conseguir tres ingredientes que

serían: un copihue, un mechón de pelo de caballo negro y una canción de amor escrita por nosotros y solo teníamos veinticuatro horas para hacer efectiva la poción.

Con mi tata conseguimos los ingredientes en diez horas y llegamos justo a tiempo. La vieja Juana estaba terminando la poción y nos dijo que teníamos que regar el potrero entero con ella sin dejar de cantar nuestra hermosa canción de amor. Con esto podríamos poner un escudo protector, para que el señor no volviera ni matara a nuestros animales y así calmar su alma; ya que se decía que era un alma en pena que vagaba por los potreros que tuvieran los más lindos animales y así conseguirlos para su colección fatal.

Cuando llegó el momento de hacer nuestro trabajo, con mi tata estábamos con mucho miedo, pero el amor por nuestros animales lo hacía todo posible, con nuestra canción pudimos alejar del potrero a este señor de negro.

Esa semana en la casa de mi abuelo fue muy loca y terrorífica. Hoy en día, espero que la poción de la vieja Juana funcione bien por mucho tiempo, así cada animal que viva en el potrero no vuelva a vivir esta terrible historia y el hombre de negro no aparezca para matarlos.

Con el paso del tiempo, el potrero de mi abuelo ya no se llamó "el potrero embrujado" sino que "el potrero encantado". Era el lugar más hermoso del pueblo.

Segundo lugar regional

Doñihue

9 años

Persecución alocada

Isidora Jara Soto

Estas vacaciones están siendo muy tediosas y aburridas. Mis padres, al ver que repetí de curso por mis malas notas (porque me quedaba hasta tarde jugando en el computador), tomaron la horrible decisión de enviarme a la hacienda de mi abuelo, ubicada en un pequeño pueblo de campo, para que lo ayudara con sus plantas.

Acá no hay más que canales nacionales en la televisión, no hay internet y los negocios más grandes son un mall chino y un supermercado Unimarc. No puedo quedarme hasta tarde despierto y me tengo que levantar temprano para trabajar en el campo.

Pero ayer ocurrió algo que me dejó pensativo. Era mediodía y me estaba asando al calor del sol mientras plantaba tomates, cuando vislumbré una cosa blanca. Me fijé en ella y me di cuenta que era un ave con el pecho gris y la cabeza negra; me acerqué cautelosamente, poquito a poco, entonces el ave se echó a volar, y yo me largué a correr.

Una hora duró aquella loca carrera, hasta que llegué a una pequeña loma cubierta de blando pasto, en medio de una arboleda en donde me desplomé encima y me di cuenta lo pacífico que era. Estuve allí una media hora, y una hora y media más me demoré en encontrar el camino y volver a casa del abuelo.

Me regañó ya que eran las tres de la tarde y me había perdido el almuerzo y encima ni siquiera había terminado de plantar los tomates y a pesar de que no comía desde el desayuno y estaba totalmente agotado, me obligó a terminar de plantar los tomates.

Cuando se le había pasado el enfado, le pregunté a mi abuelo qué ave era y me contó que era una gaviota de Franklin, un ave migratoria, había oído de ellas en clase de ciencia. Aquellas aves iban al norte en invierno y regresaban en verano por lo que debían hacer un esfuerzo agotador. Nunca había pensado realmente en ello.

Han pasado varios meses desde que fui a casa del abuelo y mi vida ha mejorado significativamente ya que ahora estoy más centrado en mis estudios y mis notas han mejorado muchísimo desde el año pasado. Mis padres ya ni me retan, de hecho, me felicitan por haber mejorado tanto. Sé que ir donde mi abuelo me hizo reflexionar y mejorar, en especial con mi experiencia con la gaviota. Quizás siga así o siga mejorando, no lo sé, lo que sí sé es que nunca olvidaré esa experiencia.

Tercer lugar regional
Chimbarongo
11 años

Weñi Kutral, el niño que pudo controlar el fuego

Sofía Venegas Sanhueza

Küdell era un niño pehuenche que vivía a las faldas de la cordillera de los Andes con su madre y su hermano menor Wellpiñ; su padre había fallecido a manos de un español y la situación era complicada. Él, junto a su familia y unos cuantos pehuenches más, armaron un grupo y escaparon para no ser asesinados, en los bosques de la Araucanía armaron sus toldos. Küdell estaba contento en su nuevo hogar, pero a la vez angustiado por su madre, Lancuyen, que estaba devastada por la muerte reciente de su *wentru*²³.

Küdell y su hermano Wellpiñ salían todas las mañanas a bañarse en el lago Icalma, luego al mediodía iban a almorzar junto a su madre, hacían un fogón y preparaban sus alimentos, lo hacían todos los días a la hora del almuerzo y cena. Küdell era un niño tímido, pero también era fuerte y capaz de levantar su propio peso varias veces, mientras que Wellpiñ era cuatro años menor que su hermano y era un infante travieso que le encantaba meterse en problemas y la adrenalina.

Una tarde, mientras se podía ver el bello crepúsculo a través de las montañas, Küdell y su familia, como siempre lo hacían, preparaban el fogón para la hora de la cena. Wellpiñ había quedado castigado por perder uno de sus ponchos y estaba molesto con Lancuyen por dejarlo sin poder salir a jugar y divertirse en la laguna. Ese día Lancuyen se sentía más afligida que el resto de los días, estaba aún sin poder superar la muerte de su querido esposo por lo que durante la cena se generó una discusión entre *ñuke*²⁴ y *foțem*²⁵.

—¿Por qué tienes que ser tan mala conmigo? yo en serio quería salir a jugar con Küdell. Le dijo furioso el niño a Lancuyen.

—Tú ya sabes el porqué, perdiste el poncho que tu abuela te tejió, ella ya no está con nosotros, ¡deberías sentirte avergonzado! —le gritó desahogándose la pobre mujer.

—¡Bueno, al menos yo no me la paso el día lamentando la muerte de un familiar! —gritó el niño sin pensar con cuidado sus palabras.

Lancuyen, muy enfadada, le pegó una cachetada a su hijo para luego irse llorando hacia su toldo; por su parte Wellpiñ, sin sentir remordimiento de sus actos, solo se fue caminando sin dirección alguna entre los pehuenes. Küdell, sin decir ni una palabra, se quedó junto al fogón viendo como las llamas del fuego se terminaban de apagar, hasta que de pronto una reluciente llama se asomó entre la oscuridad de las cenizas, era grande y resplandeciente y tomó la forma humanoide de una niña. Küdell, asustado ante la mítica presencia, tomó un palo para defenderse y se alejó unos metros.

—Mmm, hola, yo soy Ailin, hija del fuego. ¿Y tú? ¿Tienes un nombre? —preguntó la majestuosa figura hecha de puras llamas incandescentes.

—Yo-yo soy Küdell, hijo de Lancuyen, mmm. ¿Eres un espíritu o algún tipo de ser mágico? —preguntó asombrado y a la vez tembloroso de que pudiera hacerle algo malo.

²³ Wentru: esposo, hombre, marido en lengua mapudungun (nota de la edición).

²⁴ Ñuke: madre, mamá en lengua mapudungun (nota de la edición).

²⁵ Foțem: hijo varón en lengua mapudungun (nota de la edición).

—No, no, ya te dije, yo soy Ailin, hija del gran dios del fuego —dijo el pequeño ser acercándose con confianza a Kùdell.

Kùdell estaba asombrado por la extraña, pero maravillosa presencia de lo que parecía ser la hija del supuesto dios del fuego y supuso que si era la hija de tan poderoso ser era una semidiosa.

—Está bien, Ailin, ahora que ya nos conocemos, ¿podrías explicarme por qué has venido hasta aquí?

—preguntó sintiéndose astuto el muchacho.

—Verás, a mí me gusta divertirme y yo puedo observar a las personas a través de las llamas del fuego, porque yo nazco de estas y te vi a ti y a otras personas teniendo una discusión, así que me pareció interesante y vine —dijo Ailin con total normalidad y un tono sereno y tranquilo.

—Oh, bueno, ya que estas aquí por eso, mi hermano menor tuvo una discusión muy fuerte con mi madre respecto a la muerte de seres queridos —dijo Kùdell, sintiéndose de inmediato triste y melancólico al recordar cuando recibió la trágica noticia.

—¡Eh!, ¿por qué la cara tan larga? Ya sé. ¿Te gustaría aprender a generar fuego cuando a ti se te plazca sin necesidad de un fogón? —preguntó entusiasmada con un gesto de felicidad en sus fulgurantes ojos el ser de fuego.

—¿Cómo?, ¿eso es imposible? Se necesitan dos trozos de hulla o carbón o palos de árboles para poder generar el fuego —dijo sorprendido, pero a la vez estupefacto el joven pehuenche ante lo dicho por Ailin.

—Mira, muy simple, te daré uno de mis mechones de cabello. Ves que claramente están hechos de fuego, puro y divino, y una vez lo sostengas, deberás frotarlo entre tus manos —dijo la chica arrancándose con delicadeza uno de sus cortos, pero hermosos mechones de cabello.

Kùdell estaba desconcertado al estar tomando una flama de lo más bien entre sus manos sin quemarse, era como si realmente pudiese controlar el fuego. Entonces, sin olvidarlo, frotó la pequeña llama entre sus manos y esta se deshizo.

—Bien, ahora tienes el poder, buenas noches Kùdell.

El niño cerró sus ojos y al abrirlos ya no estaba en frente de Ailin, estaba en su cama dentro de su toldo, muy perdido y confundido. ¿Habría sido todo un simple e irrelevante sueño? se preguntó a sí mismo. Luego se levantó de su plana y diminuta camilla y se dirigió directo al lago Icalma como todas las mañanas; se lavó su cara con un poco de agua y luego empezó a mirar sus manos, las juntó y volvió a pensar en Ailin y el peculiar sueño, y de repente se prendió fuego entre sus manos. Muy asustado, las empezó a refregar en el agua de la laguna y el fuego se apagó, pero se percató de algo muy extraño, no le quedó ninguna quemadura o herida.

Entonces volvió a su toldo y trató de dejar de pensar en su sueño. Pasaron los meses y los años y Kùdell ya era un adolescente y su hermano un niño un poco más grande. Su madre había decaído con el paso de los años y se había empezado a poner débil, siempre se le veía triste y sensible, por lo que Kùdell debió empezar a ser más responsable y cuidar de su hermano Wellpiñ, ya que su madre siempre se sentía enferma y sin fuerzas ni ganas para hacer algo, ni siquiera prender un fogón.

Un día un grupo de españoles llegaron en forma de expedición y encontraron el toldo de Kùdell y su familia y de inmediato arrasaron con todo, tomaron el toldo y todas las cosas de la pequeña familia, pero lo peor, tomaron como presa y esclava a la pobre Lancuyen, mientras Kùdell había salido a refrescarse como normalmente lo hacía junto a su hermano. Al regresar y ver el desastre provocado por los españoles, muy enojado fue a golpearlos para que soltaran a su madre, pero estos no cedieron y si bien no tenían rifles ni escopetas a mano, habían sido entrenados por la Militar y Kùdell cayó fácilmente; al verlo caído empezaron a burlarse y reírse de él, mientras su hermano menor sin saber qué hacer sólo empezó a llorar y pedir ayuda, aunque nadie lo iba a socorrer. Kùdell, ya sin fuerzas y casi al borde del desmayo, vio ante él una figura alta y grande, hecha por llamas. ¡Era Ailin!, quien lo ayudó ofreciéndole su mano para ponerse en pie. Kùdell pudo ver lo bella que Ailin estaba, se había convertido en toda una diosa, ahora sus mechones de cabello eran tan largos que llegaban a sus talones.

—¿Y bien?, ¿vamos a derrotar a estos ineptos juntos o qué? —le preguntó Ailin frunciendo el ceño de cierta manera que la hacía ver agradable.

Entonces Kùdell se paró y los españoles siguieron burlándose ya que sabían que no era tan fuerte como ellos. Pero entonces, nuestro protagonista se convirtió en una figura amenazante y peligrosa, cubierto de llamas. Los españoles muertos del susto se fueron dejando todo lo que querían llevarse, luego Kùdell apagó todas las llamas alrededor de su cuerpo y vio como la figura de Ailin se despedía de él, desapareciendo de manera misteriosa entre los pehuenes y demás árboles.

Primer lugar regional

Maule

13 años

La loica aventurera

Máximo Silva Abaca

Había una vez una loica que quería mucho explorar, conocer el mundo, tener nuevos amigos y sentirse segura.

Un día la loica salió de su casa, se despidió de sus familiares con mucho pesar, pero en su corazón sabía que los volvería a ver y les contaría de cada lugar, cada amigo, cada paisaje y experiencia. "Algunas veces para cumplir los sueños hay que hacer sacrificios", pensó la loica y se fue.

Voló sobre los árboles muchos kilómetros y de repente vio un pato que estaba en peligro, rodeado de culebras de cola larga que lo querían atacar, el pato no leyó el letrero que decía: "Cuidado con las serpientes", y se adentró al bosque.

Sin dudarle, la loica voló al bosque a ayudar al pato, pero era demasiado tarde, ya estaba casi rodeado, pero no se rindió, sacó unas ramas de sauce, las unió e hizo una cuerda y rescató al pato.

El pato le dio las gracias por salvarlo ya que no se había dado cuenta de ese letrero, descansaron un rato y la loica le comentó sobre su sueño y la aventura que estaba emprendiendo.

El pato le preguntó:

—¿Puedo acompañarte en tu aventura, por favor?

La loica dijo:

—Claro que sí, iniciar una aventura acompañado es más entretenido y fácil, además juntos podemos enfrentar cualquier desafío que se nos presente.

La loica y el pato vieron un río y pensaron navegarlo. Se les ocurrió juntar unos troncos, los ataron con ramas de sauce y los pegaron con savia de árbol e hicieron una balsa, y así atravesaron el río con muchos árboles, nenúfares, ranas, renacuajos, peces y agua muy limpia, pura, sin contaminación. De repente vieron una cascada, trataron de agitar las alitas para mover la balsa, pero no funcionó, no había vuelta atrás. De repente: ¡trac, trun!, la balsa se rompió y cayeron de la cascada, estaban muy asustados, pero recordaron que podían volar, abrieron sus alitas y tomaron vuelo y planearon hasta el final de la cascada donde encontraron un hermoso campo lleno de flores, mariposas, abejas y otros animalitos.

Exploraron todo el campo hasta que vieron unas rocas muy juntas y en ellas, una golondrina atascada, estaba muy cansada, con hambre y sed. Intentaron sacarla, pero no pudieron. De repente la loica se acordó de una historia que le contaron sus padres de cómo, según la leyenda del pueblo mapuche, todas las loicas fueron bendecidas con su pechito muy rojito. Recordó que en la historia la loica le daba agüita con su piquito al cazador, entonces ella voló al río, guardó agüita en su pico y empezó a darle a la golondrina, dio muchas vueltas hasta que la golondrina reaccionó y pudo hablar y contarles lo que le sucedió.

La golondrina les contó que estaba posada entre las rocas cuando el piso se movió muy fuerte y se cayó dentro de ellas, quedando atrapada. La loica le contó que esos movimientos se llamaban temblores y

le dijo que ayudarían a sacarla. Le gritó al pato que trajera una ramita muy larga, ambos tomaron una esquina y la golondrina la otra esquina, tiraron muy fuerte y la golondrina salió, pero la loica y el pato saltaron lejos cayendo al pasto.

Muchas gracias, les dijo la golondrina y les preguntó si los podía acompañar a donde fueran, la loica respondió:

—Claro que sí, pero no sabemos dónde iremos, estamos en una aventura conociendo el mundo.

Los tres siguieron caminando por el campo cuando encontraron un camino de tierra y vieron un pueblo con unas casas muy lindas. Se acercaron, pero los humanos intentaron cazarlos, tirándoles palos y piedras con una onda, por lo que se asustaron y salieron volando muy rápido. Volaron tanto tiempo que llegaron a la precordillera muy cansados, a lo lejos vieron una pequeña cueva detrás de unos arbustos y decidieron dormir ahí. Estaban asustados, no sabían qué peligros escondía la oscuridad, no veían nada, hacía frío, por lo que se acurrucaron, se dieron calor y durmieron.

A la mañana siguiente despertaron y fueron a buscar comida, pero la loica tenía una alita lastimada de tanto volar, se sintió triste, cansada y decepcionada. Se quedó mirando una hermosa y curiosa cascada invertida, ya que el agua se devolvía al sentido contrario; se quedó mucho tiempo ahí, muy triste ya que no comprendía por qué los humanos querían hacerles daño.

De repente la vio un humano, trató de arrancar, pero no pudo ya que su alita estaba lastimada. El humano se acercó, la arrulló en sus manos y le dio comida, le dijo que la llevaría a su casa para que se recuperara. La loica no quería, tenía miedo y no quería separarse de sus amigos, se desesperó, el humano notó esto y la observó mirando a sus amigos, se acercó al pato y la golondrina y les dijo:

—Pequeños pajaritos, nos les haré daño, acompañenme a mi casa, les daré comida y curaré la alita de su amiga, no tengan miedo de mí—. Lo dudaron, pero decidieron confiar y se fueron con el humano.

Al llegar a su casa, él los alimentó, cuidó y curó la alita de la loica, era un humano muy amable, cuidaba a los animales y protegía la naturaleza. Pasaron los días y los fue a dejar a donde los encontró, la alita de la loica ya estaba curada.

La loica le dijo:

—Gracias por ayudarnos y enseñarnos que no todos los humanos son iguales, hay muchos que aman y cuidan a los animales

El humano sonrió, no entendió nada, pero escuchó un hermoso canto de la loica.

La loica, el pato y la golondrina se alejaron sin mirar atrás y dijeron:

—Seguimos nuestras aventuras sin tener un destino, sólo donde nuestras alitas puedan volar.

Segundo lugar regional
San Rafael
9 años

El pozo de la culebra colorada

Agustín Castro Yáñez

En la comuna de Florida había un fundo llamado Las ranas, allí había muchas bodegas. El dueño del fundo criaba culebras para la suerte y al costado de las bodegas había un pozo de agua, y al interior de ese pozo habitaba una culebra colorada. El pozo se mantenía con el agua hasta la mitad y no se secaba.

Con el tiempo, el patrón contrató a un inquilino que dio muerte a la culebra colorada por haberle asustado, el pozo comenzó a bajar su caudal hasta secarse y nunca más dio agua.

Al enterarse el patrón de lo que había hecho el inquilino, lo despidió de su trabajo y trajo una nueva culebra al pozo, haciendo que el agua regresara.

Hasta el día de hoy los habitantes del lugar saben que no deben hacer daño a la culebra porque ella es quien cuida el agua del pozo.

Tercer lugar regional

San Javier

11 años

El jinete misterioso

Camilo Cortés Tapia

Había una vez un niño llamado José, que vivía en un campo muy hermoso y tranquilo llamado Toroico. lejos del ruido de la gente, la tecnología y las luces de las grandes ciudades.

A él le encantaba escuchar las historias de misterio que cada noche a orillas del fogón le relataba su abuelita. Esos relatos que, con solo escucharlos, hace que se te coloque la piel de gallina y solo ruegas que llegue pronto el amanecer. Su historia favorita era una que, según la señora Nancy, su abuela, estaba basada en hechos reales. Y no solo eso, sino que fue algo que le ocurrió a ella, en una de esas tantas noches en las que regresaba a su casa, luego de un arduo día de trabajo junto a su padre. Si te atreves, te invito a leerla:

Era una noche fría y oscura, esas en las que el hielo te cala hasta los huesos. Regresaba a casa junto a mi padre, ya que durante el día a mí me gustaba acompañarlo a arrear los bueyes y a arar la tierra para así sembrar las ricas papitas que luego venderíamos en la feria del pueblo más cercano. Eran como las doce de la noche, hora en que nadie se atreve a andar afuera de sus casas, porque dicen que a esa hora el diablo anda suelto.

Caminábamos de prisa, cuando de pronto sentimos tras nosotros el relincho de un caballo. Dimos un salto, del puro susto. Sin decir ninguna palabra y menos mirar hacia atrás, seguimos nuestro camino hacia casa. Sin embargo, a medida que avanzábamos el galope del caballo se hacía más cercano. Y sin más, al lado de nosotros apareció un hombre elegantísimo, vestido de un negro resplandeciente y montado en un hermoso caballo negro. Este nos saludó amablemente:

—Buenas noches, siento mucho molestarlos.

—No se preocupe —respondió mi padre—. ¿En qué le podemos ayudar mi caballero?

—Sabe que busco a un hombre llamado Juan, me dijeron que vivía por estos lados.

—Ah, debe ser el vecino Juan. Sí, él vive en la casa verde que se encuentra al final del camino.

—Muchas gracias, llevo buscándolo mucho tiempo. Tiene una deuda conmigo.

Y se alejó, por el estrecho camino.

A la mañana siguiente, llegó la señora Carmencita a casa:

—Vecinos, ¿supieron lo qué pasó?

—No —respondió mi padre.

—Hoy en la mañana encontraron muerto a don Juan, nadie sabe qué fue lo que pasó. Porque según cuentan, anoche andaba más que bien.

Con mi padre nos miramos asombrados. Y nunca, jamás, le contamos a nadie lo sucedido esa noche. Hasta el día de hoy, que te la cuento a ti.

Primer lugar regional

Coelemu

10 años

Ceci y la flor mágica

Paola García Araya

Había una vez en Pinto, en la Región de Ñuble, una flor mágica que se encontraba en la cima del cerro. La leyenda contaba que esta flor concedía deseos, pero para llegar a ella había que atravesar muchos peligros, por lo que era imposible alcanzar la cima.

Un día, una niña que se llamaba Ceci quiso ir a buscar la flor porque su hermanita había enfermado y ya no tenía cura, por lo que recurrió a la viejecita de la aldea, Tonia, que era la más sabia de toda la aldea, para preguntarle cómo subir el cerro.

Tonia le dijo que era imposible llegar caminando porque había muchos acantilados, así que Ceci decidió intentar con unas alas de plumas, las cuales pegó una a una por su cuerpo con cera de abeja. Antes de partir a su aventura, la viejita le advirtió que la flor concedía deseos, pero a cambio pedía compañía.

A Ceci no le importó, era mayor el amor a su hermana, así que a la mañana siguiente voló con sus alas y llegó a la flor más bella que había visto y le pidió que sanara a su hermanita. En ese momento el sol se hizo muy fuerte, por lo que al volar se derritió la cera y terminó cayendo al suelo y muriendo.

Todos en el pueblo fueron a ver a Ceci, pero no encontraron su cuerpo y su hermana abrió los ojos, estaba recuperada.

Desde ese día en la cima del cerro creció una bella flor azul junto a la flor amarilla, son tan bellas y grandes, que las personas pueden verlas desde abajo.

Segundo lugar regional

Pinto

13 años

De tus ojos

Diego Villa Ceballos

Cuenta una historia de amor, que había dos jóvenes que se encontraban cada noche, escabulléndose bajo la luz de una hermosa luna que era la única confidente y compañera.

Pertenecían a tribus distintas que buscaban poder y territorio en el valle que hoy conocemos como pueblo de Quillón. Ambos, noche tras noche, iban en busca de su amor, encontrándose tras una gran roca.

Pasado el tiempo, algo cambió, una noche un brillo distinto cubría su amor. Algo crecía en el vientre de esta bella joven, que la hacía contar las horas y llenaba su joven corazón de amor, de esperanza, de ilusión, que la protegía y proyectaba con su amado. Fue a su encuentro, quien la esperaba impaciente y al saber la noticia tomaron la decisión de contar todo a sus padres esa misma noche. Se despidieron con la esperanza de que al día siguiente serían bendecidos por las familias y estarían juntos por siempre. Partieron decididos a evidenciar su amor, teniendo en cuenta que, si algo no resultaba, lucharían como nunca para permanecer juntos y se encontrarían en esta roca al día siguiente.

El joven enfrentó a su padre, pero el viejo testarudo decidió castigar ese amor, mirándolo como una traición imperdonable, expulsando a su hijo de la tribu.

El joven fue hasta donde la consejera y curandera de la tribu a pedir ayuda. Esta era una mujer muy joven y bella que estaba enamorada desde hace mucho tiempo de él, y al escuchar sus palabras, se enojó al notar que su amor nunca sería correspondido y urdió un plan, lo hizo beber un brebaje con el que cayó rendido. En ese estado, la mujer lo llevó al cerro, ya que este brebaje no sólo lo adormeció, sino que también le hizo perder la memoria y la razón, haciéndolo deambular por siempre en el cerro Cayumanque. Solo descansaba por las noches contemplando la luz de la luna, como buscando lo que nunca logró recordar.

El padre, al recapacitar, decidió buscar a su hijo, mandó a todos sus hombres a su búsqueda, pero jamás fue encontrado. La culpa lo llevó a la pobreza y a la locura, llevando a su tribu a vivir a los pies de este cerro, donde según él se encontraría con su hijo, quien lo perdonaría.

Por su parte, la familia de la joven bendijo esta nueva vida. Desde ese día la cuidaron, pero la tristeza de su perdido amor era tan grande que cada noche, acompañada con la fiel luna, se sentaba a esperar, en aquella roca en la que tantas veces declararon su amor, la llegada de su amado. Su llanto se fue multiplicando para convertirse en un lago de aguas cristalinas llamado hoy lago Avendaño.

Son muchos los que cuentan que han visto a esta joven sentada en esta roca en noches de luna llena a la espera de su amado.

Entre tanto, del joven se cuenta que se escucha el lamento en las noches oscuras al adentrarse en el cerro Cayumanque, donde dicen que su alma aún deambula en busca de lo que nunca recordó.

Mi madre me contó esta historia que, a ella, de pequeña se la contó mi Lela. Es la historia de cómo se formó la laguna de mi pueblo.

Tercer lugar regional
Quillón
11 años

El arcoiris

Jim Vega Jara

Mi abuelito decía que después de la tormenta siempre llega la calma. Y efectivamente así era.

Acá en el sur llovía a cántaros, pero apenas dejaba de llover el cielo se ponía azul y aparecía un hermoso arcoiris. Mi abuelo decía que desde donde nacía el arcoiris había un entierro²⁶, pero nunca lo comprobó. Se fue sin saber si su teoría del arcoiris era cierta.

Pero cada vez que veo uno recuerdo sus palabras.

Quizá un día me arme de valor y tome una pala y vaya en busca del entierro. O quizá solo siga pensando que eran inventos de mi abuelo y simplemente me quede contemplando los hermosos arcoiris.

Primer lugar regional

Los Ángeles

14 años

²⁶ Entierro: así se le llama en algunas zonas rurales a los tesoros y cosas de valor que se ocultaban bajo tierra (nota de la edición).

Escape fortuito

Benjamín Quintrileo Guzmán

El clima en Isla Mocha es cambiante. Sin embargo, en verano hace calor y los días se tornan hermosos. Fue por esto por lo que, cansadas de la ciudad, dos turistas, que mantenían una amistad hace años, decidieron visitar este paradisíaco lugar, sin imaginar lo que ocurriría días más tarde.

El 27 de febrero de 2010 la isla estuvo cubierta de un sol maravilloso, el cual se reflejaba en el mar. Esto motivó a las dos amigas a dirigirse al sector del faro viejo, específicamente en el lado sur de la isla. Una vez en el lugar, se instalaron con carpas y colchones, aproximadamente a unos veinte metros de la orilla.

Disfrutaron de ese día como nunca, capturaron muchas fotografías, que pretendían subir a redes sociales y así, de paso, albergar en sus corazones un viaje inolvidable. Sin darse cuenta, la noche cobró protagonismo y decidieron dormir, para continuar con su travesía al día siguiente. Se acomodaron en la carpa y una de ellas se durmió de inmediato, a diferencia de la otra, quien no lograba conciliar el sueño.

Las horas pasaron, llegaron la una, las dos y las tres de la mañana y aún no podía quedarse dormida. Cuando al fin creyó caer rendida, unos leves movimientos la interrumpieron y fue así como decidió despertar a la otra joven, aunque era casi imposible, ya que tenía el sueño pesado. Tras varios intentos fallidos lo consiguió y no por esfuerzo propio, sino porque esta vez el movimiento fue más fuerte. Sin emitir una sola palabra, se percataron de que no era un simple temblor, era un terremoto.

Intentaron salir desesperadas de la carpa, pero el suelo se movía de tal manera que apenas pudieron abrirla. Unos segundos después lograron salir y antes de arrancar de la orilla de la playa, tomaron algunas cosas, como cámaras y también un GPS por si se llegaban a perder. Era tanta la desesperación que echaron a correr sin destino claro, lo cual se mezclaba con el desconocimiento de la zona.

Se dice que el destino siempre es sabio y ese día lo comprobaron ya que, pasados unos minutos, se encontraron con dos pescadores, quienes lograron tranquilizarlas, asegurándoles que todo iba a estar bien, ya que ellos habían tomado contacto para recibir ayuda antes del desastre. Esto calmó a las jóvenes, pero cuando uno de los hombres terminó de hablar, oyeron un ruido muy fuerte y ahí se dieron cuenta de que se venía un tsunami. Los cuatro se miraron perturbados, sólo uno de los pescadores sacó la voz y les indicó que era necesario escapar del lugar, que se venía saliendo el mar.

Todo parecía una especie de pesadilla, de esas que cuesta despertar y que cuando se logra salir de ella, todo marcha bien, pero lamentablemente era la realidad y todo estaba muy lejos de acabar. Estaban en pleno escape cuando una de las amigas se percató de que había dejado en la carpa algo muy preciado para ella y que, aunque su vida estaba en peligro, no podía perderlo. Se trataba de un collar de diamantes y manchas de oro, con perlas muy grandes, una reliquia familiar que no estaba dispuesta a regalar al mar. Fue así como, a pesar de las súplicas de sus acompañantes, se devolvió hacia la carpa en busca de su tesoro y su amiga la siguió hasta continuar con su escape. Debido a esto, dejaron atrás a los pescadores y tras lograr el objetivo de rescatar sus objetos preciados, corrieron con toda el alma, muy asustadas, como si se tratara de la maratón más importante de sus vidas.

Corrieron hasta el punto de no poder continuar y, a pesar del miedo, decidieron tomar un descanso, aunque fuera por unos segundos, lo cual les dio fuerzas para seguir huyendo. Cuando retomaron su escape, encontraron un gatito bebé, el que obviamente tomaron y cobijaron en una de sus mochilas,

si ellas se salvaban, consideraron humano salvar al animalito. Después de avanzar varios metros, se percataron de que estaban alejadas de la costa y a salvo. Se recostaron en un monte y ver el mar tan lejano les dio la tranquilidad que necesitaban, aunque las réplicas del terremoto seguían cobrando protagonismo. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que había muchas personas que habían logrado escapar y decidieron acercarse a ellas y hacerse compañía mutua en esa noche tan ajetreada.

A la mañana siguiente, un poco más en calma, las chicas despertaron y lo primero que hicieron fue alimentar al gatito que habían rescatado y recorrer el lugar para ver las consecuencias que había dejado la catástrofe natural que habían presenciado.

Fue así como se volvieron a encontrar con los pescadores que habían guiado su camino durante la noche anterior, quienes estaban muy cansados y sedientos de tanto correr. Las niñas les dieron agua y curaron las heridas de uno de ellos, que al escapar había rasgado su pierna completa al pasar por las piedras y apenas podía caminar del dolor. Pasaron las horas y el día se hizo muy corto, todas las personas que evacuaron la costa hacia el monte permanecían ahí, ya que la mayoría tenía sus casas cerca del mar y lo más probable es que hubiesen quedado completamente inhabitables.

A lo lejos, divisaron a los marinos, quienes ayudaron a todas las personas que necesitaban dirigirse hacia el continente. Se apreciaba la tristeza en cada rostro que las jóvenes vieron en ese momento. Agradecieron estar con vida y esos pescadores que guiaron su camino. Comprobaron que aún no era su momento para dejar este mundo, se fueron de la isla con el recuerdo de un escape fortuito, que jamás olvidarán.

Segundo lugar regional

Lebu
13 años

Lucas, el caballo

Víctor Moraga Jara

Campo, un campo enorme, gigantes dormidos según los *conspiranoicos*, y de paso el hogar de Lucas y su familia. Lucas estaba en ese campo desde que nació, siempre fueron él, su hermano y su mamá.

José era el dueño de ese enorme campo, el cual se llamaba *Gold Apple*, bastante popular, infinidad de niños iban al día, todos querían montar a caballo y Lucas pronto fue uno de los caballos populares por ser veloz y ágil.

Un día cualquiera, como el de ayer y probablemente como el de mañana, a Lucas le tocó un niño, como los de ayer y probablemente como los de mañana; sin embargo, esta vez algo fue distinto: el niño se cayó estando demasiado lejos de la entrada como para que alguien pudiera escuchar sus gritos. Sangre salía por sus rodillas al igual que lágrimas por sus ojos y Lucas no sabía qué hacer, nunca había pasado en el campo, era insólito, obviamente al nunca haber pasado no había ningún protocolo para seguir. La escena podría parecer rara, un niño que gritaba lleno de sangre y un caballo que se veía absolutamente preocupado, pero a la vez parecía una estatua.

Los minutos pasaban y en su desesperación Lucas comenzó a arrastrar a ese niño hasta la entrada, la situación no parecía mejorar porque sólo se pudieron mover un metro luego de dos minutos. Otra idea cruzó la mente de Lucas: podría subir al niño a su lomo y volver, sería más rápido que arrastrarlo por el campo y que terminara con los *blue jeans* verdes rotos. Lo intentó alrededor de cinco veces, y al cabo de esos cinco intentos y un poco de ayuda del niño, lograron su cometido, corriendo tan rápido que probablemente haya roto un récord.

Llegó a la entrada con el niño en su lomo, que ahora reía por el rápido viaje. Fue entregado a su madre, quien lo llevó de vuelta a casa para poder curarlo. Lucas decidió tomar un día libre para descansar sus piernas, porque ese viaje no había sido tan normal que digamos.

Lo que no se esperaba, es que al día siguiente aparecieran reporteros en vez de niños que entrevistaron a José sobre lo pasado el día anterior para luego dar paso a la premiación de Lucas por salvar a ese niño. Y con eso terminado, Lucas ya no era conocido solo por ser veloz sino también por ayudar a los demás y estar completamente capacitado para subir niños a su lomo sin ayuda.

Tercer lugar regional

Los Ángeles

14 años

Pequeñas manos frías

Francisco Cravero Huenuqueo

Esta historia le ocurrió hace más de cien años a Domingo Cayuqueo, quien era mi bisabuelo materno. Vivía en un lugar llamado Codihue Curaco, aquí en la Región de La Araucanía, rodeado de altos cerros, sin valles ni ríos y de tierras poco fértiles, con escasa vegetación. Abundaba el sol en verano y la lluvia en invierno; el lugar estaba rodeado sólo de bosques pequeños y un riachuelo al que llamaban Curaco, que en mapudungun significa agua entre las piedras. De aquí obtenía el agua para el consumo de su hogar y junto a sus padres y hermanos se dedicaban a la pequeña agricultura, además de tener algunas vacas, una yunta de bueyes y ovejas.

Durante la mañana de un día nublado, mi bisabuelo fue a dejar las ovejas al cerro para que comieran pasto, mientras que sus hermanos se preocuparon de las vacas y bueyes, luego él volvió a la *ruka*²⁷ a tomar desayuno. El pequeño Domingo, de unos ocho años, salió rápidamente al patio para jugar, estaba en eso cuando de pronto miró hacia el portón que estaba lejos de la casa, y vio que venía entrando un hombre desconocido montado en su caballo, el hombre vestía una manta de castilla²⁸ negra y un gran sombrero del mismo color. Le habló al niño antes de que este avisara que alguien venía y se produjo el siguiente diálogo:

—Hola, niño, estoy un poco perdido, voy al pueblo. ¿Cuál camino debo seguir?

—Hola, le voy a decir a mi papá.

—No, no, dime hacia dónde ir no más.

—¡Ah! Ya, debe ir por ese camino —indicándole con el dedo.

—Ya. Gracias por la ayuda.

En eso y en señal de agradecimiento, el hombre se inclinó para despedirse de Domingo extendiéndole la mano derecha; al darle la mano, el niño se paralizó, ya que la mano del extraño era muchísimo más pequeña que la de él y además estaba muy, pero muy fría. Apenas comenzó a alejarse el forastero, Domingo fue corriendo al interior de su *ruka* para contarle a su padre lo sucedido. No habían pasado ni diez segundos de aquello y junto a su padre miraron hacia el único camino por donde debía pasar, pero no había nadie. Fueron corriendo al cerro para observar mejor y nada, ni rastros de este extraño jinete.

En ese momento su padre le aseguró que era el mismísimo diablo quien había cruzado palabras con él, por eso sus manos estaban tan frías y eran tan pequeñas, además por la manta y sombrero negro no cabía duda de quien se trataba. Como Domingo era un niño, pronto se le olvidó lo sucedido, pero cuando ya era adulto volvió a recordar esa situación y se le erizaban los vellos cuando lo contaba. Esa fue su única experiencia con un encuentro tan raro, la del hombre de pequeñas manos frías.

Primer lugar regional

Nueva Imperial

9 años

²⁷ Ruka: casa mapuche construida de barro, colihues y techo de paja (nota del autor).

²⁸ Manta de castilla: una manta de un material repelente al agua y muy grueso. Todas eran de color negro (nota del autor).

El zorro futbolista

Génesis Cabrera Fontealba

La madre de mi madre, mi abuela, me contaba que una vez había un zorrillo bebé, que se crió en una escuela muy cerca de la Sierra Nevada. Olvidado por unos turistas fue adoptado por don Gabriel —quien era profesor de básica y en su tiempo libre era guía local de caminatas— con la intención de dejarlo libre en la siguiente subida a la montaña.

Casi al salir de vacaciones de verano, justo antes de Navidad, los niños del colegio jugaban en los pastizales. Ahí había una cancha de fútbol improvisada con unos arcos de colihues amarrados con pita. Martín y Nahuel comentaban que en la televisión vieron que un perro se metió a la cancha y se robó la pelota de fútbol y que todos los jugadores corrían detrás del perro sin poder agarrarlo. Todos los niños reían al escuchar esa anécdota, otro niño dijo que otro perro se metió a la cancha e hizo un gol.

Al siguiente recreo se fueron a jugar fútbol otra vez, y vieron que un zorrillo los miraba atentamente. Era el Ese, el zorro del profe Gabriel. Lo nombró así por el alfabeto, Ese de sierra, porque el zorro venía de la Sierra Nevada y tenía que ser devuelto ahí. De repente ven a Ese jugando con la pelota de trapo y papel. El zorrillo zamarreaba la pelota y con la punta de la nariz le daba golpes. Y con sus patitas la atrapaba. Nahuel, uno de los niños dijo:

—Y si entrenamos a Ese para el próximo mundial de fútbol, sería el goleador.

Todos los niños rieron.

Al escuchar esta historia mi abuela me dijo que las niñas como yo de seis años igual pueden jugar a la pelota, así como Ese, el zorrillo de la Sierra Nevada.

Segundo lugar regional

Temuco

8 años

El culebrón

Maira Espinoza

Esta historia lleva muchos años. Nosotros los indígenas sabemos y respetamos los terrenos, ya que según nuestros antepasados poseen dueños, al igual que los cerros, los árboles más antiguos y las vertientes. Son lugares sagrados que los mapuches respetamos mucho.

Bueno, hay antepasados que se aprovecharon de estos lugares para beneficio propio, por ejemplo, derramaron sangre de animales y árboles antiguos para tener poder, eso es más conocido como "pacto con el diablo", ellos son espíritus negros.

Una historia conocida de mi sector es la siguiente: un antiguo abuelo poseía un pacto con un culebrón, del cual no les comentó a sus hijos. Por lo tanto, esas generaciones no la conocen y no saben cómo manejar esa culebra. Sólo la ve la familia de la persona que hizo el pacto. Es un espíritu que anda de noche.

Si no le dan sangre, los persigue, no los deja dormir, se les aparece en el campo. Su presencia es aterradora, tanto que la familia tiene que abandonar su hogar, porque este espíritu se adueña de todo.

En fin, este espíritu se apoderó del lugar donde vivía esa familia y les ganó.

Esta historia es real, respetemos los terrenos mapuches y sus lugares sagrados.

Tercer lugar regional

Padre Las Casas

12 años

Millaguir el zorro

Vicente Painemal Rifo

En un pequeño caserío mapuche, hace muchos años atrás vivía una pequeña familia con una característica muy peculiar, tenían de mascota a un zorro, sus ojos eran cafés y su pelaje suave como la porcelana y de color oro, pero no cualquier oro, sino que el más puro y refinado que el mundo haya podido ver. Su nombre era Millaguir, que en la actualidad significa zorro de oro.

El zorro se repartía las labores con todos los miembros de la familia, junto al padre salía de caza, con la hija le gustaba correr y jugar, con la madre le gustaba acompañarla mientras hacía las labores del hogar y con el hijo le gustaba jugar, pero de forma más brusca. El zorrillo era muy querido por toda la familia y también por el resto de los habitantes del caserío.

Un trágico día de invierno, donde parecía que el cielo se estaba rompiendo, un rayo impactó en la *ruka*²⁹ y ante este evento, todos dentro del hogar quedaron inconscientes, excepto el zorrillo, quien con todas sus fuerzas intentó despertarlos, pero nadie lograba levantarse.

En un momento sucedió algo sobrenatural, su pelaje color oro comenzó a brillar y sus ojos se rodearon de una aureola roja, así empezó a sacar a cada uno de los integrantes de la familia, logrando rescatarlos a todos antes de que se incendiara por completo la *ruka*.

El zorrillo logró salvarlos a todos y lamentablemente en su último ingreso, buscando rescatar algún otro tesoro, las llamas lo abrazaron y terminó por ser parte de ese gran fuego. Ese día, el humo que siempre había sido negro, se tornó rojizo hasta su último suspiro.

Primer lugar regional
Panguipulli
13 años

²⁹ Ruka: vivienda tradicional mapuche (nota del autor).

El cuero vivo

Gido Escares Lincocheo

Un día eterno, como la mayoría de los días de agosto que había caído helada, estaba sentado a la orilla del calentador cuando mi abuelo se acercó, se sentó al lado mío y me dijo:

—¿Quieres escuchar cómo asesiné al cuero vivo?

Si ese día sentía frío por la helada, escucharlo invitarme a oír esa historia me hizo quedar aún más helado. Acepté, porque siempre es un buen momento para las historias de mi abuelo:

"Era un día en el que, como siempre, me encontraba trabajando, habíamos conseguido unas correas de moto y me llamaron para que las pasara a devolver esa misma tarde, así que le pedí a un colega que me llevara en su auto. Íbamos de camino y cada vez la noche se ponía más oscura. Llegamos a Calafquén, entregamos las correas y quisimos devolvernos a nuestras casas, pero el camino se empezó a llenar de neblina y comenzó a caer helada, a tal punto que los vidrios del vehículo se nublaron tanto que era casi imposible conducir.

Por resguardo decidimos detenernos al costado de la carretera para pasar la noche, fue muy difícil porque hacía mucho frío y se oía un ruido estruendoso afuera como de chapoteo, pero no lográbamos ver nada y tampoco quisimos bajarnos a ver, porque no se veía con la neblina.

Al amanecer, se sentía el crujir del hielo sobre el vehículo, así que me bajé del auto para investigar y saber qué era ese ruido de chapoteo que habíamos escuchado, caminé por la orilla de la carretera hasta un estero que pasaba por ahí y lo que vi me dejó perplejo. Era un cuero, un cuero bonito, color dorado que relumbraba en medio del estero...

Si tú alguna vez te encuentras con uno, no hagas tal de acercarte porque tienen mucha, mucha fuerza, lo primero que debes hacer es buscar un palo con espinas y tirárselo encima, porque así el cuero lo envuelve y se daña".

Mi abuelo no entró en detalles más profundos sobre como lo había hecho, solo me quedé con su consejo, el cual no había dicho en voz alta hasta hoy.

Segundo lugar regional
Panguipulli
14 años

Eluney, el regalo del cielo

Emilia Pérez Valdebenito

Hace un tiempo, mucho para algunos, poco para otros, vivió un hermoso niño mapuche llamado Eluney, que significa regalo del cielo. Tenía dulces cinco años, una preciosa piel color piñón y unos grandes y curiosos ojos negros. Vivía en una pequeña *ruka*³⁰ con sus padres y su *cheche*³¹ y su *chuchu*³².

Un día sus padres salieron a recolectar leña para el fogón y nunca volvieron. Así pasaron cinco largos años y nada se sabía de ellos.

Eluney tenía diez años ahora y disfrutaba de ver a su abuelo preparando el *muday*³³ mientras su abuela avanzaba con un colorido telar; era linda su vida, pero extrañaba mucho a sus padres. Una noche, como tantas otras, Eluney no podía dormir, porque se escabullía un rayo de luz de luna y le robaba el sueño, pensaba en que quizás si él mismo salía a buscar a sus padres, él sí podría hallarlos, estaba seguro de que su corazón lo llevaría hasta ellos.

Esa noche decidió armarse de valor y salir a ver si su corazón estaba en lo correcto, se levantó sigilosamente, se puso su manta y se fue caminando entre las araucarias en dirección a una laguna misteriosa que se encontraba donde terminaba la huella del camino. ¡Qué largo encontró esta vez el sendero!, la última vez que fue hasta allá con su padre le pareció más amigable, menos imponente.

Después de una larga caminata, llegó a la laguna; esta se veía diferente, quizás porque la luna reflejaba su apacible luz en ella o porque su corazón estaba más receptivo que nunca para percibir cualquier señal de sus padres, lo importante es que quedó cautivado con aquel lugar. De repente, el agua se comenzó a mover, eran movimientos suaves y ondulados que nacían desde el centro, de pronto apareció una hermosa mujer con una tierna mirada y desde un rayo de luz de luna descendió un varón al que no tardó en reconocer, era su padre y junto a él su madre, que abrieron sus brazos para estrecharlo.

Eluney corrió y pudo al fin acurrucarse entre ellos. Sus padres le explicaron que fueron escogidos para ayudar a la tierra y sus habitantes. Su padre había servido de guía iluminando el camino de muchos viajeros y su madre había tenido la misión de llevar el agua, ya sea en cauce o en forma de lluvia a tantos que la necesitaban. Ellos le hicieron ver que cada vez que la luz de la luna alumbraba su rostro en su *ruka* quitándole el miedo, era su padre acompañándolo o que en cada momento en que el agua regaba su siembra o limpiaba su cuerpo era su madre, allí presente, cuidando de él.

Eluney quiso entonces ser parte de esta noble causa y decidió prestar ayuda en lo que fuera necesario, fue así como Eluney pasó a ser parte de la tierra, pasó a producir en abundancia los piñones dorados como el color de su piel, brindando así alimento y cuidando a toda la gente de la tierra.

Tercer lugar regional
Panguipulli
13 años

³⁰ Ruka o ruca: casa tradicional mapuche (nota de la edición).

³¹ Cheche: en mapudungun, abuelo materno (nota del autor).

³² Chuchu: en mapudungun, abuela materna (nota del autor).

³³ Muday: tipo de bebida hecha mediante la fermentación de granos de cereales (nota del autor).

Los secretos de mi abuelita

Francesco Melato Muñoz

Hoy viene mi abuelita a quedarse unos días a nuestra casa y como siempre estoy muy contento por su visita, me divierto mucho escuchando sus historias, tiene un secreto para cada problema, ella dice que son secretos de la naturaleza y que lo aprendió de su mamá y su mamá de su mamá y así de generación en generación.

La última vez que nos visitó preparó milcaos; mi mamá y mi abuelita pelaron las papas, mi papá buscó leña y yo, bueno, mi trabajo fue ir a buscar las papas a la bodega en un canasto de junquillo (que es el mismísimo junco); mientras tanto mi abuelita rallaba las papas y mi mamá ponía a cocinar las demás.

Todo iba andando hasta que comenzaron los problemas. Una lluvia torrencial, viento fuerte, truenos y relámpagos y no estoy exagerando, pues así es como llueve en Chiloé. Yo con carita de susto y mi abuelita que bien me conoce me dijo que no me preocupara, se acercó al canasto en el que está la lana de oveja, tomó un poco de lana color negro y la echó al fuego de la cocina; le pregunté:

—¿Por qué haces eso?

Y me respondió:

—Para alejar los truenos.

Le dije:

—¿Por qué se alejan?

Y ella me contestó:

—Secreto de la naturaleza.

Yo me quedé pensando qué tiene que ver la lana negra con los truenos, pero en breves minutos sentí que los truenos pararon.

Comenzábamos a preparar los milcaos, yo le ponía los chicharrones junto con mi abuelita cuando: ¡puf poing, plang! ¡Se cortó la luz! Mi mamá buscó velas, pero solo quedaba una muy gastada, los celulares estaban descargados y las linternas con pila agotada, solo había una con muy poca batería. Nuevamente mi abuelita salvó la situación con una ocurrencia: hacer un mechero de nabo, dijo:

—Manos a la obra.

Mi papá y yo salimos en busca de lo necesario, primero a la huerta a buscar el nabo, luego a la bodega por la grasa de cordero que guardamos para engrasar las coyundas³⁴. Al regresar a la casa mi mamá ya había puesto a cocinar los milcaos y mi abuelita con una camisa vieja de algodón había preparado una mecha para el mechero, que nos salvó de la oscuridad y de las ansias de al fin comer los exquisitos milcaos.

³⁴ Coyunda: correa fuerte o sogas de cáñamo con que se atan los bueyes al yugo (nota de la edición).

Bueno, retomando la historia: yo hice un hoyo en el centro del nabo, mi papá puso la grasa de cordero en el agujero, y con extremo cuidado coloqué la tira de trapo dentro de la grasa y luego el fósforo hizo la magia, pero:

—¡Puf!, que mal olor —dije.

Entonces mi abuelita colocó en la grasa unas hojas secas de lavanda y pensé, que no cambió nada, pero bueno, al menos tuvimos luz para comer los milcaos y escuchar algunas historias y secretos de mi abuelita.

¡Ooooh!, ya llegó el bus donde viene mi abuelita. Me despido de ustedes y en otra oportunidad les contaré nuevos secretos de la naturaleza para que se los cuenten a sus hijos y sus hijos a sus hijos como yo lo haré.

Segundo lugar regional

Ancud

10 años

Los ojos en el bosque

Renata Sasmay Davagnino

Una vez el tío Renato Cárdenas Álvarez, amigo de mi familia y uno de los más grandes investigadores de la cultura de Chiloé, me contó que vio al mismísimo Trauco, un ser horripilante de pelo largo y de una estatura poco favorable. Esta criatura vivía en el bosque y caminaba por sobre las copas de los árboles para que no vieran su horrible cara junto con su enorme nariz.

Me contó que antes había sido una persona totalmente normal, un señor que vivía solo en su pequeña cabaña. Siempre soñó con tener una esposa, alguien que lo acompañara por el resto de su vida, intentó tener pareja, pero todas lo dejaban por su feo aspecto. Con el tiempo se desesperó tanto que empezó a volverse un ermitaño, descuidó su apariencia y su casa, hasta que la gente empezó a verlo como un verdadero monstruo.

Al Trauco le empezó a interesar una joven, a la cual seguía a todas partes sin que ella se diera cuenta y, en las noches, se quedaba entre los árboles mirándola a través de la ventana para asegurarse de que no tuviera ningún otro enamorado.

Un día se encontró a la joven caminando sola por la playa y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, la criatura se estaba llevando a la chica a su pequeña casa en el bosque para convertirla en su esposa y terminar con su soledad.

El padre de la joven estaba muy preocupado al ver que su hija aún no llegaba a casa, así que fue a buscarla a la playa, donde dijo que estaría. Al llegar a la costa, encontró huellas y decidió seguirlas para poder encontrarla, cuando llegó al final del rastro vio una pequeña cabaña que parecía abandonada, se decepcionó mucho y se dio la vuelta para regresar a su casa, pero entonces escuchó gritos diciendo:

—¡Papá!

Y fue cuando vio a la horrible criatura entre los árboles, llevándose a su hija sobre un hombro.

Decidió seguirlos hasta llegar a la playa y cuando llegaron se la arrebató al Trauco y logró llevársela en una lancha que estaba en la orilla. El Trauco, desesperado por acabar con su soledad, intentó nadar tras la lancha en la que iba el padre con su hija, pero no lo logró, así que empezó a tirar arena para formar un camino y, cuando se dio cuenta de que ya no había manera de llegar a la chica, no tuvo más opción que rendirse y regresar al bosque.

Es así como los antiguos chilotes dicen que se formó la isla de Aucar, a la cual puedes llegar caminando por una franja de tierra cuando baja la marea. Ese puente de arena que todavía se ve fue hecho por el mismo Trauco, que intentaba alcanzar a la joven que finalmente vivió para contar esta extraordinaria historia.

Tercer lugar regional

Castro
13 años

La parte secreta del sendero

Alicia Steinmeyer Morgado

Corrió una tarde cálida en la que, de un momento a otro, se comenzaron a avecinar las suaves nubes en el cielo azul. Junto a mis amigos y nuestras respectivas familias nos encontrábamos caminando por el sendero del Pescador.

Con mis amigos decidimos jugar a las escondidas por el sendero, nuestro juego preferido. Caminé a esconderme bastante más adelante que ellos, ahí fue cuando me senté en un tronco cerca de un arrayán y me saqué los zapatos para tender mis pálidos pies sobre el musgo verde, cerré mis ojos y escuché el melodioso trinar de un chucao a mi derecha, me sentía adormilado del cansancio de tanto jugar, entonces las cosas cambiaron. Al despertar, el suelo del sendero eran unos adoquines negros y limpios, había faros entre los numerosos árboles y ya no oía a mis padres conversando cerca.

—¿Dónde estoy ahora? —susurré.

Al caminar más adelante me di cuenta de que sorprendentemente ya no me encontraba en el húmedo bosque del sendero. Este lugar tenía un aspecto parecido a Londres en el siglo XX, pero con la singularidad de que había árboles por las calles limpias y lluviosas, que eran como coigües, arrayanes, tepas e incluso arbustos de calafate, con hermosos pájaros zorzales, rayaditos y chucaos. Caminé sorprendido mientras las tenues gotas de lluvia caían sobre mí. Respiré con un gran sentimiento de calma, este era el aire de Aysén, todo era familiar, pero al mismo tiempo desconocido, me gustaba, pero también me sentía perdido. Además, las personas a mi alrededor eran muy extrañas, había una mujer con cabeza de paraguas y un vestido elegante, charlando con una chica que tenía el cuerpo parecido al de una flor de chilco, sus ojos morados me miraron un segundo, los pétalos rojos de su vestido la hacían deslumbrar. Me quedé confundido y embelesado por varios minutos. Hasta que la lluvia me estaba empañando demasiado y entré a una relojería con curiosos adornos y juguetes de madera y otros materiales para no mojarme más. Al entrar, una voz cálida me preguntó:

—¿Se le ofrece algo?

En ese momento conocí a Alamort, un hombre amable, algo serio, pero al mismo tiempo producía una sensación de calidez. Sus manos eran metálicas, pero también como las de un esqueleto, tenían un color oro opaco y cuando tocaban el vidrio de su ventana, hacían tic-tic igual que su cabeza, la cual, en vez de ser la de un humano, era la de un reloj de cuerda. A pesar de ser un reloj sin expresiones faciales, se entendía cuando estaba feliz o disgustado con sólo oír su voz. No tuvo problema en que me quedara en la tienda hasta que dejara de llover.

—Después de todo, usualmente no viene nadie, no me molestaría —dijo.

El negocio estaba algo olvidado. Acabamos conversando como si nos conociéramos desde hacía tiempo, era un ambiente agradable y me contó una historia.

Hacía unos años, despertó sintiendo algo inexplicable, se sentía muerto. Por más que intentaba explicarles a los demás que no estaba mal de la cabeza o que estaba bromeando nadie le creía jamás, la gente dejó de visitarle porque era de lo único que hablaba, como si estuviera hipnotizado, hasta llegó al punto de cavar su propia tumba.

—También me he sentido así —dije con voz apagada, sonriendo dulcemente, y no mentía.

Entramos en confianza después de eso, yo lo entendía y él también a mí. Todo iba bien, hasta que decidí preguntar algo, la curiosidad me superó:

—¿Cómo puedes ver si no posees ojos realmente?

Él estaba con la cabeza baja, con sus metálicas manos sobre la mesa, que habían estado tamborileando alegremente, pero se detuvieron con brusquedad en silencio cuando expresé mi pregunta.

—Tengo ojos —afirmó con voz átona e inexpresiva, distinta a su tono anterior, lo cual me desconcertó—. Lo que pasa es que no puedes verlos —dijo alzando la mirada, levantó una de sus manos, la cual hizo un sonido oxidado y apuntando a su cara me miró fijamente—. Están aquí.

Y no sé si lo que en verdad me asustó en ese momento fue que creí haber visto sus ojos por un segundo, y aunque no tuviera labios podría jurar que lo vi sonreír.

Desperté nuevamente en el sendero, sin dejar de estar convencido de que lo que "soñé" era algo que había vivido realmente, aunque por más que me digan que algunos sueños pueden verse reales, pero no lo son, este era real para mí, en su máxima expresión.

Pero nunca me creyeron.

Segundo lugar regional

Aysén
13 años

El equipo Condell

Tomás Matus Alfaro

Había una vez un niño llamado Mateo que vivía en la ciudad de Puerto Aysén, ubicada en la región más extrema del país. A él le gustaba mucho el fútbol, siempre jugaba con sus mejores amigos, Matías, Pedro y Alonso, los cuatros amigos eran buenos en el deporte. Un día el papá de Mateo lo inscribió en un equipo de fútbol llamado Condell.

Mateo se asombró porque Condell era el primer mejor equipo de Puerto Aysén y sus amigos, viendo sus logros, se inscribieron también. En el primer entrenamiento les fue muy bien, llegaban a casa muy cansados, pero seguían yendo a los entrenamientos.

Un día tuvieron un partido, estaban perdiendo cuatro a dos, pero después hicieron dos goles más y quedaron empatados, y así terminaron el primer tiempo. Después entraron al segundo tiempo y Condell hizo un gol más por lo que iban ganando cinco a cuatro, pero el otro equipo también hizo un gol y empataron. Terminó el segundo tiempo y fueron a los penales, primero le tocó al equipo Condell y anotó el penal, luego le tocó al otro equipo y falló el penal. Después le tocó al Condell y falló el penal, después al otro equipo y anotó el penal, iban uno a uno, después le tocó al Condell y anotó e iban dos a uno, y le tocó al otro equipo y falló, ganando el Condell.

El alcalde de Puerto Aysén fue a ver al equipo Condell y el entrenador presentó al equipo: los arqueros, Pedro y Julián. Defensas: Matías, José y Martín. Laterales o medios: Luciano, Felipe y Tomás. Delanteros: Benjamín, Mateo y Alonso; el alcalde se asombró porque tenían once jugadores que entrenaban en el Polideportivo. Un día jugaron la final de Puerto Aysén en fútbol, se enfrentaron contra el equipo Cochrane, que también era un equipo bueno. Comenzaron el primer tiempo, el Condell iba perdiendo dos a uno, pero le cobraron penal al Condell y anotó, y así terminaron el primer tiempo. Después empezó el segundo tiempo y pasó algo asombroso, Alonso se hizo una chilénita, así tomaron la delantera, ganando tres a dos hasta que acabó el segundo tiempo y así ganaron la final.

Moraleja: con esfuerzo se consiguen las cosas.

Tercer lugar regional

Aysén

9 años

La lluvia del campo

Bastían Oyarzo

La lluvia caía sobre la ventana, los niños corrieron a sentarse, el tata salió de la cocina con su café y unas galletas para los niños. Los niños comieron las galletas y el tata comenzó la historia:

"Había una vez dos dioses, el dios de la lluvia y el dios del viento, ambos eran muy amigos.

Un día el dios de la lluvia despertó de mal humor, mientras el dios del viento estaba cuidando el campo. El dios de la lluvia pensó que el dios del viento no lo había saludado y esto le disgustó. En un momento el campo se volvió un caos con tornados y lluvias demasiado fuertes.

Era porque el dios del viento estaba muy enojado, después de cinco horas, paró. La gente del campo estaba muy triste porque todo estaba destruido. Los dos dioses fueron al campo, la gente estaba asustada, pero les ayudaron a reconstruir el campo.

Una semana después, el campo estaba como nuevo y mejor que antes, los dioses se despidieron del lugar".

Cuando el tata paró de hablar, los niños quedaron impresionados, el perro ladró afuera de la casa. Eran los dioses que dejaron caer un poco de algodón de su nube, los niños quedaron sin palabras.

Primer lugar regional

Punta Arenas

11 años

El coleccionista

Benjamín Pérez González

Había una vez un coleccionista que juntaba cartas Pokémon. Él vivía en Punta Arenas. Un día de repente ¡PUM!, un vidrio se rompió.

El coleccionista fue a ver y vio a un ladrón que se robó una carta que estaba avaluada en un cuatrillón de dólares por lo que escapó rápidamente. El coleccionista se asombró, buscando entre el marco roto encontró huellas que iban directo a las Torres del Paine, ante eso el coleccionista dijo:

—Bueno no importa, hoy iré a las ¡Torres del Paine!

Y así nuestro coleccionista, llamado Pepe, se fue a las Torres del Paine, caminó, caminó y caminó como diez horas hasta que llegó y se encontró con un cóndor, y ¡chan, chan!, él era el ladrón.

Pepe le dijo:

—¿Ladrón, ¿dónde estás?

El cóndor respondió:

—Aquí.

El coleccionista le preguntó si le devolvía la carta, el ladrón le dijo que debía esperar 5 minutos. Pasado ese tiempo le entregó la carta. Pepe le dio las gracias y el cóndor le dijo de nada.

Segundo lugar regional

Punta Arenas

10 años

La montaña imposible de escalar

Cristóbal Puentes Guzmán

Javier había escuchado historias sobre el cuento de la montaña *inescalable*, una montaña que no se podía escalar, ya que cuando lo intentaban, un desastre natural ocurría.

Él soñaba con escalar la montaña, ya que, a sus veinticinco años, Javier había escalado todas las montañas de Punta Arenas, sólo le faltaba esa.

Después de unos meses de preparación, estaba listo, tomó todo su equipaje y comenzó a escalar la montaña. Todo el trayecto le pareció normal, pero cuando llegó a la cima y quiso poner su bandera, hubo un terremoto que lo hizo caer y se lastimó. Pero él no se rindió y volvió a escalar. Intentó colocar su bandera nuevamente, pero vino un tsunami que sacudió las costas, lo pudo observar desde arriba y se mantuvo por un buen rato.

La situación se repitió con la erupción de un volcán, luego un maremoto, luego un nuevo terremoto con tsunami, luego una tormenta eléctrica y le siguió un tornado. Por fin, Javier entendió que debía dejar esa montaña en paz, así que comenzó su descenso, de piedra en piedra.

Javier puso su bandera en la base de la montaña. Después de cinco años, él es un hombre de campo.

Tercer lugar regional

Punta Arenas

10 años

FUCOA 2022



Categoría Fotografía

Obras creadas por adultos



JURADO NACIONAL CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

JOSÉ GERSTLE

Ingeniero agrónomo y magíster en Áreas Silvestres y Conservación. Coordinador de proyectos en Fotosíntesis, donde se ha dedicado a desarrollar distintos proyectos ambientales, tanto desde el trabajo con flora y fauna como en el área socioambiental de la conservación. Además, es aficionado a la fotografía.

PIN CAMPAÑA

Fotógrafa, directora de arte y foodstyler. Se ha dedicado tanto a la realización de retratos como a la fotografía editorial y publicitaria durante 18 años en la revista Paula. También hizo un rescate patrimonial fotográfico de la etnia pehuenche para el Museo Pewen. Sus fotografías han tenido un lugar protagónico en libros como *"Parra 100 años"* y *"El pan de Chile"*.

FELIPE BENGOA

Arquitecto de la Universidad del Desarrollo. Es uno de los impulsores de la Fundación Entterreno y además el creador de Mappin Chile, proyectos que están enfocados a rescatar y difundir el patrimonio urbano y natural del país.

SOLEDAD ABARCA

Conservadora, Máster en Preservación de Fotografía y Manejo de Colecciones (Ryerson University, Canadá y George Eastman House, Rochester USA). Formó parte del equipo del Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico (1999-2006). Actualmente es jefa del Archivo Fotográfico y Audiovisual de la Biblioteca Nacional de Chile.

ANDREA AGUAD

Licenciada en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Es editora y curadora de fotografía contemporánea. Se desempeña como Subdirectora de CENFOTO de la Universidad Diego Portales. Ha realizado exposiciones en instituciones locales como el Centro Cultural La Moneda, el Museo de Arte Contemporáneo, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y el Palacio Baburizza entre otras.



PALABRAS DEL JURADO

CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

“Es un espejo dotado de memoria”
Anónimo

Para comprender a cabalidad un concepto es importante ir a su raíz etimológica de manera de volver al origen mismo de esta. En el diccionario etimológico la raíz de la palabra mirar en latín deriva de mirus (maravilloso) de donde tenemos milagro, miraculoso, mirífico y maravilla. En el griego su raíz es la misma. Ver es dar un rápido vistazo, pero mirar es algo en lo que uno se detiene y pasa por la memoria. Esto ya se podría acercar a lo que llamamos milagro. Detener por siempre un fragmento de realidad que al ser humano siempre le ha resultado inalcanzable.

A través de la mitología se intentó dar explicación a la realidad apareciendo el mundo de los dioses. El dios del tiempo se le llamó Chronos quien rodeaba el universo, incorpóreo conduciendo la rotación de los cielos y en el eterno paso del tiempo se comía a sus hijos.

La inconformidad del ser humano buscó como siempre la manera de trascender entre mitos y tecnología y es ahí donde se comienza a instalar la fotografía y su importancia radical.

La fotografía es un acto descriptivo, donde existe la narrativa de un ambiente. Este puede ser dinámico o solo el relato de un momento. Pero es el pequeño gesto de robar al paso del tiempo un instante eterno.

Si bien la mirada se relaciona con la memoria, el ser humano fue más allá e inventó la manera de dejar encuadradas en un rectángulo habitantes de realidades subjetivas no solo en pensamiento y recuerdo sino también en una prueba palpable y que podríamos reproducir una y otra vez, la fotografía de momentos íntimos e históricos. Existe una expresión personal y hay en este gesto una oportunidad inigualable de entender quiénes somos y quiénes son los otros. Se accede a un conocimiento que está detenido irrepetible y único.

En la fotografía se encuentra realidad y pasado, es la evidencia de lo que estuvo, es una huella de presencia y ausencia. Con ella vamos almacenando una no dimensionable biblioteca visual de miradas subjetivas llenas de contenido e información. Esta es la gran revolución del ojo y el triunfo sobre lo fugaz, estimulando la evocación suspendiendo el tiempo centrando el espacio en un instante. Es el invento que significa el símbolo del recuerdo.

Año a año recibimos las miradas de los habitantes de lo rural y se encuentran en ellas una fuente de información infinita. Solo basta una mirada rápida para saber que se está hablando de una geografía de altos contrastes y diversa. Algún día sería oportuno hacer un libro con todas las fotografías ganadoras y tendríamos una fuente de información insospechada.

Pin Campaña
Presidenta del jurado

PRIMER LUGAR NACIONAL



El heladero del desierto

Casi 40 años soportando 40 grados bajo el sol del desierto más árido del mundo. A diario, don Pablo viaja 40 kilómetros, para llegar a una oficina bastante particular. El sacrificio, ha dado frutos familiares, 2 hijos en la universidad, y todo gracias al esfuerzo e ingenio de este nortino.

Camioneros, buses y turistas agradecen este oasis en medio del desierto. Un producto que vale oro y atendido con la mejor sonrisa, el fiel reflejo de gente humilde y esforzada de nuestra tierra.

Cristian Núñez
Región del Maule
Linares
43 años

SEGUNDO LUGAR NACIONAL



Viviana, la mariscadora

"Viviana, la mariscadora", parte de la serie de fotografía documental "Viviana, la mariscadora de Boyeruca". Nos conocimos el 2021 y caminamos juntos por más de 8 horas bajo el latente sol, conversando de todo, de lo humano y lo divino; convirtiéndonos en amigos, cercanos. Me permitió fotografiarla y con ello, rescatar el trabajo de las mujeres recolectoras de Chile así como de la increíble fuerza que las gobierna. Campo y mar unidos. Aquí, cargando varios sacos de cochayuyos.

Diego Gómez López
Región de O'Higgins
Santa Cruz
32 años

TERCER LUGAR NACIONAL**Tradición para la posteridad**

El pueblo pescador se llena de colores, bailes, flores y sabores para bendecir y agradecer a su santo patrono San Pedro, quien los protege cada jornada que zarpan mar adentro. La tradición se rememora de tiempos de antaño en donde la usanza va consagrándose para la posteridad. Sobre un barco cantan y bailan hombres, mujeres, niños, niñas y ancianos, fiando su fe en el patrono de los mares. Caleta Guanaqueros, Coquimbo.

Danko Mursell Campos
Región de Coquimbo
Coquimbo
35 años

PRIMER LUGAR PREMIO ESPECIAL



La cola del diablo

Era un viento entre calor y frío, que asustaba a todos los niños y niñas. Era más visible que perceptible, solía llevarse la ropa del tendedero. Era amigo de las techumbres y de los papeles que parecían bailar al flotar. Era temido y respetado, era el único que lograba entrar a mi vecina a su casa, la copuchenta, la obligaba a cerrar puertas y ventanas. Algunos decían que lograban divisar entre la tierra que levantaba, la cola del diablo.

Elizabeth Carvallo Pasten
Región de Antofagasta
María Elena
47 años

SEGUNDO LUGAR PREMIO ESPECIAL**Juanito, Clavel y el chal de Crochet**

Juan León, amante de sus animales, llega del cerro y acaricia con sus manos viejas, duras y curtidas por el trabajo en la tierra, a su perrito Clavel que descansa sobre un viejo chal de crochet. Tiene 82 años, es parte de una numerosa familia de 14 hijos y es un campesino fiel a las tradiciones y costumbres del campo en la comuna de Lolol, incluso fabrica y repara sus propias ojotas. En esta foto sin rostro quiero representar a todos los campesinos de Chile.

Lio Navarro León

Región del Maule

Curicó

46 años

TERCER LUGAR PREMIO ESPECIAL



Paseo al trote

Paseo al trote por las polvorientas calles del pueblo del Molle.

Cada vez que paseo al trote por los pasajes polvorientos del pueblo del Molle me cautiva sentir en sus calles ese aroma a flores perfumadas y ese apetecible olor a los tan característicos dulces que allí se fabrican. La paz que inunda este lugar se refleja en los colores que se presentan brillantes ante un sol que invita a quedarte absorbiendo sus rayos entibiando todo el cuerpo, su cielo siempre despejado nos promete un festival nocturno de estrellas. Pueblo del Molle, Región de Coquimbo.

Danko Mursell Campos
Región de Coquimbo
Coquimbo
35 años

CUARTO LUGAR PREMIO ESPECIAL**La Preba de los cinco pueblos**

La Preba de los cinco pueblos; Caguach, Alao, Apiao, Tac y Chaulinec, es una fiesta tradicional celebrada cada 22 de agosto en el archipiélago de Quinchao, donde la devoción por el Nazareno de Caguach se pone a prueba en una competencia en chalupa, cada una de estas embarcaciones tradicionales chilotas representa a una de estas islas. Alegría, jolgorio, compañerismo y espiritualidad acompañan esta tradición de más de 240 años.

Yassir Saa
Región de Los Lagos
Ancud
27 años

FUCAO 2022



Categoría Dibujo

Obras creadas por estudiantes
de Educación Básica y Media



JURADO NACIONAL DIBUJO

FRANCISCA ANINAT

Realizó un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland; es Licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un Máster en Artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Londres). Vive y trabaja en Chile y ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales. Desde el 2010 ejerce como profesora de la Facultad de Filosofía y Humanidades en la Universidad Alberto Hurtado.

CLAUDIA LIRA

PhD en Estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón. Trabaja actualmente en proyectos de interdisciplina a fin de introducir la educación estética en la formación, en la agricultura urbana educativa, en la alimentación saludable y en la salud.

DIEGO ECHEVERRÍA

Licenciado en Artes Visuales y Productor visual de la Universidad de Concepción y Diplomado en Diseño Gráfico. Ilustrador y aprendiz de muralismo chileno con Alejandro "Mono" González y Luis Núñez San Martín. Director Artístico y fundador de TOSCA Contenido Multimedia. Es Director de Arte e Ilustración de la Fundación ProCultura, donde desde 2018 ilustra con directo énfasis en el rescate identitario de los territorios y la cultura del país.

LORETO SALINAS

Arquitecta de la Universidad Central de Chile e ilustradora. Se ha dedicado principalmente a la ilustración infantil, donde ha creado libros y proyectos que difunden la flora y fauna de distintos lugares del mundo, de una manera entretenida y visual, entre los que se encuentran los títulos *Animales Americanos* y *Jardín de Chile*. Ha sido distinguida en dos ocasiones con el Premio Colibrí y con el Destacado ALLJA.

LUISA AYALA

Artista egresada de la Escuela Municipal de Bellas Artes de Valparaíso y profesora de Plástica Infantil y Adolescente en las escuelas de Bellas Artes de Valparaíso y Limache. Ha expuesto en el Instituto Cultural de Las Condes, Hotel O'Higgins de Viña del Mar, Hotel Galerías de Santiago, en la Galería 25 del Instituto Chileno de Cultura Hispánica, entre otros. Lleva más de treinta años implementando la técnica mixta usando materiales como la creta, arpillera, tierras de color y grabado.



PALABRAS DEL JURADO

CATEGORÍA DIBUJO

Cada obra es una experiencia que nos habla de sensaciones, emociones y sentimientos. Nos conecta con alguien “prendado/a” de sus raíces, de las palabras de sus ancestros/os, de su suelo/cielo, de su paisaje, de sus costumbres. Sus vivencias reviven y quedan vibrando en sus obras para que otros/as aprendamos quienes somos. Cada obra es una invitación, nos incitan a buscar esos lugares, a recorrerlos, a sentir en carne viva lo que ahí vemos retratado.

Este año llegaron obras que eran trozos de vida, con nombres que venían de otros tiempos. Fiestas religiosas, labores donde el cuerpo se revitaliza y siente la vida de manera dura, áspera pero que, al mismo tiempo, pasado el cansancio, nos hacen sentir que vale la pena vivir.

Nunca es una decisión rápida ni fácil seleccionar las obras, nos quedamos sin tiempo, es decir, olvidamos que tenemos un tiempo acotado para decidir y hablamos sobre ellas sin parar. Quisiéramos que todas las personas de Chile pudiesen verlas para reencantarnos con nuestro territorio y nuestras costumbres. A través de ellas comprendemos que somos ricos, con una biodiversidad compleja, de belleza fuerte, profunda, a veces intensa. Estamos llenos de pequeños y grandes rituales y eso lo apreciamos en sus obras. Quedamos impresionadas/os, llenas/os de entusiasmo pensando en cómo mejorar la selección para que más y más talentos puedan ser reconocidos.

Siempre les he dicho a quienes participan del concurso que ya participar es ganar. Porque cuando tomamos el lápiz y el pincel y nos lanzamos a crear es ingresar en la humanidad. Somos seres hechos para crear. Por otro lado, cuando plasmamos nuestras raíces estamos recordando, trayendo desde el fondo de nuestra memoria aquellos momentos en que vivimos con todos nuestros sentidos alertas, por eso recordamos. Ellas fluyen desde nuestra memoria hacia la hoja, a través de los lápices, por la pintura, renovando los lazos con la tierra, con la familiar, con la comunidad, con lo que nos hace chilenas/os y que no es una canción nacional o una bandera, aunque los símbolos son importantes para cada grupo humano. Lo que nos hace cultura viva es aquello que ustedes, recuperan y ponen en valor al dibujarlo o pintarlo y compartirlo. Podría toda esa riqueza quedar encerrada en sus cuerpos/corazones, pero los abren y en ese abrir y compartir construyen una historia común. La cultura chilena viva, vivida y reconocida en cada territorio es lo que nos ayudará a sanarnos. Escuchar, reconocer y valorar la riqueza de la diferencia, como la de nuestro territorio de norte a sur: biodiverso e intercultural. Gracias por compartir su vida con nosotras/os.

Claudia Lira Latuz
Presidenta del jurado

EDUCACIÓN BÁSICA

**PRIMER LUGAR NACIONAL****Domingo de ramos en Islas Desertores**

La celebración de Domingo de Ramos en las Islas Desertores responde a una tradición de unión de las seis islas que componen el archipiélago Desertores, donde año a año se convoca a una procesión en el mar, y luego la santa misa de Domingo de Ramos. Actividad en que los habitantes de: Chulín, Chuit, Imerquiña, Nayahue, Autení y Talcán, comparten una comida comunitaria y realizan intercambios de experiencias y formas de vida con sus vecinos. Todo se realiza en el mar, se agitan ramos, se cantan canciones y se celebra en comunión.

Jordan Zúñiga Vivar
Región de Los Lagos
Chaitén
13 años

EDUCACIÓN BÁSICA



SEGUNDO LUGAR NACIONAL

Creencia nortina

La religiosidad del norte de Chile ha trascendido mediante pasan los años, aún conserva ese sentimiento de reverencia, humanidad y amor. Algunas costumbres continúan, vivificando la cosmovisión nortina. Este sentimiento no se idealiza, ama al mundo tal cual es.

Teresita Farías Martínez

Región del Maule

San Rafael

13 años

EDUCACIÓN BÁSICA

**TERCER LUGAR NACIONAL****La amansa**

La amansa es una actividad típica de los campos agrícolas, significa "domesticar o quitarle la bravura natural" a un novillo joven. La finalidad de la amansa es que el novillo quede dócil y apto para el trabajo. Se enyuga con un buey experimentado para que aprenda obediencia y logre el mismo nivel del buey adulto en el transporte de carga u otras faenas. Esta actividad se ha realizado desde siempre. El dueño no queda conforme hasta lograr el objetivo con su novillo.

Simón Rivas Contreras
Región de La Araucanía
Lautaro
8 años

EDUCACIÓN BÁSICA

PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

Minga chilota

Este dibujo representa una antigua tradición y parte de una labor campesina, es decir, personas dispuestas a ayudar a gente de su misma comunidad sin pedir nada a cambio. Yo quise plasmar en mi dibujo esta gran labor que demuestra la solidaridad de nuestro pueblo chilote y que se ha ido perdiendo en el tiempo por las nuevas generaciones. En el dibujo se puede ver una típica casa chilota de madera tirada por yuntas de bueyes guiadas por los campesinos al mar.



Antonia Vásquez Scholz
Región de Los Lagos
Quemchi
11 años

PREMIO ESPECIAL COLOR

Onces de campo

Quise mostrar en mi trabajo una típica escena a la hora de onces en la casa de mis amados abuelos, quienes muestran su amor a la familia a través de una mesa muy generosa, con pan amasado y la mantequilla que nunca debe faltar para untar el pancito recién salido del horno, un buen mate y el rico pebre favorito de papá.



Nuvia Ponce Riquelme
Región de O'Higgins
Rancagua
13 años

EDUCACIÓN BÁSICA

PREMIO ESPECIAL
EXPRESIONISTA**Camino
a las tumbas**

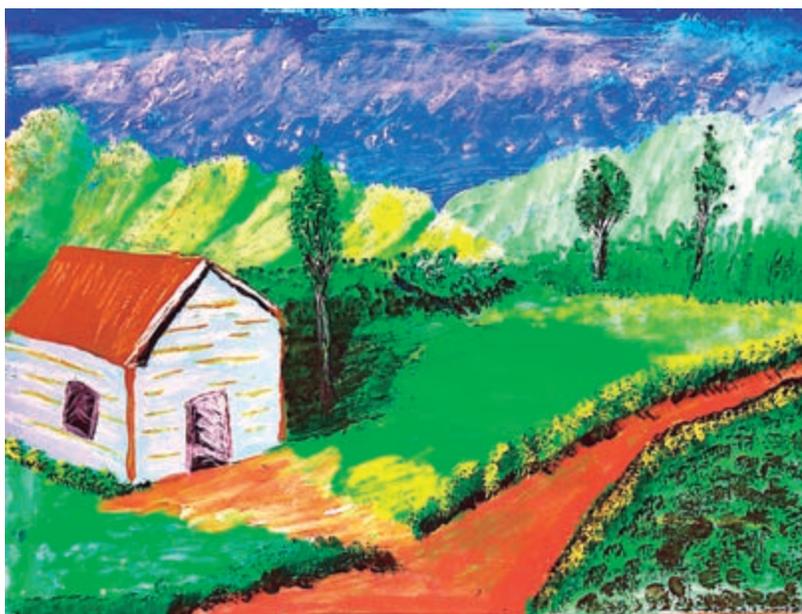
En las zonas rurales de Chile, durante las noches, aparecen luces para guiar a las personas a las tumbas olvidadas en las que se encuentran tesoros incalculables.

Sayen Catalán Meza
Región del Biobío
San Pedro de la Paz
14 años

PREMIO ESPECIAL
TÉCNICA GRÁFICA**El campo**

Sin descripción.

Constanza Peñaipil Díaz
Región del Biobío
Los Ángeles
13 años



EDUCACIÓN BÁSICA

PREMIO ESPECIAL
PAISAJE**La fiesta de
la virgen del
Rosario**

Sin descripción.

Omar Aravena Olmos
Región de Arica y Parinacota
Arica
15 años

PREMIO ESPECIAL
TÉCNICA DIBUJO**Noche de trineos
en invierno**

En esta obra quise reflejar una tradición invernal que hacemos en mi ciudad de Porvenir, que son competencias en trineo, nos tiramos desde una calle empinada para divertirnos y pasarlo bien en familia y con los amigos. Es muy, pero muy entretenida pese al frío que hay, incluso nos olvidamos de lo rápido que pasa la hora.

Cony Agüero Ojeda
Región de Magallanes
Porvenir
12 años

EDUCACIÓN BÁSICA



**PREMIO ESPECIAL
TÉCNICA NARRATIVA**

Extracción de guano en la silla del diablo

El islote Nihuel, Piedra de Calto o la Silla del Diablo, es una formación rocosa en el Archipiélago Desertores que tiene forma rectangular. En su base superior nidifican centenares de aves marinas, su guano era ampliamente cotizado antes de la llegada del abono químico. Forma parte del patrimonio de nuestro pueblo insular en la comuna de Chaitén.

Kevin Barría Bahamonde
Región de Los Lagos
Chaitén
14 años

EDUCACIÓN MEDIA

PRIMER LUGAR NACIONAL

Procesión San Pedro, patrono de los pescadores

El 29 de junio nuestras embarcaciones se embellecen con banderines de colores y guimaldas hechas de ramas, confeccionadas por los dueños de las embarcaciones. Es un día de fiesta para la isla, los pescadores viven con profundo recogimiento y emoción, agradeciendo la abundancia de los recursos marinos y también la protección que nos entrega el patrono de los pescadores.

Sofía Hernández Quedimán
Región de Aysén
Guaitecas
14 años

EDUCACIÓN MEDIA

SEGUNDO LUGAR NACIONAL**Recuerdo de campo**

En el dibujo quise retratar el conocimiento que tengo de la zona rural chilena, además de expresar la admiración y el apego que tengo al campo. A pesar de ser muy trabajadoras las personas siempre te van a dar una cálida bienvenida o despedida, son preocupados y sonrientes. Mi intención no es retratarlo como una foto, sino que indagar más en mis recuerdos y evocar más a los sentimientos.

Isabel Mendonza de la Jara
Región Metropolitana
San Bernardo
15 años

EDUCACIÓN MEDIA

TERCER LUGAR NACIONAL**Batea**

Abuelita, lavando ropa en batea de madera al lado
de un fogón con teteras para tomar mate.

Una idea llena de vida e historia la cual con el tiempo ha perdurado,
en el corazón de algunos,

Abuelita Albina.

María José Villegas Mieres

Región del Biobío

Los Ángeles

16 años

EDUCACIÓN MEDIA

PREMIO ESPECIAL
COLOR

El origen

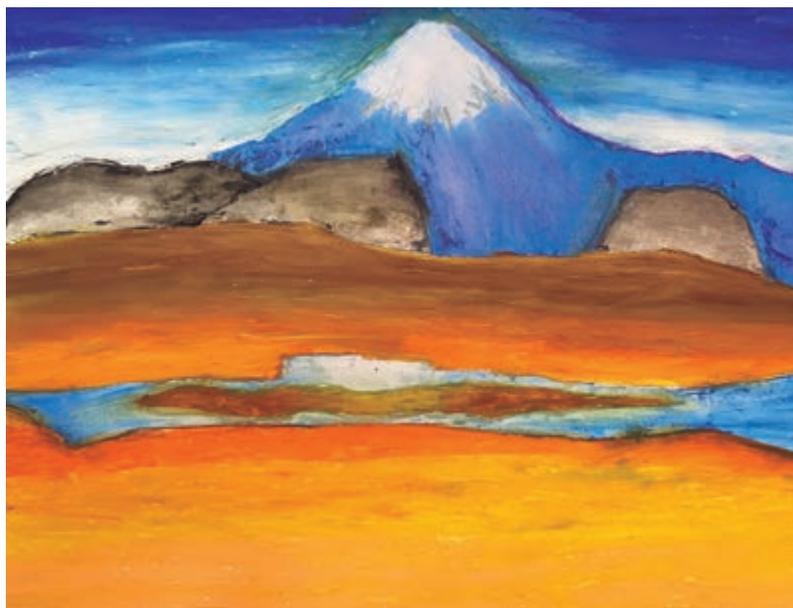
En mi dibujo quise representar el mito que muestra el origen de la creación de los montes y montañas en la cultura mapuche. Se trata de la gran batalla entre las serpientes, Caicai y Trentren vilu. Esta historia siempre estuvo muy presente en mi periodo de educación básica, ya que provengo de la Araucanía, de una pequeña escuela de campo donde los valores más importantes eran la interculturalidad y el cuidado a nuestra tierra.

Rocío Estrada Ulloa
Región de Los Lagos
Río Negro
16 años

PREMIO ESPECIAL
EXPRESIONISTAPaisaje
del norte

Esta obra refleja el atardecer de San Pedro de Atacama.

Antonia Oyarzo Valenzuela
Región de Antofagasta
Antofagasta
16 años



EDUCACIÓN MEDIA

PREMIO ESPECIAL
TÉCNICA GRÁFICA**El Parinacota
y el Pomerape**

Según la leyenda corresponde a dos amantes, cuya relación fue prohibida y castigada por sus respectivas tribus que se oponían a su unión, transformándolos en cerros gemelos, que están siempre cerca, mirándose, pero sin poderse tocar.

Fernanda Gutiérrez Trigo

Región de Arica y Parinacota
Arica
15 años

PREMIO ESPECIAL
PAISAJE**Población**

Mi dibujo representa a un pueblo camino a Pichilemu llamado Población, reconocido por sus cuchillas parroninas. Este pueblo ha sido gran parte de mi vida ya que toda mi familia, incluyéndome, ha sido criada en este lindo lugar repleto de anécdotas, historias y recuerdos.

Josefina Sepúlveda Escobar

Región de O'Higgins
Machalí
15 años

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL TÉCNICA DIBUJO

La tranquilidad en el entorno de una mujer mapuche

Entre las montañas del sur de Chile en un sector rural se encuentra Quilloimo, San Juan de la Costa.

Quise plasmar, la vida de mi abuela Juana Naipil, la cual lleva toda su vida entre la cestería y su vida cotidiana en el campo.

Siendo para mí un orgullo, poder presentarles en este retrato que refleja, la paz interior y la tranquilidad, del mundo campesino.

Elealdo Zieballa Ahumada
Región de Los Lagos
San Juan de la Costa
15 años

PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

Limpiando trigo con llepu

En el campo limpiamos el trigo con el llepu¹ para hacer harina tostada y las gallinas se juntan para comer alrededor.

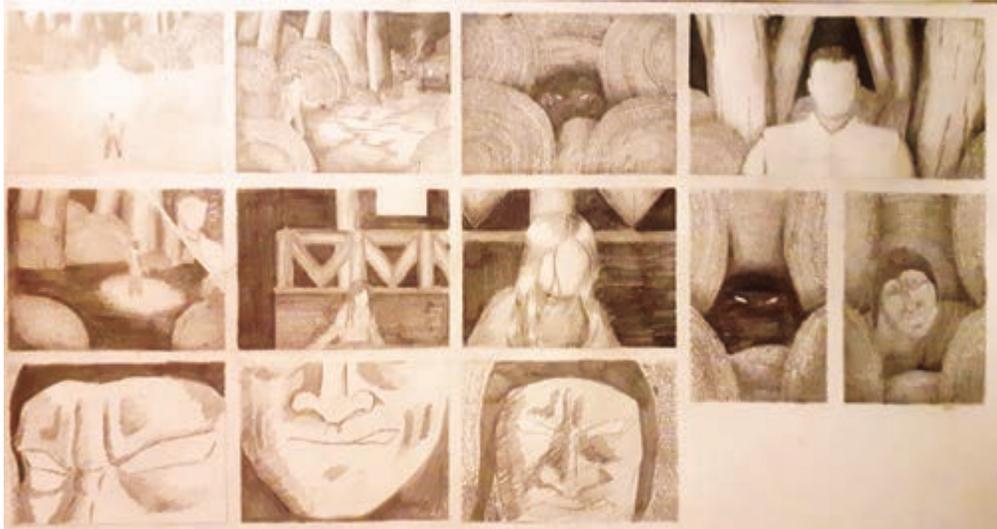
Es entretenido ver como los granos caen y de inmediato ellas corren en su búsqueda.

Anahí Beltrán Lleubul
Región de La Araucanía
Temuco
18 años



¹ Llepu: es un cesto tradicional mapuche con el que se avienta el trigo (nota de la edición).

EDUCACIÓN MEDIA

**PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL****Una noche con el Trauco**

El dibujo hace referencia a la leyenda del Trauco. Se muestra a un hombre confundido regresando a su hogar, buscando a su pareja se encuentra con una extraña silueta oculta entre los arbustos, que lo observa desde la sombra. A lo lejos se da cuenta de que su pareja se encuentra en el suelo casi sin energía, sin poder observar más de cerca, nota como la silueta sale a la luz, se trataba del Trauco, el cual habría abusado de su pareja y ahora se encargaría del hombre.

Vicente Montoya Antileo

Región del Biobío

Nacimiento

17 años





HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Los cuentos, poemas, fotografías y dibujos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
MINISTERIO DE AGRICULTURA

www.historiasdenuestratierra.cl